

SEMILLA Y SURCO
Colección de Ciencias Sociales

Dirigida por MANUEL JIMÉNEZ DE PARGA
Catedrático de Derecho Político de la Universidad de Barcelona

- AGUILAR, M. A., y BARDAJI, R. L. (eds.): *La Europa de Rukjavik*. Seminario Internacional de la Asociación de Periodistas Europeos.
- AGUILAR, M. A., y BARDAJI, R. L. (eds.): *La «perestroika» y el poder militar soviético*. Seminario Internacional de la Asociación de Periodistas Europeos.
- AMERSON, R. W.: *Gobierno y partidos políticos en Puerto Rico*.
- BISCARETTI DI RUFFIA, P.: *Derecho constitucional* (3.ª ed.).
- DANI, R. A.: *La poliarquía. Participación y oposición*.
- DÍAZ, E.: *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*.
- FRIEDRICH, C. J.: *La democracia como forma política y como forma de vida* (2.ª ed.).
- JIMÉNEZ NIETO, J. I.: *Política y Administración. Un ensayo de teoría empírica para el análisis interdisciplinario de la actividad pública* (2.ª ed., agotada).
- JIMÉNEZ NIETO, J. I.: *Teoría administrativa de Gobierno*.
- JIMÉNEZ NIETO, J. I.: *Teoría general de la Administración. La ciencia administrativa a la luz del análisis sistémico* (2.ª ed.).
- LIPSET, S. M.: *El Hombre político. Las bases sociales de la política*.
- LÓPEZ PINA, A.: *Estructuras electorales contemporáneas. Alemania y Estados Unidos*.
- MONZÓN ARRIBAS, C.: *La opinión pública. Teoría, concepto y métodos*.
- RAMÍREZ JIMÉNEZ, M., y otros: *Estudios sobre la Segunda República española*.
- TOUCHARD, J.: *Historia de las ideas políticas* (5.ª ed.).
- TUSTIA, J.: *La Segunda República en Madrid. Elecciones y partidos políticos*.

**LA PERESTROIKA
Y EL PODER MILITAR SOVIÉTICO**



COLECCIÓN DE CIENCIAS SOCIALES
SERIE DE CIENCIA POLÍTICA

*Miguel Ángel Aguilar
Rafael L. Bardají
(editores)*

LA PERESTROIKA Y EL PODER MILITAR SOVIÉTICO

SEMINARIO INTERNACIONAL
DE LA ASOCIACION DE PERIODISTAS
EUROPEOS

tecnos

Cubierta de:
J. M. Domínguez y J. Sánchez Cuenca

Impresión de cubierta:
Gráficas Molina:

Traducción de las ponencias:
Crista Romei

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN (M. A. Aguilar y R. L. Bardaji)	Pág.	9
2. ¿ADÓNDE VA LA URSS? LOS CAMBIOS EN EL RÉGIMEN SOVIÉTICO (M. A. Aguilar, F. Claudio, J. Tusell y H. Carrière d'Encausse)		13
DEBATE		35
3. EL FENÓMENO GORBACHOV. AMOR Y PASIÓN OCCIDENTAL (B. Hagemeyer, M. Azcárate, M. Coma y C. de la Serna)		43
DEBATE		55
4. ¿QUIÉN AMENAZA VERDADERAMENTE LA PAZ? EL ESFUERZO MILITAR SOVIÉTICO (R. L. Bardaji, T. Virgili, M. Moodie y S. Lunn)		63
DEBATE		84
5. EL CONTROL DE ARMAMENTOS SEGÚN MOSCÚ (M. A. Aguilar, J. Núñez y C. Miranda)		91
DEBATE		104
6. ¿QUÉ HACER? LA POLÍTICA OCCIDENTAL HACIA LA URSS EN LOS AÑOS NOVENTA (A. Oñart, S. Fagiolo, J. Davis y J. Fuentes) ...		111
DEBATE		125
SOBRE LOS EDITORES		139
SOBRE LOS PONENTES		141

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de Editorial Tecnos, S. A.

© ASOCIACIÓN DE PERIODISTAS EUROPEOS
© EDITORIAL TECNOS, S.A., 1989
Josefa Valcárcel, 27 - 28027 Madrid
ISBN: 84-309-1804-3
Depósito Legal: M-43122-1989.

Printed in Spain. Impreso en España por Urizgraf, S. A.
Avda. Cánovas de la Isla, 38

1. INTRODUCCIÓN

Así como uno de los acontecimientos más importantes de comienzos de este siglo fue la toma del poder en 1917 por los bolcheviques comandados por Lenin y la consiguiente transformación revolucionaria de la Rusia zarista en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, es indiscutible que los intentos del actual dirigente soviético, Mijail Gorbachov, por modificar las estructuras políticas, económicas y sociales de su país pueden hacer de su liderazgo uno de los fenómenos políticos más relevantes de nuestro final de siglo.

Con sólo cuatro años al frente del Kremlin, Gorbachov ha conseguido crearse una fama, una imagen, así como desarrollar más expectativas nunca antes conocidas a propósito de ningún otro líder soviético. Ha puesto en marcha un proceso de regeneración moral de la sociedad soviética a través del que se ha dado a luz ilusiones y esperanzas para los ciudadanos y los pueblos de la URSS; ha abierto un nuevo entendimiento entre las superpotencias que alberga las promesas de una relación diferente, más relajada y descargada de amenazas a la estabilidad; ha iniciado un diálogo más directo con los europeos generando un gran entusiasmo entre los gobernantes occidentales y, muy especialmente, en sus opiniones públicas; en fin, parece dispuesto a relajar el fuerte control que Moscú ha ejercido sobre los llamados países del Este, permitiendo evoluciones que avanzan hacia una progresiva liberalización de esos países, si no a su descomunización formal, como parece presentarse el futuro de Hungría y Polonia.

Ahora bien, *perestroika*, *glasnost* y «nuevo pensamiento» —vocablos muy populares hoy en los medios informativos y en la opinión pública en general— no han gozado siempre de una consideración tan benigna. De hecho, durante los primeros meses los líderes occidentales miraban con recelo y escepticismo las medidas y los anuncios de Gorbachov, al seguir viendo en él la continuidad del aparato soviético. En la medida en que la reforma en la URSS parecía sostenerse —aunque de manera cambiante—, los observadores occidentales empezaron a mostrar solidaridad con esos intentos de mutación conforme fueron persuadiéndose de su autenticidad. El antiguo secretario de Estado norteamericano, George Shultz, cuenta una anécdota que no deja de reflejar esta actitud occidental: al parecer, el secretario de Estado recibió a un analista de la CIA a los pocos meses de que Gorbachov sucediera a Chernenko tras la muerte de éste en 1985, para ser informado sobre el nuevo líder en Moscú. El analista le comentó que nada había cambiado: distintas caras pero idénticos problemas, la misma propaganda. Meses más tarde, en un segundo *briefing*, Shultz fue informado de que Gorbachov parecía sincero y que, a lo mejor, de verdad quería cambiar algo en su país, aunque, en cualquier caso, no mucho, lo suficiente para recuperar el pulso económico; en un tercer encuentro se le dijo que Gorbachov avanzaba con su política de cambios, pero que ésta estaba destinada a fracasar; finalmente, meses más tarde, se le contó que se abrían

sorprendentes oportunidades. Según se cuenta, George Shultz no estaría tan sorprendido por las sucesivas interpretaciones de lo que acontecía en Moscú, sino porque el analista era siempre el mismo y porque éste, tras su seria y gélida profesionalidad, le hablaba como si nunca le hubiera dicho otra cosa antes.

Frente a los cambios —sobre todo si son tan veloces y desiguales como en la URSS de hoy— el pensamiento tiende a dividirse en dos grandes ramas cuyos extremos serían, por un lado, una ingenuidad galopante que tomaría las promesas de cambio como los cambios mismos, como si la URSS se hubiera transformado ya, y, por otro, un pensamiento inerte que niega toda novedad y encaja cuanto sucede en un esquema viejo y preconcebido. No obstante, en el medio queda un gran espacio para distintas y matizadas interpretaciones.

Como podrá apreciarse en las páginas que siguen —fidel transcripción de las ponencias y debates desarrollados en el marco del seminario que da título a este libro—, pocos dudan ya de que «algo se está moviendo» en la Unión Soviética y de que la política de Gorbachov se encamina a una modificación real del viejo sistema burocrático soviético. Nadie se pregunta más si Gorbachov es sincero o no, y el debate se centra más bien en definir cuáles son los límites de esa reforma y hasta dónde seguirá su andadura. No se trata de saber qué es lo que verdaderamente pretende Gorbachov, sino si puede avanzar sin poner en peligro los fundamentos del sistema que le ha otorgado el poder, si incluso es posible traspasar esos límites y caminar hacia una sociedad soviética verdaderamente distinta.

Cuando se organizaba este seminario, dentro de la serie que la Asociación de Periodistas Europeos dedica a los temas de seguridad y defensa, así como durante su celebración en Toledo los días 1, 2 y 3 de diciembre de 1988, el espíritu reinante era de optimismo ante las oportunidades que parecía ofrecer Gorbachov. Eran los momentos en los que se discutía cuánta ayuda podría prestarse a la *perestroika* desde Occidente. Paradójicamente, la potencial evolución del régimen soviético y las ideas que configuran el «nuevo pensamiento» de Moscú contrastaban con las realidades militares. Cierto que en el aspecto declaratorio se estaba llevando a cabo una redefinición de las fuerzas soviéticas y del Pacto de Varsovia formalmente en busca de una postura de fuerza distinta, guiada por una orientación de «defensa defensiva» y que contase no más que con una «suficiencia razonable» en los medios.

Sin embargo, nada más evidente durante el seminario que la distancia que mediaba entre las palabras y las declaraciones y la realidad militar, donde todavía se mantenían las viejas constantes de siempre: un desequilibrio militar en Centroeuropa que no deja de agtandarse en beneficio de la URSS; un gasto sostenido en tropas y material a pesar de la crisis económica; una puesta en servicio de nuevos sistemas de armas, cada día técnicamente más sofisticados; y un esfuerzo en la investigación y desarrollo (I+D) militar de enormes proporciones.

En el terreno militar la polémica sigue abierta. Al igual que en las páginas que prologamos, los expertos continúan debatiéndose sobre el significado y la extensión del impacto de una supuesta *perestroika* militar. Es cierto que a lo largo de 1989, mientras se gestaba este libro, el Pacto de Varsovia ha dado muestras de una flexibilidad nunca antes vista, publicando por primera vez datos sobre sus fuerzas en Europa, a la vez que aceptando una negociación para reducir los arsenales convencionales en la Europa del Atlántico a los Urales. Igualmente se ha invitado a numerosos observadores para asistir a di-

versas maniobras de marcado carácter defensivo. Y, sin embargo, los analistas occidentales preocupados por los desarrollos del Pacto siguen reticentes a ver en estas modificaciones una alteración de las capacidades bélicas soviéticas. Una cosa son los números y otra muy distinta las opciones. Para muchos, la URSS está en realidad reduciendo para aumentar su calidad, su movilidad, su logística, sin dejar por ello de mejorar el clima político con los países de la OTAN.

Desde ese punto de vista —pero también desde los otros aspectos de las relaciones con la URSS— la política de Gorbachov plantea un gran reto a los aliados, quienes difícilmente logran llegar a una posición común hacia una Unión Soviética sorprendente en sus manifestaciones y en evolución permanente. Como también se desprenderá de estas páginas, ni siquiera han consolidado un entendimiento común sobre los beneficios del proceso en desarrollo en la URSS. Poder llegar a un cierto acuerdo fue la motivación última que llevó a la Asociación de Periodistas Europeos a elegir el tema de la *perestroika* y el poder militar soviético como tema de la edición de 1988 de su seminario internacional sobre seguridad, con la esperanza de que, desarrollando libremente las discusiones entre oficiales, políticos y expertos, se llegara a aumentar tanto el conocimiento de los cambios en la URSS como el grado de coherencia de la política occidental hacia éstos.

Precisamente por ese foco de atención sobre las percepciones y sobre las políticas occidentales, los que escribimos, en tanto que directores del seminario, optamos por ceñir la presencia en los paneles del mismo a representantes occidentales. No se trataba de saber qué es lo que pasaba en aquellos días en la URSS, sino de discutir qué pensábamos los occidentales sobre ello y qué pensábamos que se debía hacer al respecto. De ahí que, a diferencia de otros encuentros muy de moda en la actualidad, en esta edición no contásemos con portavoces de Moscú.

Por eso un convencimiento nuestro que, estamos seguros, el lector compartirá: a pesar de la aceleración política y social de la Unión Soviética y los países del Este, este libro no ha quedado desfasado. Las presentaciones que se hicieron —y que aquí se recogen— buscaron, más que la rabiosa actualidad, los elementos más estructurales de la sociedad y de la política soviética, así como del proceso de cambio. Por ello, las perspectivas que se dibujaron en unos debates ricos y coloridos continúan ofreciendo al lector elementos de análisis válidos y orientadores. Hoy más que nunca la reflexión sobre el futuro de Gorbachov, de la transformación de la URSS, queda abierta a la discusión. Como se expresó el líder moscovita, «si no ahora, ¿cuándo? Si nosotros no ¿quién?». Y, efectivamente, nunca antes parecía el cambio tan necesario como en estos momentos, con medio imperio paralizado por las huelgas; pero tampoco nunca antes las dificultades parecían tan insuperables como hoy.

Estas líneas, por último, no pueden concluir sin un capítulo de agradecimientos a todos aquellos que hicieron posible la realización del seminario, muy especialmente a María Dolores Aguilar, secretaria de la Asociación de Periodistas Europeos, así como a las instituciones y empresas que asumieron generosamente el patrocinio del mismo: Ministerio de Defensa, OTAN, Fundación Konrad Adenauer, Junta de Castilla-La Mancha, AFARMADE, Ayuntamiento de Toledo y la Caja de Ahorros de esa magnífica ciudad. Igualmente el reconocimiento a ponentes y participantes, que animaron debates y

coloquios, y a los intérpretes, que permitieron el obligado entendimiento común. Como siempre, todos ellos son la garantía de continuidad para este foro de reflexión en torno a la defensa y a la seguridad que la Asociación viene promoviendo desde 1982.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR
RAFAEL L. BARDAJÍ

Oxford, agosto de 1989

2. ¿ADÓNDE VA LA URSS? LOS CAMBIOS EN EL RÉGIMEN SOVIÉTICO

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Vamos a dar comienzo al primer panel de este seminario, en realidad con unos minutos de anticipación sobre lo que figura en el programa. Como estos seminarios ya van adquiriendo mucho arraigo, no necesitan de solemnidades, y entramos, por eso, directa y escuetamente en nuestros trabajos.

Muchos de ustedes son ya asiduos a este tipo de convocatorias, que viene desarrollando desde el año 1982 la sección española de la Asociación de Periodistas Europeos y que ha reincidente en elegir Toledo como sede de estos encuentros, donde se analizan y se discuten las cuestiones que afectan a la defensa europea, por lo que la mecánica de este encuentro no necesita mayores explicaciones.

La cuestión que analizamos el año pasado, *La Europa de Reikiavik*, cuyo libro que recoge los debates y las intervenciones creo que podremos facilitarles durante la celebración del seminario, fue extraordinariamente oportuna. Precisamente, unos días antes se había celebrado la cumbre de Washington y se habían tomado acuerdos muy importantes en el área del control de armamento y de desarme entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, proceso que se había puesto en marcha, precisamente, en Reikiavik, y tuvimos la oportunidad de escuchar a figuras de gran prestigio en esa área y hacer un primer análisis de las consecuencias que de ahí se iban a derivar. Algo que entonces salió una y otra vez a relucir era el contraste entre las declaraciones, los propósitos anunciados por la Unión Soviética y la realidad de su poder militar. Precisamente, al análisis de ese contraste vamos a dedicar el seminario que ahora se inicia bajo el título de «La perestroika y el poder militar soviético».

El seminario, al igual que en años anteriores, en gran parte ha sido posible, en su desarrollo y organización, al trabajo espléndido, como siempre, de Rafael Bardají, que viene colaborando con la Asociación de Periodistas Europeos y animando el Grupo de Estudios Estratégicos en España, como director suyo.

También hemos contado, en esta ocasión, con el apoyo y la colaboración de una joven pero ya prestigiosa publicación, la *Revista Española de Defensa*, que ha querido sumarse a este acontecimiento, y, antes de dar la palabra a nuestros panelistas, tengo también que mencionar el patrocinio del Ministerio de Defensa, del Servicio de información de la OTAN y de la Fundación Konrad Adenauer.

Dicho todo esto, consumido este capítulo de menciones y agradecimientos, voy a presentar brevemente a los ponentes. Diré solamente que Fernando Claudio, miembro de honor de la Asociación de Periodistas Europeos, con la que ha colaborado directamente y también como presidente de la Fundación Pablo Iglesias en otros muchos programas, tiene una larga lista de pu-

publicaciones en su haber, siendo uno de los españoles que siguen el desarrollo de las cuestiones internacionales con gran atención; ha publicado muchos libros, algunos de gran impacto, donde ha analizado el fenómeno de la Unión Soviética y del partido comunista. Tiene, en particular, un libro en el que hizo un brillantísimo análisis del fenómeno del eurocomunismo, *Eurocomunismo y sociedad*, y ha consumido algunos años de su vida en la Unión Soviética; por consiguiente, conoce muy bien el sistema. Ha participado, si no recuerdo mal, en un seminario que le permitió regresar por primera vez a la Unión Soviética el año pasado, y acaba de organizar y dirigir brillantemente, en Barcelona, otro seminario analizando más aspectos de la *perestroika*.

Le voy a dar a él, en primer lugar, la palabra. A cada uno de los ponentes le rogamos que se limite, autolimite su tiempo a unos veinte minutos, para que podamos después, dentro de una hora, a las diez y cuarto, tener entre diez y cuarto y once y cuarto la posibilidad de entrar en debate con ellos, porque ésa es precisamente la sal y la gracia de estos encuentros de Toledo. Muchas gracias. Fernando...

FERNANDO CLAUDÍN: El punto que vamos a tratar esta mañana, según figura en el programa, es adónde va la Unión Soviética. Yo creo que éste es uno de los principales interrogantes de esta época, el más importante y al mismo tiempo de los más difíciles a los que dar una respuesta concluyente. Hace unos momentos hablaba con Hélène Carrère d'Encausse y conveníamos los dos en que ni Gorbachov mismo podría dar una respuesta a este interrogante.

Porque la reforma, eso que se llama *perestroika*, es un proceso muy complejo y contradictorio en sí mismo, del cual Gorbachov es uno de los factores, un factor muy relevante, sin duda, pero no el único. En realidad, lo que está sucediendo desde hace dos, tres años, y de manera cada vez más acelerada, es que la sociedad soviética se está poniendo en movimiento. Que en este movimiento hay una lucha social y una lucha política que en ciertos aspectos son una verdadera novedad dentro del sistema soviético, especialmente en lo que se refiere a la lucha política; aunque no haya partidos políticos diversos, hay una lucha política que reviste formas peculiares, algunas parecidas a las nuestras, otras diferentes, y que se desarrolla ya en gran parte a la luz del día. Evidentemente tiene todavía zonas ocultas, pero cada vez más se desarrolla a la luz del día, a través de los medios de comunicación, actividades de múltiples organizaciones, etc. Sin embargo, se puede decir que hay incertidumbre todavía sobre el desenlace de todo este proceso. Se sabe la dirección, se ve la dirección, la dinámica que tiene, pero su análisis, creo, de momento sólo permite formular hipótesis que pueden estar bastante fundamentadas, pero nada más, no conclusiones tajantes.

Yo creo que la profundidad y radicalización creciente de este proceso proceden en gran medida de la profundidad misma de las causas que han determinado la necesidad de la *perestroika*. La *perestroika* no significa, como dicen todavía los elementos que allí llaman conservadores, el paso de una situación globalmente satisfactoria a una situación superior, mejor. La *perestroika* es la respuesta a una crisis general, global, histórica, del sistema soviético. Una crisis que afecta a todos los aspectos fundamentales, las estructuras económicas, las formas de gestión, el sistema político, la ideología, los valores morales. De pronto se ha reconocido que el sistema soviético no era lo que decía ser.

El mismo Gorbachov ha dicho textualmente: «Se creó un abismo entre las palabras y los hechos, el mundo de las realidades cotidianas y el mundo de la prosperidad fingida divergían cada vez más.» Y, en efecto, eso es, digamos, el fondo del reconocimiento que hoy la propia clase dirigente soviética —y no digamos ya los núcleos intelectuales más radicales— hace. Lo que se decía que era el sistema soviético no era así; las palabras del discurso oficial no correspondían a la realidad, había un abismo entre lo uno y lo otro.

Esto sólo ya permite ver la *perestroika* como algo que no es simple y que no es fundamentalmente una repetición de lo ocurrido en otras sucesiones dentro del sistema soviético, en la que el nuevo dirigente echaba la culpa de lo que iba mal a su antecesor, lo convertía en el chivo expiatorio. La *perestroika*, creo, es algo bastante diferente, mucho más profundo, más original, va mucho más allá que la desestalinización del periodo de Jruschov. En primer lugar, por esto, porque parte de una visión crítica del sistema a la que nunca se había llegado antes.

Ahora se reconoce oficialmente que desde hace sesenta años, es decir, desde el final de los años veinte, se había tomado un camino equivocado. No hace mucho, en un gran artículo en *Pravda* dedicado a Bujarin y la colectivización, se señala que fue entonces cuando se tomó el camino erróneo, el camino de Stalin. ¿Qué significó ese camino de Stalin? Significó la instauración de un modelo, que es el que hoy entra en crisis. Un modelo que desde el punto de vista económico significaba la estatización total de la economía, una planificación ultracentralizada, detallista, totalmente administrativa, dictatorial, que pretendía desde un centro único decidir lo que tenían que hacer todas las unidades económicas del país.

La consecuencia de ello ha sido un desarrollo de la economía no económico, un desarrollo extensivo, con un retraso tecnológico creciente que aumenta a partir de un determinado momento, sobre todo cuando ha empezado la nueva revolución técnica y científica en Occidente, con una explotación de los recursos naturales del país, y de la que un economista soviético me decía: «Ha sido una explotación de tipo colonial, sin tener en cuenta la posibilidad, inevitabilidad, de un agotamiento; con una enorme desproporción entre el desarrollo de la industria pesada y la industria libre y la agricultura; una degradación profunda de la agricultura que nunca se ha podido resolver; una penuria crónica de artículos de consumo y de alimento; desequilibrios y disfunciones enormes.»

Algunos economistas soviéticos —por ejemplo, Selluak, uno de los que más suena en este momento— califican este tipo, este modelo económico, como economía de guerra, no sólo por el peso del sector militar, sino por las estructuras mismas de esta economía, en la que en 1985, cuando empezó la *perestroika*, el sesenta por ciento de la renta nacional estaba dedicado al consumo y el cuarenta por ciento a la acumulación; cuando en las economías occidentales la acumulación ronda, por contra, el veinte por ciento más o menos.

Esta estructura entre consumo y acumulación, según este y otros economistas soviéticos, es una economía de guerra en la que, además, lo fundamental de las inversiones va destinado al desarrollo de la industria pesada y, dentro de ésta, lo fundamental va a las necesidades militares.

Por aquí tengo un dato: cómo en el año 28, en víspera de la iniciación de la instauración de este modelo bajo Stalin, el 60 por ciento de la producción industrial —el 60,5 exactamente— estaba destinado al consumo. En 1985, cuan-

do se inicia la *perestroika*, el 25,2 por ciento, solamente, está destinado al consumo. Podría dar infinidad de cifras, pero éstas son bastante significativas de ese desequilibrio profundo del desarrollo de la industrialización soviética entre producción industrial dedicada al consumo y producción industrial dedicada a la misma producción industrial, y entre el peso de la industria pesada y el conjunto de la economía.

Este es el modelo que ha entrado en crisis, porque, como ellos mismos dicen con un lenguaje marxista, las relaciones de producción se han convertido en una barrera, en un obstáculo al desarrollo de la fuerza productiva. Ha habido, evidentemente, un desarrollo de las fuerzas productivas a lo largo de estos setenta años; la Unión Soviética se transformó de un país agrario, en el que el 80 por ciento de la población era agraria, en un país urbano, en el que en 1984 sólo el 40 por ciento de la población —en realidad, el 35,5— era agrario y solamente un 19,7 de la población activa era agraria.

Pero esta industrialización ha llegado a un punto en que por su propia naturaleza se ha convertido en una barrera para seguir desarrollándose, y esta barrera, según reconocen los actuales dirigentes soviéticos, ha sido lo que ellos llaman las relaciones de producción. Las relaciones de producción, en el lenguaje marxista, quiere decir en la sociedad de tipo capitalista la relación entre los propietarios de los medios de producción y los trabajadores. Pero allí propietario de los medios de producción no hay más que uno, el Estado. Hablar de que las relaciones de producción se han convertido en un obstáculo para el desarrollo de la fuerza productiva es decir que las relaciones existentes en la sociedad soviética entre el Estado, el Estado-partido, y la sociedad se han convertido en ese obstáculo. Esto es, significa la crisis del sistema político.

Sistema político no es allí más que la otra cara del mecanismo económico. Lo característico del sistema soviético es la supresión de toda autonomía de lo político respecto a lo económico. De ahí la imposibilidad de la reforma económica sin reforma política. Pero, al mismo tiempo, ese modelo económico en crisis, ese sistema político que es necesario reformar para poder reformar el sistema económico, se ha edificado sobre la base de un modelo ideológico, de una serie de dogmas ideológicos en relación con lo que es el socialismo, lo que es el Estado, lo que es la planificación, lo que es la ideología, lo que es el partido. Un modelo que era en sí mismo, teóricamente, aunque la práctica fuera incompatible con el funcionamiento de leyes realmente económicas, el funcionamiento del mercado, con la libertad intelectual de investigación científica, con las libertades en general.

Todo esto es lo que ha entrado en crisis, y lo que ha entrado en crisis al mismo tiempo es un determinado estado moral de la sociedad, pues se había llegado a un punto en el que individual y colectivamente no se veía perspectiva alguna; se tenía la sensación de una sociedad bloqueada, de destinos individuales sin futuro, sin estímulos ni morales ni materiales; ese nuevo hombre que tenía que producirse debía nacer de la sociedad soviética, era un hombre alcoholizado, sin estímulos, sin moral, sin perspectiva.

Todo eso es lo que ha entrado en crisis, porque evidentemente, este desarrollo, con todos sus aspectos perversos, con todas sus disfunciones, con todos sus desequilibrios, ha sido un desarrollo: ha habido una industrialización del país, como decía antes, y ha habido un desarrollo de la cultura, de la educación, de los servicios; ha habido la seguridad del empleo durante mu-

chos años. Basándose en este tipo de economía, justamente, no económico, de planificación autoritaria; se permitió un pleno empleo sobre la base de una utilización no productiva de la fuerza del trabajo y sobre la base de una precariedad en el establecimiento general de la población.

Pero, en cualquier caso, había desarrollo de nuevas generaciones con una formación cultural universitaria —Gorbachov es un ejemplo típico de estas nuevas generaciones—; había amplios servicios gratuitos, sanitarios, educativos, etc., con un bajo nivel de calidad, pero con una gran extensión que llegaba a todas partes; y, dentro de esto, la emergencia de élites intelectuales, científicas, que tomaban conciencia de las contradicciones de esta sociedad.

Creo que, además, hay que llamar la atención sobre algo que en general todos hemos subestimado al analizar la historia soviética: lo que ha sido, yo diría, la resistencia permanente —en períodos, muy intensa— de la sociedad a la instauración del sistema. Y a la perpetuación del sistema, cuando os hablo, por ejemplo, del terror estaliniano. El terror estaliniano tiene una lectura, si se ve desde el ángulo del poder, de la aplicación de este terror, pero no es un terror gratuito, no era un capricho de Stalin, no era el producto de una paranoia, aunque pudiera existir esto. Era la respuesta, la instrumentación necesaria para vencer la resistencia de una sociedad justamente a la instauración del modelo del sistema, a la existencia masiva de millones y millones de campesinos contra los que fue necesario utilizar incluso la fuerza militar, para vencer la resistencia dentro de la clase obrera a una regimentación dictatorial del trabajo, la resistencia dentro de sectores intelectuales, la resistencia dentro del propio partido, dentro de los marcos de la propia ideología del partido a esa determinada orientación. Eso fue lo aplastado con el terror masivo de Stalin.

Después, cuando Stalin muere, el régimen se queda sin ese líder carismático, terrorífico, que permitía resolver o salir de las contradicciones propias del sistema. El período de Jruschov es un primer período de despertar de las fuerzas de resistencia de la sociedad soviética, sorpresas sobre todo en el terreno cultural, literario. Se forman también cientos de pequeños grupos políticos que tienen una existencia medio legal, medio ilegal. La dinámica de ese despertar de la sociedad soviética en tal momento es una de las razones por las que la *nomenklatura* destituye a Jruschov. Hay otras razones, pero ésta es una de ellas.

Entonces se produce un fenómeno que a mí me han explicado: la generación, que hoy se llama allí generación del XX Congreso, que era la que bajo el período de Jruschov pasa a una actitud crítica, plantea la cuestión de la necesidad de democratizar y liberalizar el sistema. Toda esta generación se encuentra cortada por la destitución de Jruschov y la instauración del conservadurismo brezneviano.

Y entonces hay dos caminos. Una parte, minoritaria, que toma el camino de la disidencia activa y externa al sistema. La simboliza Sajarov y, con él, otros muchos que a lo largo de varios, de dos decenios, mantuvieron y levantaron la bandera de la disidencia activa, de la crítica abierta del sistema. Pero la gran mayoría de esa generación opta por adaptarse, adaptarse a las estructuras, adaptarse a la vida legal, a las condiciones del sistema, pero sin perder, en gran medida, su oposición, su espíritu de oposición. Es una aceptación que aquí hemos conocido bajo la dictadura franquista, que trataba de aprovechar ciertas posibilidades legales, como aquí decíamos, y que, introduciéndose en todos los entresijos del sistema, actuaba como podía. No obstante, desarrolla

la crítica, lo que ha emergido cuando por arriba se ha iniciado la reforma. Y por arriba se ha iniciado la reforma porque a ésta se ha llegado de diferentes ángulos.

El núcleo dirigente que inicialmente representaba Gorbachov, y en el cual se puede incluir a Andropov, antes al mismo Gromiko o Ustinov —el ministro de Defensa—, llega a esta conclusión inicialmente porque todo este proceso de declive de la economía soviética, de atraso tecnológico, etc., ponía en peligro, comenzaba a poner en peligro, el propio poderío militar de la Unión Soviética, su propio *status* mundial.

Por muy separado que esté el sector militar dentro de la economía soviética y el ejército en general, en relación con la población civil, por muy separados que estén, no están separados por una muralla de China, y el declive general de la sociedad ponía en peligro el *status* mundial de la Unión Soviética, su potencialidad militar. Antes de que esto fuera demasiado tarde, se hará necesaria una reforma, un cambio.

Pero los otros sectores sociales a los que antes me he referido llegan a la conciencia de la reforma por otra razón: las condiciones de vida, la sensación de bloqueo de la sociedad, la conciencia de que hay una dificultad para que las potencialidades creadoras que prometía la sociedad soviética puedan desarrollarse y abrirse camino; eso lo ven reflejado en sus propias vidas personales, y se produce una confluencia entre esa toma de conciencia de un grupo dirigente y ese impulso desde abajo, ese despertar desde abajo de la sociedad civil. Cuando se inicia la reforma, se empiezan a dar nuevos espacios a la emergencia de esas fuerzas nuevas dentro de la sociedad soviética, y creo que de entonces acá, en estos dos, tres años, lo que se ha producido es un verdadero despertar de la sociedad soviética. Creo que es lo más importante de todo. Y es un dato que hay que tener muy en cuenta al analizar las perspectivas del proceso.

O sea, existe una especie de, yo diría, revolución cultural que va por delante de los cambios económicos, que todavía, en realidad, no existen más que en proyecto, en teoría más que en efectividad. Hay un proyecto en modelos teóricos para cambiar este sistema en un sistema más flexible, si cabe más funcional, pero todavía en la realidad los pasos dados son muy pequeños. En el sistema político hay más: se puede decir que, aunque no se pueda comparar con las democracias, con lo que entendemos por democracia, dentro de lo que es el sistema soviético hay un proceso de democratización, es decir, de intervención mucho más activa de diversos sectores. Pero lo que hay, sobre todo, es eso que llaman *glasnost*, que va mucho más allá de lo que encierra la palabra en concreto, cuya traducción literal es «dar a conocer», «hacer público», y significa libertad de expresión, libertad de crítica, intervención en los problemas sociales. Empieza, pues, a significar esta palabra *glasnost* una renovación cultural de la sociedad soviética. Y empieza a ser como una bola de nieve. Eso no sigue un ritmo igual, el ritmo va aumentando, va desarrollándose, yo mismo he podido notarlo. Estuve allí en diciembre del año pasado por primera vez, después de veintiséis años que no había estado en la Unión Soviética porque no me admitían, no me permitían ir, y luego he estado en octubre, este mes de octubre pasado, y los cambios se ven sobre todo en el terreno cultural, ideológico, político, de mentalidades de la gente. Por ejemplo, un conocido disidente, pero tolerado, estaba todavía en diciembre del año pasado recluido en su casa; llevaba años y años así, no le publicaban, no le aceptaban en la prensa

sus artículos; en octubre, cuando he vuelto, es ya un escritor conocido, su firma aparece en la prensa, le van a publicar los libros que hasta ahora solamente habían sido publicados en el extranjero.

A Sajarov —en octubre estuve con él— todavía no le dejaban salir. Le invitamos al seminario de Barcelona y dijo: «Si me dejan, voy; pero no es probable.» Un mes después le permitían salir al extranjero, y ha ido a los Estados Unidos, aunque no dio tiempo a que viniera a Barcelona. Las cosas van bastante rápidas.

En la revisión de la historia pasa lo mismo. Han empezado con Bujarin, pero ya son todos los otros; el mismo Trosky está ya sobre el tapete. Es verdad que siempre hay ciertos límites, pero no creo que dure mucho. Como no sea que todo esto fuera hacia atrás.

Entonces creo, en conclusión, que en el terreno económico la *perestroika* todavía no ha conllevado un cambio sustantivo, pero hay una clara dirección que no sabemos todavía —ellos mismos no lo saben— cómo se va a «implementar», como se dice ahora, a realizar en la práctica el proyecto, pero el economista soviético Emileov, también muy conocido, nos decía en Barcelona: «La dirección está clara: dentro de diez años tendremos una economía mixta con un sector privado y cooperativo que cubrirá probablemente el treinta por ciento de la producción, de la renta nacional, y un sector estatal que funcionará de una manera con una autonomía de las empresas, una introducción muy amplia del mercado, una planificación solamente a largo plazo y que se operará a través de mecanismos económicos del ordeno y mando como en el pasado.»

Todo esto implica una gran reforma de los precios del sistema monetario, en fin, de la convertibilidad del rublo, la integración de la economía soviética en la economía mundial. Ya en el marco europeo, los acuerdos entre el CAME y la Comunidad Europea son el primer paso, aunque no más que un paso, en esa dirección. En el terreno de la democratización, creo que hay unas realizaciones efectivas de la democratización tal como la entienden ellos, es decir, democratización dentro de las instituciones existentes y al mismo tiempo la aceptación de toda una serie de formas, de formas informales, como allí dicen, que no estaban planificadas y que han ido surgiendo como expresión de este despertar de la sociedad civil soviética.

Yo mismo era muy escéptico, por ejemplo, cuando surgió el llamado frente popular en los países bálticos, en Estonia. Pensé: ésta es una manipulación del propio partido; pero la realidad ha demostrado que no, que esta organización que ha surgido con participación del propio partido, o más bien de un sector del propio partido en Estonia, está desempeñando un papel bastante autónomo, con posiciones diferentes de las posiciones de Moscú y de las posiciones de Gorbachov.

En realidad todo esto son embriones de fuerza política, de partidos políticos. En Moscú, la última vez que estuve allí, en octubre, hablé con algunos dirigentes de los llamados clubes informales, que ya son muy conscientes de esto. El proceso va adelante, la creación de partidos políticos diversos no es posible todavía, sería prematuro además, incluso sería peligroso en la situación actual, «pero nuestros grupos —me decían— en realidad son protopartidos». No sabemos cuáles serán los que realmente cristalizarán o no en un partido político el día de mañana.

Evidentemente, la lucha no está decidida; además, es una lucha muy di-

versa, en la que, por un lado, hay formas democráticas, formas de iniciativa que viene de la sociedad realmente, de nacimiento de esta sociedad civil, que presiona sobre Gorbachov. De hecho, Gorbachov mismo impulsa este proceso, aunque tal vez no con la radicalidad que quisiera este movimiento. Pero, al mismo tiempo, en este proceso se dan las formas del pasado, incluso a favor de la *perestroika*; por ejemplo, el golpe que ha dado Gorbachov en octubre, este mes de octubre pasado, que ha quitado de la dirección a Gromiko y a otros más, ha sido un golpe dado con los más viejos métodos, el más viejo estilo, pero ha sido un golpe que ha cambiado la relación de fuerzas dentro del grupo dirigente a favor de la *perestroika*.

En conclusión, es un fenómeno, un proceso muy complejo en el que, evidentemente, todavía no hay un desenlace claro a favor de las fuerzas de la *perestroika*, y al hablar de las fuerzas me refiero a todo el amplio abanico de lo que pueden calificarse como posiciones centristas, Gorbachov, etc., hasta otros sectores más radicales.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Muchas gracias, Fernando, también por la extraordinaria cortesía de atender al tiempo que te habíamos marcado.

Voy a dar la palabra a continuación a Javier Tusell. Javier Tusell es catedrático de Historia Contemporánea en la UNED. Ha publicado muchos volúmenes sobre la historia reciente de nuestro país. Es un autor muy conocido y muy leído más allá de las capas universitarias y se dedica a animar muchas iniciativas culturales e intelectuales; es uno de los animadores, por ejemplo, de la revista *Cuerva y Razón*. Publica en muchas otras revistas, y en particular acaba de aparecer un libro suyo, *La URSS y la «perestroika» desde España* —precisamente en estos últimos días—, en el que ha hecho un trabajo muy serio de seguimiento y descripción de cómo se ve, de cómo se percibe, de cómo se analiza desde España ese fenómeno al que estamos dedicando este seminario de Toledo. Sin más, le cedo la palabra.

JAVIER TUSELL: Muchas gracias. La reunión que nos congrega a los miembros de este panel plantea una cuestión que es probablemente la más difícil de las que se van a abordar aquí, porque verdaderamente es posible hablar del impacto de Gorbachov en los medios de prensa, en los medios de comunicación occidentales, pero es más difícil saber lo que sucede en la Unión Soviética y, sobre todo, saber qué es lo que va a suceder en la Unión Soviética.

Uno tiene la tentación de recurrir a aquella famosa frase de Churchill acerca de la Rusia estalinista que nos sumía, o le sumía a él, en un enigma con respecto a lo que iba a ser su futuro.

Pero es que, además, siendo la cuestión más difícil, es también la más importante. Probablemente, no hay cuestión intelectual más decisiva en el mundo presente —en el mundo occidental, pero también en el mundo a secas— que el destino de lo que va a suceder en la Unión Soviética. En última instancia, es verdad eso que decía Djilas recientemente en una entrevista aparecida en la revista *Encounter*, de que el grado de liberalización de la Unión Soviética es muchísimo más importante para nosotros los occidentales que cualquier tratado de limitación de armas nucleares, porque el problema decisivo es la esencia de la Unión Soviética y no tanto los acuerdos a los que se pueda llegar con ella.

Para entender lo que sucede en la Unión Soviética, creo yo que hay que

partir de la génesis de esa transformación, es decir, del momento en el que en 1985 llega Gorbachov al poder. Y es que la *perestroika*, originariamente, por su propia denominación, es una reforma exclusivamente económica, nacida de una crisis previa que en su momento inicial no ha afectado al sistema político soviético. Es decir, cuando se habla de esa *perestroika* se habla sobre todo de una reestructuración económica, de una necesidad de que el aparato productivo soviético funcione en el sentido, básicamente, de la productividad y en el sentido de la innovación tecnológica. Originariamente, la cuestión se plantea estrictamente así; lo que sucede es que se plantea sobre todo para la generación que viene al poder, y esa es una generación que es diferente. No quiere decir eso que sea una generación, pues, partidaria de lo que entendemos en Occidente como democracia, ni que sea una generación que impida el funcionamiento del Estado soviético en sí, sino que es una generación simplemente que ha tenido otras experiencias vitales, distintas de las del estalinismo o de las del jruschovismo.

Es una generación, por ejemplo, universitaria, con una formación estable en la universidad. Gorbachov ha tenido esa formación, la ha tenido su mujer, la tienen sus hijos. Esto es un poco excepcional en la Unión Soviética. Un Jruschov, un Breznev, son gente sin formación propiamente universitaria; el primero fue obrero manual; el segundo, dirigente del partido. Es una generación, además, abierta a Occidente, abierta no en el sentido, una vez más, de que haya aceptado sus valores, sino en el sentido de que conoce Occidente y entonces tiene una peculiar relación amor-odio, amor por los triunfos tecnológicos conseguidos en el mundo occidental por el desarrollo económico; odio nacido de que es otro mundo y con el cual la Unión Soviética mantiene unas relaciones de competitividad.

La *perestroika*, por tanto, es un fenómeno económico, un fenómeno de política económica originariamente. ¿En qué consiste ese fenómeno? ¿Cómo se ha traducido en medidas legislativas? Pues se ha traducido en todo un conjunto, en una panoplia, de medidas que tienen, por un lado, una curiosa voluntad de centralización pero, al mismo tiempo, son descentralizadoras también. Por un lado, el Estado quiere controlar más precisamente, para lanzar el aparato productivo; por otro lado, exige a las empresas un tipo de procedimiento de autofinanciación, en definitiva, de comportamiento económico que en el pasado, debido a la centralización o a la planificación, no ha podido tener.

Y contiene también un estímulo, hasta ahora limitado, a las actividades de carácter privado. Si uno lee, por ejemplo, la disposición legal sobre el trabajo privado, se encuentra que no es una autorización genérica, sino una autorización para una serie de actividades denominadas explícitamente. Por ejemplo, para el trabajo en piel son autorizadas las actividades que no sean de alta peligrosidad; son autorizadas las actividades, por poner otro ejemplo, de transporte privado en las poblaciones, pero no son autorizadas las actividades privadas de reprografía o de enseñanza de materias no contenidas en los planes de estudio, simplemente porque el sistema permanece cerrado a la información en un elevado porcentaje.

El problema fundamental es que la *perestroika*, siendo esencialmente un problema de política económica, como tal política económica no parece haber conseguido grandes resultados. Los resultados en cuanto a aprovisionamiento de la población, en cuanto a aumento de la productividad, son resultados que

en un primer momento han sido positivos, pero que en el momento actual no se pueden considerar como tales. El último viaje, por ejemplo, de Gorbachov a Siberia ha motivado determinadas quejas, dando la sensación de que la *perestroika* ha consistido, sobre todo, en que las colas en los almacenes de distribución de productos alimenticios han aumentado; incluso Gorbachov, dirigiéndose a la prensa, ha indicado que «a veces dais la sensación de que con la *perestroika* las dificultades han aumentado».

El interrogante, en definitiva, es si un programa de política económica, fracasando en política económica, puede tener el componente, digamos, estrictamente político que luego con el transcurso del tiempo ha llegado a adquirir. Porque, efectivamente, el sistema político no entraba en cuestión en los planes originales de los reformistas soviéticos, no se pretendía un cambio en ese sistema político.

Es decir, con el transcurso del tiempo el sistema político soviético ha cambiado, no es, desde luego, el estalinismo, aunque está más cerca, en cierto sentido, del estalinismo no en su comportamiento actual, sino en su dependencia histórica, que, por ejemplo, de la Rusia de Lenin. Con el transcurso del tiempo ha ido desapareciendo la dictadura personal, que se ha convertido en una dictadura colectiva; con el transcurso del tiempo el terror no es practicado de la forma en que lo era en la época de Stalin, ni siquiera de la forma en que lo era en la época de Breznev. Con el transcurso del tiempo el sistema se ha convertido en más adaptativo que impositivo sobre la sociedad. Con el paso del tiempo el dogma ideológico se ha convertido en lo que Kostas Papanannov denominaba una ideología fría, es decir, un dogma que existe como dogma, que tiene que ser aceptado en términos técnicos pero que no tiene por qué ser interiorizado por la población porque no existe una pretensión tan totalitaria como en la época de Stalin.

El problema consiste en que estos cambios, que son efectivos en el sistema soviético, sin embargo dan la sensación de un avance con una lentitud cuasimineral, una lentitud cuasigeológica se podría decir. Hace una veintena de años, veinte o veinticinco años, dos soviólogos norteamericanos, Huntington y Brzezinski —el segundo, como saben ustedes, desempeñó un papel importantísimo en la política norteamericana— indicaban algunos de los cambios que se podrían producir en el transcurso del tiempo en el sistema soviético. Y ellos decían: «Con el transcurso del tiempo pueden producirse estos cambios, por ejemplo, que exista un período limitado en el ejercicio del poder por parte de los dirigentes, que exista un sistema regular de rotación en el poder por parte de esos dirigentes, que se vote en las reuniones del partido, que haya verdadera discusión.» Bueno, pues veinticinco años después de lo que dijeron Huntington y Brzezinski nos encontramos con que esto está empezando a ser cierto, pero ha tenido que pasar nada menos que un cuarto de siglo. Incluso los procedimientos por los que se está produciendo este cambio son procedimientos administrativos; las reformas que se producen en el terreno político son reformas administrativas, prácticamente incomprensibles en Occidente, como son la relación entre el partido y los soviets, el partido y la administración.

Me parece que estos cambios del sistema político se explican por la emergencia de algo que es, desde luego, nuevo en el mundo soviético, que es la *glasnost*. Es decir, lo que convierte a la *perestroika*, que originariamente es un programa de política económica, en algo con relevancia política es la *glasnost*.

La *glasnost* consiste, sencillamente, en que los dirigentes soviéticos se dan cuenta en 1985 de que, si quieren reformar los resultados del aparato productivo, necesitan movilizar a las masas y que esa movilización no puede ser compulsiva, dictatorial, basada en la barbarie y en la guerra civil de los dirigentes contra los dirigidos, como en la época estaliniana, sino que tiene que basarse en otro procedimiento, que es el de la información. Esa información, efectivamente, no es libertad de expresión, como decía Fernando Claudín, pero incluye una auto crítica muy grande.

Eso es un cambio fundamental y, en cierta manera, sorprendente. Pero si miramos, si comparamos la sorpresa que produjo la rebelión de Jruschov en su famoso congreso de crítica de Stalin con la *glasnost*, veremos que realmente el salto fue quizá mayor en la época de Jruschov.

En el momento en que se presentó mi libro, al que ha tenido la bondad de hacer alusión Miguel Ángel Aguilar, Fernando Claudín se refirió a una cosa, hizo una crítica, una sugerencia, que me parece que tiene mucho fundamento: que, efectivamente, el proceso de transformación de la Unión Soviética no se puede detener en un momento, sino que tiene que ser concebido como tal, es decir, como proceso. Se ha producido una evolución, la *glasnost*, que era esa voluntad de que se enterara la población de que era necesario trabajar para obtener buenos resultados, pues ha producido una transformación, ha producido toda una dinámica política. Lo que pasa es que a mí me parece que esa dinámica política tiene el aspecto positivo obviamente, como ha dicho Claudín, del despertar de una sociedad, pero también es abrir una especie de caja de Pandora de la que surgen muchísimos problemas. Surgen muchísimos problemas porque en el fondo, con la *perestroika* y con la *glasnost* introducidas en un sistema cerrado, sucede como con la modernización en los sistemas del Tercer Mundo o como con la modernización económica, por ejemplo, en la España de la segunda mitad de la década de los sesenta. Es decir, en un primer momento —y esto ya lo reveló Schumpeter hace muchísimo tiempo—, la modernización, la transformación económica, no hace desaparecer los problemas, sino que los aumenta; aumenta los problemas porque aumentan las tensiones, aumenta la lucha. Y de ahí que el resultado de la *glasnost* haya sido no la democracia, porque no existe en la Unión Soviética nada parecido a lo que podamos entender como democracia occidental, pero sí el contraste, si esa lucha política y social de la que hablaba Claudín. No parece que a corto plazo se vaya a producir una disminución de ese contraste o de esa lucha, sino que más bien parece todo lo contrario: con el transcurso del tiempo la lucha va a progresar.

¿Y qué nos encontramos en este momento? Por supuesto, el análisis tiene que insistir en la condición de proceso de la *perestroika*, pero tiene que insistir también en poder hacer, en un determinado y preciso momento, un balance de la situación, un balance de fuerzas.

Creo que la situación actual en la Unión Soviética muestra un componente ambiguo de contraste. Por emplear una frase que a lo mejor es excesivamente machista, yo utilizaría la del poeta francés Verlaine, que, refiriéndose a una mujer, decía que nunca era la misma pero nunca era completamente diferente. La Unión Soviética sigue siendo la misma pero al mismo tiempo es diferente. Y uno aprecia, por ejemplo, lo limitado de los cambios: el sistema económico sigue siendo, en el momento actual, esencialmente el mismo; sólo unos centenares de miles de personas son afectados por los cambios que se

han producido hasta el momento. El sistema político sigue siendo esencialmente el mismo: se ha producido esa *glasnost* en los límites que veremos, pero el sistema político no sólo sigue siendo el mismo, sino que se reforma por procedimientos administrativos.

La transformación cultural, a pesar de ser muy importante, sigue manteniendo determinados límites. Lo que decía Fernando Claudín de Medvedev está bien, pero la obra principal de Medvedev sobre el estalinismo sigue estando prohibida en la Unión Soviética; Medvedev dice que el estalinismo no tiene relación, no tiene que ver con el sistema soviético en sí, sino que lo presenta como una corrupción y, además, presenta una faceta positiva del estalinismo, que es el mantenimiento de lo que él denomina la dictadura del proletariado, cosa que no es, desde mi punto de vista, positiva, ni desde luego puede atribuirse al estalinismo en sí. Soljenitsin sigue prohibido, pero es que además la propia idea de que hay una ortodoxia, una ortodoxia relativa sobre el pasado, o que el pasado tiene que ser reconstruido, me parece que es una idea más característica que el hecho de que en un determinado momento, por que se necesite una determinada política económica, Bujarin pueda ser aceptado como ortodoxo.

Pero al mismo tiempo hay un crecimiento muy importante de la tolerancia, una tolerancia no formalizada. Los dirigentes soviéticos han rechazado la existencia de una ley de prensa; incluso ha dicho: si hubiera ley de prensa, los periodistas serían más perseguidos de lo que lo son en el momento actual. En cambio, se permite una cierta libertad de asociación y se permite la libertad de manifestación. Los únicos perseguidos son los que se organizan manifiestamente al margen del sistema, pero además en contra del sistema. Y el grado de persecución depende del medio; el grado de persecución es pequeño en los países bálticos, pero, por ejemplo, sería un grado de persecución probablemente mucho mayor en las repúblicas musulmanas del centro de Asia, en la zona en contacto con Irán y Afganistán.

Por un lado, el pasado está presente; es decir, efectivamente, la etapa actual no es absolutamente diferente o radicalmente diferente de algunos momentos del pasado. Esta etapa reproduce las incertidumbres de la sucesión. En esta etapa se practica, se sigue practicando, la crítica moral del adversario; el combate Ligachov-Eltsin es un combate en el que las posturas no son consideradas diferentes, sino que una, la que pierde, es considerada moralmente condenable. Las defenestraciones obedecen a luchas sordas en las que muchas veces se producen giros peculiares entre personas que parecen aperturistas y se convierten en conservadoras, y al contrario.

Por otra parte, el hecho de que muchas de las reformas en la Unión Soviética han concluido mal les hace pensar que esta reforma también puede acabar mal.

Quizá lo que produce mayor contraste es la voluntad de transformación y, al mismo tiempo, el problema de no tener el utillaje mental para producir esa transformación. Es decir, da la sensación de que los dirigentes soviéticos tienen una especie de imposibilidad de criticar el sistema; si pueden hacer la autocrítica sobre todo cuando es una autocrítica relativa al pasado; pueden ser muy drásticos con respecto a la necesidad de trabajar, pero, si uno lee a los más reformistas de los dirigentes soviéticos —por ejemplo, Yakolev, probable inspirador de Gorbachov desde el punto de vista intelectual—, uno se encuentra con que su esquema mental difícilmente puede hacer posible esa transfor-

mación. En el siglo XVIII Montesquieu, refiriéndose al ducado de Moscú, decía que: «Moscú quiere reformarse pero da la sensación de que no puede», y en cierto sentido a la Rusia actual le está sucediendo algo parecido.

¿Cuáles son los escenarios posibles y los escenarios imposibles a corto o medio plazo? Me parece que el escenario del estalinismo no es posible; una recaída en el estalinismo no es posible. El escenario, en cambio, de una sucesión truncada en la que triunfa un reformismo pero luego se agota o se detiene me parece mucho más viable. En definitiva, la victoria aparente de Jruschov en 1957 es una parte de la explicación de las dificultades que tuvo luego a mediados de la década de los sesenta. Es muy posible que el reformismo consiga unas victorias durante unos años; es posible también, en la medida en que se pueda prever el futuro, que a partir de un determinado momento esas reformas se colapsen. Lo que es indudable es que habrá una resistencia y lucha política interna grande, y eso tiene, obviamente, consecuencias para el mundo occidental.

En el fondo hay lo que podríamos denominar como dos lógicas en la interpretación del futuro de la Unión Soviética —tomo la expresión de un reciente artículo de Michel Tatu, un buen conocedor de la URSS—. Él dice que existe, por un lado, una lógica del sistema, y si atendemos a la lógica del sistema el resultado final del proceso de la *perestroika* en la Unión Soviética será la neutralización y la «breznévización» a partir de un determinado momento; la detención de las reformas y una cierta vuelta atrás nunca podrán ser definitivas. Esta tesis no es ni de izquierdas ni de derechas, ni de centro ni de extrema derecha ni de extrema izquierda ni de nada; es una tesis simplemente realista, que tiene en cuenta, como digo, la lógica del sistema. Pero luego también hay, obviamente, una lógica de la historia; es decir, el ansia de libertad del ser humano puede traducirse en una cierta transformación de la Unión Soviética o en una transformación definitiva. Descubiertas las libertades, más en la práctica que en la teoría, es difícil olvidarlas, y en el fondo del ser humano siempre hay un aliento de lucha por la libertad. Lo importante es recalcar que, en todo caso, si se produce esta transformación de acuerdo con la lógica de la historia y no con la lógica del sistema, hay que pensar no en el medio sino en el largo plazo.

Por supuesto, son muy tentadoras las posibles comparaciones entre lo que sucede hoy en la Unión Soviética y lo que sucede y sucedió en España a partir de 1975, es decir, la transformación de un sistema dictatorial en un sistema democrático. Un periodista en relación con este libro me preguntó: «Bueno, pero ¿qué van a hacer los jóvenes en la Unión Soviética si se vuelve hacia atrás?» Eso es desconocer lo que es la Unión Soviética; no se pregunta a los jóvenes, como a los viejos tampoco se les pregunta; quiero decir, no es un sistema en el que la opinión pública influya sobre las decisiones del gobierno.

Creo que, de producirse la transición, hay que advertir que es una transición mucho más difícil, porque todos los fenómenos de transición —no sólo el español, sino los que se han producido en otras partes del mundo— se basan en un compromiso, y ese compromiso no parece que se pueda hacer en un país en el que no existe una sociedad civil independiente del Estado. No existe una tradición de independencia de la sociedad civil con respecto al Estado, por la sencilla razón de que, así como en España hubo una dictadura, pero nunca fue absolutamente totalitaria, en la Unión Soviética lo fue en un plazo que no es tan lejano.

George Orwell escribió en los años cuarenta un artículo en el que se preguntaba hasta qué punto puede ser transformada la naturaleza humana, es decir, hasta qué punto un sistema dictatorial, totalitario, con voluntad totalitaria, puede crear una naturaleza humana diferente; y él remitía al futuro la solución a este enigma. Yo creo que este enigma sigue sin tener solución, y sólo al final del proceso que se está llevando a cabo en la Unión Soviética podremos tener una constatación empírica de lo que podría ser la respuesta a la pregunta de Orwell. Pero, de entrada, la pregunta de Orwell tiene, por lo menos, una respuesta, y es que, siendo posible, es infinitamente el más difícil de los casos que conocemos hasta el momento.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Muchas gracias, Javier. Llega el turno en este panel a Hélène Carrère d'Encausse, que es profesora de Estudios Soviéticos en la Escuela de Altos Estudios Políticos de París; autora de un buen número de libros sobre estas materias, como, por ejemplo, *L'empire éclaté*; ha publicado recientemente otra obra bajo el título de *Gobernantes y gobernados en la URSS*. También recuerdo otro trabajo suyo, me parece que titulado algo así como *Más allá de la «détente»*, y a la que agradecemos muchísimo su aceptación para estar aquí con nosotros que nos prestamos a escucharla con verdadera pasión e interés.

HÉLENE CARRÈRE D'ENCAUSSE: Les pido perdón por hablar en francés, pero no puedo hacerlo en español, aunque lo entiendo un poquito. Quisiera comenzar con lo que me parece que son las cuestiones fundamentales que hay que plantearse sobre el tema de hoy, la *perestroika*: ¿se trata de algo absolutamente nuevo en la historia soviética? Este proyecto de reforma ¿es totalmente nuevo, más allá de la historia soviética, en la historia de Rusia? El profesor Tusell ha dicho antes que nunca hubo una sociedad civil en Rusia, si he entendido bien. Quisiera discutir esto, que no considero que sea del todo exacto; creo que, si el proceso al que asistimos es interesante, es porque se trata de un proceso cualitativamente nuevo y que, sin embargo, recoge unos intentos anteriores. Y de intento en intento se llega a transformar una sociedad y sus relaciones con el poder.

Intentaré sistematizar un poco sobre lo que se llama proceso de la *perestroika*. Y me parece que hay que empezar desde el principio de los años ochenta, cuando Breznev vivía todavía, enfermo y senil, sin embargo había sentido que la Unión Soviética se estaba transformando en un país subdesarrollado; lo dijo en el Pleno de diciembre de 1980. Y pienso que el hombre que mejor entendió lo que le pasaba a la URSS antes de Gorbachov fue Andropov. Pertenecía a una generación de hombres menos educados; estoy de acuerdo con el profesor Tusell en que existe una diferencia profunda de educación entre la generación de Gorbachov y la de sus predecesores. Sin embargo, Andropov, responsable del KGB, conocía muy bien su país; es él quien en cierto modo ha sido el maestro de Gorbachov; quien lo ha elegido, y podemos afirmar que su herencia, su reflexión, los intentos de reforma, muy breves, lanzados durante su corta etapa, marcan profundamente el período actual. Por consiguiente, creo que es necesario remontarse al principio de los años ochenta y decir que se trata de un proceso de una toma de conciencia que em-

pezó hace casi diez años. Esto es importante: no es algo que existe desde hace tres años y medio.

Mi segunda observación es que a todo se llama *perestroika*, pero *perestroika* es principalmente la reconstrucción de la economía. Creo que lo que Andropov y Gorbachov han entendido en primer lugar es que, si la URSS se encontraba en un período de declive económico, se debía a una causa mucho más profunda que el mal funcionamiento de la economía: se debía a una causa moral. Hay que dar a la reflexión política un orden lógico. Lo que me parece importante es justamente la reflexión global que está en la base de todo el movimiento actual; un declive moral que es simplemente la desesperación de la sociedad soviética, de una sociedad que después de setenta años de mentiras, es decir —Fernando citaba antes a Gorbachov, que decía que era la distancia entre los discursos y los hechos—, setenta años durante los cuales una sociedad vive en un discurso que no tiene ninguna relación con la realidad, lleva a un cinismo social, a una desesperación social, a un aislamiento del hombre, del individuo con respecto del sistema, un rechazo total a cooperar con el sistema del que derivan verdaderamente las taras individuales y colectivas que llevan a la catástrofe soviética de este fin de siglo.

Uno de los síntomas más preocupantes, algo que Breznev fue el primero en comprender y que Andropov puso de relieve, es el declive biológico de la sociedad soviética: la reducción en dos años de la esperanza de vida es un fenómeno desconocido en cualquier sociedad moderna; el aumento de la mortalidad infantil en época de paz, de ausencia de epidemias, es una autodestrucción de la sociedad soviética a través del alcohol, de todas las prácticas menos sanas, lo cual explica que los *kaljases* se derrumben, la economía no puede sino derrumbarse. No es sólo porque la sociedad no trabaja, porque el sistema económico es irracional; en la sociedad existe un rechazo moral a participar en el éxito del sistema, y esto, creo, está en la base de todo. Me parece que para reconstruir, *perestroitz*, no sólo la economía, sino toda la Unión Soviética, Andropov sugirió y Gorbachov ha querido, ante todo, reconstruir al hombre. Aunque el signo tangible es el declive económico, incluso si el poder se ha movido de repente a causa de la economía, sin embargo la toma de conciencia está en el hecho que me comentó un día Karotich, el director de Agagnok. Me dijo: «La única promesa de Lenin que hemos realizado en setenta años es que hemos creado un *homo sovieticus* —Zinoviev dice lo mismo—, es decir, un borracho, un perezoso, un ladrón, un individuo que miente, que no quiere hacer nada para el bien común, que trabaja sólo para sí con los medios más dudosos.» Y la *perestroika* es, ante todo esto, *perestroitz*. El *homo sovieticus* construido durante setenta años debe ser transformado simplemente en un hombre normal. Por esta razón, creo, la política que Gorbachov ha diseñado, que Andropov había sugerido antes, es una política que tiende ante todo a crear un choque moral antes de reconstruir; es necesario empezar por romper esa especie de cinismo social, esa apatía social. Por este motivo la *glasnost* es el primer elemento de esta política, no el segundo. La *glasnost* es el choque moral, es reunificar la verdad real y el discurso, es decir, a la sociedad; estamos en declive, nos hemos equivocado durante setenta años. Fernando dijo antes «durante sesenta años». Vuelvo sobre esto porque hay dos discursos: el discurso «sesenta años» y el discurso «setenta años». El discurso del poder es «nos hemos equivocado durante sesenta años», es decir, desde que Stalin cogió el poder, pero cada vez más el discurso de la *Intelligentsia* es «nos hemos

equivocado durante setenta años». Es importante por los efectos sobre el sistema entero y no sólo sobre las derivaciones o desviaciones del sistema. Se pueden hacer dos preguntas: ¿Quién es responsable, Stalin o el estalinismo? ¿O más bien todo el sistema desde 1917, desde Lenin? ¿Y cómo?

La *glasnost* aparece como condición de la *perestroika*, de una *perestroika* que pueda funcionar. No hay que olvidar que es Gorbachov quien ha adoptado el programa, y Gorbachov es el producto del sistema: es un hombre educado, particularmente inteligente, pero el sistema no lo ha colocado en su lugar para destruir, sino para reconstruir. Esto explica que tengamos tres fases en la historia de esta *perestroika* que tiene casi cuatro años. Una primera fase va desde 1985 hasta, diría, la Conferencia del Partido. Una segunda fase, desde la Conferencia del Partido hasta octubre más o menos. Y la tercera fase es en la que nos encontramos actualmente. En la primera fase el programa es muy limitado: la *glasnost* sirve para mostrar la parte negra del panorama, para decir: «Sois una sociedad. La sociedad soviética no es ideal: conoce el alcoholismo, la prostitución, la droga, la pereza, el robo, el arte de apañárselas como sea, todo cuanto impide que el sistema funcione, que la economía funcione bien.» En esta fase limitada se designa un culpable, limitado, el *breznevismo*, el período de estancamiento; es decir, se intenta limitar el desastre al período 1974-1985. Es un intento de no ir demasiado lejos en la destrucción de las certidumbres morales de la sociedad, y la *perestroika* que acompaña a esta *glasnost* es un programa de transformación de los métodos económicos y no de la totalidad del sistema económico en esta fase en la que se quiere inyectar un poco de economía de mercado en una economía que sigue siendo fundamentalmente socializada, donde se quiere introducir sobre todo la responsabilidad de los actores económicos con la verdad de los precios, de los salarios y, principalmente, la verdad del empleo, en la medida en que la economía soviética se encuentra en una situación absurda desde el punto de vista del empleo, con una falta de mano de obra en toda la parte industrializada de la Unión Soviética y un desempleo enmascarado en la parte medianamente desarrollada del país, es decir, en la periferia musulmana. Contratar a la gente de forma racional es el objetivo. Políticamente, el objetivo de la *perestroika* en este período limitado es el cambio de generación política, deshacerse de toda la generación de septuagenarios, colocar en el poder a una generación mejor educada, mejor adaptada a la economía y a la tecnología modernas, más cualificada; significa también deshacerse de una generación corrupta porque se ha quedado mucho tiempo en el poder, para la cual la corrupción es una forma de gobierno, con el fin de introducir un poco más de democracia en las relaciones sociales, un poquito sólo, para que la sociedad no sufra una sacudida. En el fondo lo que se busca es volver a poner en marcha a la URSS inyectándole un poco de verdad, de eficacia, la verdad moral y la verdad económica.

Con esta óptica Gorbachov dice claramente que, si muchas cosas van mal, hay, sin embargo, algo que va bien. Es interesante; lo dice en el XXVII Congreso: «Nuestro único éxito real son las relaciones entre las naciones soviéticas. Al cabo de setenta años, hemos conseguido al menos un éxito: son las relaciones interétnicas; ya no tenemos un problema nacional, y la política de la *perestroika* puede aplicarse cómodamente a todo el espacio soviético.»

Entonces, ¿cuál es el balance después de tres años de esta *perestroika* prudente y limitada? Es un balance muy controvertido. Es un éxito total de la *glasnost* y el fracaso casi total de la *perestroika*. Éxito total de la *glasnost* más

allá de lo que Gorbachov esperaba, dado que es un hombre prudente. Estoy de acuerdo con Fernando Claudín cuando dice que hay que definir bien la *glasnost*. No es ni la transparencia ni la verdad total sobre todo: es la reconciliación de lo falso y de lo verdadero, la realidad del discurso. Esto es la *glasnost*. Es también la expresión del descontento de la sociedad causado por la fractura que siempre ha existido entre el discurso y la realidad. Cuando afirmo que hay éxito de la *glasnost*, significa que la sociedad entera se apodera de ella para expresar su descontento y sus frustraciones, y de esta forma hace de ella un discurso de verdad absoluta, lo cual es muy importante en el éxito de la *glasnost*.

A partir de ese momento se ve la diferencia, la fractura entre el proyecto inicial de *perestroika* elaborado en 1985 y su resultado tres años y medio después. El proyecto inicial es una revolución cultural a través de una revolución económica decidida, como siempre en el sistema soviético, desde arriba por el partido y bajo el control del partido, y el resultado práctico es una revolución cultural que se realiza desde abajo, sobre el impulso dado desde arriba, yendo fundamentalmente hacia la expresión de las voluntades de la sociedad; esto permite la aparición de una sociedad civil —volveremos sobre sus manifestaciones— que se dedica ante todo al discurso de la verdad más que a la *perestroika* económica. Lo que es importante para la sociedad es justamente ir hasta el fondo de la *glasnost*, de la verdad, y sólo a partir de ese punto reconstruir sobre esa verdad total. Hay sectores enteros donde se ve constituirse la sociedad civil. Ante todo la *Intelligentsia*. La *Intelligentsia* a la que Gorbachov pidió ayuda, como lo había hecho Jruschov y que, como bajo Jruschov superará ampliamente el proyecto, la tarea que se le ha encomendado, es decir, apoyar el discurso de la verdad y el esfuerzo de la *perestroika*. La *Intelligentsia* plantea problemas fundamentales. Plantea rápidamente la cuestión del sistema entero, de las responsabilidades; y es verdad que desde 1986-1987, leyendo periódicos y revistas soviéticos, nos damos cuenta de que la *Intelligentsia* se pregunta cuándo empezó todo, porque, se dice, para reconstruir hay que saber lo que se reconstruye y lo que se deja. Plantearse la cuestión de cuándo ha empezado todo, obliga al poder a retroceder en los límites históricos de su crítica. El *Zastoi*, el período de estancamiento, lo rechaza diciendo: «No sólo hay que volver a abrir la cuestión del estalinismo, sino que hace falta conocer los orígenes del mismo.» Niega rotundamente que el origen del estalinismo sea 1934, más o menos, cuando se construyó el socialismo y Stalin empezó a ejercer su poder personal; rechaza también la idea de que es en 1929, cuando Stalin lleva al país a una colectivización e industrialización mal preparadas; también se pregunta cuándo se ha alejado a la sociedad del proceso político, afirmando que ésta es la desviación fundamental, y quién ha provocado este alejamiento, y se llega a varias cuestiones básicas: Primera, ¿cuándo se ha impedido a la sociedad expresarse? ¿Cuándo fue suprimida la democracia —porque hubo democracia inmediatamente después de la revolución, se eligió una Asamblea Constituyente en la que la sociedad pudo expresarse—? ¿Quién suprimió la Asamblea Constituyente? No fue Stalin, sino Lenin. ¿Cuándo se suprimieron los periódicos? ¿Y los partidos políticos? ¿Cuándo se afirmó el monopolio del partido? ¿Antes o después de la desaparición de Stalin? Es decir, ¿cuándo el sistema se ha convertido en una dictadura del partido y se ha suprimido cualquier forma de expresión social? En enero de 1918, primera constatación. Por tanto, todo el sistema está cuestionado así como los

orígenes del estalinismo. Segunda constatación: ¿cuándo se han cortado de forma autoritaria las vías que permitían volver atrás o aceptar otras soluciones? Este año, en Novimir, se ha publicado un artículo terrible sobre el asesinato de la familia imperial. No digo ejecución, sino asesinato, porque así lo ha escrito un historiador muy bueno tomando como base los archivos, echando abajo toda la teoría clásica según la cual la familia imperial fue muerta sin orden ni conocimiento de Lenin porque los blancos y la legión checa avanzaban y el poder estaba amenazado; la conclusión del artículo es que se destruyó a la familia imperial precisamente para impedir toda solución alternativa: fue un proyecto hacia el poder total del partido. Esto es extremadamente grave, ya que es la naturaleza dictatorial del sistema del partido lo que la *Intelligentsia* da como explicación. Es decir, hoy día la *Intelligentsia* se constituye como juez del partido y no como su apoyo para ayudarlo a poner en práctica la *perestroika*.

Hablando de los sectores activos que crean verdaderamente un diálogo y una crítica sobre la *perestroika* propuesta, el segundo sector son las naciones. Aunque Gorbachov dijo en 1986 que ya no había problemas nacionales, a partir de dicha fecha la *glasnost* sirve para expresar un problema nacional muy serio, pacífico hasta diciembre de ese año, centrado fundamentalmente en el 86 sobre problemas culturales, la supresión de las culturas nacionales, la transformación de la sociedad soviética, pero que desde finales de 1986 se convierte en una confrontación activa entre el poder de Gorbachov y las sociedades nacionales, en el momento de la crisis de Alma Ata, que llevó al profesor Tussell a decir acertadamente que «la *perestroika* es una curiosa mezcla de centralización y de descentralización». ¿Y qué es lo que se hace? ¿Qué se intenta desde el poder para calmar a las naciones que comienzan a expresarse? Se intenta cambiar las reglas que presiden la relación política entre el centro y la periferia nombrando un primer secretario ruso al frente del partido Kazakh, y se produce la explosión de Alma Ata.

Es su primera confrontación, pero la primera de una larga serie. Es un intento de aumentar la centralización. Creo que hay que recordar de todas formas que en las altas instancias del partido, tal y como se han formado con la *perestroika*, en el *Politburó* ya casi no hay representantes de las nacionalidades. Está Shevardnadze, pero como ministro de Asuntos Exteriores. Pocas veces la periferia ha estado tan poco representada, pocas veces el poder soviético ha sido tan ruso como lo es hoy en día. Es decir, pocas veces la centralización ha estado tan acentuada por la personalidad de la dirección política del partido comunista. Hay una profunda contradicción entre esta afirmación de la necesidad de descentralizar y esta centralización en manos del partido comunista, de la parte rusa del partido comunista, de la vida política.

Añadiría que la lucha contra la corrupción es importante para explicar lo que ocurre hoy en día; todo el mundo estaba corrompido en la Unión Soviética, empezando por Breznev, pero la lucha contra la corrupción se ha llevado con un vigor y una continuidad especial contra las repúblicas periféricas, especialmente contra las repúblicas musulmanas y las del Cáucaso. En ellas se ha cambiado continuamente al personal político desde 1982 diciendo: «Están muy corrompidos.» El partido comunista de la República federada de Rusia y el partido comunista de Bielorrusia no son purgados del mismo modo por corrupción; es decir, que cuanto más nos alejamos del centro hacia repúblicas alejadas, más se las designa como repúblicas corrompidas. El no haber tenido

derecho a la palabra en un período de lucha contra la corrupción explica ampliamente el descontento nacional. Ustedes dirán que no se ha acusado a los bálticos de corrupción. Es cierto, pero ¿quién puede acusar a los bálticos de ser gente corrupta? Son gente extremadamente seria.

Se puede decir que las naciones que son conscientes de esta centralización que convive con una *perestroika* fundada sobre la descentralización emprenden su propia *perestroika*, que adopta formas variadas. Toma la forma de una super-*perestroika* económica en los estados bálticos, que tienen éxito y aplican las reformas de Gorbachov incluso antes de que se proclamen estas reformas. El desarrollo de la empresa individual, la privatización de las tierras, todo esto se hace en los Estados bálticos aunque las leyes todavía no se han adoptado. El éxito económico de los Estados bálticos va a permitirles hablar muy alto en el período actual.

Ni la *glasnost* ni la *perestroika* son aplicadas en las repúblicas musulmanas por una razón muy clara: porque para las repúblicas musulmanas la *perestroika* económica va a ser una catástrofe. Y va a serlo porque en estas repúblicas, si se considera que hay que llevar a cabo una utilización racional, esto quiere decir que o bien habrá un paro real, o bien habrá que desplazar a la población con gran rapidez hacia las regiones deficitarias en mano de obra. En segundo lugar, si se aplica la reforma económica en las repúblicas musulmanas, es decir, la autofinanciación no sólo de las empresas, sino también de las regiones, estas repúblicas que viven del trasvase de recursos del centro, de las repúblicas más ricas, hacia la periferia pobre, morirán de hambre. Por tanto, se comprende muy bien que en estas repúblicas no haya ni *glasnost* ni *perestroika* y sí, en cambio, una resistencia pasiva a toda la empresa de Gorbachov.

Esto es lo que ha ocurrido hasta ahora. Yo añadiría que hay un tercer sector social en el que se ve muy bien hasta qué punto una sociedad civil se constituye bajo una forma extremadamente ambigua. Es el conjunto de la clase de los trabajadores que opone una resistencia pasiva a todos los proyectos de transformación económica. ¿Por qué no confía el campesinado? Porque ya le han dicho muchas veces en el sistema soviético: «Tomad iniciativas, desarrollad vuestro propio sector y ya veréis.» Es la historia de la segunda vaca de Jruschov. Durante la Conferencia del Partido yo estaba en Moscú y hablé con delegaciones llegadas del campo. Les pregunté: «¿Están a favor de la reforma agraria?» Y me respondieron: «¿Se acuerda usted de la segunda vaca de Jruschov?» Esa segunda vaca que arruinó a los campesinos. Todo el mundo conoce la historia y no voy a contarla, pero la sociedad campesina es más bien pasiva. Todo el mundo ha visto, creo, la película *El mujik*, en la que se cuenta cómo un *mujik* hace la *perestroika* en el campo, diciéndose: «Es una tontería, vas a empeñarte con los bancos, vas a arrojarte, trabajarás mucho, y sin embargo podrías llegar tranquilamente a tu jubilación, no deber dinero a nadie y no trabajar, y además, de todas formas, las reformas no llegarán muy lejos.» Éste es el estado de espíritu de la población. Es también una forma de sociedad civil. La resistencia pasiva, el sabotaje de las reformas en las empresas o en el campo, es también una forma de expresión de desconfianza hacia la sociedad. Es una manera de decir: «Sabemos que lo que el poder promete no lo mantiene.» Por tanto, podemos decir que la *perestroika* avanza, pero marca el paso a través de esa *glasnost* que si avanza, pues la gente se atreve a hablar, los campesinos se atreven a decir a la televisión que desconfían del poder. En la emisión sobre la *perestroika* aparecen obreros y campesinos que

explican por qué no quieren trabajar, por qué no quieren reformas. Por ello la *glasnost* es un éxito, y este superéxito de la *glasnost* y este estancamiento de la *perestroika* explican que este verano Gorbachov haya pasado a la segunda fase con la Conferencia del Partido, esforzándose por colocar en el plano político las reformas, y ya no en el plano del discurso simplemente y en el plano de la transformación económica.

Lo que él practica en la Conferencia del Partido es un intento de acompañar la transformación económica con una lenta pero controlada transformación política en la que su idea de la separación del partido y del Estado permitiría que el partido ya no fuera hecho responsable de todos los fracasos; le permitiría mantenerse al margen de la crítica y, por consiguiente, podría seguir siendo el sistema de referencia de la Unión Soviética al mismo tiempo que comprometería al Estado en su propia estructura e implicaría más con la *perestroika* a la estructura soviética elegida representante de la sociedad.

Después de la Conferencia ha sido necesario pasar a una tercera fase, una fase que podría denominarse quizá de huida hacia adelante, y que conocemos desde el mes de octubre. Gorbachov tiene dificultades para cambiar el Partido. Se encuentra con una sociedad que se resiste y con un partido del que ha cambiado la estructura superior. El Comité Central ha sido ligeramente transformado, pero sólo en un 50 %, no en un 100 %. El *Politburó* se ha transformado, pero Gorbachov tiene poco control sobre los cuadros intermedios, los responsables de las regiones, los responsables locales, los niveles más bajos, es decir, sobre todos aquellos que representan las antiguas costumbres de trabajo del partido. Es la autodefensa del partido contra transformaciones que el partido juzga peligrosas, un conservadurismo que ya afectó a Krushchov en 1964 y que hoy amenaza a Gorbachov. Es contra esto contra lo que Gorbachov propone hoy transformaciones políticas e ideológicas profundas. Creo que hemos llegado a una nueva fase; por esto hablo de huida hacia adelante. Transformación política profunda puesto que, en primer lugar, el poder total que reclama para sí a través de la presidencia del Partido, la presidencia del Estado, la presidencia del Soviet Supremo, no es solamente un poder total de Gorbachov: es una legitimidad de un nuevo tipo, es una legitimidad personal frente a la legitimidad del partido, es la posibilidad de tener un partido que resiste, pero de decir: «Soy el elegido del pueblo soviético, soy el elegido de la sociedad soviética, soy el jefe del Estado soviético y no sólo el secretario general del partido.» Yo diría que en última instancia se puede contemplar la hipótesis del cese de Gorbachov por el partido y su permanencia a la cabeza del Estado, pues nada se lo prohíbe en la medida en que el sufragio universal y dos mandatos posibles por cinco años le dan una legitimidad personal que es considerable, infinitamente más democrática que la legitimidad del partido. Esto es una verdadera revolución política, de la que se puede extraer un poder personal muy importante, pero con la que se puede, sobre todo, obtener un medio para limitar a un partido, si el partido es demasiado conservador.

La segunda revolución es la que se propone a través de las reformas constitucionales poniendo el acento sobre el poder soviético, es decir, sobre la voz de la sociedad, esta sociedad que se expresa a través de los grupos conocidos, pero también de los grupos informales de los que ha hablado Fernando, y que frente al partido conservador daría a la sociedad y no sólo al Estado — a la sociedad que se organiza en algo que no son partidos políticos sino grupos alternativos — un poder y una legitimidad nueva. Y esta revolución política es to-

davía más importante por ir acompañada de reformas económicas que en su estadio actual llevan a un desmantelamiento de la ideología que ha estado en vigor en los últimos sesenta años. Desmantelamiento de la ideología en el sentido de que ha exigido cada vez más iniciativas individuales en la ciudad, pero sobre todo, al querer devolver la tierra a los campesinos. Gorbachov ha invertido la lógica clásica, la lógica que ha presidido todo el sistema soviético, una lógica de la industrialización, una lógica del modelo urbano e industrial, del modelo proletario.

Pero ¿qué hacen las reformas económicas hoy? No sólo quieren volver a hacer campesinos propietarios, sino que, por añadidura, en las leyes de julio de 1988 se propone a los habitantes de las ciudades que alquilen, que compren casa en el campo, que alquilen las tierras de alrededor y que se transformen en campesinos el domingo. Es decir, se propone un nuevo modelo social, el de una sociedad a medias campesina, para alimentar a la URSS. Es el final de esta ideología superproletaria, es un golpe contra el conjunto del modelo leninista y no sólo del estalinista de 1929; es bujarinismo, y esto significa una sociedad equilibrada en la que cada uno actuaría según su propia iniciativa.

Quiero decir cuáles son las consecuencias de esta aceleración de intentos de reforma y de las reformas que van más allá de la prudencia inicial y más allá de la ortodoxia del sistema. En primer lugar, estas reformas no han tenido como efecto hasta el presente una modificación del estancamiento social. El único efecto que éstas han deparado es ayudar a la *perestroika* económica. Es la única cosa, pero en este aspecto no pasa nada precisamente porque la confianza social no se ha reanimado ni por las promesas democráticas ni por los cambios políticos. La sociedad, como se ha dicho, espera ver salchichón en las tiendas; es lo que se le dice a Gorbachov: «Estamos bien dispuestos a participar en las reformas si vemos el resultado de éstas.» El estímulo ante todo, y luego el esfuerzo social. Desde este punto de vista el fracaso es persistente.

En cambio, hay una aceleración de la iniciativa de base, de la movilización de base, algo que esta vez pone en peligro a la Unión Soviética, ante todo en las repúblicas periféricas con un doble movimiento porque estas repúblicas sufren esta contradicción entre centralización y descentralización. Así tenemos el separatismo de los bálticos y de los georgianos, que se expresa claramente por primera vez en la historia soviética, pariendo de dos argumentos: el del éxito económico de la *perestroika* ya puesta en práctica por los bálticos, y por el hecho de que estas cuatro repúblicas sólo pertenecen a la URSS por una conquista militar forzada, en 1921 para los georgianos, en 1945 para los bálticos, es decir, que no hubo entrada voluntaria en la federación y que, por tanto, ellas pueden elegir el derecho a la secesión si así lo desean. Este movimiento separatista es algo extremadamente grave. Y es la primera vez que lo vemos en la URSS.

Por otra parte, tenemos un movimiento islámico creciente sobre la base del conflicto generado entre Armenia y Azerbaiyán que no tiene solución porque no se pueden modificar las fronteras interiores salvo corriendo el riesgo de tener que llegar a cambiarlas todas. Vemos crecer un extraordinario panislamismo, todos saben que en Bakú la gente se manifiesta gritando «¡Viva Jomeini!» y que este movimiento se está difundiendo en Asia central, allí donde dormía. Cuando es posible expresarse, uno expresa lo que quiere, y donde la gente es musulmana expresa sentimientos islámicos.

Todo esto pone en cuestión todo el sistema. Fundamentalmente la integridad

territorial del Estado soviético. ¿Debe mantener la misma forma?, ¿el mismo espacio? En segundo lugar la naturaleza del sistema soviético multiétnico; la alternativa a esta desintegración territorial es el paso del federalismo a la Confederación, es otro sistema y es también el fracaso del leninismo que concebía el federalismo como fase de transición hacia la creación de un estado unificado. En tercer lugar la puesta en cuestión del pasado leninista, es decir de toda la estructura que da al Partido de Lenin el monopolio del poder, a través de la crítica de los orígenes mismos del estalinismo.

Terminaré con unas preguntas. Primera pregunta: ¿el Ejército soviético, todavía poderoso, puede aceptar la desintegración del territorio nacional? Es una cuestión muy grave dado que la función del Ejército soviético, releen la Constitución, es de garantizar la integridad del espacio soviético. ¿Qué es la integridad del territorio nacional cuando los manifestantes, cuando los frentes nacionales de las Repúblicas bálticas se pasean con una bandera nacional —la bandera soviética es parte integrante de la Constitución y no las banderas nacionales—, cuando se cantan los himnos nacionales mientras que la Constitución afirma que sólo existe un himno, el soviético? Significa que la Constitución soviética es totalmente ultrajada en la URSS.

Segunda cuestión: el Partido Comunista, que sigue siendo partido único en la URSS, ¿puede aceptar que se cuestione ideológicamente a Lenin, al conjunto de la estructura leninista y a su propio poder? Citaré al historiador Afanasiev, uno de los líderes de este movimiento, Afanasiev dice: «No podemos aceptar pararnos en 1930 ni en 1924, hay que excavar hasta Lenin.» La imagen es extraordinaria, ¿quién excava? El topo. El topo de Marx tiene que excavar bajo Lenin, es decir, tiene que hacer caer todo el leninismo para poder construir un sistema democrático. La imagen misma es un argumento, y un argumento peligroso; para hombres como Afanasiev la democracia pasa por el fin del leninismo y no por la vuelta al leninismo.

Así, existen dos tesis: para el poder, es la vuelta a Lenin; para los intelectuales, es la destrucción del leninismo como condición previa a una verdadera democracia en este país. Para el partido y para Gorbachov ¿es aceptable? Sabemos todos que el apoyo de los intelectuales más avanzados le es concedido al coste de que siga todas las tesis de los intelectuales.

Tercera pregunta: Gorbachov, para frenar la desintegración nacional y las inquietudes del Partido, ¿no se encuentra obligado a una fuga permanente hacia delante? Huir cada vez más adelante significa desarrollar un poder gorbachoviano cada vez más importante, un poder no fundado sobre la legitimidad del partido, sino sobre la legitimidad personal. Al límite, ¿no podríamos imaginarnos justamente un proceso de transición a la española, desde un sistema de partido único a un sistema de dictador único, quien, siendo el partido debilitado y contestado por otras fuerzas, dejaría en la última fase el lugar para la democracia, exactamente como ha ocurrido en España?

No tengo respuesta. Sin embargo, lo que quisiera decir con firmeza, y acabo, es que no se puede afirmar que Rusia no haya conocido nunca una sociedad civil. A partir de la reforma política de Alejandro II en 1861 se ha ido hacia el Estado de Derecho; esta expresión forma parte también del vocabulario de Gorbachov, con el fin de crear una sociedad que dialogue con el poder; con idas y venidas esta sociedad existió hasta 1914, la revolución acabó con ella a través de la disolución de la Asamblea Constituyente, que era la manifestación más clara de las capacidades democráticas de la sociedad rusa.

Desde hace setenta años estas manifestaciones democráticas fueron interrumpidas, pero se puede afirmar que desde Juschov ha habido constantemente intentos de hacer renacer unos grupos de discusión, unos elementos de sociedad civil, y me parece que lo que ocurre hoy en la URSS enlaza con un movimiento empezado hace más de un siglo e interrumpido totalmente entre 1917 y 1953 —la muerte de Stalin—, tímidamente reemprendido entre 1953 y 1964 hasta la caída de Juschov, interrumpido desde 1964 a 1985, aunque, sin embargo, nunca había muerto en el espíritu de los intelectuales, hoy lo vemos. Y ésta es la razón por la cual me parece que aunque las perspectivas no sean muy favorables, aunque las dificultades de esta transformación son considerables, la historia verdaderamente indica que el camino de la democracia no está cerrado, porque la sociedad civil nunca fue totalmente ausente de la historia de este país. Muchas gracias.

DEBATE

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Damos entrada al debate. No sé si Javier o Fernando quieren hacer alguna precisión antes de dar paso a las preguntas que quieran ustedes hacer. Adelante, Fernando.

BERNARDO CLAUDÍN: Estoy de acuerdo en general con el análisis que hace Hélène Carrère d'Encausse y también globalmente con el de Tusell, aunque tal vez pudiera marcar algunas observaciones. Yo creo que es interesante introducir, en este panorama final que nos ha explicado Hélène Carrère d'Encausse del conflicto con las nacionalidades, el conflicto con la inteligencia, el conflicto con ese gran sector social de trabajadores que se resiste a la perestroika porque cree que le va a crear problemas. Creo que la sociedad soviética ha entrado también en el campo de la política, y que la política empieza a tener un papel; y que no hay que perder de vista, en relación con todos estos conflictos, que en el último periodo, tal vez en el último año, incluso antes de la Conferencia, llevar todos estos problemas al campo de la política tal como la entendemos en Occidente, es decir, al campo de buscar compromisos, acuerdos, paliativos, soluciones arbitrarias, etc., da la impresión de que se abre paso.

Yo creo que Gorbachov es un hecho nuevo en la Unión Soviética, es un político. Está dando muestras de una capacidad política, de una capacidad de maniobrar, etc. Y también la inteligencia. He hablado con Yuri Afanasiev, por ejemplo, y con todos estos intelectuales que efectivamente tienen una posición democrática, radical, que consideran que hay que cuestionar el periodo de Lenin; pero al mismo tiempo tienen una visión política de la situación. Saben que, si ellos emprenden una marcha frontal con Gorbachov en este campo, los vencedores no van a ser ni ellos ni Gorbachov, sino los sectores conservadores del sistema. Por eso hay una actitud más política que no es ninguna garantía de que las cosas vayan a ir adelante, pero sí es un elemento necesario para que las cosas vayan adelante.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Javier Tusell quiere hacer también una intervención.

JAVIER TUSELL: Únicamente un segundo.

Yo estoy de acuerdo en lo que ha dicho Hélène Carrère d'Encausse, cuyos libros sobre la sociedad civil y la Unión Soviética verdaderamente admiró. Es la historia rusa sí que ha existido la sociedad civil, que surgió cuando ella dice, que fue suprimida cuando ella dice, en la Asamblea Constituyente. Si yo he hecho esa mención a la sociedad civil es exclusivamente con referencia al caso español, y en eso sigue habiendo una enorme diferencia, es decir, las memorias de los personajes políticos de la transición española —por ejemplo, Martín Villa— reconocen que la clase política de entonces no tenía fuerza moral para enfrentarse a la sociedad porque la sociedad había crecido de una forma totalmente independiente. Eso puede estar empezando a suceder ahora en la Unión Soviética, pero en todo caso establece una enorme diferencia. En lo que sí tiene ella totalmente la razón es que esa sociedad sí que surgió legitimamente en una época y fue suprimida cuando fue disuelta la Asamblea Constituyente.

HÉLÈNE CARRÈRE D'ENCAUSSE: Quisiera añadir unas palabras nada más. Hay un problema del que ninguno de nosotros tres ha hablado y que, sin embargo, hay que abordar. Los que luchan por la perestroika hoy en día en la *Intelligentsia* y en el partido es la generación de los que tienen cincuenta y sesenta años, es decir, los que han sido decepcionados por el declive del *ruschovismo* y a los que sus padres habían contado lo que fue el estalinismo. Pero si miramos a los que escriben, si miramos atentamente a los que luchan por la perestroika, nos damos cuenta de que no hay jóvenes. La generación de los veinte y treinta años de edad hasta ahora se encuentra al margen del debate. Esto me parece un problema bastante grave porque hay que pensar que esta generación ha sido educada por padres que tienen hoy cincuenta años. Para ellos, el estalinismo ha sido un problema de sus padres; sus abuelos habían crecido bajo el sistema soviético, que es un sistema, a sus ojos, viejo, mortal; para los jóvenes todo está muy lejos, tanto la guerra como el estalinismo. Muchas de los intelectuales a los que le he preguntado me han dicho que mientras estas jóvenes generaciones que se interesan por el mundo occidental, por los viajes, la *rock-and-roll* y los bienes materiales, no se suman a la lucha junto a ellos, corren el riesgo de ser atraídos por una parte o por otra, por los conservadores o por los liberales, simplemente porque se trata de una generación que no conoce muy bien la naturaleza de sus problemas por los que los intelectuales luchan. Sólo quería llamar la atención sobre este hecho, que me parece de una gravedad considerable.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Entonces abrimos el turno de intervenciones entre todos los que han asistido, inicialmente, de modo pasivo y escuchando al debate.
A ver, la primera pregunta. El almirante Salgado.

ALMIRANTE SALGADO: Muchas gracias, presidente.
A mí, como siempre, me toca abrir el fuego, que es lo mío. Y voy a abrir el fuego con dos salvas, pero con dos salvas de pólvora blanca, dos salvas de honor, dos salvas de saludo en honor a la claridad, a la transparencia, a la precisión y a la crítica con que se han expresado los ponentes que han hecho un empleo ejemplar de *glasnost*.

Estas dos preguntas tocan a las siguientes. Primera: ¿Qué actitud, si se puede saber, si se sabe algo, ha adoptado el poder militar, el formidable poder militar, los treinta y tantos ministerios de Rusia —de la Unión Soviética, para decir mejor—, ante las reformas propuestas por Gorbachov, *glasnost*, perestroika, etc? Y, segunda pregunta: Influencia o impacto que ha tenido o está teniendo o que puede tener en la Europa del Este, en la Europa central que podemos llamar, este movimiento de reformas de Gorbachov.

Nada más. Muchas gracias.

HÉLÈNE CARRÈRE D'ENCAUSSE: Contestaré a la primera pregunta hasta donde llega mi conocimiento.

Es una cuestión de la que he discutido mucho en la URSS el invierno pasado y en el momento de la Conferencia. Por lo que sé, hasta ahora el ejército soviético es más bien favorable a la perestroika en la medida en que la primera violación del declive soviético es justamente el ejército soviético, el poder militar soviético.

No sé si Fernando Claudín o el profesor Tusell han dicho que la sociedad militar soviética no era una sociedad totalmente cerrada, estanca. Está claro que el declive de la capacidad económica y tecnológica de la URSS concierne al poder militar soviético, aunque hasta ahora no se nota, y el ejército es quien, en una sociedad, no puede aceptar el retraso tecnológico y económico. El ejército necesita estar a la vanguardia. Así que el ejército era favorable, sabemos que estuvo a Andropov cuando éste llegó al poder; existen todas las razones para creer que ha apoyado la llegada al poder de Gorbachov, querida por Andropov. Hasta el momento, el ejército no ha sido víctima de ningún recorte presupuestario; todo lo que se sabe del presupuesto militar muestra que no se le ha impuesto ningún sacrificio y que, en el fondo, uno de los objetivos de la perestroika es el mantenimiento del poder soviético.

Hay algo que me ha impresionado de la Conferencia del Partido, que fue enteramente retransmitida por televisión en la URSS y donde había muchos militares presentes, en particular el jefe de las tropas soviéticas en Afganistán. Escuché las tres intervenciones de Gorbachov, y puedo decirles que era patético. Un hombre que luchaba contra 3.000 hombres, contra 3.000 conservadores del partido de nuestro lado, era de piedra, que le escuchaban con aire poco convencido, y Gorbachov tenía que arrancárselos aplausos; nunca se había visto esto en la URSS. Tenía que pelearse, hacer esfuerzos, esperar para que los aplausos llegasen paulatinamente. Fue muy difícil para él y tuvo que pronunciar tres discursos en lugar de los de apertura y clausura simplemente, para intentar convencer.

Uno de los dos momentos con más aplausos, y esto muestra el espíritu del partido, fue cuando

el jefe de las tropas de Afganistán, delegado en la Conferencia, tomó la palabra para explicar que el ejército soviético se había portado de forma admirable en Afganistán, que había ido allí porque lo habían llamado y se marchaba porque había acabado su trabajo, había mantenido una especie de paz y ya no tenía motivo para quedarse; hizo un elogio del ejército soviético en general, y en particular en Afganistán en esa etapa concreta, y eso fue el momento de máximo entusiasmo de la sala: los 5.000 delegados aplaudieron como locos. Es el único momento en que la televisión ha encuadrado toda la sala; si no, no lo hacía, porque quedaba demasiado claro que había sectores enteros de resistencia donde la gente no se movía, no aplaudía, no decía nada. Hasta el ejército los delegados expresaron una gran solidaridad.

El segundo momento más aplaudido es también muy curioso. Fue cuando Ligachov intervino para hablar del equilibrio que era necesario mantener. Dijo: «Estoy a favor de la perestroika, pero no hay que exagerar, hay que mantener la fuerza de nuestro país.» Junto con el jefe del ejército en Afganistán, fueron los dos oradores más aplaudidos, más que Gorbachov, hay que saberlo. Es muy importante salvo en las resoluciones finales.

Todo esto es para decir que el ejército no tiene, hasta ahora, razones de descontento. Por este motivo le planteo la cuestión de cuál podría ser su actitud, ya que puede estar descontento de que se envíen fuerzas militares al Cáucaso. Ha habido tres muertos militares en Azerbaiján. Es grave. Se matan soldados soviéticos en desórdenes debidos a la *glasnost*; de eso el ejército puede no estar contento.

Las revistas militares reflejan la preocupación del ejército de cara a dos cuestiones: por un lado, la descomposición moral de la sociedad soviética, y por esto estaba a favor de la perestroika; por otro, la amenaza de desintegración territorial. Creo que el ejército no se siente amenazado por la perestroika; para él el problema es que la *glasnost* podría llegar a modificar la sociedad hasta tal punto que tenga que entrar en acción para volver a poner orden.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Fernando, ¿está de acuerdo?

JAVIER TUSELL: Bueno, el Este, la reacción en el Este.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Sí. ¿Quiéres hacer alguna petición sobre la segunda parte de la pregunta, la repercusión de la perestroika sobre los países de que han hablado antes, central, los países del Pacto de Varsovia?

FERNANDO CLAUDÍN: Sí, era otra asignatura pendiente, efectivamente, porque hay el precedente del período de Jrushchov de la desestalinización que creó una crisis en todo el *glacis* europeo y, ahora, evidentemente, está teniendo una repercusión que es mucho más diversificada que entonces. Creo que la política de Gorbachov es, por un lado, impulsar en los países del Este la perestroika pero al mismo tiempo con una extrema prudencia, sin enfrentarse de una manera frontal con los núcleos que se resisten, sobre todo Alemania —República Democrática Alemana— Checoslovaquia... Rumania es un caso especial.

El problema es que es muy difícil en estos países, porque si pasamos una revista rápida vemos que en Polonia la situación ha llegado mucho más lejos, desde el punto de vista político, que en la Unión Soviética. Héctor Carrère d'Encausse hablaba antes de los estados bálticos, pero en Polonia el poder de Jaruzelski, del partido, se ve obligado a intentar un compromiso con la sociedad civil que, además, es una sociedad que tiene ya un grado de organización mayor que el que puede tener la Unión Soviética, a través de «Solidaridad», de la Iglesia, de sectores sociales como el campo, etc.

Por otro lado, en Hungría el proceso ha ido también bastante más lejos que en la Unión Soviética. El grado de pluralismo político, sin que haya todavía varios partidos, es mucho mayor. Y la perspectiva de que pueda desembocar en un pluripartidismo es una perspectiva que incluso algunos dirigentes actuales ya aceptan a corto o medio plazo.

El problema en la República Democrática Alemana es un problema muy original, porque no solamente la resistencia está determinada por razones de conservación del poder, sino porque en la República Democrática Alemana significaría una democratización del sistema. Significaría que la relación con la República Federal se estableciera sobre nuevas bases; que la República Democrática Alemana perdiera, digamos, su razón de ser, que el problema de la unificación Alemana, aunque no sea un problema de mañana, se plantearía ya en términos mucho más reales. Perdería su identidad. Hungría, si se democratiza, sigue siendo Hungría, o Checoslovaquia, o Polonia; pero la República Democrática Alemana, si se democratiza, no tiene razón de ser, fuera de la unidad alemana.

Estos son problemas muy diversos y bastante explosivos en una serie de casos. Y por eso creo que la política de Gorbachov es una política prudente. Vuelvo a insistir en eso que dije última-

mente: que se ve más, cada vez más en la Unión Soviética, por parte del poder de Gorbachov pero también por otros núcleos o agentes sociales. una actitud, una práctica de la política, es decir, un intento de abordar políticamente los problemas, de buscar compromisos, paliativos, de dejar que las cosas maduren en este u otro terreno, etc. Creo que eso es extremadamente importante. Y también se manifiesta en ese caso de los países del Este.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: No tenemos mucho tiempo para preguntas pero si tenemos alguno. Yo agradecería a los que quieran formularlas que las hagan ahora con ánimo de que después los ponentes puedan hacer una intervención global de respuesta y dar así más oportunidades de participación a todos.

Como esto después lo publicamos, si empezas vuestra intervención, si sois tan amables, dad vuestro nombre y, si pertenecéis a la revista de Defensa o a cualquier otra organización, decílo.

AURORA MINGUET: Mi nombre es Aurora Minguet, de Radio Nacional de España. Quería hacer una pregunta a los tres ponentes y especialmente a la señora Carrère con relación a la *glasnost*, que parece que tiene un significado ambivalente y un poco esquizofrénico. Por un parte, de cara a Occidente, parece que es el valor fundamental que puede ofrecer el sistema soviético y la promesa de la *perestroika*, pero, de cara al interior, la *glasnost* puede ser un veneno que puede terminar con el propio proceso de reformas. ¿Qué alternativas se ven, qué sugerencias se podrían dar desde Occidente para manejar este concepto que tiene dentro de sí mismo un propio veneno para el pueblo soviético?

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Continuamos con más preguntas.

NIEVES FREGANTE: Nieves Fregante, del Ministerio de Defensa.

A la Sra. Carrère d'Encausse y al resto de los panelistas: Estamos hablando de la continuidad de la *perestroika* y de la posibilidad de que siga adelante, y creo que se está centrándo bastante la cuestión en la persona de Gorbachov; sin embargo, se ha hablado de que la *perestroika* surge tras una generación que se da cuenta del declive del sistema soviético. ¿Cuál es la opinión de los panelistas sobre un posible consenso en el actual liderazgo, más concretamente en el Politburó, sobre la necesidad de reforma? Y, de existir este consenso, que yo particularmente creo que existe, ¿cuáles son las diferentes vías de reforma y de llevar a cabo la *perestroika* en cuanto a ritmo y en cuanto a amplitud? Gracias.

FLORENTINO PORTERO: Gracias. Mi nombre es Florentino Portero. Soy profesor de Historia en la UNED y miembro del Grupo de Estudios Estratégicos.

Quería hacer una pregunta en relación con las cuestiones inmediatamente anteriores. Ustedes han hablado de reformas, citando a Gorbachov, y de conservadores, pero a veces parece que entre ambos extremos hay una amplia gama de posiciones políticas: por ejemplo, Logachov no es meramente un hombre de Breznev; representa quizá otra forma de entender la *perestroika*. Podían ustedes desarrollar un poco este tema de posiciones centrales entre dos extremos.

RAMÓN DAVID ORTIZ: Soy Ramón David Ortiz, del Grupo de Estudios Estratégicos. Durante las intervenciones se ha mencionado que la cúpula de poder soviética se encuentra ahora mucho más resaca de lo que ya era habitual. Me gustaría saber, en conexión con esto, cuál es en estos momentos la situación del movimiento Pamiest, que parece ser que ha recogido a los sectores más pamiestistas de la población rusa. Gracias.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: ¿Hay alguna otra pregunta? Damos entonces la palabra a los ponentes para que respondan a esta primera salva de preguntas, y luego, si hay más, o provocadas por estas respuestas, continuamos.

¿Quién de los panelistas quiere empezar a responder? Algunas preguntas están directa o especialmente dirigidas a Hélène Carrère, me parece.

HÉLENE CARRÈRE D'ENCAUSSE: Intentaré contestar un poco. Primero de todo, a la pregunta sobre la *glasnost*, sobre su dualidad, sobre su ambigüedad, que me parece muy importante. Es verdad que hay dos *glasnost*: una como se concibe desde la cumbre del sistema, concepción que, sin embargo, Gorbachov acepta que se amplíe, y luego hay la voluntad de amplios sectores de la sociedad soviética de ir lo más lejos posible en el camino de la expresión no sólo de su frustración, dado que en origen la *glasnost* debía permitir expresar la realidad de las cosas. Pero que permitiera que se dijera: «Hay alcoholistas, hay pereznos». Se ha transformado en la expresión de las voluntades, más que en la expresión de los defectos del sistema. Un ejemplo perfecto: cuando los escro-

nitras dicen que quieren que sus leyes sean superiores a las de la federación soviética, eso es la *glasnost*, es algo que antes hubieran dicho en el fondo de sus corazones y ahora lo afirman públicamente y por ello luchan.

De hecho, diría que se trata de una deformación de la idea que tenía Gorbachov al principio, y esto me lleva a una observación importante. Era absolutamente incorrecto decir que Gorbachov era el Dubcek de la URSS, es lo contrario. Dubcek fue un hombre llevado por la obrapopular, que siguió sus demandas expresándolas de forma cada vez más fuerte. Gorbachov ha lanzado un movimiento que intenta mantener bajo control. Pero hay una «dubcekización» en la periferia del país, en la sociedad soviética y en Polonia, donde es la base la que dirige el movimiento y no la cumbre del partido.

Un claro ejemplo donde se ven las dos *glasnost*. El parlamento de Letonia ha sido muy prudente en sus críticas sobre el proyecto constitucional y ha intentado no ir tan lejos como el parlamento de Estonia, justamente calculando políticamente el impacto de adelantar las propuestas del centro. Tuvo que ir más lejos porque la base, los parlamentarios y la gente de la calle, las manifestaciones, lo han obligado a adoptar la posición estoniana separarista y a decir: «Tenemos el derecho a la secesión y, además, la autonomía completa de nuestras leyes.»

Así pues, vemos hasta qué punto es temible, y creo que la respuesta que se puede dar es la que se entrevé en Gorbachov: sobre él estoy plenamente de acuerdo con Fernando Claudín. Es un verdadero político y es la primera vez que, después de Lenin, la URSS es dirigida por un político pragmático.

La respuesta de Gorbachov es la que intenta hacer, un poco menos que la *glasnost*, un poco más que la *perestroika*. Se ve, por ejemplo, en las leyes que se están elaborando sobre la prensa, que limitarían seriamente la expresión de posiciones incontroladas, en cierto sentido en el texto de la ley sobre la autonomía del MVD. En la sociedad soviética existe una serie de leyes que deberían permitir un control, y la cuestión que podemos plantearnos es si es posible volver atrás, no sobre lo que ha querido el sistema, sino sobre lo que la sociedad ha entendido, aceptado o modificado de la *glasnost* que le habíamos dado.

La segunda pregunta a la que me gustaría contestar, ya que me concierne directamente, es la replicación del poder soviético. Pero no quiero acaparar la palabra, el resto lo dejo a los demás ponentes. Creo que es algo muy importante, de lo que no se ven bastante los efectos dramáticos, para la *perestroika*. Desde hace unos años hay un aumento de los nacionalismos; ustedes saben que Gorbachov ha entendido la gravedad del problema nacional sólo hace un año: es sorprendente de parte de un hombre tan inteligente, quien, en conjunto, ha analizado tan bien la situación. Yo he estudiado todos los secos desde que llegó al poder, en 1985, pero sólo cuando tuvieron lugar los pogromos y cuando ochenta mil armenios firmaron una petición para ir a reclutar a Moscú la modificación del mapa, su pasaje del Alto Karabaj a la República de Armenia, y cuando los parlamentos armenio y de Azerbaiyán se empeñaron en votar unas decisiones sobre la redistribución geográfica de los espacios de la URSS, Gorbachov tomó conciencia del problema nacional.

Entre paréntesis diré que esas peticiones de modificación de fronteras son totalmente impensables, dado que existe tal espíritu nacional que, si se toca el mapa de Azerbaiyán, todos los musulmanes se van a enfurecer; además, Turquía hizo saber discretamente al gobierno soviético que consideraría como ofensa personal que la población turca estuviese desfavorecida en la Unión Soviética —ya le parecía chocante que se hubiera acusado de corrupción a los musulmanes—; por último, se provocarían inmediatamente motines, por ejemplo en la cercana Georgia, donde dos regiones autónomas piden pasar a depender de la República Federada de Rusia.

Es entonces, digo, cuando Gorbachov toma conciencia de los problemas, pero hay algo que conocía desde hace más tiempo, algo que se manifiesta desde el principio de los años ochenta: es el nacionalismo ruso. Un nacionalismo propiamente ruso que no se había expresado antes. Desde hace unos años los rusos se han dado cuenta de que la República Federada de Rusia es económicamente desarrollada justamente porque ha abastecido de cuadros y de recursos a las repúblicas más pobres, y que, además, éstas la desprecian, al igual que lo hacen las repúblicas ricas, las éliticas; todo esto ha favorecido el desarrollo de un nacionalismo ruso a través de la búsqueda del pasado histórico, a través de la preservación de los monumentos, a través de los movimientos ecológicos y, en la forma más extrema, a través del movimiento Pamiest, que fue fundamentalmente, en un principio, un movimiento de preservación de los monumentos bestornos, transformándose en mucho más, hasta llegar a ser la expresión del nacionalismo ruso.

Terminaré diciendo hasta qué punto estos nacionalismos van a enfrentarse. Gorbachov ha prometido desde hace casi un año que habría un pleno dedicado a los problemas nacionales, debía tener lugar antes de final de año, pero ha sido aplazado al año que viene. He preguntado a unos amigos soviéticos con puestos de responsabilidad la causa de este aplazamiento. Me han contestado si me daba cuenta de lo que sería ese pleno, presente todo el Comité Central, donde los repre-

serbios de las nacionalidades ditas: «Perdona, pero ¿dónde están los musulmanes en el Pólvora? ¿Por qué somos los más corruptos? ¿Qué es este avance de los rusos que estamos viendo? ¿Por qué en el proyecto sobre los ríos de Siberia se ha decidido en favor de Rusia y en contra de Asia Central que tiene mucha más necesidad? ¿Por qué todo se hace contra las nacionalidades o más bien para favorecer a los rusos?»

Esa es una cuestión importante: ¿Por qué no se hace el pleno? Se hará el año próximo, pero ¿por qué no se atreven a hacerlo cuando es más necesario? Es porque ya saben que es una de las cuestiones más delicadas actualmente. En la Academia de Ciencias se ha creado un grupo de trabajo especial sobre los problemas nacionales presidido por el académico Bronshteyn, especialista de estos temas. Este invierno hubo una reunión dramática en la que los rusos dijeron: «Es tiempo de que se preocupen de nosotros.» No se trataba de gente ignorante, sino de personal universitario, inteligente, educado, joven, con una amplia formación política, y cuando los rusos han dicho: «Hay que reconocer también a Rusia unos derechos y al pueblo ruso que ha sido sacrificado en favor del desarrollo general de la Unión Soviética», entonces el vicepresidente de la Academia de Ciencias, de Uzbekistán, se ha levantado y ha dicho: «Escuchad: nos han colonizado, tienen una deuda hacia nosotros y la pagarán hasta el final de los tiempos.»

Ese es el clima de las relaciones interétnicas hoy en día en la URSS y explica por qué el pleno no se hace. Por tanto, Pamiest evidentemente atrae a muchos rusos, porque, aunque es extremista, es la expresión, sin embargo, de una frustración profundamente rusa. Lo importante es que los grandes escritores rusos respetados hoy en día que no son miembros de Pamiest son, sin embargo, personas muy conservadoras, de conservadurismo político, porque tienen la sensación de que la causa rusa se confunde hoy en día con una causa más conservadora.

JAMIER TUSSELL: Un brevísimo comentario a algunas de las cosas que se han dicho.

En primer lugar, sobre la *glasnost* y su efecto exterior. Una cuestión que no hemos abordado aquí, porque supongo que tendrá su lugar en otro panel, es el de la política exterior soviética: hasta qué punto ha sido modificada en la etapa de Gorbachov. A mí me parece que, así como la *perestroika* económica no ha funcionado, yo creo que, teniendo en cuenta que la Unión Soviética está en una situación en la que necesariamente tiene que mantenerse a la defensiva, su política exterior ha obtenido muchos éxitos, es decir, ha mantenido el límite de la expansión, no se ha producido un grave retroceso ni se ha producido una grave derrota psicológica. Eso se debe, en un elevadísimo porcentaje, a la *glasnost* con respecto al exterior.

En segundo lugar, los críticos en el seno de la clase dirigente; es muy difícil apreciarlos. Lo que sí que se podría decir son dos cosas: en primer lugar, que el término *perestroika* es un término casi religioso; quiero decir que nadie puede dejarse de identificarse con la *perestroika* porque «no rompería su comunión espiritual con el partido. Entramos a lo que se parece la *perestroika* en este sentido es cuando en los años setenta se hablaba en España de apertura, todo el mundo era partidario de la apertura; lo que pasa es que significaba cosas totalmente diferentes. Es un paralelismo quizá excesivo, pero en todo caso no nos puede hacer olvidar otro aspecto, y es que en la Unión Soviética muchas veces los llamados reformadores triunfan sobre los conservadores con un programa conservador, es decir, la lucha en la sucesión de Stalin no fue una lucha entre, claramente distinguidos, el campo reformador y el campo conservador, sino que Jrushchov desplazó a Malenkov a base de utilizar argumentaciones de carácter conservador como quien parecía más reformador.

En tercer lugar, hay un aspecto que efectivamente merece la pena recalcar, y es el aspecto del nacionalismo ruso. Recuerdo haber ido en Moscú al estudio de un pintor, un pintor de gran éxito, Ilias Glazonov, que pintaba cuadros enormes —la verdad es que horrendos— sobre la crisis del mundo occidental, donde aparecían Lenin y Marilyn Monroe. Pero sobre todo pintaba cuadros de iconos, una especie de iconos del pasado ruso, del cristianismo ortodoxo, de la Rusia imperial de los zares, una cosa curiosaísima, porque era un tipo de pintura absolutamente tradicionalista. Ahora, este pintor vino aquí, se le encargó hacer la embajada rusa en Madrid y no se le ocurrió otra cosa que poner una especie de Monasterio de El Escorial en el cenito de Madrid, y tuvo que ser la administración municipal de Madrid la que dijera que con el Monasterio del Aire ya tenían suficientes, que ya tres monasterios en un área tan pequeña eran demasiados monasterios. Es decir, hay una reacción muy nacionalista de la que autoriza no sólo el nacionalismo, sino el tradicionalismo cultural profundo que pasa por encima del leninismo, como ustedes saben, en unas declaraciones de Glazonov cuando estuvo la última vez aquí, criticó al leninismo, dijo que habría que acabar con el leninismo; por supuesto, volvió a la Unión Soviética y desmintió esas declaraciones. Pero, en todo caso, es muy significativo: a mí me parece absolutamente probable que él maldijera a Lenin en Madrid y volvierá a la Unión Soviética y siguiera siendo una persona del establecimiento cultural, porque indudablemente no hay más que estar en su estudio, ver cómo se come o ver el número de platos cuadrados que tiene, para ver que, si no estuviera en el establecimiento cultural, no podría hacer eso.

FERNANDO CLAUDÍN: Dos palabras más, en relación con una de las preguntas de si en el Buró político hay posibilidad de consenso o qué va a pasar.

Mi impresión, que se podría argumentar pero que voy simplemente a formular, es que la lucha en el Buró político no ha terminado. Esa lucha va a seguir. Se ha ido por etapas, y creo que el proceso no está terminado todavía desde el punto de vista de que se crea en el Buró político una situación suficientemente sólida para Gorbachov. En relación con la diferencia que pueda haber entre reformadores y conservadores —o, mejor dicho, qué otras ganas, qué otras tendencias puede haber—, efectivamente es una cosa muy convencional lo de reformadores y conservadores. Dentro de unos y de otros hay posturas y corrientes muy diversas, y creo que en el curso de nuestras exposiciones se ha aludido a ello. Dentro de los conservadores no es lo mismo la posición de Ligachov, por ejemplo, que está por una *perestroika*, pero una *perestroika* que transcurra de una manera, a un ritmo muy lento, ese ritmo al que había aludido Tussell antes, que el pensaba que era el ritmo del cambio actual; yo creo que esa es la interpretación de Ligachov; pero hay otros sectores que son mucho más radicales en la oposición a la *perestroika*. Hélène Carrère d'Encausse ha aludido a ese aspecto que tenían los mayor parte de los delegados en la XIX Conferencia del Partido. Son gente que está en el fondo radicalmente en contra de la *perestroika*. Y entre los reformadores, pues, también se ha visto aquí que una cosa es Gorbachov; otra cosa son unos grupos intelectuales, o personalidades intelectuales que van más lejos; otra cosa son los grupos llamados informales, que tienen una posición radicalmente democrática; otra cosa son los que plantean las cuestiones a través del problema nacional, de los nacionalismos; es decir, hay una enorme diversidad de tendencias. Yo creo que los sujetos sociales y políticos hoy en la sociedad soviética se han multiplicado en relación con esa visión que se tenía antes de inmovilismo, de monopolismo; es un cambio radical, un cambio tremendo, y el desenlace de esta lucha, precisamente porque es tan compleja, va a depender mucho de la sensatez o madurez política de los protagonistas principales de esta lucha, porque, si no, puede desembocar esto en una situación realmente muy complicada, muy explosiva.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Muy bien. Vamos a interrumpir la sesión durante diez minutos para tomar un café y seguidamente volvemos con el segundo panel.

A mí, de todas las cosas que aquí se han dicho, las que me han apasionado mucho son las referencias, siempre buscando analogías de diferente validez con otros procesos de cambio, con otros procesos de democratización, como ha podido ser la transición española, y tal vez ahí hay un elemento —que no se subraya— que me parece muy interesante de seguir, y es el proceso español de la transición como cambio de la legitimidad autoritaria a una legitimidad democrática respetando escrupulosamente la legalidad. Y yo creo que ese elemento está también presente, o es una de las cosas que están pasando, en la Unión Soviética. Y luego, algunas de las cosas que aquí se han dicho me han hecho volver a un antiguo —bueno, no tan antiguo— libro de Ignacio Sotelo donde analiza, creo que con extraordinaria fuerza, el proceso del leninismo al estalinismo. Ese proceso no como una degradación sino como necesidad lógica inscrita en el sistema leninista.

Gracias.

3. EL FENÓMENO GORBACHOV: AMOR Y PASIÓN OCCIDENTAL

BERNHARD HAGEMEYER: Muy buenos días. Tengo el honor de moderar esta mesa, el segundo panel, sobre el fenómeno Gorbachov: amor y pasión occidental.

Antes de iniciar la exposición, quisiera presentarme: soy el delegado de la Fundación Konrad Adenauer aquí en España y mi nombre es Bernhard Hagemeyer. También quisiera presentarles a los ponentes. En primer lugar, Manuel Azcárate, a mi izquierda, es periodista y conocedor por experiencia propia, como exmiembro del Partido Comunista español, del socialismo en la URSS y de sus cambios. El señor Azcárate ha escrito numerosos ensayos, artículos y libros sobre ese tema. A mi derecha, Manuel Coma, profesor de Historia Contemporánea en la UNED, miembro del Grupo de Estudios Estratégicos y seguidor de los temas relacionados con la URSS. Finalmente, Carlos de la Serna, politólogo, funcionario del *staff* internacional de la OTAN en el Directorio de Información.

Yo quisiera rogarles a los ponentes que se atengan a una exposición de unos quince minutos aproximadamente para dar espacio a un diálogo entre nosotros, entre la mesa y también, por supuesto, con ustedes, la audiencia.

Muchas gracias. Doy la palabra al señor Azcárate. Por favor.

MANUEL AZCÁRATE: Vamos a entrar en otro terreno que yo resumiría diciendo qué percepción existe en Occidente de la *perestroika* y de los cambios en la URSS. Incluso, teniendo en cuenta el tema general, atacaría más directamente: ¿existe una impresión en Occidente de que está desapareciendo el enemigo, es decir, esa terrible amenaza que ha representado la Unión Soviética?

Creo que sí. Mi opinión es que existe esa tendencia a asumir la idea de que el enemigo está desapareciendo. De hecho, el título del panel da casi una respuesta. Pero ¿es eso fruto de una ola de pasión y de amor, es decir, de algo irracional, ya que la pasión es de por sí irracional? Yo pondría interrogantes en el título del panel.

Creo que la evolución hacia la simpatía por Gorbachov ha sido más bien cautelosa y lenta. Creo que se han ido difuminando o perdiendo reacciones iniciales como la de, por ejemplo, «todo se debe a los dotes de propaganda de Gorbachov», actitud que provocó, como todos sabemos, un incidente diplomático serio entre la República Federal de Alemania y la Unión Soviética. Creo que está también disminuyendo la interpretación de «mucho cuidado, la *perestroika* va a fortalecer a la Unión Soviética; entonces, si es un éxito la *perestroika*, la Unión Soviética va a ser más fuerte, y va a ser más peligrosa». Creo que más bien empieza a aparecer otra idea, la de si las tendencias centrífugas, los peligros de desmoronamiento del sistema, no pueden llevar a

unas situaciones incontrolables, pero entonces ya el problema es completamente distinto del que ha servido de base a la estructura de la vida internacional europea.

Más bien considero que hay racionalidad, y no tanto pasión, en la actitud, es la evolución de la opinión europea hacia Gorbachov. No he encontrado encuestas de opinión referentes al conjunto de los países de Occidente, aunque sí unos estudios muy detallados y, creo, muy interesantes sobre la opinión de los Estados Unidos, que dan, por ejemplo, este cambio sintomático, simpatía hacia Gorbachov: en el 86, el 51 %; en julio del 88, el 83 %. Y el estudio considera que un factor esencial ha sido el tratado INF, es decir, un momento en que ya no eran palabras sino hechos; la opinión es cautelosa, no quiere volver a una experiencia tipo distensión de otras épocas, palabras, todo va bien, nos sonreímos... La opinión busca hechos y los ha encontrado. Y, sobre el mismo tratado INF, más que la disminución en sí de armamentos, la aprobación del sistema de inspecciones *in situ* como un cambio cualitativo, no sólo respecto a ese tratado, sino que abre posibilidades quizá radicalmente distintas para otros terrenos del control de armamento o del desarme.

Ideas puramente propagandísticas, digamos, como la de una defensa puramente defensiva, pueden tomar un valor radicalmente distinto si se acompañan de sistemas de inspecciones *in situ*.

Ahora, el otro factor que ha desempeñado y sigue desempeñando un papel decisivo en la percepción de la Unión Soviética es el hecho de los cambios interiores; es decir, los cambios interiores en la Unión Soviética son fundamentales para ese cambio en la actitud occidental hacia la Unión Soviética. Y no ya sólo por el hecho de que en esos cambios aparece un reconocimiento y una tendencia hacia valores que Occidente ha defendido siempre, valores de democracia, etc., sino por el hecho, todavía más, de que esos cambios están dando lugar a la aparición de unas contradicciones de la sociedad soviética —como ya se ha explicado detalladamente antes— que convierten un proceso empezado desde arriba en algo que ya tiene motores distintos y que, por tanto, es mucho más imprevisible hacia dónde lleva.

En ese orden yo creo que hay un hecho actual, muy sintomático: la misma reforma constitucional que tendía, como ha explicado muy claramente la profesora Hélène Carrère d'Encausse, a dar una nueva legitimidad a un presidente de la Unión Soviética, a Gorbachov como presidente, de pronto se ve envuelta en el estallido de los nacionalismos y se hace, encima, completamente distinta de como estaba prevista.

Elo, en mi opinión, crea en Occidente una percepción de que la Unión Soviética está en una situación de debilidad mucho mayor que antes, que es un país que está obligado a concentrarse en solucionar tremendos problemas que tiene dentro de sí y que eso mismo la coloca en una posición de debilidad en la situación internacional.

Lo mismo —sería largo o inútil argumentarlo— en el terreno económico. La sensación de que en la base de una política exterior que se esfuerza por soluciones negociadas, por soluciones, por pasos del desarme, está un imperativo económico, la imposibilidad de seguir soportando el peso de unos gastos militares que para una economía mucho más débil que la de los Estados Unidos representa un peso mucho mayor.

Y otro factor que hace percibir esa debilidad está en la misma situación que se ha tocado brevemente en el panel anterior, la del fin del monolitismo,

del bloque; el hecho de que la Unión Soviética tiene que hacer política, pero no tiene ya posibilidad de imponer una uniformidad en su bloque, si no que, al contrario, tiene que intentar resolver problemas de ese tipo.

Por tanto, esa Unión Soviética, con esos problemas de todo orden —sólo he citado algunos— ya no se ofrece a Occidente, ya no puede ser percibida, como ese mismo enemigo que está en la base, en el fondo de toda la estrategia occidental desde hace varias décadas. En ese orden también los sondeos de la opinión norteamericana creo que son sintomáticos; a mí me han chocado éstos: un 59 % considera que hoy los competidores económicos plantean una amenaza mayor a la seguridad de los Estados Unidos que los adversarios militares; y, en cuanto, concretamente, al arma nuclear, sólo un 15 % cree que hoy el peligro de guerra nuclear dimana de la Unión Soviética. Hay una opinión mucho mayor que considera que el peligro de que el arma nuclear sea empleada en un momento u otro dimana de su empleo en el Tercer Mundo en otras condiciones.

De ahí que esta actitud hacia Gorbachov en esto que hemos titulado «Pasión y amor», es esta corriente de simpatía hacia Gorbachov, creo que apunta a algo que trasciende en las relaciones Este-Oeste. Yo creo que aparece una idea o se instala fuertemente en la opinión occidental, la idea de que están cambiando las bases de la estructura internacional dentro de la cual ha vivido Europa en estas últimas décadas. Y se apunta una corriente histórica, política —pero quizá habría que considerarla también cultural—, que es la aspiración de una Europa en la que los factores militares no desempeñen, no ocupen, el lugar central que han ocupado, que están ocupando ahora. La aspiración a una seguridad europea en la que puedan pesar mucho más los factores políticos, económicos, que los factores propiamente militares.

El deseo, por tanto, de salir de una etapa histórica en la que el pensamiento político, sobre todo en materia internacional, la economía, la diplomacia han estado marcados por una militarización, por un proceso de supermilitarismo que ha llegado sin duda, al menos en mi opinión, a extremos patológicos para la salud de los pueblos. En ese orden, en esa tendencia hacia la búsqueda de formas nuevas de relación en Europa y de formas nuevas de buscar bases para la seguridad europea, es interesante notar cómo en la opinión pública se observa un apoyo creciente a la idea de que hace falta ayudar económicamente a la Unión Soviética, a los países del Este, en la medida en que esas ayudas pueden ser contribuciones muy importantes para el desarrollo del proceso de reforma.

Y, en ese orden, no quería terminar sin apuntar un punto más concreto: parece que en ese orden hay a nivel gubernamental como dos ritmos, como dos formas de abordar las cosas, parece que cuando actúan los gobiernos, los políticos —Reagan, Thatcher, Kohl, De Mita, Mitterrand, entre los visitantes de Moscú de los últimos meses—, hay una capacidad de iniciativa, una búsqueda de formas nuevas para abordar los problemas tanto del desarme, de la seguridad, como de las relaciones en general entre el Este y el Oeste; y en cambio parece que cuando habla por Occidente la OTAN, es decir, de una manera colectiva, parece que hubiese una incapacidad total —o, si no total, muy grande— de salir de una especie de anclaje en conceptos tradicionales que no parece que logren conectar con las evoluciones que se están produciendo. Y quizá en esto hay que ver una de las causas, por lo menos, de posiciones que se están manifestando en Occidente, más netamente por Francia, en favor

de un mayor papel de los Estados, propiamente dichos, en los problemas de la negociación del desarme.

Y esa pasividad occidental, incluso ante algunas propuestas de Gorbachov que están sobre la mesa, lo han subrayado en algunos artículos recientes personas como Pierre Lellouche —yo he leído su artículo en *The Herald Tribune*—, Graham Allison —en el último número de *Foreign Affairs*—; esa sensación de pasividad occidental yo creo que está contribuyendo, de hecho, a esa ola de creciente simpatía, de apoyo, esa nueva actitud de apertura que hay en la opinión hacia los cambios de la Unión Soviética.

Dejaría aquí esta presentación por mi parte para poder intervenir, sobre otros temas, a lo largo del debate.

BERNHARD HAGEMEYER: Gracias, señor Azcárate. Cumpliendo exactamente al segundo, quince minutos. Muchas gracias?
Señor Coma, por favor.

MANUEL COMA: Trataré de cumplirlo simplemente cortándolo en el punto al que llegue, sin preocuparme demasiado si he llegado al final.

Creo que el título de este panel refleja bastante la actitud occidental. Considero que hay un cierto encandilamiento en la actitud occidental sobre todo si atendemos efectivamente a la opinión pública. Pero también a la presentación de lo que está sucediendo en la Unión Soviética por parte de los medios de comunicación; y, en alguna menor medida, pero muy pequeña menos medida, por parte de las declaraciones de los políticos.

Yo creo que la reacción occidental se puede resumir en la frase que dice que es sumamente positiva. Y, analizando un poco más, me parece que, en primer lugar, se otorga un alto grado de confianza a la persona del secretario general; se suscita simpatía a su persona, pero sobre todo se le atribuye una gran credibilidad, es decir, lo que dice es verdad, lo que dice refleja sus auténticas intenciones.

Luego, un segundo elemento de la actitud occidental me parece que es la esperanza, incluso una gran esperanza de que el proceso que ha puesto en marcha en su país introduzca libertad, democracia y prosperidad en la Unión Soviética y que convierta a la Unión Soviética en un país como los demás, un país que se preocupa esencialmente por el bienestar de sus ciudadanos en un mundo en paz. Las iniciativas internacionales de Gorbachov reciben por parte de la opinión pública occidental las mejores calificaciones. Se atribuye, se le atribuye, un papel de líder en el esfuerzo por acabar con la carrera de armamentos, por eliminar las armas nucleares y por poner fin a la política de bloques. Y, de esta manera, se haría desaparecer el peligro de un holocausto atómico y se asentaría la paz sobre las bases de la seguridad mutua sustituyendo a la destrucción, la amenaza de destrucción mutua como base para la paz.

Luego, en tercer lugar, me parece que está también sumamente generalizada la preocupación por el futuro de ese proceso que podría dar tan excelentes frutos, ese proceso en el que se han puesto tan grandes esperanzas en Occidente, debido a las amenazas en parte internas, las múltiples resistencias que la reforma suscita en el interior de la Unión Soviética al lesionar privilegios y al chocar con las rigideces ideológicas de los conservadores dentro del Partido Comunista, pero también por las amenazas que puedan llegar del exterior debido a la posible insensibilidad de los políticos occidentales, sobre todo de los

políticos norteamericanos, encastillados en una mentalidad de guerra fría o promotores de intereses cuya defensa requiere un clima de tensión y, en todo caso, un adversario. Un adversario que tenga los caracteres más negativos posibles, un adversario al que demonificar.

De esta mezcla de esperanzas y temores se derivaría lo que en mi caracterización sería el cuarto punto, el cuarto elemento de la actitud occidental expresada sobre todo a través de las opiniones públicas, de la actitud occidental ante el fenómeno de Gorbachov, y es, sencillamente, que hay que ayudar a Gorbachov. De hecho, de nuestra ayuda depende en parte su futuro político personal y, por tanto, la realización de esos beneficiosos proyectos.

Frente a este panorama tan positivo y con una nota de temor, existe una opinión minoritaria entre los soviólogos occidentales, como, por ejemplo, Besançon o François Revel en Francia, o como, por ejemplo, David Sather o Richard Pipes en los Estados Unidos, pero mucho más extendida entre los exiliados soviéticos, como, por ejemplo, Volenski o Volkoff, que presenta la otra cara de la moneda. Naturalmente, las representaciones de la opinión pública tienen que ser necesariamente simples y con una fuerte tendencia al simplismo. Las presentaciones de los profesionales son, evidentemente, mucho más complejas, mucho más matizadas, por tanto, mucho más difíciles de resumir. Pero, a riesgo de hacer una verdadera caricatura, yo intentaría resumirlas diciendo —siguiendo, por ejemplo, a Besançon que quizá es el que desde hace más años ha presentado una visión coherentemente construida y sumamente basada en una tremenda desconfianza de todo lo soviético y que ahora, sencillamente, la ha reelaborado y la ha aplicado a la situación actual— que podría ser en estas líneas.

En primer lugar, lo que hay en la Unión Soviética es una crisis del propio Partido Comunista. La sociedad soviética ha sido suficientemente desactivada para que todos los procesos de decadencia pueda resistirlos el sistema. Pero lo que el sistema no puede resistir es que el propio partido se transforme. El partido ha ido perdiendo la fe en la ideología, que era lo que lo legitimaba, y también ha ido perdiendo la distancia con respecto a la sociedad, que era una de las condiciones de su dominio y de su supervivencia. Y la corrupción que se ha introducido en el partido amenaza con descomponerlo en una red de mafias periféricas que se unen en el centro. Y ésta es la verdadera amenaza interna al partido. Luego, naturalmente, está esa degradación general de los niveles económicos, educativos, etc., que amenazan la posición internacional, amenazan el poderío militar soviético y, por tanto, su posición internacional.

Lo que Gorbachov ha organizado para reaccionar ante estos peligros es, según este punto de vista sumamente negativo, fundamentalmente una enorme operación de propaganda que trata en el interior, sobre todo, de atraerse a los intelectuales. De nuevo suscita esperanzas entre los intelectuales, algo parecido a la época de las cien flores en el maoísmo chino, y, de esta manera, a través de los intelectuales, tratar de sacar de su apatía a la sociedad y conseguir de nuevo una cierta movilización popular. Pero, sobre todo, lo que busca es que nuevamente los occidentales salvasen el sistema soviético inyectando capitales, inyectando tecnología y dándole un nuevo respiro. En este sentido la *perestroika* sería *perediskaya*; sería un espacio para recobrar resuello y extraer los recursos occidentales que aseguren su supervivencia.

En el plano económico, las reformas son sumamente superficiales, y es simplemente un poco de leña que se hecha a ese fuego propagandístico pero

no tiene ninguna posibilidad de tener éxito. El otro aspecto, el conseguir esa, en primer lugar, tregua en la competencia con Occidente, pero luego, en segundo lugar, ayuda positiva, tiene muchas mejores perspectivas.

Esto es una tremenda simplificación de una postura, por supuesto, mucho más matizada y en la que se integran muchos más elementos, pero en todo caso sirve de contraste. La opinión de los soviólogos profesionales, como hemos visto hoy día, es un abanico muy amplio que ocupa puntos intermedios entre esos dos extremos.

Quizá el inconveniente fundamental es que presupone que la Unión Soviética es irreformable, y eso lo ha dicho de manera taxativa Besançon, que es el que he utilizado un poco como modelo. Pero, claro está, no hay nada irreformable en este mundo. Y, luego, en un plano más concreto, creo que sobre todo no recoge la movilización de fuerzas sociales que, como decía Claudin esta mañana, se ha despertado, se ha puesto en marcha. Pero en todo caso nos sirve para recordar que efectivamente a lo largo de la historia ha habido muchas estructuras que se han resistido ferozmente a la reforma y que han preferido perecer antes que cambiar. Y que no se puede descartar que, si efectivamente se tratase de una operación de propaganda para resistir al verdadero cambio, entonces esa podría ser la situación en la Unión Soviética.

Voy a analizar, partiendo de este contraste, los puntos que, en mi opinión, pueden caracterizar la reacción occidental y que ya he apuntado anteriormente.

En primer lugar, creer en y creer a Gorbachov. Creo que en esto hay una verdadera desmesura en Occidente. El sistema soviético es un sistema; ha tenido siempre una concepción militar de la política desde sus orígenes, es decir, en muchos aspectos es el reverso de lo que decía Clausewitz de que «la política es la continuación de la guerra por otros medios». Y por esta razón ideológica y por otras sociales, históricas, mucho más complejas, siempre le ha atribuido una gran importancia a un principio del *Arte de la guerra* enunciado hace veintitantos siglos por Sun Tzu, que dice en los versículos 17, 18 y 19 de su primer capítulo: «Toda la guerra se basa en el engaño; por consiguiente, cuando seas capaz finges incapacidad; cuando activo, inactividad; cuando próximo, haz aparecer que estás lejos; cuando lejos, que estás cerca.» De manera que el sistema soviético ha atribuido una enorme importancia al engaño, es decir, a la ocultación de lo que es y a la desinformación. La desinformación absorbe una cantidad de medios y funcionarios enorme en la Unión Soviética.

Ciertamente, la *glasnost* ha hecho cambiar muchas cosas de manera radical en lo que a éste aspecto se refiere en el interior de la Unión Soviética, es decir, en lo que está pasando y en lo que ha pasado históricamente. Pero ni ese aparato de desinformación ha sido criticado de manera masiva ni en absoluto ha sido desmantelado en lo más mínimo. Por tanto, pensar que esto, que esta fortísima tradición y esta realidad, no desempeña un papel en las actitudes de los dirigentes soviéticos no sólo es una revolución, sería un milagro y un milagro verdaderamente extraordinario.

Desmesura hay también en la posición de los occidentales cuando las encuestas de opinión atribuyen mayor credibilidad a Gorbachov que a sus propios líderes democráticamente elegidos, es decir, porcentajes que están en todo caso, en casi todos los países, por encima del 50%. Y digo sus propios líderes, que tienen que dar cuenta a una opinión pública, que van a ser sometidos al proceso de elecciones. Yo creo que eso realmente no tiene sentido; es decir, la medida supone una cierta corrección, un cierto «equilibramiento».

En Occidente todo el mundo da por supuesto que los políticos hacen promesas que no van a cumplir, que los políticos nunca pueden decir la totalidad de la verdad; sin embargo, incluso dicen mentiras. Es decir, cómo es posible que un político surgido de la Unión Soviética no esté sometido, como mínimo, al mismo proceso. Y, por supuesto, esta actitud ignora el enorme volumen de los escritos propagandísticos. De ninguna manera digo que se reduzca el fenómeno soviético actual a pura propaganda, mas la propaganda está ahí, y el ignorarla es ignorar un factor explicativo fundamental.

Pero luego hay otro problema. Cuando se pide que se crea en Gorbachov, el problema es en qué Gorbachov, porque, desde luego, desde marzo de 1985, cuando tomó el poder, hasta la actualidad ha ido cambiando, aunque en todo momento se pueden encontrar en los textos de Gorbachov declaraciones muy duras, muy continuistas y declaraciones aperturistas. ¿En cuál de las dos hay que creer? Yo pienso que muchas veces en las dos, pero en todo caso hay que hacer una selección, hay que hacer algún tipo de crítica.

Y luego, por otro lado, hay continuación, ha declaraciones en las que utiliza terminología occidental; se ha convertido. Sin duda, en algunos aspectos ha aceptado ideas procedentes de Occidente, pero ¿en qué medida? Es decir, ¿es una conversión radical o simplemente está fomentado el etnocentrismo característico de Occidente? ¿Está fomentando conscientemente una tendencia que se manifiesta en Occidente desde 1917, desde la misma revolución de esperar que el fenómeno soviético es algo episódico, es un accidente histórico que tiene que terminar en algún momento? Setenta años después esta actitud no ha desaparecido en Occidente y en gran parte las esperanzas puestas en el proceso soviético significan un reverdecimiento de esa actitud.

En segundo lugar, tendríamos que analizar cuáles son las intenciones de Gorbachov. Detrás de las intenciones está la motivación. La motivación es clarísima que no es un idealismo, no es sencillamente dar un paso adelante en el régimen, no es una nueva valoración de la virtud de la libertad, sino que en todo momento lo ha dicho, y todos los partidarios lo han dicho: es la extrema necesidad. Cuando alguien hace algo por extrema necesidad, ciertamente no se le debe atribuir un mérito especial; es la necesidad de no quedarse rezagados, de no convertirse en una potencia de segundo orden a comienzos del siglo XXI. No es una motivación especialmente gloriosa.

Pero lo siguiente es preguntarse qué se propone. Lo seguro es que se propone salvar el sistema. Lo ha dicho también muchas veces. A comienzos de su mandato, en una reunión de responsables económicos de los partidos comunistas de la Europa del Este, a puerta cerrada, que es lo que tiene verdaderamente interés, en una alocución que no apareció en la prensa, dijo: «Camaradas, muchos se preocupan por el salvavidas, pero de lo que tienen que preocuparse es por el barco, y el barco es el socialismo.» De manera que eso es lo que quiere salvar. Y, naturalmente, sus reformas tratarán, por tanto, de detenerse en donde el cambio conduzca a una modificación sustancial del sistema, una modificación por la que el sistema sea irreconocible. Por supuesto, creo que lo importante son las fuerzas sociales puestas en movimiento, pero, como ya nos ha señalado la profesora Carrère d'Encausse, esas fuerzas son sobre todo las intelectuales; es decir, por parte de grupos sociales fuera de la *Intelligentia*, lo que hay es una actitud de esperar, de esperar y ver, una actitud de pasividad y pedir primero los resultados y luego el apoyo.

Gorbachov busca, desde luego, fortalecer el país, busca mantener el con-

trol del Partido Comunista sobre el conjunto del país y busca atraerse a una población que estaba escapándose del sistema y tratando de crear espacios de refugio respecto de ese sistema. Eso es lo que podemos saber seguro que busca. Ahora, el problema es que hay también muchas incógnitas, es decir, en ninguno momento ha expuesto cuál es su modelo final. De Suárez se decía en la transición que lo malo es que no tenía una concepción del Estado, no sabía adónde conducía la reforma; sobre todo, esto se decía con respecto al Estado de las autonomías. Eso, en mucha mayor medida, aplicado a muchos más aspectos, se puede decir de Gorbachov. Y también ha quedado claro en el conjunto, en esta mañana. Pero, por ejemplo, si tomamos el caso húngaro nos encontramos con que hace unos días estuvo Grosz en Madrid, y en una entrevista publicada en *El País*, que aparecía titulada «Por mí puede haber diez partidos en Hungría», lo que decía era: «Por mí puede haber diez partidos en Hungría, pero sin embargo eso no es bueno para Hungría y eso no es lo que quiere el pueblo húngaro.» Luego decía: «Hemos ido demasiado deprisa en la construcción del socialismo. El sector privado representa un 6 %; realmente necesitaríamos aumentarlo hasta un 30 %», que es precisamente también la cifra que daba ese economista interlocutor de Fernando Claudín como meta para la reforma soviética. «El proceso de construcción del socialismo que creíamos que duraría cincuenta o sesenta años, puede durar cuatro o cinco veces más, es decir, doscientos o trescientos, pero la meta es un 100 % de sector estatal.» Si Hungría representa el futuro de la Unión Soviética, si va veinte años por delante, entonces hay que pensar que, desde luego, lo que se proponen es sencillamente dar un paso atrás, es una NEP pero para luego volver de nuevo a la colectivización. Una vez más, otra cosa distinta es lo que realmente suceda; otra cosa distinta es que esas fuerzas sociales puedan ser paralizadas.

Creo que el proceso no es irreversible en el sentido en que el liderazgo conserva todos los resortes de poder y, de un punto de vista físico, material, lo podría detener en cuanto quisiera. Pero, ciertamente, eso tendría unos costos muy elevados. Y luego, en segundo lugar, hay algo que sí me parece irreversible, y es que no se podría volver a la retórica actual, la retórica de que esto es la antesala del paraiso. Esa retórica es algo realmente que ha quebrado, y el optimismo histórico en el que se fundamentaba como fuente de legitimación el sistema soviético, «el futuro es nuestro», no podría volver, no podría manifestarse al exterior como fundamento legitimador del régimen aunque se diese marcha atrás.

En fin, para acabar ya, solamente quiero hacer una pequeña especulación. La simpatía que suscita Gorbachov está asociada al proceso que ha puesto en marcha, y se da por supuesto que está estrictamente unido. Esto es algo bastante sorprendente: una personalización de la política en ese grado después de siglos de ciencia social. Pero sobre todo pienso que, en primer lugar, es muy consciente de lo que le sucedió a Jruschov y ha puesto en marcha toda una serie de actuaciones políticas para que no le suceda a él, con lo cual, considero que es mucho más difícil que se repita el caso de Jruschov. Mas, en todo caso, me creo que una caída de Gorbachov significase necesariamente la interrupción de la *perestroika*. Quizá una parálisis momentánea. Y sería sorprendente que el proceso de reforma fuese absolutamente lineal y gradual, sin interrupciones, sin retrocesos, sin tensiones. Sería algo verdaderamente extraordinario.

Ahora bien, una caída de Gorbachov teledirigida por los conservadores, digamos Ligachov o cualquier otro, se encontraría exactamente con la misma necesidad que ha llevado a Gorbachov a iniciar la reforma. La fuerza de Gorbachov ha estado siempre en esa frase que él ha pronunciado varias veces: «Si nosotros no, ¿quién? Si ahora no, ¿cuándo? Si es absolutamente necesaria, ¿por qué no ahora y los que estamos aquí, nosotros? Porque, si no, tendrá que ser más adelante y por otros, pero tendrá que ser.» De manera que Ligachov se encontraría con la misma necesidad. Y Ligachov podría encontrarse, sin embargo, con más ventajas para hacerla, porque podría ser la cuña de la misma madera que rompiera la resistencia de los conservadores. Puede ser, pues, el Suárez procedente del movimiento nacional necesario para romper el movimiento nacional. El Beguin ultranacionalista necesario para llegar a los acuerdos de Camp Davis, o el De Gaulle necesario para abandonar Argelia. Hay mil cosas más, pero espero que salgan en el debate.

BERNHARD HAGEMeyer: Muchas gracias, profesor Coma. Señor De la Serna, por favor.

CARLOS DE LA SERNA: Muchas gracias. Hablar del efecto de la *perestroika* sobre la opinión pública en Occidente no deja de ser una tarea bastante difícil porque no existen hoy en día, por lo menos para mi conocimiento, estudios mínimamente «científicos», y lo científico lo pongo entre comillas respecto a este fenómeno.

Por tanto, mucho de lo que se diga respecto a esta influencia de la *perestroika* sobre la opinión pública en Occidente no deja de ser bastante especulativo. El título genérico de este encuentro o seminario, «La *perestroika* y el poder militar soviético» debería invitarnos a considerar, aunque sea a nivel especulativo, el efecto que tiene la *perestroika* en la percepción que tiene la opinión pública occidental sobre, precisamente, la existencia o no de una amenaza soviética, la posibilidad o no de un conflicto militar en un futuro próximo.

Como digo, no existen estudios profundos sobre esto, y lo único a lo que he podido echar mano ha sido a estudios más genéricos que se han ido haciendo en países de Occidente por parte de sociólogos y expertos en la opinión pública sobre aspectos más generales, relativos a los problemas de defensa y la opinión pública en Occidente. Creo que para situar un marco general desde donde poder debatir con más detalle el efecto de la *perestroika* sobre la opinión pública no vendría mal presentar aquí algunas de las conclusiones de estos trabajos, que digo que se han venido realizando en los últimos años. Estos trabajos fueron expuestos y discutidos en su día entre quienes los habían elaborado en dos seminarios que se han realizado sucesivamente por invitación de la Dirección de Información de la OTAN en Bruselas, uno en el año 87 y el otro hace apenas un mes, en algo que pretende ser un ciclo anual de seminarios sobre opinión pública y cuestiones de defensa en Occidente.

Y yo creo que algunas conclusiones son interesantes de tener en cuenta respecto a ese marco general para situar el problema más específico de la *perestroika* y su efecto sobre la opinión pública. Estas conclusiones que quiero presentar no son ni conclusiones de la OTAN ni siquiera conclusiones más, sino lo que parece ser que han concluido los expertos en análisis de opinión pública.

Una de las primeras cosas que destacan estos estudios es que la opinión pú-

blica occidental tiene actitudes ambivalentes; incluso a veces parecen contradictorias: como, por ejemplo, que existe una opinión general favorable a la idea de la disuasión como una forma de prevenir la guerra y de garantizar la paz. Pero simultáneamente existe un rechazo clarísimo y rotundo hacia todo lo que tenga que ver con el arma nuclear, cuando todo el mundo sabe que parte fundamental de la disuasión descansa precisamente en la disuasión nuclear. Igualmente existe otra ambivalencia o contradicción de la opinión pública, que considera que es bueno defenderse —nadie pone en duda el legítimo derecho de los pueblos a su defensa—, pero, simultáneamente, a esa misma opinión pública le parece mal todo lo que sean gastos en materia de defensa.

Y otro elemento curioso es que este tipo de ambivalencias no son percibidas en la opinión pública como ambivalencias que demuestran una contradicción: les parece lo más normal estar a favor de la disuasión y en contra de las armas nucleares, estar a favor de la defensa y en contra de los gastos de defensa. Incluso, ya entrando en el campo de las relaciones Este-Oeste, existe una gran parte de la opinión pública que piensa que el equilibrio militar entre el Este y el Oeste es algo así como un absoluto platónico, es decir, algo casi inmutable, perenne y que siempre va a existir, se ocupe o no la Alianza Atlántica o los países de Occidente de mantener su esfuerzo defensivo o de llevar a cabo políticas de modernización de los sistemas defensivos, etc. Como si se diera por sentado que el equilibrio existe y existirá, independientemente de las políticas que se lleven a cabo en materia de defensa.

Entrando más precisamente en la percepción de la Unión Soviética en los últimos dos o tres años —y la evolución, por tanto, está muy vinculada al fenómeno de la *perestroika*—, lo que está claro es que cada vez desaparece más, incluso se puede hablar de un colapso en el seno de la opinión pública, un colapso de la idea de amenaza ideológica —vamos a hablar no sólo de amenaza militar pero sobre todo de amenaza ideológica—, que se produce simultáneamente junto a una disminución importante en el grado de temor que existe en Occidente ante una posible o hipotética invasión soviética. Explicar el colapso de la amenaza ideológica parece que es fácil de entender en tanto en cuanto en Occidente existe cada vez más un estado de opinión de que el modelo del marxismo-leninismo ha fracasado en la Unión Soviética como un modelo a seguir; otra cosa es que interese mucho lo que ocurre en la Unión Soviética.

Otra ambivalencia de la opinión pública es que, simultáneamente a esa disminución de la captación de la amenaza, el poderío militar soviético se sigue percibiendo como una realidad. El poderío, no digo la amenaza, sino el poderío militar. Y ese poderío militar soviético en cierta manera hay que contraequilibrarlo, es decir, hay que crear el balance, el equilibrio. Quiero aquí hacer una nota al margen: Cuando hablo de opinión pública occidental me refiero fundamentalmente a los países que han sido objeto de estos estudios, que, evidentemente, no incluyen a España de momento, sino los países que siempre han estado en la Alianza Atlántica, fundamentalmente los Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania Federal, Francia e Italia.

Esta necesidad de contraequilibrar o equilibrar ese poderío militar soviético también viene acompañado en Occidente de una cierta convicción de que las políticas de seguridad que se llevan a cabo por parte de Occidente no deben basarse únicamente en creer lo que se declara, es decir, en las promesas que vienen, en este caso, de Gorbachov y de la *perestroika*, sino más bien en

los hechos. Entonces, en ese sentido se puede decir que en general existe un cierto consenso entre la opinión pública y lo que es la política de defensa declarada por parte de los gobiernos occidentales hoy en día.

Otro elemento que también se destaca en estos estudios de opinión es que todo debate como el que estamos teniendo hoy aquí, u otros coloquios con respecto a la intencionalidad de la Unión Soviética, cuáles son los objetivos que persigue en política exterior y política de defensa, etc., es un debate extremadamente reducido, y reducido ¿a quién? Reducido a las élites, las élites políticas gubernamentales, los soviólogos, los académicos, etc., y que aún hoy, por lo menos hasta mediados del año 88, no es algo que haya penetrado masivamente en la opinión pública.

Y, curiosamente, otro elemento que se ha detectado en todos estos estudios es que es un debate fundamentalmente dentro de y entre partidos políticos en Occidente, incluso llegando a veces a disputas muy agrias: me refiero a los temas de defensa, no a la percepción sobre la URSS. Los problemas de la defensa en general suelen ser algo muy vinculado directamente a la vida política del día a día, de la lucha entre los partidos, pero incluso dentro de los partidos. Como ocurrió con todo el debate en torno al despliegue de las fuerzas nucleares intermedias, las INF o los entromisiles, como se les quiera llamar. Realmente en Occidente no se trató de un debate entre, por ejemplo, conservadores y socialistas, sino que fue un durísimo y muy agrio debate dentro de las filas de la izquierda, entre la izquierda moderada, proatlántica, y una izquierda mucho más radical, antiatlántica y antimilitar.

Una de las cosas, por tanto, que se puede concluir es que el debate y discusión de los problemas de defensa y de seguridad no son cuestiones candentes en la opinión pública tomada en sentido amplio y general, puesto que lo que se ha detectado es que la opinión pública desconoce fundamentalmente los elementos del debate, es decir, no tiene constancia ni conciencia de qué es lo que se está discutiendo. Ahora, de ahí a decir que las cuestiones de defensa no influyen sobre la vida política sería quizás exagerado. Normalmente, por lo que uno ve en situaciones como las que nos tocan más próximamente a los españoles, observamos que muchas veces las materias de seguridad y defensa son más bien un arma arrojadiza que se utiliza entre los partidos políticos dentro de la lucha diaria y no es tanto un problema *per se* como un medio para otro tipo de luchas y de conflictos entre los partidos y dentro, incluso, de estos. Ahora, como decía, pensar que las cuestiones de defensa no influyen en la opinión pública o, en este caso, las cuestiones de las relaciones Este-Oeste y la imagen que se tiene de la *perestroika*, sería demasiado atrevido. Más bien lo que ocurre es que la opinión pública fija unos ciertos parámetros, unos límites, en torno a los cuales los partidos políticos son conscientes de que se tienen que mover. Y la experiencia parece demostrar que cuando uno se sale de sus límites, de sus parámetros, más bien se tiende a perder votos que a ganarlos; mientras que cuando se mantiene uno dentro de sus parámetros más o menos tácitos, no explícitos, cuando utilizan cuestiones de defensa los partidos políticos ni ganan ni pierden votos. Hay un caso muy ilustrativo que es el del Partido Laborista en Gran Bretaña, donde claramente se coloca fuera de esos parámetros, de esos límites vagos, pero en general se podría decir que la opinión pública quiere a la vez la defensa y la distensión aunque de una forma equilibrada, y en todo caso la opinión pública lo que no quiere es —eso es lo que indican las encuestas— verse enfrentada a la tesitura de tener que elegir entre

una de las dos, es decir, o defensa o distensión. El Partido Laborista claramente se sitúa fuera de esos parámetros, y lo que ocurre es que el electorado lo castiga.

Pero es que hay otros ejemplos en Occidente que ilustran esto que estoy diciendo, y es el caso de la República Federal de Alemania, donde se observa cómo, cuando un gobierno quiere hacer que pierda importancia el debate en materia de defensa y que se reduzca a un debate sin dar demasiados aspavientos ni radicalizamos en los argumentos, es decir, disminuyendo el grado de disputa que existe en materia de política de defensa —el ejemplo de la coalición de CDU-CSU y de los liberales—, en ese caso ese gobierno no pierde votos; quiero decir que tampoco es que gane muchos por esa política en concreto, pero ni pierde ni gana. Mientras que, cuando un partido de la oposición, que es el caso del SPD, adopta plataformas que son conflictivas en política de defensa, parece que ocurre como con el Partido Laborista británico, que es llamado inevitablemente a ser castigado por el electorado.

Por tanto, una conclusión general que se puede sacar de estos estudios que se han ido realizando en estos últimos años sobre la opinión pública y la defensa en Occidente es que de una forma constante se produce un incremento en la hostilidad de la opinión pública hacia las cuestiones de defensa; es decir, hay una hostilidad creciente, no es un incremento radical y que llame mucho la atención, pero sí es un incremento que va en aumento. Y, curiosamente, uno de los elementos más nuevos que hay en todos estos análisis es la observación de un hecho, la diferencia que se ha producido entre más o menos el período 86-87 y un año después, 87-88. Curiosamente, en la era post-INF se ha detectado que aquello que podíamos llamar esa gran mayoría silenciosa, que participaba en todos los debates, cada día muestra más interés y está más activa; eso es lo que enseñan las encuestas de opinión, pero curiosamente no está más activa ni es más ni menos silenciosa a efectos de proponer alternativas y de proponer ideas nuevas en materia de política de defensa, sino que, sencillamente, va expresando cada día más claramente aquello que le desagrada y que no quiere.

¿Y qué es lo que esta mayoría silenciosa en las sociedades occidentales está empezando a manifestar cada vez con mayor fuerza? Es, primero, una oposición radical a los gastos de defensa, una oposición importante a todo lo que sea modernización de los arsenales nucleares, todo este debate que hay ahora en Occidente en torno a la modernización de los misiles de alcance medio, y, en general, disgusto ante todo lo que sean actividades militares o aquello que insinúe o recuerde de una u otra manera a la guerra. Es como una especie de algo a evitar, un mal, una especie de cataclismo del cual se quiere huir. Los sociólogos y los expertos en opinión pública están intentando comprender este fenómeno y entender por qué se produce, y la verdad es que no han llegado a conclusiones. Lo que han hecho es constatar. Y es importante que, cuando se constata algo de la relevancia que tiene este tipo de corriente en la opinión pública, haya que analizarlo.

Hay varias teorías. Algunos de ellos hablan de la posibilidad de que se deba a una especie de efecto retardado ante lo que fue la Segunda Guerra Mundial, la utilización del arma nuclear, etc., y a una mayor toma de conciencia del cataclismo que podría suponer una guerra moderna hoy en día. Evidentemente, estamos asistiendo a cambios históricos muy importantes que hay que ver con cierta perspectiva; a veces es difícil cuando uno está metido en

ese mismo proceso, y estos cambios históricos están cuestionando en Occidente muchas de las ideas dadas por ciertas hasta hoy; ese consenso que ha habido en torno a la defensa y la necesidad de mantener una postura fuerte ante la posible amenaza soviética. La *perestroika* es, fundamentalmente, un poco el catalizador de este cambio histórico; se ve de forma muy distinta por parte de las élites, es decir, los expertos, los políticos, los sociólogos, etc., y por parte de la opinión pública entendida en un sentido amplio, general. Los primeros, las élites, ven todos estos cambios con preocupación y creen que pueden ser una fuente importante de inseguridad e incertidumbre, mientras que, curiosamente, en la opinión pública en general no se ve en estos cambios que se están produciendo más que oportunidades para un progreso positivo, es decir, para un mejoramiento de la situación general. Y, además, en la opinión pública no se identifican en el horizonte inmediato o a medio plazo peligros significativos. Es decir, aquí vemos un divorcio entre lo que se está hablando, discutiendo entre las élites, y lo que parece ser que es hoy en día la opinión general de los ciudadanos.

Por tanto, eso plantea en Occidente tanto a políticos como a intelectuales, como a la sociedad en general, una serie de retos a los que, desde luego, no voy a proponer soluciones ni alternativas; son temas que deberían debatirse no sólo aquí, sino en futuras reuniones y encuentros.

Yo más bien lo que he intentado, ya para terminar, es presentar la situación de cómo se está identificando por parte de los que se dedican a administrar la opinión pública; otra cosa es lo que uno pueda pensar personalmente, ideas que quizás en el debate podamos manifestar.

DEBATE

BERNHARD HAGEMEYER: Muy bien. Muchas gracias, señor De la Serna. La segunda mesa, por favor.

COMANDANTE CASADO: Comandante Casado, Ministerio de Defensa. Mijaíl Gorbachov ha presentado en diversas ocasiones —la última vez muy claramente en Belgrado durante su visita en marzo de este año— su idea sobre el hogar común europeo. Se trata de un edificio, según el secretario general del PCUS, basado en cimientos firmes, es decir, el Acta final de Helsinki, con varios pisos, por los menos cuatro. El primero sería la igual seguridad para todos los Estados; el segundo, la resolución pacífica a los conflictos; el tercero, una cooperación económica en todos los campos entre los Estados europeos; y el cuarto, la creación de una comunidad cultural que genere confianza mutua por el conocimiento que conlleva. Esto ha provocado una serie de análisis también muy contradictorios que, en Occidente, van desde creer que esta idea es extraordinaria porque está basada en la satisfacción de los intereses mutuos, de intereses egoístas, estatales, pero que pueden ser compartidos, hasta los que opinan que el objetivo final de la Unión Soviética es lograr anular la cohesión de la Alianza Atlántica sobre todo separando a los Estados Unidos de sus aliados europeos.

Me gustaría conocer su opinión sobre este tema.

BERNHARD HAGEMEYER: ¿A quién se dirige usted directamente? A los tres. Muchas gracias. Lo comentamos directamente. ¿Quiénes de ustedes querían intervenir en esto?

MANUEL AZCÁRATE: Yo creo que la idea de hogar común europeo quizá es un ejemplo, en mi opinión, del factor de propaganda que efectivamente siempre es inherente a toda política. Creo que ha sido un lema eficaz desde el punto de vista de la propaganda. Al mismo tiempo creo que es un lema flexible que el propio Gorbachov ha ido cambiando en su interpretación. Incluso en últimas propuestas dando la idea de que obviamente los Estados Unidos tendrían que participar; aeventuales cumbres europeas, etc.

Mi concepción sobre el tema, en este nivel, porque es una cuestión que no la he estudiado a fondo, es doble: yo creo que Gorbachov no ha llegado todavía a una actitud clara en cuanto al fenómeno, digamos, de la Europa política, es decir, la construcción en el marco de la Comunidad Europea de una entidad política de Europa occidental. Creo que es un problema sobre el cual no ha habido toma de posiciones públicas, bien porque no tiene una opinión, bien porque considera que por ahora no le conviene descubrir su posición sobre eso. Pero creo que al mismo tiempo, y es como ha sido acogida en general por algunos gobiernos europeos, se ve en Alemania de manera muy clara y también en Maastricht y los círculos gubernamentales franceses de hoy, también es una idea que permite en juicio para considerar que, una vez afirmado por Occidente que la creación de esa entidad política de la Europa occidental es algo propio y que marcha por su propia fuerza y que no tiene por qué ser consultada ni negociada con nadie, una vez considerado esto, a la vez es obvio que ante los cambios en la Europa del Este hace falta una nueva política de apertura hacia el Este. Y entrará ahí terrenos económicos, militares, la ayuda al desarrollo, se llaman a los derechos humanos, al proceso de democratización... Y ese concepto puede servir y es útil como, digamos, escenario, plataforma para la búsqueda de esos puentes a través de los cuales se puede influir en los procesos de la Europa del Este.

BERNHARD HAGEMeyer: Muchas gracias. Profesor Coma...

MANUEL COMA: Por mi parte, estoy de acuerdo con lo que ha dicho Azcarate, pero añadiría que una característica que hay que resaltar respecto a esta propuesta que es común a otras muchas de Gorbachov, es la absoluta vaguedad. Y en eso también hay un cierto continuismo con las tradiciones de la manera de expresarse del secretario general, pero más en este momento de cambios en el que se buscan ideas. El secretario general hace formulaciones extraordinariamente generales, y luego otros, sobre todo ahora que hay debate abierto en la Unión Soviética, las discute o incluso personas con posición oficial las concretan un tanto. Pero el secretario general no lo ha hecho, de manera que siempre puede disuadirlo; siempre hay una posición de repliegue. Y esto se ha hecho de muchas maneras, con muchos tipos de propuestas, y el de la casa común también. En ocasiones, por ejemplo, Gorbachov ha hecho declaraciones, sobre todo en el primer año, proponiendo la eliminación de las armas nucleares en un período de quince años, haciendo unas propuestas verdaderamente sensacionales y luego, cuando a la mesa de negociaciones llegaban con el texto los negociadores soviéticos, el texto decía una cosa distinta de lo que se había propuesto. Formulación del tipo de: «La lucha de clases no es lo único que hay que tener en cuenta porque la humanidad es una casa común para todos —no es ésta la expresión pero la idea es la misma—. Tenemos que pensar en términos de humanidad porque podemos destruir la humanidad, y esto hoy nos obliga a reducir los elementos de confrontación, incluso aunque sea una confrontación de clases.» Pues eso tampoco se concreta, tampoco se sabe lo que es; el bien de la humanidad puede concordar con la Unión Soviética.

Y hay muchas propuestas de ese tipo. Yo creo que está en esa misma línea. Por supuesto, uno de las cosas para las que podría servir es para que unos vecinos ayuden a otros, para que los vecinos se tengan confianza mutuamente, pero lo que pasa es que la ayuda no es en los dos sentidos, no es que unos están más necesitados y otros están menos, para eso podría servir, pero de momento yo creo que es que simplemente no es nada.

BERNHARD HAGEMeyer: Señor De la Serna...

CARLOS DE LA SERNA: Gracias. Creo que es muy difícil juzgar intenciones. Entonces, ¿qué es lo que quiere Gorbachov cuando habla del hogar común europeo? Es difícil de saber. Yo lo que creo es que en Occidente debemos intentar no perder la perspectiva en algunas cuestiones que son fundamentales a la hora de enfrentarse al análisis y a la comprensión de lo que ocurre hoy en la Unión Soviética, y sobre todo en materia de lo que nos afecta más directamente, que es la seguridad de Europa, los problemas de carácter militar; porque debemos aclarar, en primer lugar, que todo el fenómeno de la perestroika y de la glasnost y todas las reformas que están teniendo lugar internamente en la Unión Soviética, en definitiva, si han de beneficiar a alguien ante todo es a los soviéticos, es decir, al pueblo soviético, porque así podrá tener ese sistema que quieren tener y no hacer tantas cosas. Pero a nosotros, en la Europa occidental, para nosotros, ¿qué es lo que significa realmente la perestroika? No van a cambiar nuestras vidas; nosotros el sistema lo tendremos más caro o menos caro, pero lo tendremos. A decirlo lo que debe preocuparnos en Occidente es lo que afecta a la seguridad en Europa, porque no hay que olvidar que hoy en día la Unión Soviética sigue siendo la mayor potencia militar en el continente europeo. Eso es una realidad incontrovertible, eso está ahí y no podemos olvidarnos de ello. Tampoco nos podemos olvidar de la experiencia histórica, lo que nos enseña la historia con relación a la imposibili-

dad de predecir en toda su realidad qué es lo que ocurre o puede ocurrir en la Unión Soviética mañana. Mañana se muere Gorbachov de muerte natural o muere no natural y qué es lo que va a ocurrir. La historia nos enseña que la Unión Soviética es un país muy impredecible. Los cambios han sido tremendamente radicales a lo largo de la historia y casi siempre nos han cogido, a Occidente, a contrapié; no hay más que ir a los libros de historia para comprobar lo que estoy diciendo.

Además el carácter del tipo de dominio que ejerce la Unión Soviética sobre los países de su área de influencia o sus aliados, incluso sobre su propia sociedad, es uno que hace temer explosiones. De repente, estamos viendo hoy en día en Armenia, en las repúblicas bálticas o lo hemos visto en la Europa del Este, en Praga, en Budapest, etc. Esos son los tipos de elementos que no debemos perder de perspectiva a la hora de entender el fenómeno de la perestroika y qué es lo que pretende. No vamos a resolver nosotros los problemas internos de la sociedad soviética: son problemas de los soviéticos en primer lugar. Y, en todo caso, en Europa lo que tenemos que ver es cómo puede afectarnos a nosotros.

BERNHARD HAGEMeyer: Señor Azcarate, ¿quisiera añadir algo sobre lo dicho por el señor Coma?

MANUEL AZCARATE: Quería polemizar sobre un punto, porque creo que a veces la polémica es útil para aclarar ideas.

Yo creo que Gorbachov —se dijo antes— es sobre todo un político y creo que lo que dice Gorbachov está muy medido y todo tiene mucha importancia. Cuando hay un cambio en lo que ha dicho en un momento u otro, se debe en general a causas muy concretas. Ya se habló de la introducción de factores que él no ha previsto. Ahora, el problema de las frases vagas sobre la humanidad. Es que yo creo que es uno de los aspectos más importantes de lo que Gorbachov ha dicho, porque es una parte de su libro en la cual, según la interpretación que de eso ha hecho George Kennan —me baso en él porque estoy de acuerdo y la autoridad de George Kennan me parece que es bastante importante—, es que, con esos planteamientos sobre la aparición en este momento de la historia de intereses comunes de toda la humanidad, Gorbachov, de hecho, ha sentado las bases para cargarse, para liquidar, la teoría básica marxista de la lucha de clases. Y que en ese orden ha introducido una especie de bomba tremenda en toda la ideología soviética, porque de un concepto del mundo basado en la lucha de clases se pasa a un concepto de la historia en la cual aparecen intereses comunes. Por eso quería hacer esa breve observación.

CARLO TREZZA: Me llamo Carlo Trezza. Más bien que una pregunta, quisiera hacer una observación sobre lo que ha dicho Manuel Azcarate a propósito de una cierta dificultad de los países occidentales a adaptarse a la evolución en la Unión Soviética y a una cierta pasividad.

Yo creo que, efectivamente —el a lo mejor tiene razón—, la explicación se puede ver en el hecho de que el proceso que se ha iniciado en la Unión Soviética —como se está demostrando, me parece, en ese debate— es un proceso del cual no vemos todavía la conclusión, que nos plantea muchos interrogantes y, sobre todo, que hay una cierta dificultad, digamos, a tomar una postura irreflexiva sobre una realidad que está en evolución. Efectivamente, Gorbachov, aunque yo no crea mucho en las encuestas, es un personaje popular en la Europa occidental, pero considero que no es éste su problema: su problema es su popularidad en el interior de su país, y a lo mejor se exagera un poco, yo creo, el papel que puede desempeñar Occidente en problemas que me parecen fundamentalmente endógenos. Gracias.

BERNHARD HAGEMeyer: Muchas gracias. Termino otra palabra pedida.

IONACIO COSIDO: Sí, soy Ignacio Cosido, del Grupo de Estudios Estratégicos. No voy a ser yo quien le discuta a Manuel Coma la desmesura con que la opinión pública occidental ha acogido el proceso de perestroika y el fenómeno Gorbachov. Entre otras cosas porque creo que éste es uno de los consensos básicos que actualmente ha hecho público el Grupo de Estudios Estratégicos.

Lo que me gustaría decirle es que creo que su discurso también padece de una cierta desmesura y, además, creo que es una desmesura consciente, es decir, frente a una sociedad española completamente encandilada y maravillada, es lógico que el intelectual, el experto en estos temas, trate de cargar las tintas y poner los acentos sobre las posibles equivocaciones a que puede llevar esta desmesura, ¿no?

No sé si con el análisis que él hace es totalmente consciente de que los bienes políticos son quizás aún más limitados que los bienes económicos, y que las alternativas reales que el sistema soviético plantea hoy a Occidente no un estereotipo que representa la línea de Breznev y un estereotipo que representa la línea de Gorbachov. Cuando ha terminado, me daba cierta sensa-

ción de que, entre esa alternativa, desde luego la de Breznev era muchísimo mejor, porque el señor Gorbachov no es más que un Breznev disfrazado de Gorbachov con los mismos defectos, con los mismos peligros, el mismo enemigo que se nos presenta con una piel de cordero. Y creo, sin embargo, que el señor Gorbachov es distinto, que está demostrando que es distinto, y que esa distorción compensa en cierto modo el mayor grado de confianza que también se produce en esa reforma. Por tanto, ante la alternativa, aunque él parecía quedarse con Breznev, yo me quedaría con Gorbachov.

En segundo lugar, creo que la esperanza de Occidente en la reforma del sistema soviético no se basa en las propias declaraciones de Gorbachov o no se basa de manera única, entre otras cosas porque él nunca ha reconocido que quiera llevar una libertad, una democracia entendida como la entendemos en Occidente. Yo creo que se basan y se sustentan más —considero que con cierto razonamiento— en que la libertad, y eso está demostrado en otros procesos de transformación, es difícilmente dosificable, y que, cuando ante una necesidad imperiosa se abre un poco el grillo de la libertad, a veces esto conlleva un grado de libertad mayor que a veces es difícil de controlar.

Y, en tercer lugar, hay que reconocer que la situación que se produce en la Unión Soviética por lo menos es nueva, es cualitativamente distinta, no solamente cualitativa, sino que es algo diferente, que responde a una nueva extrema necesidad que anteriormente no se había planteado en los términos actuales y que, por tanto, necesita también de una respuesta, y que la nueva respuesta se está produciendo. Yo creo que esa es una pequeña concesión que le debemos dejar a la perestroika, ¿no?, su novedad, algo que yo creo en la presentación realizada queda un poco como que eso es un respojo solamente dentro de un proceso mucho más global que va a llevarnos a donde estábamos siempre. Muchas gracias.

BERNHARD HAGENMEYER: Muchas gracias. Tú quieres contestar, sí.

MAMMI, CONIA: Si puedo, sí. La verdad es que mi decepción es debida a tres circunstancias. En primer lugar, a mi carácter desmesurado, pero eso es lo más trivial. En segundo lugar, a que yo, cuando escribo o hablo, es decir, cuando me dan tres folios para escribir en un periódico o veinte minutos para hablar, entonces quiero centrarme sobre aquellos aspectos que me parece que se resaltan menos. Por ejemplo, yo sé muy bien que un acuerdo de control de armamentos bueno puede producir mayor seguridad, pero me parece peligrosísimo que la opinión pública no sepa —o funcione como si no lo supiera— que un mal acuerdo de control de armamentos puede producir mayor inseguridad, ¿no? Entonces me centro cuando escribo, cuando hablo en pequeñas dosis, sobre estos problemas. Y, por último, cuando solamente se puede hablar durante veinte minutos no se pueden introducir matices —la verdad es que estoy todavía bajo el impacto de la intervención de la profesora Cécile d'Encausse, ella sí es capaz de hacerlo pero yo no— y, por tanto, las cosas quedan un poco desenfocadas. Desenfocadas incluso hasta el punto de que no se le entiende a uno, porque yo, desde luego, no le debo que prefiera a Breznev antes que a Gorbachov (eso me llevaría a extenderme y no quiero hacerlo). Mi punto de vista sobre Gorbachov es que éste es un personaje como el de El gato de Lampedusa, que quiere que algo cambie para que todo siga igual. El problema es cuándo tiene que cambiar. Parece que al principio, según lo que hizo y dijo los primeros meses en su poder, esperaba que fuera bastante poco, luchar contra el alcoholismo, una campaña de disciplina laboral, luchar contra el absentismo, pero evidentemente se ha dado cuenta —a lo mejor lo sabía desde el principio— de que hay que hacer mucho más, y, por tanto, parece que el precio que está dispuesto a pagar para que todo siga igual es una mayor cantidad de cambio, pero, desde luego, no tanto como para que se desfigure el sistema.

Y luego, en cuanto a la alternativa Gorbachov —Breznev, lo que sucede es que yo creo que es una cierta insatisfacción estar demasiado seguro sobre adónde puede ir la Unión Soviética; es decir, se ha puesto en marcha un proceso verdaderamente enorme; en cualquier caso existen analogías históricas medianamente utilizables para hacer una comparación y, por tanto, nos adelantamos en el terreno de lo desconocido. De manera que el futuro puede ser más o menos igual, puede ser mejor o puede ser peor; todas las cosas son posibles, me parece. Podría llevar a un colapso del sistema soviético, lo cual desde Occidente podría ser algo deseable, podría llevar a un fortalecimiento del sistema soviético en el momento en que conserva todavía un gran poder militar y, entonces, reaccionar militarmente frente a ese peligro; los militares argentinos invadieron las Malvinas, ¿qué harían los soviéticos? O podría conducir a una evolución gradual en la que el sistema se fuera restableciendo y al final fase, como ha dicho tantas veces Kissinger, un rival pero más poderoso; o podría ir eliminando elementos de tensión; lo que ahora es una rivalidad geopolítica e ideológica sería mucho menos una rivalidad ideológica. De manera que hay muchas posibilidades. Ahora, la ventaja de Breznev —indudable, todo el mundo está de acuerdo— es que son cantidades conocidas, y la desventaja de Gorbachov es que son cantidades abstrac-

mente desconocidas, es decir, pueden ser favorables, pero las posibilidades negativas no están cerradas.

BERNHARD HAGENMEYER: Muy bien. Señor De la Serna...

CARLOS DE LA SERNA: Yo, más que contestar, lo que quería es hacer un comentario al hilo de lo que se está diciendo. Creo que en el caso de Gorbachov hay la idea de que la Unión Soviética tiene dos retos fundamentales, uno de carácter interno y otro de carácter externo, que, si bien están relacionados entre sí, pueden llegar a parecer en algún momento como retos que pueden ir en conflicto el uno con el otro. El de carácter interno todo el mundo lo sabe; siempre se habla, en definitiva, de cambiar la tendencia negativa en el crecimiento económico.

Y luego el reto de tipo externo que tiene la Unión Soviética para Gorbachov es, de cara al siglo XXI, seguir siendo una superpotencia, porque no está dispuesto, como no estaba dispuesto ningún dirigente de una superpotencia, a ser el que liquida el carácter de superpotencia de su país. ¿Por qué digo que estos dos retos pueden llegar a ser conflictivos el uno con el otro? Porque, por un lado, para resolver el reto interno tiene que desviar recursos de lo militar a lo civil, ya que un país que está gastando entre un 15 % y un 17 % de su producto interior bruto en defensa, evidentemente no puede tener una economía muy eficaz, entonces hay una necesidad de desviar recursos. Pero al desviar recursos de lo militar a lo civil resulta que está disminuyendo la capacidad de seguir siendo una superpotencia militar. Y la Unión Soviética, no nos olvidemos, si es superpotencia lo es exclusivamente en el terreno militar porque no es una potencia comercial, no es una potencia económica, no es una potencia cultural. El único campo en el que la Unión Soviética es una superpotencia es el militar. Entonces hay una contradicción inherente que en algún momento tiene que surgir, porque ¿hasta qué punto está dispuesto Gorbachov a, para atender el reto interno, no cumplir con el reto externo? Yo creo que esto en algún momento tiene que surgir.

Se nos ha dicho en el panel anterior que sigue habiendo un enorme apoyo de las fuerzas armadas y del Ejército Rojo a la perestroika, pero ¿hasta qué punto, si este proceso se desarrolla, por ejemplo, para el éxito de la perestroika hace falta acuerdos de limitación y control de armamento eficaces, serios y reales que puedan disminuir el ritmo actual de gasto militar de la Unión Soviética en tanques, en aviones, etc.? Y ahí hay una contradicción que yo no sé cuándo va a salir, pero ha de salir en algún momento. Y eso en Occidente también nos debe preocupar por el efecto que pueda tener sobre nuestra seguridad, que es en lo que yo quería insistir. Gracias.

BERNHARD HAGENMEYER: Muchas gracias. ¿Hay otras preguntas, por favor?

JOSE JAVIER FERNÁNDEZ: Me llamo José Javier Fernández. En mi opinión, no se ha profundizado quizás adecuadamente en la pregunta que se hacía antes relativa a la famosa declaración sobre el hogar común europeo.

En mi opinión, como persona interesada en los temas comunitarios, creo que a este tipo de declaraciones sólo puede encontrarse sentido no sobre esa idea de una declaración vaga como parecía traslucirse, sino más bien quizás en el marco de la construcción europea en su conjunto, en la construcción de la Europa que conocemos. Y en este sentido yo creo que si tiene su razón de ser este tipo de manifestación que tendría mucho que ver, por su parte, con lo que habría de ganar y lo que habría de perder la Unión Soviética en relación con este proceso. En esta línea creo que declaraciones como la del señor Gorbachov, naturalmente muy bien medidas, como ha precisado antes uno de los intervinientes, poseen de relieve distintos cosas. La primera de ellas, que desde el punto de vista político naturalmente a la URSS no le es ajeno en absoluto el proceso de construcción europea. Naturalmente este proceso no está terminado —eso implicaría que la inserción de la URSS o de algunos de sus aliados en este proceso, en un proceso futuro, podría conducir de alguna manera a la propia neutralización de éste, considerado desde la óptica exclusivamente soviética. Por otro lado, desde el punto de vista económico, las comunidades, la construcción comunitaria en su conjunto, implican una serie de recursos nada desdeñables, sino impresionantes para el proceso de perestroika en marcha. La prueba de ello ha sido el establecimiento muy reciente de relaciones con el CAME, al que se hizo alusión también antes, en este mismo año.

Entonces eso traduce de alguna manera también el verdadero interés que para la perestroika puede implicar el conseguir fuentes de financiación occidentales, a las que también se aludió. Pero es que además, desde el punto de vista específico de seguridad y defensa, en mi opinión, quizás este tipo de declaración, que daría un lugar a las ideas del Epie en el seno de la construcción comunitaria, implicaría lisa y llanamente cargarse, de paso, todo el proceso de integración, todo el proceso de unión occidental más estrecha aún. Entonces, al considerarlo, quizás la pregunta que yo formularía sería: ¿qué fiabilidad —no las razones de una declaración vaga— debe

darse a ese tipo de declaración, por lo demás, naturalmente, muy bien fundamentada y muy bien calculada? Quizás sea la que se le debe dar a la propia perestroika en su conjunto. Muchas gracias.

BERNHARD HAGEMEYER: Muchas gracias. Yo quisiera que, dada la hora, juntáramos las preguntas u observaciones para ser contestadas después por los ponentes.

PAZ ESTEBAN: Mi nombre es Paz Esteban y soy miembro de un seminario permanente del CESEDEN. Aprovechando la presencia de Carlos De la Serna, me gustaría hacerle una pregunta relacionada con la Alianza Atlántica. Hace poco su secretario general ha pronunciado un discurso en el que advertía de los peligros que se podían derivar de que la perestroika tuviese más efectos en el bloque occidental que en el bloque del Este, y en ese mismo sentido se manifestaba también el secretario de Defensa norteamericano cuando afirmaba que había que tener cuidado con que las reducciones de armamentos no fuesen mayores en el bloque occidental que en el Pacto de Varsovia. Entonces, todo este tema de las corrientes occidentales que expresan sus autoridades se inscriben en el marco de las relaciones Este-Oeste, pero yo creo que tienen también una clara connotación en el marco Oeste-Oeste propiamente dicho. Y tienen connotaciones porque se refieren a un tema que Carlos de la Serna había evocado también, que es el de la percepción de la amenaza. Mi pregunta es la siguiente: ¿podría crear la estimación de la amenaza diferencias entre los países de la OTAN y afectar de este modo a las relaciones interaliadas, a las relaciones entre los gobiernos que la integran, entre los países que forman parte de ella? Gracias.

BERNHARD HAGEMEYER: Muchas gracias. ¿Está usted de acuerdo si el señor De la Serna contesta después? Muchas gracias. Ese señor como última intervención.

JESÚS PASCUAL: Buenos días, soy Jesús Pascual, comandante de Caballería y miembro del Grupo de Estudios Estratégicos. Mi pregunta va también un poquito en relación con la que ha hecho la señora. Yo quería preguntar a Carlos de la Serna, precisamente quien ha estado hablando de la diferente percepción que existe entre las élites y la opinión pública en general, si podría especificar algo dentro del marco de la OTAN, que se supone que es donde las élites se concentran, cuáles son esas diferencias de percepción, no sólo de la amenaza, sino simplemente del proceso de perestroika, esas diferencias que existen entre OTAN y la opinión general. Nada más, muchas gracias.

BERNHARD HAGEMEYER: Muchas gracias. Señor De la Serna, yo creo que a usted le han mencionado dos veces. Si quiere comentar ya, después continuamos.

CARLOS DE LA SERNA: Sí. En primer lugar, se me ha preguntado hasta qué punto la percepción de la amenaza puede crear divisiones en la Alianza, si he entendido bien.

Yo creo que una cosa que es consustancial a la existencia misma de la Alianza Atlántica es el hecho de que se pertenece a ella proveniente de realidades, culturas y continentes muy distintos. La Alianza Atlántica está en tres continentes, incluye países tan dispares como Luxemburgo y Turquía, Dinamarca y Los Estados Unidos, España y Gran Bretaña, y, por tanto, hay un permanente debate interno, lo que creo que es bueno, porque demuestra que tiene vitalidad y que no hay monolitismo.

Otro de los temas que también es permanente y recurrente en la Alianza es las relaciones interatlánticas, es decir, las relaciones entre los Estados Unidos y, en segundo lugar, el Canadá, con sus aliados europeos, una permanente relación muy patinada, esta es, una relación en la que hay todo tipo de sentimientos; pero en todo caso, las posibles divergencias o coincidencias que existen entre los Estados Unidos y sus aliados europeos nunca han sido motivos de disfunciones en el normal desarrollo de la vida de la Alianza; es decir, ha sido un tema que está ahí, y que siempre ha estado en la Alianza, pero que nunca ha afectado al trabajo de la misma, y la solidaridad interatlántica en materia de defensa y de seguridad en Europa siempre ha sabido sobrevivir a momentos de relativa tensión. Quiero recordar la cumbre de Reikiavik entre Reagan y Gorbachov, cuando anunció que se habían puesto de acuerdo en la idea de reducir los arsenales estratégicos a un 50% algo que todo el mundo sabe que en Europa produjo consternación; las capitales europeas dijeron: «Horror, a nosotros no se nos había dicho nada.» Eso provocó una serie de arduas protestas por parte de los gobiernos europeos, que rápidamente, por parte de los Estados Unidos, se convirtió en que a partir de ese momento, con una frecuencia yo diría quincenal, el Secretario de Estado, George Schultz, pasaba por Bruselas siempre que salía de viaje a algún sitio, iba antes a Bruselas y a la vuelta por Bruselas, y siempre se ha mantenido ese nivel de consultas «ho» entre los aliados. Por tanto, volviendo a la pregunta concreta, la percepción de la amenaza, evidentemente, tiene que ser distinta en Sausalito (California) que en Bruselas; quiero decir, que tiene que ser distinta es un problema de geografía y, por tanto, hay percepciones distintas de la

amenaza. Y es bueno que haya percepciones distintas. Lo malo sería que hubiese monolitismo. Pero que esa percepción de la amenaza es distinta en todo caso no tiene por qué significar que haya divisiones previsibles que vayan más allá de las naturales divergencias que ha habido en el pasado, como, por ejemplo, lo de Reikiavik, que fue un momento de tensión pero rápidamente se supo manejar. Personalmente creo que no existe motivo para preocuparse en el futuro inmediato, o incluso a medio plazo, por esto, y que en todo caso hay que pensar que la Alianza es una Alianza de consenso: se buscará el consenso en cuanto a la amenaza, y eso no va a producir mayores divisiones.

En cuanto a lo que se preguntaba sobre las élites y cómo se percibe, lo único que he dicho es que lo que dicen los expertos en análisis de opinión pública es eso, que parece ser que las élites están más preocupadas y que la opinión pública lo está menos. Y nada más. En la OTAN no se ha incluido un debate interno en términos de «qué podemos hacer, si hay algo que hacer». A título exclusivamente personal, yo creo que lo que tiene que plantearse la Alianza como estructura en este momento es empezar a ver el carácter eminentemente político del debate en torno a las cuestiones de seguridad y no tanto los aspectos que quizá en el pasado se han primado, los aspectos de contar números, de que si hay una división más aquí, una división más allá, sino de ver las implicaciones políticas de esto; porque la OTAN cada día está teniendo un papel más eminentemente político y menos militar en el sentido estricto de la palabra, sin perder de perspectiva nunca que es una organización política con un fin realmente militar, garantizar la seguridad y la defensa; es decir, el fin es político, evitar la agresión y, en caso de producirse, estar preparados para la defensa. Es un fin político cuyo medio que se utiliza para alcanzarlo es un medio militar; entonces ahí sí que tiene una participación militar, pero lo que nunca hay que perder de perspectiva es el fin político. Y hoy en día la postura que está teniendo la Alianza Atlántica en todos los problemas del debate Este-Oeste, el control de armamentos, las conversaciones de Viena, es eminentemente política. Y quizás eso es lo que en la estructura de la OTAN tenemos que empezar nosotros mismos, los que trabajamos ahí, a darnos cuenta y transmitirlo, porque hay ciertas tendencias del pasado inherentes a toda organización burocrática, y quizás hay gente que tiene un discurso más centrado en el POFA, en la *Forward Defense* y en el tema de la guerra nuclear de centro y esas cosas, cuando realmente eso no es el problema hoy en día. Hoy el problema es cómo alcanzamos ese objetivo que es el de garantizar la seguridad en Europa.

Nada más, gracias.

BERNHARD HAGEMEYER: Muy bien, muchas gracias. Señor Azcarate...

MANUEL AZCÁRATE: Bueno, para concluir, algunas respuestas a estas tres preguntas.

El tema de la fiabilidad. Yo lo considero, por así decir, superado: hoy ya no está en cuestión la fiabilidad de unas palabras u otras porque ya no es un problema de palabras; es decir, yo lo veo en el sentido de que en la Unión Soviética están en marcha una serie de cambios —aquí se han analizado esta mañana, son una realidad concreta—, hay que intentar examinarlos, estudiarlos, y ver qué consecuencias pueden tener en el terreno de la política de cada país. Dentro de ese proceso hay unas declaraciones que son unas más sinceras y otras menos, como en todo proceso político. Considero que hay que jugar en la política, hay palabras que no son fiables, que no son sinceras tanto en un sistema como en otro. Y yo creo que hoy el problema no es tanto si una palabra es verdad o no, si es sincera; el problema es la realidad de los cambios, cuáles son, hacia dónde van, etc.

Sobre el problema de las diferencias entre los países de la Alianza Atlántica, creo que hay diferencias que en algún momento han sido sustanciales. Considero que ha habido un momento en que la República Federal de Alemania, y se destacó su Ministro de Exteriores, adoptó una actitud mucho más abierta ante los fenómenos del Este que otros gobiernos. Yo creo que eso es efectivamente lógico y da lugar a algo que quizás no se entendió bien y que yo planteé antes: que no era una pasividad occidental, no era una pasividad de los gobiernos de la Europa occidental; al contrario, yo creo que como tales gobiernos precisamente en función de esas diversas percepciones ha habido un juego de incógnitas, de avances, de aperturas, que en el fondo han ido creando ya un clima distinto de las relaciones entre el Oeste y el Este. Me refería a la pasividad cuando tenía que hablar la OTAN como tal; yo creo que ahí el problema es que ni la CE ni la OTAN, ni la UEO son hoy unos instrumentos, unos sujetos que puedan hablar en nombre de la Europa occidental para el tipo de problemas que hay que discutir con el Este, que no son sólo ni exclusivamente militares ni exclusivamente económicos, etc., y que a Europa le falta ese sujeto, es decir, esa voz que pueda hablar. En la actividad concretamente de la OTAN moso una gran pasividad, y esos artículos a los que antes me refería insisten en eso, en la pasividad de respuesta por parte de la OTAN para actitudes más incertanas del Este, y eso tiene la repercusión de aumentar esa coacción que hemos llamado esta mañana de campaña hacia Gorbachov.

Al final yo quería plantear esta hipótesis: creo que los cambios —ya se ha dicho por otras

personas para volver sobre ello—que están teniendo lugar son de un carácter tal, es decir, cualitativamente plantean problemas tan nuevos, y dinámicos, independientemente de la descubierta concreta que van a tener sobre la cual hay varios teatros de reflexión posibles, que no están planteados ya, poniendo sobre el terreno, el problema de la seguridad europea. Como ha funcionado durante cuarenta años. Hay que estudiar ya de manera activa un tipo de seguridad en la cual haya un cambio, quizás muy lento, de equilibrio entre factores militares y factores no militares. Yo creo que esa es la hipótesis que está hoy sobre la mesa para la política occidental.

CARLOS DE LA SERNA: Muy brevemente. Es muy común oír críticas a la Alianza Atlántica en el sentido de que es pasiva, que no reacciona con suficiente...

MANUEL AZCÁRATE: A la Alianza, no a ti.

CARLOS DE LA SERNA: No, ya, alusiones a la Alianza Atlántica, pero yo trabajo en la Alianza Atlántica y soy una atlantista convencido. Yo creo que la aparente pasividad, en todo caso, no es un defecto, sino que es una virtud, y es una virtud porque demuestra que ésta es una organización democrática donde no tenemos desgraciadamente un Gorbachov que dice lo que quiere sin consultar a sus aliados. Aquí resulta que hay países diversos, con visiones diversas, y, por tanto, pretender que la Alianza Atlántica tenga la capacidad de responder con la misma rapidez e inmediación que un señor como Gorbachov con un control político sobre su país y sobre su partido que todos conocemos, es pretender, no sé, algo imposible. La Alianza Atlántica quizás en eso da a algunos sectores de la opinión pública la imagen de lentitud, decir: «Hombres, es que no responden con la misma...», pero es que los instrumentos que hay que utilizar o responder a la imaginación o a la creatividad que tiene Gorbachov no son los mismos que utiliza él, sino los que han sido tradicionales de una organización como la OTAN, que pretende ser una alianza entre iguales, y son dieciséis gobiernos, y hay que escuchar la opinión de los dieciséis, y eso a veces toma tiempo, y uno de los precios que tiene la democracia es que se tarda tiempo en que la gente exponga sus opiniones y discuta y debata, porque todo el mundo tiene la misma voz, y por eso digo que no es pasividad, sino que es esencialmente procesos de consulta política que son lentos, y que en todo caso no son un defecto, sino una virtud que yo creo que señala claramente el espíritu que tiene la Alianza Atlántica a la hora de resolver problemas políticos.

BERNHARD HAQBMEYER: Profesor Coma...

MANUEL COMA: Sobre el tema de la casa común que volvió a salir, sigo pensando que, mientras no se concrete, es difícilísimo juzgarlo; en todo caso, naturalmente, uno no puede menos de encontrar una serie de similitudes con la tradicional política soviética de meter una cuña en la Alianza Atlántica. Es decir, la casa común, pero los canadienses y naturalmente —lo que importa— los norteamericanos son unos intrusos. También, por supuesto, el otro aspecto: los laquinos de una cierta casa deben ayudarse y puede ser una manera de allegar recursos, sólo que el flujo de ayuda va únicamente en una dirección y no en ambas. Mientras no se concrete, creo que es difícil dar una respuesta. De todas maneras me gustaría... Pero ya veo que por el tiempo no es posible, aunque quisiera provocarlos y emplazarlos para la tarde, para que sobre este tema, que no mencionaron en sus intervenciones se pronunciasen Fernando Claudín y Héctor Carrere d'Encausse.

Largo el tema de la pasividad de OTAN o no, que igualmente se puede mencionar a propósito de la propuesta de la casa común. La verdad es que, Carlos, de acuerdo pero no: de acuerdo en el precio, o sea, el precio de una alianza de países democráticos es que Dinamarca paraliza una iniciativa de los Estados Unidos, Francia, Inglaterra y Alemania juntas. Por supuesto, es el precio que estamos dispuestos a pagar, pero eso no es una virtud. La realidad es que es una pena que la Alianza no sea capaz de elaborar una estrategia. En el artículo al que se refería antes Manuel Azcárate, Graham Allison dice que lo que deberíamos hacer en Occidente es tomarle la palabra a Gorbachov y confrontarlo con los hechos, decir: «Bueno, si usted propone eso, tiene que aceptar estas consecuencias lógicas; si usted propone que Europa sea una casa común para todos, nosotros proponemos el estatuto por el que se debe regir la comunidad de vecinos», pero no hay ninguna posibilidad de que nosotros saqueemos el estatuto, con lo cual no hay ninguna posibilidad de que nosotros probemos a Gorbachov, de que veamos si es sincero o no.

BERNHARD HAQBMEYER: Muy bien, muchas gracias. Vamos a concluir este segundo panel, por cuestión de orden organizativo, uno de los ponentes debe tomar un avión anticipadamente, por lo que el tercer panel en la tarde se adelanta a las cuatro, en lugar de las cuatro y media. Les ruego que estén aquí a las cuatro en punto; aquí en esta sala.

Dos observaciones finales: primero, agradecer a los ponentes por sus intervenciones, en nombre propio y en nombre de ustedes, de los participantes. Y, en segundo lugar, lamentar que los organizadores han olvidado dejar un tiempo para echar una siesta. Muchas gracias.

4. ¿QUIÉN AMENAZA VERDADERAMENTE LA PAZ? EL ESFUERZO MILITAR SOVIÉTICO

RAFAEL BARDAJÍ: Muy buenas tardes. Vamos a dar comienzo a la primera sesión de la tarde, este tercer panel que tiene por título «¿Quién amenaza verdaderamente la paz? El esfuerzo militar soviético».

Por unas cuestiones ajenas a nuestra voluntad y a la del propio Simon Lunn, él tiene que abandonar la sala muy justo de tiempo, seguramente alrededor de las seis y veinte. Por tanto, no voy a entrar en explicaciones de cuál es el sentido de este panel. Simplemente, una breve introducción. Esta mañana hemos estado analizando y oyendo cuáles son esos cambios que ocurren, se desarrollan, en la Unión Soviética; también en el segundo panel hemos abordado el fantasma que recorre Europa actualmente, el fantasma Gorbachov, y estoy tentado de decir una exageración en este panel que es quizá mi preferido, por eso estoy presidiéndolo dado que se relaciona directamente con el nivel de análisis militar al que me dedico: Cuando uno mira o pone sus ojos lejos de la retórica política que rodea al fenómeno Gorbachov y entra, realmente, en el *hardware* de la guerra, en los equipos, en la planificación militar, en fin, me parece que la *perestroika* es simplemente un estado mental occidental, es decir, que no existe en lo que es la planificación militar soviética.

Digo también que es una exageración porque realmente tiendo a creer que sí existe, porque la *perestroika* no es un fenómeno positivo en sí, y, por tanto, no veo ninguna contradicción con los militares soviéticos. No hay siquiera indicios de que una reestructuración de las fuerzas armadas soviéticas sea perjudicial para las propias capacidades bélicas de la URSS y del Pacto de Varsovia; al contrario creo que incluso podría ser beneficiosa para las propias capacidades militares, o sea, que por una parte exagero pero por otra también puedo incluso pensar que efectivamente es necesario una *perestroika* en el terreno militar.

En cualquier caso, sobre cuál es la influencia del nuevo pensamiento en el ejército soviético actual, es decir, esas intenciones de recorte de presupuesto que Gorbachov expresó cuando llegó al poder, ese giro que Akhromeyev dio en enero del año pasado aceptando la *perestroika*, la emergencia de nuevos conceptos como la suficiencia razonable o la nueva disposición a la paridad, a la no superioridad de las fuerzas del Pacto de Varsovia, todo esto está evidentemente configurando un debate interno que parece ser que es real en el Estado Mayor, en el Alto Estado Mayor soviético y del que Teresa Virgili, profesora de la Universidad de Barcelona, especialista en temas soviéticos y experta, sobre todo, en temas de economía de defensa soviética, nos va a hablar. A continuación, Michel Moodie, de la Georgetown University y miembro del Center for Strategic and International Studies (CSIS), hará la proyección que yo venía avanzando de si esa reestructuración de fuerzas afecta en realidad a las opciones militares, particularmente en el Frente Central. Y, fi-

nalmente, Simon Lunn, antiguo analista de la OTAN—yo diría que padre de este documento que sostengo en mis manos, los datos sobre el balance de fuerzas— y actualmente vicedirector de la Asamblea del Atlántico Norte, nos hará una interpretación de, efectivamente, qué significado tienen esas opciones militares de las que Michel Moodie habrá hablado anteriormente. Por tanto, voy a ceder la palabra ya a Teresa Virgli. Cuando quieras.

TERESA VIRGLI: En primer lugar deseo felicitar a los organizadores del encuentro por su acierto en la elección de los temas. Al mismo tiempo, agradecerles la invitación a participar en el mismo.

Mi aportación pretende ser ante todo un punto de partida para un diálogo acerca de ese fenómeno, tal vez el más importante de este final de siglo, sobre todo si llega a consolidarse.

Tras una breve referencia, casi obligada, a los problemas de cuantificación del gasto en defensa en la Unión Soviética y a las perspectivas inciertas todavía de que este secreto sea medianamente desvelado, mi aportación pretende centrarse en una pregunta cualitativa: ¿cuál puede ser la actitud del estamento militar ante las reformas económicas?

En una primera parte esbozo los argumentos que darían lugar a una postura favorable. En la segunda, los que impulsarían una postura desfavorable o reticente. Valoraré finalmente ambas posturas en el escenario de una *perestroika* consolidada.

La *perestroika*, la reforma de Gorbachov y, sobre todo, la *glasnost* en su vertiente de transparencia informativa alientan la esperanza de los estudiosos de las cuestiones soviéticas relacionadas con la defensa. Gorbachov mismo ha prometido la publicación de datos semejantes a los que se presentan en los países occidentales. El ministro de Asuntos Exteriores Shevardnadze aseguró a la ONU hace pocos meses que les comunicaría el gasto militar contabilizado según el sistema normalizado de dicha institución. También el viceministro de Defensa y jefe de Estado Mayor prometió que tras la reforma de precios prevista ofrecerá información sobre todas las partidas comprendidas bajo gastos militares, según las normas internacionales.

Junto a estos compromisos aparecen en diarios y revistas soviéticos la consideración de la importancia de ofrecer más datos explicativos del sistema de defensa, ya que la carencia de ellos lleva a todo tipo de falsas interpretaciones además de a un sentimiento de desconfianza también hacia los datos, hacia las cifras que se ofrecen.

La *glasnost* ha potenciado la existencia de grupos de expertos en seguridad nacional, compuestos por civiles y militares retirados que trabajan en dos instituciones dedicadas a política exterior, el Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales y el Instituto de Estados Unidos y Canadá, que toman parte en las reuniones de algunas secciones político-militares del gobierno. Esto implica una cierta apertura en materias que hasta este momento habían sido exclusivas del ministro de Defensa, y estimulan el nuevo pensamiento. Algunos puntos esenciales de ese nuevo pensamiento, concretamente la problemática en torno a la guerra nuclear, la imposibilidad de victoria, la justificación de represalia, la destrucción del género humano, etc., han sido objeto de inasustentados debates en la Unión Soviética. Largos debates en la prensa de meses de duración.

Pero, aun a pesar de los avances apuntados y de las expectativas abiertas,

la realidad es que todavía hoy el gasto en defensa presentado oficialmente se concreta en una única cifra, sin divisiones ni subdivisiones. Esta cifra permanece prácticamente invariable desde 1969, hasta la llegada al poder de Gorbachov, ya que éste la incrementó a 19.000 millones de rublos, de 17.000 millones a 19.000 millones para 1985. Para 1988, el presupuesto ha sido de 20.200 millones de rublos, la misma cifra que en 1967. Resulta imposible creer que este volumen de gasto, gasto que al permanecer constante en valor absoluto decrece en porcentaje respecto a la renta nacional y respecto al conjunto del presupuesto, haya sido capaz de proporcionar la capacidad defensiva y ofensiva de la Unión Soviética.

El año pasado, en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre desarme, Vladimir Petrovski y, más tarde, en una sesión del Soviet Supremo, el ministro de finanzas reconocieron que en esta única partida del presupuesto denominada «Defensa» no se cubrían todos los gastos militares.

La financiación de los trabajos de investigación científica y experimental, así como la compra de armamento y de materiales militares, quedaban excluidas. Según sus afirmaciones, cubren los gastos para: personal, aprovisionamiento de materiales y técnico, construcciones militares, fondos de pensiones y otros gastos.

Esta declaración, aunque puede ser recibida como una mejor predisposición hacia la apertura informativa, se mantiene en unos términos tan poco concisos que no aportan elementos importantes para la determinación del gasto real soviético en defensa.

Son varios los métodos con los que se ha intentado cuantificar este gasto real. Los más consistentes nos parecen, por un lado, los desarrollados por Williams Teely, Gérard Duchêne y Dimitri Steinberg, todos ellos basándose en fuentes soviéticas. Y, por otro, el del coste directo utilizado por la CIA desde finales de los años cincuenta, aunque las revisiones tan espectaculares que ha realizado en los años 76, 83 y 86, sin justificación metodológica suficiente, inducen a pensar que los resultados que ofrece, al menos los que ofrece públicamente, están fuertemente influidos por el objetivo político de conseguir unas cifras determinadas.

Ninguno de estos métodos ni el resto de estimaciones que se han realizado quedan exentos de críticas, de deficiencias reconocidas, por lo que no pueden presentar sus resultados como los únicos fiables y ajustados a la realidad.

Por ello, en la investigación que constituyó mi tesis doctoral agrupé todas las cifras propuestas como reales en una banda de confianza, con lo que, aunque perdíamos en concreción, podíamos ganar en seguridad.

La conclusión, entre otras, a la que llegábamos tras el estudio de la banda de intervalos anuales es que el gasto en defensa soviética representa como media a lo largo del período 58-81 un 15% del producto nacional neto, un 12% del producto nacional bruto y un 28% del presupuesto.

Pero, aunque el porcentaje de los gastos en defensa sobre la renta nacional constituye la manera más normal de comparar la importancia concedida a la defensa en los diferentes países, el problema que aparece al querer comparar los gastos en defensa de la Unión Soviética con los de un país de economía de mercado reside en la diferente estructura relativa y formación de los precios que conforman unas tasas difícilmente confrontables. Además, para realizar la comparación con la tasa del gasto en defensa sobre la renta nacional de otros países habría que adecuar el producto nacional neto soviético, que es la

cifra que ellos nos dan, la macromagnitud que se nos ofrece como renta nacional, ya que no tienen los mismos componentes que la renta nacional de los países de economía de mercado.

Pero, aun suponiendo que tras cálculos laboriosos basados en hipótesis un tanto discutibles se pudiese llegar a tasas comparables a partir de términos homogeneizados, todavía deberíamos cuestionar la validez de los resultados surgidos de la comparación de dichas tasas, ya que tendrían que ser matizados con la utilización de otras medidas y relaciones, como, por ejemplo, el gasto en defensa *per cápita*, la proporción de mano de obra empleada por el sector de defensa sobre el total de la población activa, o la extensión del territorio que se protege, el gasto efectuado ya en períodos precedentes, la composición y calidad de dicho gasto, pertenencia a alianzas militares, etc.

El juego de las cifras, la adivinación de partidas secretas de gasto militar y la constatación de avances o estancamientos en la tecnología armamentística son áreas de investigación a las que hay que prestar un oído atento. Pero en la circunstancia actual de la Unión Soviética considero relevante detenernos en el estudio de la relación entre el sector militar y la economía civil en el tiempo de la *perestroika*.

Como es conocido, las propuestas de reestructuración de la economía soviética no han sido acogidas con igual entusiasmo por todos los grupos sociales. El mismo Gorbachov se ha quejado de las resistencias burocráticas a la *perestroika* y ha tenido que seguir una estrategia firme y paciente para conseguir apoyos y debilitar oposiciones. Y, si bien muchos dan el proceso por irreversible, nadie está tan seguro del ritmo, del éxito o del estancamiento a que puede verse sometido dicho proceso.

El estamento militar es, sin duda, un estamento muy importante en la economía soviética, en la sociedad soviética. Su posición a favor o en contra de la *perestroika* constituye, por tanto, un punto clave para el análisis de las perspectivas del cambio socioeconómico pretendido. En el examen de la postura del estamento militar, favorable o contraria a la *perestroika*, procuro utilizar una óptica objetiva. No intento en principio aportar referencias de lo que han dicho determinados militares relevantes por su cargo y su influencia o de lo que se ha escrito en las varias revistas militares oficiales. Prefiero poner de relieve aquellos elementos objetivos en los que las manifestaciones subjetivas pueden apoyarse.

Pasemos a ver tales argumentos objetivos de una postura favorable a la *perestroika*. El resumen de los argumentos para esta postura, no sólo favorable, sino postuladora de una reestructuración a fondo de la economía soviética, podríamos expresarla en una sencilla máxima «no es posible a la larga mantener la potencia militar sin una economía civil dinámica y eficiente». La constatación de las diferencias entre la calidad y la cantidad de la producción civil y de la producción del sector militar, con ventaja para el sector militar, constituye un punto de acuerdo, pero a pesar de que algunos especialistas han llegado incluso a formular una separación tajante entre ambos sectores, el sector civil y el sector militar, de modo que el militar constituiría un enclave autosuficiente con sus peculiares reglas de funcionamiento, no sólo económico, sino también social y político, considero que se ajusta más a la realidad soviética una visión más matizada. Existen diferencias ciertas entre el sector de producción militar y el sector de producción civil, pero ambos sectores están interrelacionados. Precisamente, la mayor calidad de la producción militar suele atribuir-

se, entre otras razones, a la prioridad de que disfruta en la obtención de recursos procedentes, a menudo, de industrias no militares.

Pese al secreto que ha rodeado a las cuestiones militares en la Unión Soviética desde principios de los años ochenta parece que se advierten síntomas de cierta falta de dinamismo en algunos subsectores de producción militar, o al menos se perciben quejas al respecto. Pese a las condiciones de prioridad ya referidas, parece que la cantidad de los *inputs* recibidos del sector civil no satisface, a veces, las exigencias o lo hace con dificultades crecientes. Pero, precisamente, una de las metas de la *perestroika* es mejorar los niveles de calidad, introducir la fabricación de productos tecnológicamente aceptables y cumplir las especificaciones del pedido de las empresas clientes. Por tanto, aquí hay coincidencia de intereses.

De forma consecuente con el argumento anterior, los militares han aceptado positivamente y han apoyado la puesta en marcha de medidas modernizadoras de la economía civil en la época inmediatamente anterior a Gorbachov. Los elementos más claros son las brigadas de trabajo, los experimentos industriales y la informatización de las empresas, por lo menos en lo que se refiere al trabajo administrativo. Incluso se da el caso de que algunas de estas reformas promovidas originariamente por la economía civil han sido adoptadas por las empresas militares, las empresas de intendencia dependientes directamente del Ministerio de Defensa.

Se da, así mismo, la influencia en sentido contrario, es decir, desde el sector militar hacia el sector civil. Algunas medidas modernizadoras propuestas parecen inspiradas en el funcionamiento del sector de producción industrial militar. La necesidad de respetar las condiciones de los contratos de suministro en cantidad, calidad y plazos de entrega, es decir, la atención al cliente y a la demanda, era una característica, como es sabido, del sector militar, de la industria militar. En los experimentos industriales o experimentos de gran envergadura, como se les ha llamado, iniciados ya en la etapa de Andropov, los indicadores principales eran la innovación tecnológica y el cumplimiento de los contratos.

Y no sólo hubo en este proceso un traslado de modos de funcionamiento desde el sector industrial militar, sino también un traslado de personal altamente cualificado; concretamente es conocido que para tres de los cinco primeros ministerios incluidos en el experimento, fueron nombrados ministros altos directivos procedentes de la industria militar.

En la medida en que la *perestroika* representa una consolidación de los experimentos industriales, parece que existen razones objetivas, los argumentos expuestos, para que sea bien aceptado por el sector militar en su conjunto.

Otros tres aspectos por los que las reformas actuales objetivamente pueden ser vistas de modo favorable por el sector militar son: primero, la creación del organismo estatal del control de calidad, reconociendo las reticencias que puede originar desde el punto de vista de su eficacia real para la mejora de los niveles de calidad, sale al paso de un problema que tenía el sector militar en los suministros procedentes de la industria civil. De algún modo este organismo constituye una transposición a la industria civil de los controles que efectuaban los militares en cuanto consumidores en sus cargos de armamento.

Otra traslación de modos de funcionamiento habituales en el sector militar industrial es el desarrollo de los complejos tecnocientíficos intersectoriales. Bajo este nombre se comprenden las organizaciones que reúnen en el mismo

complejo la investigación, el desarrollo de los prototipos y la primera producción en serie, con el fin de superar la barrera entre ciencia y producción. Algunos autores han atribuido la diferencia en la incorporación del progreso tecnológico entre la industria civil y la militar al hecho de que en esta última existía una continuidad entre ciencia y producción bajo los requerimientos del cliente, que estaba atento a los sucesivos pasos del proceso.

El tercer tipo de reformas de la industria se dirige a lograr una mayor coordinación y a superar el departamentalismo. Los nueve ministerios de la industria que producen sistema de armamento y equipo militar, como es sabido, están agrupados bajo el control de la Comisión Militar Industrial. De igual manera se han creado varios superministerios por el momento, en la industria civil, unas veces fusionando varios ministerios sectoriales en uno solo, y otras, sin poder disolver los anteriores, agrupándolos bajo el nuevo organismo de coordinación. Precisamente, al frente de uno de estos comités, el muy importante de construcciones de maquinaria, han sido nombrados dos relevantes *managers* procedentes de la industria militar: Sislayev, como superministro, y Konishev, como segundo inmediatamente después de Sislayev.

Pasemos ahora a ver los argumentos objetivos de una postura desfavorable a la *perestroika*.

Estos argumentos podrían encontrar su origen en la profundización y en la dinámica de este proceso de cambios. La *perestroika* plantea no sólo la ampliación extensiva del experimento antes citado, sino también su profundización. Ello se traduce en la adopción de nuevas medidas. La autofinanciación completa de las empresas y la gestión basada en métodos económicos, contrapuestos a la gestión mediante órdenes administrativas, suponen una concepción nueva de las relaciones entre el centro y las empresas y, en definitiva, de la misma planificación. En este horizonte podrían aparecer intereses opuestos al proceso de reestructuración.

El primer recelo respecto a los cambios anunciados puede provenir del temor a la pérdida de la condición de prioridad de que goza en la actualidad el sector industrial militar en lo que se refiere a suministros, el temor de pasar de ser el sector privilegiado a ser un sector prioritario entre otros.

El segundo recelo procede de una profundización del punto anterior. Si la *perestroika* va más allá, reforma del sistema de formación de los precios, sustitución del sistema centralizado de aprovisionamiento material y técnico por un mercado de bienes de producción, empresas guiadas por el beneficio, etc., habrá que entrar en el juego de la competencia para asegurar la propia producción militar. Los recelos tienen entonces unos matices de rutinaria resistencia al cambio, de defensa de la ortodoxia de la planificación y el socialismo, y de temor más o menos interesado a la pérdida del *status*.

Aunque faltan por desarrollar, incluso en términos legales, gran parte de las reformas anunciadas, la ley de la empresa socialista se aplica desde enero de 1988 a veinte mil de las cuarenta y seis mil empresas industriales de la URSS. Una parte del articulado de esta ley afecta a los temas que tratamos.

La empresa no recibe ya un plan detallado del centro o de su Ministerio correspondiente, sino que confecciona su propio plan según su cartera de pedidos. Los organismos del Estado —el Ministerio de Defensa estaría entre ellos— formulan también sus pedidos, que en el futuro no serán obligatorios para las empresas. Piensan los dirigentes, no obstante, que estos pedidos estatales serán apetecibles para las empresas, si no por los precios, si porque ase-

garan la salida de una buena parte de la producción. Incluso se piensa en un sistema de asignación de pedidos estatales a través de concursos de ofertas.

Si creemos que las cosas pueden suceder así en el futuro, el escenario presenta ciertas semejanzas con lo que acontece en las economías de mercado. No parece entonces que los militares soviéticos hayan de temer por la pérdida de una prioridad institucional, supuesta la prioridad actual de que goza la industria militar en las economías occidentales. Éste sería, de todos modos, un escenario bastante avanzado. Los especialistas se inclinan más bien a diseñar escenarios más modestos. Julian Cooper, por ejemplo, dada de que se llegue siquiera a establecer un socialismo de mercado para la economía. Citando un reciente artículo de Kirichenko, director del Instituto de Investigaciones Económicas del *Kostplan*, opina que se está delineando en la URSS un sistema económico con tres grandes sectores. Un sector básico, industria extractiva, energía eléctrica y determinados tipos de industria de construcción de maquinaria pesada, entre los cuales estarían, seguramente, algunas o gran parte de las industrias bélicas. Segundo, los sectores de transformación, industria manufacturera e industria de construcciones civiles. Y, en tercer lugar, las industrias destinadas al consumo de bienes y servicios. En las industrias básicas se mantendría un alto grado de centralización, y las inversiones estarían dirigidas y financiadas por el presupuesto estatal. En los otros dos sectores las empresas tendrían un mayor grado de independencia, funcionarían bajo el régimen de autofinanciación plena y serían orientadas a través de métodos económicos. Sólo en el sector de bienes y servicios de consumo tendría lugar la aplicación extensiva de los mecanismos de mercado.

Según este escenario, que tiene muchos visos de probabilidad, no habría fundamentos objetivos para la inquietud del estamento militar tomado en su conjunto. Otra cosa son las objeciones políticas e incluso personales que puedan suscitar determinadas dinámicas como la nacionalista, generadas por la *perestroika* y la *glasnost*. Muchas gracias.

RAFAEL BARDAUF: Michael, si quieres comenzar...

MICHAEL MOODIE: Muchas gracias, presidente. Creo que tengo que empezar con buenas y malas noticias. Una mala, de la que tengo que disculparme, es que tengo que hablar en inglés. Soy uno de esos feus norteamericanos típicos cuyas habilidades con las lenguas no están tan desarrolladas como deberían serlo. Una buena, por contra, es que la presentación que voy a hacer es una versión reducida de un *briefing* que podrán oír si me dejaran unas tres horas para mi exposición, algo que tras la maravillosa comida que hemos disfrutado es totalmente ridículo. En cualquier caso, la presentación resumida que voy a ofrecerles, ayudado de algunas diapositivas, es el producto de un estudio realizado en el CSIS durante dos años, y creo que pone de relieve lo complicado que resulta una comparación de fuerzas, valorar el esfuerzo militar soviético y su impacto en la OTAN.

Lo primero que quiero decir es que no tiene sentido hablar del esfuerzo militar soviético, si hablamos en términos militares del mismo y no económicos, de una manera aislada, sino que tiene que ponerse en el contexto y discutirse en conjunción con lo que la OTAN está haciendo. De ahí que no quiera discutir solamente el balance convencional en Europa ahora, sino que, como

podrán apreciar, ponga cierto énfasis en las tendencias, en la perspectiva histórica y en la evolución de dicho balance.

En cualquier caso, voy a empezar por mis conclusiones de tal forma que aquellos de ustedes que prefieran echarse una siestecita puedan escuchar ya lo que considero importante y, así, puedan descansar más tranquilos.

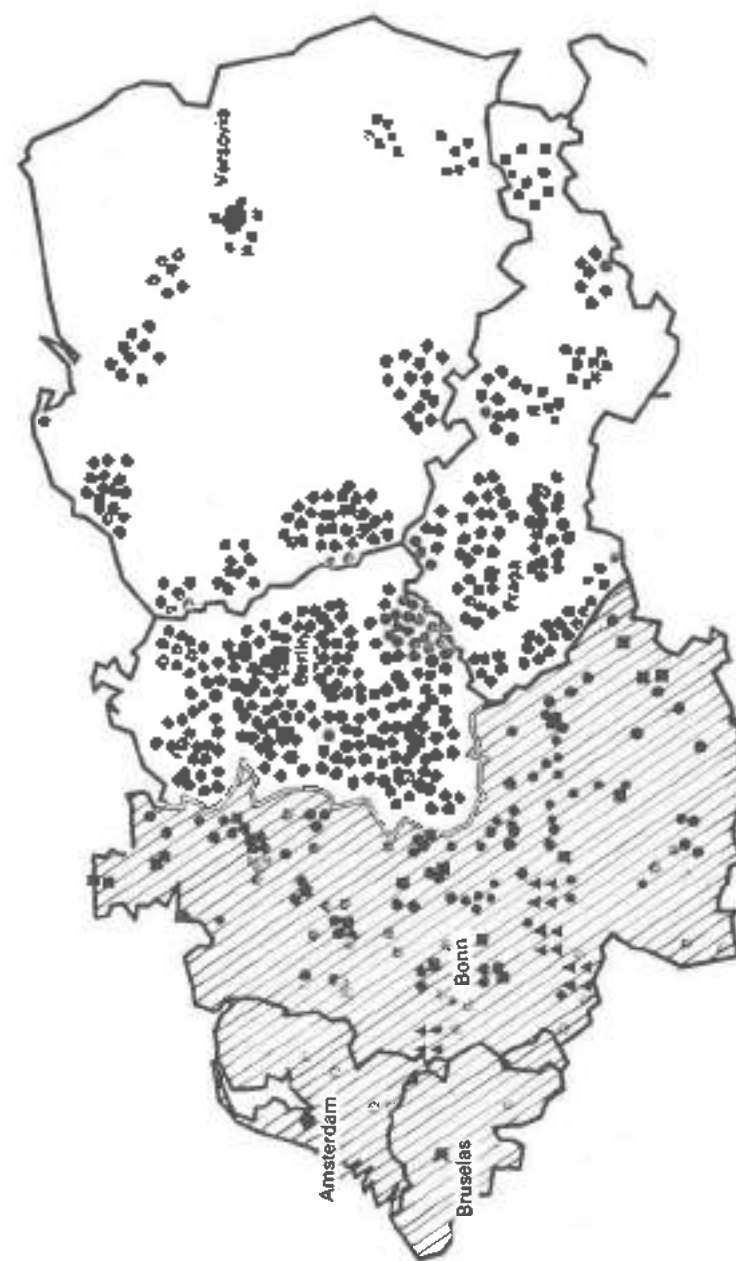
El gráfico 1 es, como pueden ver, bastante descriptivo de la situación de paz en la que vivimos. Muestra la extrema concentración actual de fuerzas acorazadas en Centroeuropa, los batallones de carros de la Alianza y del Pacto de Varsovia. Lo enseño en primer lugar porque creo que es una representación gráfica de una de las conclusiones más importantes de nuestro estudio, a saber: que gracias al esfuerzo militar sostenido de los soviéticos en los últimos diez años, aproximadamente, el incremento sustancial de los números, la mejora de la calidad del equipo, el cambio de los planes operativos y en la doctrina, la URSS y el Pacto tienen en la actualidad una opción militar clara que puede llegar a ejercer contra los aliados occidentales. No hablo de intenciones, sino de capacidades; por tanto, no estoy sugiriendo que vayan a ejercer esa opción, pero el hecho es que tienen una opción militar creciente para poder lanzar un ataque, si no por sorpresa, sin preaviso, sí con muy poco tiempo de preparación. Y esta capacidad, de no poner remedio la OTAN a sus propias deficiencias, no hará sino incrementarse en los años noventa.

La segunda de mis conclusiones se deriva de la anterior: el factor tiempo es cada vez más crítico para la defensa OTAN. El tiempo se ha convertido en el factor más importante, ya que la defensa aliada depende del tiempo en que tarda en movilizar sus fuerzas, desplazarlas a las posiciones defensivas, preparar dichas posiciones de combate, comenzar el refuerzo desde Norteamérica, etc. Más que probablemente, las tropas aliadas, gracias a las mejoras introducidas en los últimos años, podrían llegar a comportarse eficazmente, pero el tiempo sigue siendo un factor crítico, y los soviéticos lo saben; de ahí que sus incentivos para un ataque de anticipación (*preemptive*) * sean cada vez mayores.

La tercera conclusión es que las implicaciones de este cambiante equilibrio de fuerzas son tan importantes para la Alianza tanto en términos de capacidades de combate como en una crisis política entre los bloques. Efectivamente, si la Alianza reconoce esta situación que estoy dibujando y no hace nada para modificarla en nuestro favor, la capacidad de maniobra y de presión que el Kremlin puede llegar a ejercer en una crisis en Europa puede ser considerable. Déjenme que les diga que esta conclusión nuestra se vio reforzada en cierta medida cuando en una de las presentaciones que hicimos ante el Comité Presidencial de Inteligencia, Henry Kissinger, quien era miembro del mismo, afirmó que si la situación convencional actual hubiera existido en 1973, durante la guerra del Yom Kippur, el gobierno norteamericano habría sido mucho más cauto a la hora de hacer lo que hizo, si recuerdan, activar e incrementar la

* En el vocabulario estratégico anglosajón suelen utilizarse dos términos para calificar un ataque preventivo, *preemptive attack* y *preventive attack*. El primero se da en una situación cuando quien lo lanza está convencido de ser objeto inminente de una agresión por un adversario y, en consecuencia, decide adelantarse a fin de reducir las fuerzas de dicho adversario y poder así reducir el daño posterior; el segundo, por contra, es independiente de la posibilidad de ser objeto de una agresión y puede, por tanto, derivarse de un deseo de anular potenciales enemigos ante una acción propia futura. A falta de una terminología aceptada en castellano, y faltos de una correspondencia exacta, hemos traducido *preemptive attack* como «ataque de anticipación» y *preventive attack* como «ataque preventivo». (N. de la T.)

GRÁFICO 1
DESPLIEGUE, EN TIEMPO DE PAZ, DE BATALLONES DE CARROS DE COMBATE DE LA OTAN Y DEL PACTO DE VARSOVIA EN EUROPA CENTRAL



alerta de las tropas norteamericanas en Europa. Y esa es la clase de presión a la que me refería segundos antes, una presión que pueden muy bien ejercer los soviéticos si la OTAN no posee remedio a la situación actual.

Desde luego, como de seguro explicará luego Simon Lunn en su ponencia, tenemos que ser conscientes de las incertidumbres de los equilibrios de fuerzas, y reconozco que hay numerosos estudios que difieren del mío, pero también estoy convencido de que los números específicos son mucho menos importantes que las tendencias generales. Algo que, creo, queda bien reflejado en el siguiente gráfico 2 y que muestra las fuerzas en activo en el área de la MBFR, esto es, Polonia, Checoslovaquia, la República Democrática Alemana para el Este y la República Federal de Alemania, Dinamarca y el Benelux para el Oeste. Se diferencian las fuerzas adyacentes o refuerzos inmediatos, esto es, para la URSS las fuerzas de los tres distritos militares occidentales, las reservas estratégicas, esto es, las tropas en los Estados Unidos y en los distritos centrales soviéticos, y las fuerzas estacionadas en el área mencionada.

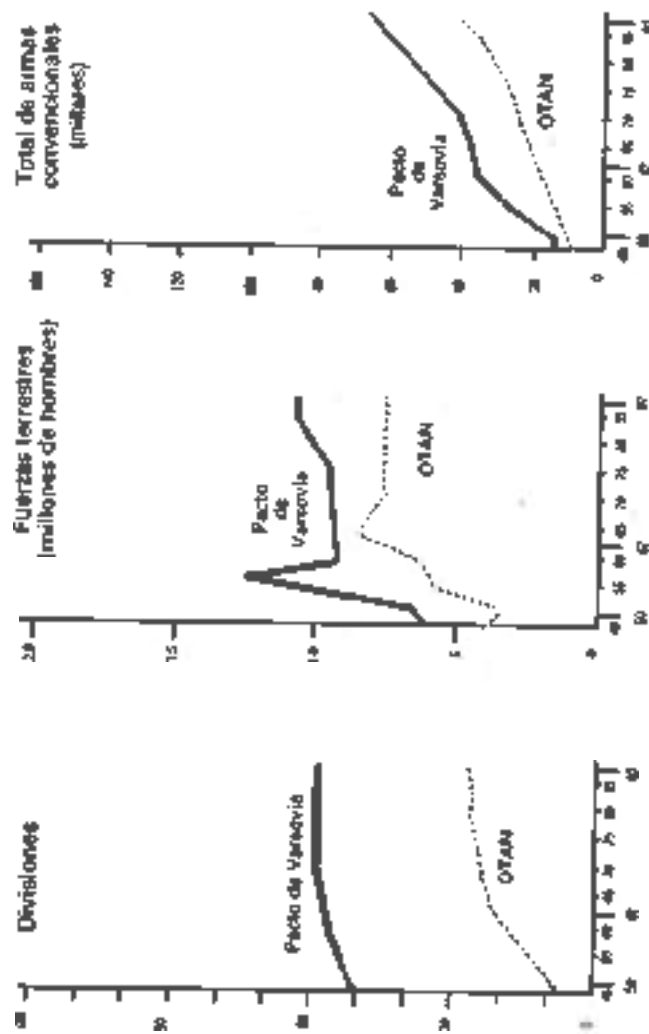
En mi opinión, lo más relevante es mirar la tendencia en estos años de las fuerzas en presencia, aquellas que pueden conducir un ataque por sorpresa o con muy poco tiempo de preaviso. Si se fijan en los números, podrán ver que las tropas, el número de soldados, se han mantenido relativamente estables desde mediados de los cincuenta; sin embargo, eso no ha sido así en lo concerniente al material de que disponen esos soldados. En los últimos veinte años el Pacto ha introducido del orden de cuarenta mil nuevos sistemas de armas. O, si se prefiere, ha doblado la potencia de fuego de las unidades desplegadas en la Europa central. O, aún de otra forma, la URSS ha introducido de manera adelantada más armas en los últimos veinte años que sistemas tenía la Alianza hace ese tiempo.

Si se descomponen las cantidades totales en diferentes categorías —nosotros, en este estudio, hemos definido nueve—, las comparaciones pueden ser más gráficas. Así, en términos de cotaza y anticarro, el Pacto goza de una superioridad obvia. Pero, en cualquier caso, no se trata de una cuestión de simples números. También está la calidad del equipo. Y en este tema, como ya han dicho muchos comentaristas, la diferencia ventajosa para la Alianza se está viendo reducida o se ha reducido ya gracias a las mejoras que los soviéticos han introducido en su material de guerra. No hace mucho, el CSIS organizó una conferencia sobre el problema de los carros y las armas anticarro en Europa a la que asistieron la mayoría de los expertos americanos en este terreno. La conclusión que se extrajo de los estudios fue que la URSS está hoy por delante de los Estados Unidos —y probablemente también de los aliados europeos— sobre todo en términos de protección y diseño. La segunda gran conclusión de dicha conferencia es que esta situación, debido a las dinámicas peculiares en cada país de la industria de defensa, seguirá beneficiando a la URSS durante algún tiempo. Por tanto, la tranquilidad de la ventaja tecnológica, en la que siempre ha confiado la OTAN, se está poniendo en peligro con los adelantos soviéticos en varios campos.

Pero no se trata sólo de la cantidad y de la calidad, sino también de cómo van a ser empleadas esas fuerzas. En los últimos años se ha observado un giro en la doctrina operativa soviética, un cambio del tradicional énfasis en la concentración de masas a un concepto operacional mucho más flexible, en el que se priman la velocidad, la maniobra, la sorpresa, y en el que la libertad del comandante está mucho más pronunciada. Si se observan, por ejemplo, los Oru-

GRÁFICO 2

TENDENCIAS DEL EQUILIBRIO DE FUERZAS EN LA REGIÓN CENTRAL



pos de Maniobra Operativa (OMG), se puede ver que están designados específicamente para explotar brechas en las defensas de la OTAN, brechas que se han creado porque las fuerzas aliadas occidentales no han llegado a las posiciones de combate o porque no han tenido tiempo para preparar las posiciones defensivas. La artillería es otro de los asuntos poco discutidos y, sin embargo, es un terreno donde los soviéticos han realizado mayores avances en los últimos años. No sólo incrementando su número, casi triplicándolo, sino reemplazando prácticamente todas las piezas por artillería autopropulsada.

La batalla aérea también se ha visto modificada. Primeramente por los números que favorecen claramente al Pacto. Un ejemplo evidente es el helicóptero de combate, utilizado por primera vez por los Estados Unidos en Vietnam, introducido luego, poco a poco, por la OTAN con la creencia de que eran sistemas que, con su configuración de anticarro, favorecerían las defensas en Centroeuropa. Pues bien, en este terreno de los helicópteros de ataque, la OTAN sufre una desventaja en la actualidad de ocho a cinco. En términos de calidad, en lo que a la fuerza aérea se refiere, la situación es distinta que para los carros y la artillería, manteniendo la OTAN todavía una ventaja en las tecnologías avanzadas de los cazas. El problema para la OTAN es que, precisamente a causa de la sofisticación creciente de sus aparatos, los países miembros van a ser incapaces de reemplazar sus efectivos en una base de uno a uno, dudosamente podrán modernizar más allá de tres aparatos de cada cuatro. Ciertamente para la URSS la situación tampoco va a ser mucho mejor: nuestras estimaciones nos sugieren que no van a poder reemplazar su fuerza aérea en la Europa central más que aparato por aparato, uno a uno. Sin embargo, como consecuencia del gran esfuerzo realizado en los setenta, poseen un número mucho mayor con el que maniobrar.

Además, la cuestión no se debe plantear, creo yo, en términos de ventaja cualitativa de la OTAN sobre los aparatos soviéticos. La verdadera cuestión es que el nuevo material soviético ofrece a los pilotos capacidades bélicas de las que nunca han disfrutado antes. Como consecuencia de ello han sido capaces de introducir un concepto de operaciones más flexible, abandonando la noción del poder aéreo como una simple artillería aérea, a un concepto estrechamente vinculado al esfuerzo ofensivo terrestre, al apoyo a tierra, tanto en la línea de contacto como contra unidades occidentales en camino a sus posiciones defensivas.

Pero, más allá del equilibrio meramente numérico, hay otros factores que afectarían decisivamente al desarrollo y resultado de una batalla en Europa. Uno de ellos es la disponibilidad de las fuerzas. Puede apreciarse el distinto grado de disponibilidad de las unidades estacionadas en el Frente Central y en las áreas adyacentes. Como puede apreciarse, las fuerzas soviéticas en Centroeuropa no sólo son las más armadas, las que poseen el mejor material, sino que, además, son las que tienen un mayor nivel de disponibilidad. En las regiones norte y sur se puede observar que las tropas de ambos lados tienen el nivel más bajo de disponibilidad. Sin embargo, los grupos soviéticos en Europa del Este son las fuerzas más disponibles.

Cuando presentamos un gráfico sobre esto a la CIA y a la DIA, se hizo patente que existe un interesante debate en los Estados Unidos acerca del grado de disponibilidad de las tropas soviéticas, un debate sobre cuánto tiempo debería pasar para que una unidad estuviera lista para efectuar una operación ofensiva. Pero también nos pareció que hasta cierto punto se trataba de un de-

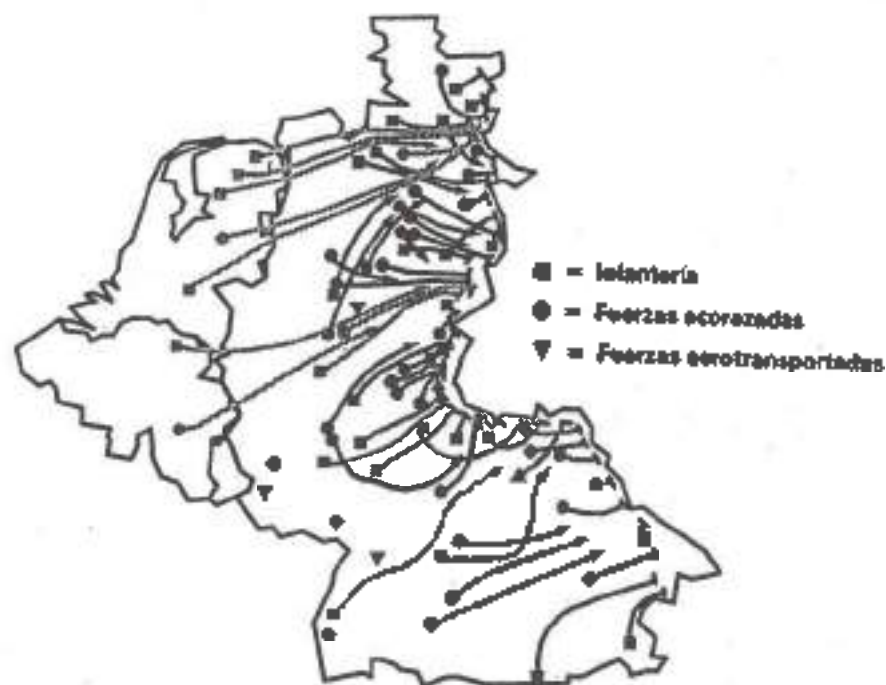
bate irrelevante, por tres razones. En primer lugar, por lo ambiguo que puede ser el esfuerzo soviético en incrementar la disponibilidad de sus tropas, como se ha comprobado en distintas ocasiones. Por ejemplo, cuando hicimos esta presentación ante el entonces SACEUR, el general Rogers nos comentó que durante la crisis polaca de comienzos de los ochenta las tropas soviéticas pasaron de un *status* de tiempo de paz a una disponibilidad completa de la noche a la mañana, y con ello nos quería indicar que esa mejora en la transformación de las tropas para hacerlas aptas para el combate había cogido a la OTAN totalmente por sorpresa.

La segunda cuestión concierne a la capacidad aliada de dar una respuesta ante una movilización —o preparación— ambigua por parte soviética. Y ése creo que es el quid del problema. No se trata tanto de números y de calidad, sino de cuándo los políticos, en Bruselas y en las capitales nacionales, van a tomar la decisión de responder frente a evidencias poco claras, especialmente si tenemos presente que una respuesta militar puede conllevar de seguro una dislocación de la economía y de los sistemas sociales de los países implicados. Nunca en la historia de la OTAN se ha producido una movilización a gran escala, y es de suponer que los líderes políticos tendrán que enfrentarse a presiones importantes para no hacer nada por el estilo, o por retrasarlo al máximo imaginable.

El tercer punto implica a la URSS. Suponiendo que la OTAN decida movilizar, ¿qué impacto tendría tal decisión en el otro bando? El peligro es el de aumentar la inestabilidad durante una crisis. Para el Pacto, la situación más favorable es aquella que explota los primeros momentos de la preparación militar, cuando todavía la OTAN no ha llegado a preparar sus posiciones defensivas. Es probable que, aun así, el Kremlin no se encuentre satisfecho con el cociente de superioridad que puede manejar a su favor, pero es seguro que, a medida que pasa el tiempo, esa superioridad no va a ser sino erosionada como consecuencia de los crecientes preparativos aliados. De ahí el gran incentivo para que los soviéticos se decidan a intervenir con un ataque de anticipación. Algo que tiene que estar muy claro en los líderes occidentales.

En fin, parte del problema estriba en que la situación de desequilibrio actual no es sólo consecuencia de cuanto ha hecho la Unión Soviética; también es una consecuencia de las limitaciones de la propia Alianza Atlántica. El gráfico 3 muestra el estacionamiento de las brigadas en Centroeuropa. Pues bien, más del 50 % de dichas unidades se encuentran a más de cien kilómetros de distancia de sus posiciones defensivas; es más, el 85 % de las fuerzas holandesas está estacionado permanentemente en su propio país, al igual que algo más del 60 % de las belgas. No quiero criticar ni a holandeses ni a belgas: una de las motivaciones por las que retiraron sus tropas de la República Federal de Alemania fue la guerra de Vietnam y la decisión norteamericana de reducir su presencia militar en Europa, para atender otras necesidades en el Sudeste asiático. Pero el resultado final es éste. Se puede apreciar muy bien en la diapositiva: no sólo las fuerzas de la OTAN deben movilizarse rápidamente —algo complejo políticamente durante una crisis—, sino que tienen que desplazarse en direcciones sorprendentes por el suelo de la Alemania Occidental hasta llegar a sus posiciones avanzadas. Las líneas muestran las distintas unidades nacionales en su ruta hasta las posiciones defensivas. Por otro lado, tienen que recordar que estos desplazamientos, tan nítidamente dibujados aquí, se desarrollarían en plena crisis, si no en tiempo de abiertas hostilidades, en

GRÁFICO 3
REDESPLIEGUE EN CASO DE CRISIS:
FUERZAS BELGAS, HOLANDESES, CANADIENSES



medio de un presumible caos de civiles moviéndose en la dirección opuesta, del este al oeste. Por tanto, sería una maniobra muy complicada en la práctica, no sólo cargada políticamente. Son necesidades vitales de los aliados que los políticos deberían estudiar cuidadosamente, en especial todo lo referente a las medidas asociadas; lamentablemente, los líderes aliados encuentran fácilmente excusas para no hacer nada, amparándose en posiciones nacionales, y no se trata de acordar lo que los alemanes puedan hacer por sí mismos, o lo que el comandante en jefe norteamericano pueda conducir como tal comandante supremo de las tropas de los Estados Unidos en Europa. La OTAN necesita, ante todo, una defensa con cohesión y colectiva.

Otro de los grandes problemas a los que se enfrenta la OTAN en la región central es el de los stocks de municiones y la habilidad de luchar durante una campaña prolongada, especialmente si ponemos en la ecuación algunas de las cosas que los soviéticos han estado utilizando en Afganistán, no alta tecnología, pero sí muy efectivas. Se ha elaborado una representación de un escenario en el que se incluyen refuerzos y una movilización de catorce y diez días para el Pacto y la OTAN, respectivamente. La hipótesis básica es que, antes de iniciar el ataque, el Pacto ha sido capaz de trasladar al Frente Central sus unidades estacionadas en los distritos militares occidentales de la URSS. Igualmente, los diez días de alerta y movilización otorgan a la OTAN la posibilidad de organizar mínimamente una defensa cohesionada. Un segundo escenario hipotético que hemos manejado, y al que mis colegas a veces se refieren como el «escenario del fregadero» porque parece que se echa todo en él, añade refuerzos desde los distritos centrales de la URSS. El problema para la OTAN, entonces, no es organizar su defensa, puesto que contaría con suficientes días como para poder hacerlo, sino sustener el esfuerzo de movilización capaz de impedir que los cocientes de fuerzas se inclinaran dramáticamente en favor del Pacto.

En cualquier caso, el escenario que más nos preocupa es el que llamamos «los cañones de agosto», en el cual la movilización del Pacto ha comenzado, el proceso de refuerzo desde los distritos militares occidentales también se ha iniciado, pero en el que el Pacto no espera a tener sus refuerzos *in situ* para atacar, dado que la falta de una defensa cohesionada por parte de la OTAN llevaría a los líderes soviéticos a sufrir una gran presión para un ataque de anticipación, al temer que, con el paso del tiempo, los cocientes de fuerza no hicieran sino empeorar para sus tropas. No quiero entrar ahora en el equilibrio militar de la fuerza aérea, pero consideramos en este escenario que el ataque se produciría antes de que los 1.200 aparatos norteamericanos de refuerzo llegasen desde CONUS.

No quisiera consumir más tiempo. Simplemente permítanme resumir las últimas diapositivas y gráficos: si ustedes miran un posible conflicto en Centroeuropa a través del tiempo, se encontrarán con que la Alianza tiene problemas de disponibilidad en los primeros momentos del mismo, que tendrá dificultad en organizar una defensa colectiva con cohesión, y que, a medida que la guerra prosigue, sufrirá problemas con sus reservas de municiones y su habilidad para continuar luchando prolongadamente.

Si se han fijado, me he centrado casi exclusivamente en lo que los ministros aliados han denominado «el escenario del ataque por sorpresa», fundamentalmente porque es el escenario que ahora más preocupa oficialmente en la OTAN ante las conversaciones de estabilidad convencional que se abrirán

en Viena próximamente. El problema, como se ha visto en las arduas negociaciones interalladas para llegar a una posición común ante dichas conversaciones, es que es difícil traducir ese objetivo —la eliminación de las capacidades para lanzar un ataque sorpresa— a medidas concretas aceptables por todos, por lo que, imagino, algunos problemas conceptuales surgirán paralelamente a las nuevas negociaciones.

Y, ya para acabar, sólo un par de comentarios sobre el debate de qué está cambiando militarmente en la URSS con la *perestroika*. En primer lugar, estoy convencido de que hasta el momento Gorbachov ha liderado y dirigido el proceso de control de armamento y las propuestas de desarme y que ha impactado notablemente en la opinión pública con conceptos tales como suficiencia razonable o defensa defensiva. El problema es que tales nociones son muy poco claras todavía y han tenido nula traducción en la realidad del equilibrio de fuerzas. Este verano pasado, el Comité de Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes de mi país efectuó unas audiencias para redactar un informe sobre la *perestroika* y los militares. Este informe concluía, entre otras cosas, que en el terreno del gasto militar la URSS había dedicado anualmente más en los dos últimos años que en años anteriores de la década de los ochenta. Exactamente un crecimiento sostenido del 3 % anual. Igualmente, oficiales norteamericanos han señalado que la URSS continúa produciendo de doscientos a trescientos carros mensuales, un material capaz de dotar a doce divisiones al año. Cuando el Comité preguntó a los declarantes —y cito textualmente— «si algún cambio concreto operativo en el comportamiento militar soviético podía ser atribuido a Gorbachov, ya en las adquisiciones, despliegue o entrenaamiento», la respuesta fue unánime: no. Por otro lado, hace unos días apareció un artículo en *The New York Times* que recogía las opiniones de unos observadores de la OTAN que habían presenciado unas maniobras del Pacto. El juicio de estos observadores era que, a pesar de la retórica defensiva, se seguía enfatizando la concentración de carros, su velocidad y maniobrabilidad y sus operaciones ofensivas.

No obstante, también pueden observarse paralelamente algunas reformas en las fuerzas soviéticas tendentes al empleo de pequeñas unidades como elementos críticos para el éxito en el futuro campo de batalla, un campo de batalla dominado por la alta tecnología, con un altísimo ritmo de operaciones y muy dependiente del C3I. Estos cambios sugieren una transferencia a las estructuras de regimiento y brigadas como los elementos básicos del Pacto. Además, es compartido el sentimiento de que la *perestroika* es compatible con las necesidades de los militares, sobre todo en lo referente a los requerimientos futuros de equipo de alta calidad y sofisticación.

Que todo ello vaya acompañado de serios esfuerzos en el control de armamentos, una buena vía para, al menos, retardar la revolución tecnológica militar en Occidente, no es, creo, una contradicción. Aunque, acabo, quizá Simon Lunn me corrija. Muchas gracias.

RAFAEL BARDAJÍ: Muchas gracias, Michael. Ha sido una excelente presentación, rica en color y detalles, en la que, creo, se han señalado verdaderamente los problemas operativos a los que la OTAN debería hacer frente con decisión. Pero no quiero extenderme... Simon, cuando quieras.

SIMON LUNN: Siento que conmigo el espectáculo se acabe y volvamos al

mundo de las palabras, pero no he traído ninguna diapositiva: sólo mi propia voz, con la que expresaría algunos de mis razonamientos. Pero, antes de comenzar con mi exposición propiamente dicha, déjenme hacerles tres advertencias preliminares. La primera de ellas, que cuanto voy a decir aquí esta tarde se basa en mi experiencia en los últimos seis años trabajando para la OTAN en el *Policy Planning Staff*, donde realicé numerosos trabajos sobre la cuestión del equilibrio de fuerzas, la comparación de fuerzas y la evaluación de las mismas. De hecho, me vi implicado en la producción de los informes de la OTAN de comparación de fuerzas de los años 1982 y 1984, que por diversas razones políticas internas no siguieron publicándose. Pero también me he visto directamente implicado en la elaboración, durante los dos últimos años, de ese documento que sostiene hace un momento nuestro moderador, que la OTAN ha hecho público este viernes pasado, y que está básicamente orientado a las futuras conversaciones sobre desarme convencional que se abrirán algún día en Viena. Por tanto, repito, mis comentarios reflejarán todo el trabajo que he realizado con esos documentos.

Por otra parte, debo aclarar que mi papel actual, como también ha mencionado nuestro presidente, es el de vicedirector de la Asamblea del Atlántico Norte, algo así como la fórmula parlamentaria de la OTAN, aunque totalmente independiente de ésta. Tenemos ciertos lazos, pero la Asamblea es un foro parlamentario en el que se reflejan las opiniones de los parlamentarios, independientemente de su color en el espectro político, de los dieciséis países miembros de la Alianza. De ahí que la Asamblea sea un lugar muy vinculado al sentir de las opiniones públicas occidentales y donde se presta gran atención a ese sentir.

En tercer lugar, que, teniendo en cuenta cuanto ha dicho ya Michael Moodie apenas hace unos momentos, difícilmente podrán encontrar en mis comentarios divergencias fundamentales con lo ya expuesto; sí, acaso, una diferencia de matiz en las conclusiones, un distinto énfasis en ciertos puntos.

Lo que, si he entendido bien, estamos intentando hacer en esta sesión, más allá de mirar qué es lo que está sucediendo en la URSS, es evaluar qué es lo que sucede con la URSS en términos de amenaza, en un sentido no sólo militar, sino también político; y también como esa percepción que nosotros tenemos afecta o influye en nuestras consideraciones sobre lo que deberíamos hacer, siempre en un sentido limitado de la seguridad. Al igual que Michael, me estoy limitando a un sentido estrecho de la seguridad, particularmente las capacidades militares de la misma. Por tanto, lo que creo que debemos analizar aquí es el impacto que los cambios que están aconteciendo actualmente en la Unión Soviética tienen sobre nuestras decisiones referentes a la defensa que necesitamos, los tipos y los niveles de fuerza, etc. Igualmente, como también ha hecho Michael, me voy a concentrar exclusivamente en las fuerzas convencionales terrestres en el Frente Central. Primeramente porque me parece que en este momento es uno de los puntos que más atención concentra en toda Europa, pero también porque la situación de desventaja numérica convencional ha determinado la estrategia aliada desde los comienzos mismos de la OTAN. La percepción de la superioridad convencional soviética y del Pacto de Varsovia ha influido constantemente en la estrategia aliada. Además, podría decir que nos encontramos en este momento ante una encrucijada muy importante: la necesidad de adoptar medidas de modernización y mejora de nuestras propias fuerzas a la vez que avanzar hacia el control y la reducción de los límites y

formas de esas fuerzas. Son dos procesos que se desarrollan en la actualidad, y la pregunta que muchos nos hacemos ahora es qué decisión tomará la Alianza respecto a la planificación de sus fuerzas, todas esas sugerencias que ha mencionado antes Michael en su presentación, y cómo se verá afectado ese proceso de mejora convencional por los posibles acuerdos de control de armamento.

Desde luego, lo que Gorbachov está haciendo tiene su importancia e impacto en nuestras decisiones. Pero debemos recordar que lo que nosotros hacemos, la clase de fuerzas en las que gastamos nuestro dinero. Las políticas que seguimos, nunca han sido exclusivamente una función de la amenaza militar, nunca han estado solamente determinadas por nuestra evaluación de las capacidades militares de la otra parte. Cuanto gastamos y en qué lo hacemos también es una función de nuestra situación económica, de las coyunturas de cada tiempo, así como de lo que es políticamente aceptable por el ambiente general, de lo que nosotros pensamos que nuestra población está dispuesta a gastar y en qué clase de sistemas defensivos o de ejércitos. Algo, permítanme mencionarlo, realmente importante ahora que se discute la modernización de las armas nucleares de corto alcance. También la polémica sobre las maniobras militares, particularmente virulenta tras el trágico accidente aéreo de Ramstein, en la República Federal de Alemania. Todos ellos son factores exclusivamente nuestros y que influyen en las decisiones que tomamos, en cómo y en cuándo las tomamos.

Por supuesto, cualquiera de ustedes puede decir: «Bien, se entiende, pero nuestra actitud defensiva, el dinero que gastamos y todo eso, está últimamente condicionado por cómo percibimos la amenaza, y por tanto, al final de todo, necesitamos alguna forma de medir y valorar la situación.» Mirando el futuro, en cómo puede influir el control de armamento, o mirando a la modernización de las fuerzas, lo que se necesita es tener algún sentimiento o juicio de cómo de bien o de mal está la situación en concreto. Bueno, sí, pienso que cualquier interesado en este tema habrá visto en la prensa y en la literatura académica, a lo largo del pasado año, un duro debate sobre el estado del equilibrio militar. En la medida en que se avanzaba hacia una negociación de armas convencionales, las miradas se concentraban en cuán favorable o desfavorable parecía ser el equilibrio de fuerzas. Sin embargo, mirando el debate académico, y no sólo también el interno, uno no puede llegar más que a un sentimiento complejo cuando no de confusión. La presentación que ha realizado Michael ha sido muy gráfica y bien documentada, pero sólo es una parte de ese debate. Hay otros análisis que tienen distintos enfoques y que alcanzan distintas conclusiones a las que él ha llegado. Espero que con los comentarios que voy a hacer se vea más claro el porqué de esta confusión y las razones de la incertidumbre en elaborar una comparación de fuerzas precisa y satisfactoria.

Empezaré con algunos puntos sobre la manera de medir, la forma de evaluar el equilibrio convencional. En primer lugar, nosotros hacemos estas comparaciones de fuerzas por tres razones básicas. Evaluamos nuestras fuerzas y las del oponente para ver qué es lo que necesitamos hacer, tal como ha sugerido en su presentación Michael Moodie. Veamos cómo modelan sus fuerzas la OTAN y el Pacto para deducir que necesita la OTAN en la próxima década, por ejemplo. En segundo lugar, y relacionado con el control de armamentos, para saber a qué situación queremos llegar a través de la negociación, debemos comprender la situación existente ahora, que es de donde obligatoriamente comenzamos. Finalmente, la evaluación de fuerzas tiene un ingredien-

te público: hacemos comparaciones de fuerzas porque necesitamos ser capaces de hacer ver a la opinión pública cuál es la situación. Desde luego, para ser capaz de conectar con el público medio, uno necesita ejemplos gráficos y simples, lo que, inevitablemente, tiende a simplificar en exceso un tema y una situación que son extremadamente complejas. Para mayor complicación, normalmente cada presentación del equilibrio se plantea distintas cuestiones, por razones en las que no voy a entrar aquí, por lo que las respuestas suelen diverger de modo sorprendente, pero precisamente por eso, porque se dan respuestas a distintos interrogantes.

El segundo punto que quisiera señalar es que cualquier comparación de fuerzas que ustedes puedan ver es una función de tres cosas: es una función de cómo se hace la comparación, de la metodología de cómo finalmente se cuentan las unidades o los hombres o lo que se elija, está es, es una función del método de evaluación; segundo, es una función de la presentación, de la forma que se escoja para presentar toda la gama de datos y detalles, qué áreas se seleccionan, qué piezas de equipo, qué cocientes, etc.; finalmente, es una función de la política. Si uno mira al pasado, rápidamente podrá ver cómo distinta gente ha utilizado diversas comparaciones de fuerzas con distintos propósitos. El ejemplo clásico es el de gobiernos que quieren gastar dinero en defensa y que dibujan un cuadro dramático del equilibrio, o gente de izquierdas que insiste en que sus gobiernos exageran y que afirman que la amenaza soviética no existe y utilizan una imagen del equilibrio radicalmente distinta. O aquellos oficiales norteamericanos de comienzos de los setenta, los *Wizkids* de MacNamara, quienes querían rebajar la dependencia aliada del arma nuclear norteamericana y evaluaron de una manera optimista el equilibrio convencional en Europa, afirmando, así, que era posible una defensa convencional, algo que los europeos nunca admitieron, aunque ése es otro tema. Por tanto, nunca se puede separar una presentación de la política de la que procede. Como se sabe, una presentación siempre dice más de las posiciones del presentador que sobre la situación que éste intenta dibujar.

Sea como fuere, hay dos métodos básicos con los que contamos y comparamos las fuerzas. El primero es el de los números estáticos, esto es, contar lo que existe en cada lado, hombres, material, unidades. Son tres los factores relacionados con esta clase de contabilidad que quiero mencionar ahora: primero, qué se cuenta, es decir, lo que en realidad se está contando, qué clase de equipo, carros blindados, cazas, helicópteros, hombres, combatientes, qué clase de soldados, ¿personal naval con base en tierra?, ¿personal administrativo? Todas estas cuestiones tienen que trabajarse, definirse claramente y establecerse como reglas de esta contabilidad. En segundo lugar, después del qué, el dónde, en qué región se están contando las fuerzas que queremos contar, ¿Europa central? ¿Qué entendemos por Europa central? ¿La Europa del Atlántico a los Urales? ¿Con qué límites predios? De hecho, éste es un punto en el que venimos discutiendo con los soviéticos. Por tanto, el dónde es algo importante también. Finalmente, el cuándo, el tiempo del cálculo. Cualquier estimación de con cuántas fuerzas se puede contar depende críticamente de los supuestos con que se trabaja acerca de la disponibilidad de las fuerzas. Como en ambos lados la capacidad de reacción es distinta según las unidades, como los gráficos de Michael revelaban muy claramente, uno debe necesariamente hacer algunos juicios sobre cuándo se cree que dichas unidades estarán preparadas para la batalla, en un día, dos, tres, cuatro o más.

Por otra parte, para cada uno de estos tres factores hay una amplia, si no infinita, variedad de elecciones; no son categorías simples: uno puede elegir diversas regiones, distintos momentos, distintos juicios sobre la disponibilidad, elaborar categorías de armamento incompatibles con otras comparaciones, etc. De ahí la inevitable proliferación de evaluaciones y las divergencias entre ellas, entre las estimaciones, por ejemplo, del *Libro Blanco* de la República Federal de Alemania, del *Defence Stimates* del Reino Unido, del *Military Balance* del IISS de Londres y las de la OTAN. Cada autor escoge sus propios criterios raramente compatibles con los de los demás. De ahí que mucha gente se pregunte cómo se pueden comparar esos números, a quién se debe creer.

La verdad es que resulta relativamente sencillo para un analista definir sus criterios y presentar un equilibrio concreto. Es más difícil hacerlo entre dieciséis países que miran de manera diversa a los elementos del equilibrio; de ahí que nos haya llevado más de dos años la elaboración y publicación de esos datos hechos públicos el pasado viernes.

Dos cuestiones acerca de cómo hacer la presentación en un análisis estático. La primera es la necesidad de «comparabilidad»; esto es, cuando se miden y evalúan fuerzas de distintos lados, uno debe estar seguro de que se comparan las mismas cosas, que las reglas elaboradas para la contabilidad, para distinguir hombres, equipos y unidades, son aplicables a ambos lados. Y para ello uno debe estar seguro de que se está de hecho comparando las mismas cosas del Pacto y de la OTAN; si no, el análisis es completamente erróneo. El segundo punto es referente al conocimiento que tenemos de las fuerzas soviéticas y del Pacto de Varsovia. Hasta ahora el Pacto no ha publicado dato alguno sobre sus efectivos y niveles de material. Es cierto que hay algunos datos, pequeñas piezas de información, que se pueden entresacar de distintas publicaciones, pero normalmente la información que se maneja se deriva de publicaciones occidentales; se trata de su interpretación de los datos occidentales. Algo útil pero inadecuado. Por tanto, hasta que se decidan a publicar sus propios datos, tenemos que confiar en una variedad de fuentes de información —desde satélites a emigrados, pasando por la inteligencia humana— que dejan, por decirlo suavemente, un cierto grado de incertidumbre y que repercuten en el resultado final de nuestra valoración de las fuerzas soviéticas.

En este sentido, ha sido inexorable la existencia de zonas grises, de incertidumbres, en los datos de que disponemos del Pacto. Es de sentido común que en áreas próximas a Occidente, como algunos países de Europa del Este, y en lo que toca a sistemas de armas mayores, como carros, el grado de confianza sobre nuestras estimaciones es bastante alto, pero cuanto más se adentra uno en el suelo de la URSS o cuando se trata de sistemas menores, como misiles anticarro, la fiabilidad de las estimaciones cae progresivamente cuando arrojamos datos como 52, 50 ó 48 mil. No hay que olvidar la metodología mil que sabemos sobre las fuerzas del Pacto de Varsovia.

Estos son básicamente los problemas de una comparación estática de fuerzas. Ahora bien, hay otro tipo de evaluación de fuerzas que afirma que los números *per se* no dicen nada, que saber que nosotros contamos con tantos carros y ellos con más o con menos, o divisiones, es lo mismo, no significa nada relevante. Que lo importante es cómo las dos partes en conflicto interactuarían llegado el caso. Para esta visión, lo importante son todos esos factores que están más allá de lo que se denomina el *bean count*, o «cuenta de habas», y

que determinarían cómo lucharían las fuerzas en un determinado día. Este tipo de análisis es lo que se denomina *Net Assessment* o, también, análisis dinámico de fuerzas.

No quiero entrar en detalles al respecto, sino simplemente decir que con el análisis dinámico todos los problemas se vuelven más complejos. Hay una dependencia de determinados supuestos que en este caso son, además, variables. Dos de ellos son de una importancia crítica: el tiempo, esto es, cuántas fuerzas interactuarán en el día D+1 ó 10 es algo que no podemos predecir con un grado fiable de certidumbre. Lo más es enjuiciar, según nuestra opinión, cuál puede ser el caso más probable.

El segundo punto, aún más complejo, es cómo valorar los sistemas de armas. Piénsase en los argumentos entre los occidentales sobre qué carro de combate es mejor y trasvásese con uno soviético. Es más, en una ecuación en la que no se compara uno a uno, sino la sinergia que se produce de la actuación conjunta de varias unidades y de la combinación de carros con la aviación, con los anticarros, con la infantería, etc. A ello cabría sumarle los imponderables de la moral, el tiempo, el terreno, el entrenamiento y toda una miríada de factores más, tantos que, creo, uno no puede por menos que entrecorrer cualquier forma de análisis dinámico. Para comprobar los supuestos analíticos es un método muy útil, pero como modelo del que derivar opciones estratégicas o políticas... Desde luego, hay técnicas muy sofisticadas, todo tipo de simulación por ordenador, pero todas ellas son extremadamente dependientes de los supuestos.

En fin, como puede apreciarse, medir y evaluar las fuerzas convencionales es un trabajo enormemente complicado, un trabajo que no se torna más sencillo con los números. Sin embargo, no podemos volver la vista hacia otros terrenos simplemente porque es algo difícil de hacer. Debemos llegar a algo, y para ello hemos de usar todos los instrumentos que tenemos a nuestro alcance, ese trabajo que Michael ha presentado antes, o el de otros que han intentado representar un panorama del equilibrio realista y creíble. En cualquier caso, creo que debemos tener presentes dos consideraciones más: una, que nuestro esfuerzo debe centrarse en aquellas áreas como las que Michael ha elegido y que tienen la concentración de poder militar soviético en Europa del Este como su foco de atención. La Alianza, los analistas, estamos relativamente seguros de las cifras que manejamos para esa región. Desde luego, no sabemos cómo sería una batalla ahí, cómo lucharían las fuerzas —es una apreciación altamente subjetiva—, pero estamos seguros de que hay una cantidad impresionante de material y tropas, y de ahí podemos deducir que en determinadas circunstancias el Pacto puede alcanzar un cociente de superioridad que le permitiría hacer lo que Michael ha sugerido que podrían hacer. Por tanto, concentremos en esas áreas en las que tenemos mayor confianza, esto es, la densidad de fuerzas de combate en Europa del Este.

No obstante, éste es el segundo punto, tengamos siempre presente que hay limitaciones y fallos importantes en la manera como hacemos nuestras comparaciones de fuerzas. No hay una única presentación que pueda hacer justicia a una realidad tan compleja. No existe una simple fotografía del panorama convencional que pueda captar todos los elementos del poder militar. Lo que sí podemos hacer es ser honestos, particularmente cuando se trata de presentar al público los datos y los juicios sobre ellos, honestos sobre los problemas de medir el equilibrio de fuerzas, aunque también sobre las cosas que nos preo-

cupan. Desde luego, muchos de los problemas que ahora tenemos se podrían resolver fácilmente si el Pacto hiciera públicos sus propios datos, siempre que los presente de una forma que los podamos entender, de una forma en la que podamos sentarnos juntos y discutir con un lenguaje común. Aparentemente, algunos puntos comunes ya existen, Akhromeyev y Gorbachov lo han expresado repetidamente: están dispuestos al intercambio de información sobre las fuerzas, sobre cómo medirlas.

En conclusión, haré una breve reflexión sobre la cuestión central, las capacidades soviéticas, los cambios que están teniendo lugar en el terreno militar y el presumible impacto que pueden tener sobre nosotros. Haciéndome eco de las últimas palabras de Michael, diré que, cuando observamos las promesas de cambios, la cuestión es, cuándo, oh Señor, veremos algo sucediendo realmente sobre el terreno, cuándo veremos algunas transformaciones reales en el sentido de una mayor orientación defensiva, que den realidad a las declaraciones políticas. Es posible que todavía sea muy pronto, dada la situación política en Moscú, como para esperar cambios sustanciales. En realidad, parece que Gorbachov está potenciando un debate, más que transformaciones. Y, desde luego, no hay duda de que los análisis producidos en Moscú por los asesores políticos difieren del Estado Mayor soviético en lo que a la reestructuración defensiva del Ejército Rojo se refiere. Igualmente, es poco creíble que pensemos que todos esos cambios van a tener lugar unilateralmente y sin pasar por un proceso de control de armamentos, que exige alguna reciprocidad. Lo mismo que sería irrazonable pensar que el nivel de gasto soviético en defensa que hoy todavía vemos es un producto de la política de Gorbachov, puesto que puede ser el reflejo de decisiones tomadas hace años. Tenemos que preguntarnos a nosotros mismo qué actitud estamos tomando hacia los soviéticos.

Hay otros muchos puntos en términos militares que me dejo en el tintero, como, por ejemplo, qué significa la capacidad de contraataque, qué es una defensa defensiva, etc., sobre los que deberíamos pensar concienzudamente. Simplemente, para acabar, diré que la Alianza debe hacer un gran esfuerzo de reflexión sobre qué significa estabilidad en términos convencionales, debe ser capaz de llegar en términos de estabilidad y no de sistemas. Por ejemplo, ¿hay un número de sistemas o de tropas que necesitemos independientemente de lo que tengan los soviéticos, independientemente de nuestra relación con ellos? ¿Y si la URSS accede a negociar sustantivas y drásticas reducciones de sus tropas? ¿Y si se llega a acuerdos sobre red despliegues? ¿Cuáles serán las repercusiones en los requerimientos de nuestras propias fuerzas? Ésa es la tarea imaginativa que tenemos ahora por delante. Muchas gracias.

DEBATE

RAFAEL BARDAJÍ Gracias, Simon.

Comprendo que ha sido una sesión bastante dura, desde luego, no por lo que han dicho los panelistas, sino por el sopor postprandial y el calor de la sala, pero en estos momentos queda abierta la intervención por parte de la audiencia.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR Me parece que ha sido el último de los intervinientes quien se ha referido a los métodos y sistemas para la evaluación y ha dicho que dependen del propósito políti-

co con que se hacen esas evaluaciones. Yo quería preguntarle, puesto que él ha trabajado en la última evaluación —la que ha presentado el viernes el secretario general de la Alianza—, a su modo de ver, bajo qué propósitos o al servicio de qué propósitos políticos se ha hecho esa última evaluación.

SIMÓN LUNEK Al sugerir que la política nunca debe ser puesta de lado u olvidada en las comparaciones de fuerzas, creía que estaba diciendo algo obvio. Claramente, lo que se cuenta, la manera de hacerlo, está relacionado en cierta forma con la posición política de los analistas o del analista, tallo que es demostrar que hay algo puro y totalmente objetivo, pero todavía tengo que ver esto último. Yo creo que la publicación de los aliados es bastante clara en su orientación, ofrece aquello que los aliados creen que es el balance de fuerzas hoy y el desequilibrio en el mismo que les preocupa enormemente. Por otra parte, está claro que, desde que la OTAN existe, se da esta preocupación por el desequilibrio convencional, más bien la discusión ha sido sobre cuánto desequilibrio podemos aguantar, y esta comparación de fuerzas está destinada a servir como base para las negociaciones sobre desarme convencional que acaben con ese desequilibrio. No uso ningún propósito nuestro en ello: refleja nuestra visión de la situación. Ahora lo que queda por ver es la visión de la otra parte, sus datos, que nos permitan comprometernos en una discusión y diálogo sobre cómo eliminar lo que nos preocupa a todos. Ése es el objetivo de nuestro documento: ofrecer unos datos y hacer pública una información que consideramos que es importante conocer para comprender la situación convencional en Europa.

RAFAEL BARDAJÍ Capitán Niñez... Ah, perdón, perdón. Jacquelyn Davis estaba antes. No te había visto.

JACQUELYN DAVIS Gracias, presidente. Quisiera hacer una observación y luego una pequeña advertencia, si se me permite, para el resto del debate. La observación es que considero importante que reconozcamos que la URSS, como lo ha hecho en el pasado y creo que seguirá haciéndolo en el futuro, tiende a resolver los problemas militares de una forma distinta a como lo hacemos en Occidente. Algo que es importante cuando uno habla de comparación de fuerzas, por ejemplo, o sobre la superioridad tecnológica en sistemas de armas. Si tomamos el caso de los aviones, por citar uno, en Occidente se ha enfatizado la capacidad *manoeuvr* de sus aparatos, eso es, aviones que pueden ser polivalentes tanto como bombarderos, misiles portores o cazas; por contra, los soviéticos han tendido a desarrollar sistemas que tienen unos objetivos específicos según misiones muy determinadas. De ahí que, cuando se hacen comparaciones aparte a parte, se dé la tendencia en Occidente a decir que sus aviones son inferiores a los nuestros, cuando en realidad son perfectamente capaces de realizar las misiones para las que están diseñados. Y lo peor para nosotros es que, desplegados en los números en que están, la estructura de fuerzas puede muy bien acometer la realización de sus objetivos militares.

Dicho esto, ahora la advertencia que quiero hacer sobre la discusión: simplemente recordar que, creo, es completamente peligroso discutir el llamado equilibrio convencional en Europa sin ninguna referencia al componente nuclear de las fuerzas, tanto las del Este como las de la Alianza. Crecientemente, el componente nuclear es un aspecto importante en términos de opciones flexibles de empleo y de efectividad. Michael Moodle ha mencionado en su presentación algunos de los cambios que se aprecian en las fuerzas soviéticas y el nuevo énfasis en la capacidad de decisión en los niveles más bajos del mando. Y eso se refiere también a la utilización potencial de sistemas de doble uso, esos sistemas que pueden portar munición nuclear, química o convencional, como el SS-21. Por eso creo que debemos ampliar las perspectivas de la discusión, sobre todo a la luz del tratado INF. Tenemos que preguntarnos cuáles son las posibles aplicaciones de estas armas de doble o triple uso y su impacto en la estructura de fuerzas convencionales. Y, aunque sea metarme en el terreno del siguiente panel, que centrado tienen estas armas para el control de armamento, particularmente a la luz de los intentos soviéticos de negociar también los aviones norteamericanos en posiciones avanzadas. Ésa era mi observación, gracias.

RAFAEL BARDAJÍ Muchísimas gracias. Sí, efectivamente, quisiera recordar a todo el público en general que el siguiente panel abordará específicamente todos los temas vinculados al control de armas convencionales o al control de armas en Europa. Las referencias que ha hecho Simon Lunek es porque, lamentablemente, él tiene que dejarnos urgentemente. En cualquier caso, las dos apreciaciones de la doctora Davis me parece que eran más que oportunas. No sé si alguna de los panelistas quiere hacer algún comentario o seguirnos con las preguntas... Jesús Norez.

Jesús NÓREZ Muchas gracias. Querría dirigir mis preguntas a cualquiera de los dos ponentes que han desarrollado el tema del poder militar soviético. Son tres preguntas en una, muy con-

cretas. Cuando estamos hablando de que la Alianza Atlántica es una asociación de dieciséis países y que en cualquiera de las negociaciones que emprenda necesita tener en cuenta los puntos de vista de todos sus miembros, ¿se está considerando en este tema que solamente hay uno de los aliados que dispone de los medios necesarios para poder evaluar lo que tiene el adversario? Es decir, las evaluaciones se han hecho siempre sobre la base de que los países aliados aportan cuáles son los datos de los efectivos militares de que disponen; sin embargo, todo lo que se refiere al bando contrario, al bloque socialista, se hace sobre la base de apreciaciones de medios de inteligencia o de cualesquiera de los que se disponga por la tecnología occidental. Pero, en realidad, la OTAN como tal no dispone —o eso creo yo, y esa es también mi pregunta— de medios para poder evaluar en toda su complejidad cuáles son los efectivos que tiene el adversario.

En relación con esto, y concretando aún más, ¿se considera en la OTAN si con estos medios de detección es posible la sorpresa en un ataque en masa por parte de fuerzas armadas soviéticas, es decir, permitirían estos medios detectar con la suficiente anticipación para la hipótesis que siempre manejamos de refuerzos norteamericanos a través del Atlántico, etc.? Y, por último, en las evaluaciones de efectivos de los dos bandos al hablar de fuerzas terrestres, está claro o más o menos claro en qué límites nos estamos moviendo: ¿se pueden conciliar y hay consenso en eso acerca de las fuerzas aéreas? ¿Qué región es la que estamos considerando al estar haciendo balances de fuerzas y lo mismo, aunque en menor medida, en fuerzas aéreas? Muchas gracias.

SIMON LUNN: Sobre quién es responsable de la evaluación. Yo diría que es un esfuerzo de grupo, verdaderamente. Es cierto que sólo los Estados Unidos poseen ojos en el cielo y eso tiene su importancia, pero puedo asegurar que, alrededor de la mesa, los países miembros de la Alianza discuten duramente los datos. Tal vez porque algunos de ellos tienen —y es verdad— que tienen cierto conocimiento especializado en algunos de los países del Este, que poseen algo así como una ventanita especializada. Pensemos en la RFA y la RDA, en Turquía y la región caucásica, en Italia y Hungría. De verdad, no hay una persona o país que tenga el monopolio de los números. Por otra parte, en lo referente a las fuerzas convencionales, los satélites no son el único —tal vez ni el mejor— medio de recogida de información, los observadores, los agregados militares, así como otros informantes, son valores precados y preciosos en este terreno.

Acercas de la cuestión del ataque por sorpresa, tengo que despegarme de las palabras de Michael. Creo que, aladas todas las actividades de creación de confianza y el grado de apertura informativa que se está logrando, es muy difícil imaginar un escenario de movilización camuflada o envasada. Evidentemente, se puede pensar en una situación en la que la OTAN duerme durante veinticuatro horas y el Pacto se aprovecha de ello, pero eso es una posibilidad que pertenece al mundo de los sueños. En el mundo de hoy, en Centroeuropa, con las condiciones políticas que vivimos, encuentro muy difícil otorgar mucha credibilidad a una posibilidad así. Lo que no significa que no sea una contingencia en la que los planificadores militares no tengan que pensar.

Sobre las fuerzas navales y aéreas, simplemente no fueron incluidas porque las conversaciones sobre estabilidad convencional se venían restringidas a las fuerzas terrestres, aunque haya una posibilidad para negociar la aviación posteriormente. En cualquier caso, no me parece que se dé una gran disputa en torno a esos dos equilibrios, el aéreo y el naval.

MICHAEL MOODIE: Sí, muy brevemente. Mi experiencia en la Alianza sólo confirma cuanto me ha dicho Simon: es un esfuerzo compartido y común. De todas formas, ha habido últimamente discusiones sobre la conveniencia de que los europeos dispusiesen de sus propios satélites de recogida de información. Uno de los documentos de la Asamblea del Atlántico Norte, *La OTAN en los 90*, incluye tal posibilidad. En mi opinión, esta capacidad no haría sino complicar las discusiones acerca de los números, pero también creo que sería beneficioso para la vida política aliada la posibilidad de contar con medios diversificados. Por eso creo que los Estados Unidos deberían promover el desarrollo y puesta en órbita de los satélites europeos.

Acercas del ataque por sorpresa, todo depende de qué se entiende como sorpresa. Sorpresa, al menos en el contexto norteamericano, connota falta de conciencia, algo repentino. Y yo no creo que pudiera darse una situación bélica en Europa, los historiadores pudieran decir de ella que surgió de la nada, sin aviso alguno. Estoy convencido de que habría evidencias suficientes. El problema es otro. El problema es la voluntad política de tomar decisiones en medio de datos que no son concluyentes, que pueden ser ambiguos. Lo que para un analista de información puede estar muy claro, puede no serlo tanto para los políticos. Quizá me esté pasando de cínicos, pero para mí la cuestión no es saber si la OTAN tendrá información suficiente, sino si ésta estará en una forma que permita a los líderes políticos adoptar los pasos necesarios para contrarrestar el Pacto.

Sobre las fuerzas navales. En el estudio que he resumido hacemos un análisis de la región norte y del Flanco Sur. No he hecho mención a ello por cuestión del tiempo asignado a cada

ponente. En cualquier caso, me parece que todas las cosas a las que se ha referido Simon al hablar de cómo contar las fuerzas son aplicables a los sistemas navales y a la aviación. Tal vez de una manera aún más complicada. Es cierto lo que Simon ha dicho: no está incluida en la publicación de la OTAN porque no es ese el tema de las CST; no obstante, es muy difícil evaluar el impacto en la batalla terrestre de la aviación, por no mencionar el de las fuerzas navales. Hay muchos problemas conceptuales a resolver todavía.

RAFAEL BARDAN: Gracias. Me gustaría intervenir un momento ya que me ha moderado mucho esta mañana, no le he hecho ninguna pregunta.

Yo quería, simplemente, retomar un poco los temas que Teresa Virgili nos había presentado aquí del impacto industrial, financiero, económico, en el sector de defensa ligado a la perestroika con las opciones de las que nos ha venido hablando Michael Moodie. Es decir, tengo dos preguntas muy especulativas que son prácticamente la misma y que no sé si me las debe contestar Teresa, Teresa y Michael, cada uno, me da igual.

La primera de ellas sería: ¿cuáles son las posibilidades de que la Unión Soviética mantenga sus niveles de producción y despliegue masivo de equipo militar una reestructuración económica, es decir, sin perestroika?

La segunda cuestión: ¿cuáles son las posibilidades de que una Unión Soviética «perestroikizada», es decir, con una aérea reestructuración, cambie y reduzca tanto sus niveles de producción de equipo militar como sus modelos de despliegue?

Ésas son las dos hipótesis de futuro que quería que me contestaras.

TERESA VIRGILI: Vamos a ver: sin perestroika decíamos que es muy difícil que el sector militar pueda continuar con unos resultados, con unos outputs tecnológicamente aceptables puesto que le faltan de alguna manera las aportaciones de unos inputs adecuados. Entonces necesita que la economía civil también se reestructure, utilice la perestroika, consiga tener en cuenta la demanda que se le haga, sea capaz de adecuar una nueva tecnología y pueda ofrecer unos inputs que permitan al sector militar seguir trabajando en unas condiciones de competitividad o competencia internacional. Que los resultados, al menos, sean similares a los que se puedan obtener en Occidente.

Entonces con perestroika puede ocurrir esto, y entonces mi preguntas si con perestroika va a disminuir...

RAFAEL BARDAN: Es la inversa, es decir, si con perestroika tenemos garantizado que ese nivel más eficaz de producción va a hacer que, sin embargo, la amenaza militar real disminuya. Es decir, qué implicaciones políticas tienen para las capacidades de combate.

TERESA VIRGILI: Yo la amenaza militar real no creo que vaya a disminuir, lo que puede ser es que cambie el sistema de armamento soviético y, en vez de seguir intentando tener mucha cantidad para de esta manera cubrir la calidad, puedan llegar a tener la calidad suficiente como para no necesitar la cantidad. Pero, al menos hasta ahora, en todas las declaraciones de los soviéticos que están ocupando puestos de poder existe siempre la reserva de seguir guardando un equilibrio de fuerzas por lo menos, o el mínimo suficiente, pero nunca han hablado de disminuir su capacidad. A no ser, claro, que el adversario, evidentemente, la disminuya, que no creo que tampoco sea el primero.

MICHAEL MOODIE: Muy brevemente. Si uno mira lo que Gorbachov ha estado haciendo en los últimos tiempos a los militares soviéticos, se puede llegar a preguntar por qué no ha hecho nada al respecto. Quiero decir que Gorbachov ha propuesto la reducción del 50 % de los arsenales nucleares, ha cambiado los despliegues y ha reducido las manobras de su flota —en parte debido a los últimos cortes derivados—, va a sacar las tropas de Afganistán, ha sugerido ciertos re-despliegues en la Europa central, ha propuesto algunas reducciones de sus fuerzas convencionales, incluso se ha llegado a plantear el servicio militar no obligatorio; todo ello es algo que, desde una perspectiva clásica, no puede ser muy popular entre los mandos militares. Y, sin embargo, así están. Y yo creo que en realidad no hay contradicción alguna entre la perestroika y los militares soviéticos, ahora. Creo que la cuestión es que ven en ella la única forma de mantenerse en la revolución tecnológica que está teniendo lugar en el ámbito militar. Además, los militares soviéticos están sumamente preocupados en mantenerse en la carrera de la alta tecnología, algo que, con las condiciones actuales, están convencidos de que no pueden ganar a Occidente. Por tanto, cualquier cosa que pueda ayudarles en eso será bienvenida. Si ello va a causar un mayor riesgo, cómo se van a comportar los sectores civil y militar..., sería muy arrogante por mi parte siquiera apuntar una respuesta.

ALMIRANTE SALGADO: Muchas gracias, presidente.

Ante todo quería felicitar muy efusiva y humildemente a la doctora y profesora Virgili por que con su precisión nos ha dado una maravillosa conferencia que no tiene precedentes en España. Yo, si hubiera que calificar su tesis-doctorado, le daría un sobresaliente *cum laude* sin dudarlo.

Yendo esto por delante, va la pregunta, muy concreta. Los gastos militares de cualquier nación se dividen en dos partes, gastos militares en material y gastos militares en personal. Nos ha hablado muy bien de los gastos militares en material de la Unión Soviética. ¿Nos puede decir algo, aunque sea muy poco, sobre los gastos en personal? Primera pregunta para la doctora profesora Virgili.

Ahora, para Michael, que también ha sido muy brillante, por supuesto, más que una pregunta sería una aclaración sobre el factor fuerzas navales. Las fuerzas navales no son negociables, no van a estar incluídas en ningún tipo de conversaciones. ¿Y por qué? Porque la Alianza Atlántica es una alianza atlántica, es una alianza marítima y su vida depende del mar; si se cortan por cualquier amenaza las comunicaciones atlánticas o mediterráneas o en el estrecho de Gibraltar, que es nuestra gran preocupación, Europa quedaría aislada totalmente de Norteamérica y no habría más que una solución, la rendición sin condiciones. Eso no le ocurre a la Unión Soviética, no le ocurre al Pacto de Varsovia, que no depende de sus comunicaciones navales para nada. Así que esto queda muy claro.

Y por último la pregunta también para la muy brillante conferencia-expositora de Simón... ¿Se ha ido Simón? Entonces, no hay nada que hacer. ¿Y cómo se ha ido?

RAFAEL BARDAL: Se ha tenido que marchar porque perdía el avión y una reunión en Londres. Pero se lo podemos hacer; se lo cursaremos debidamente.

ALMIRANTE SALGADO: ¿Se ha ido en submarino o cómo ha sido? Bien, ha hecho inmersión y se ha largado. No sé, al menos ha sido un fracaso.

Bueno, entonces para Michael.

RAFAEL BARDAL: Pero puede formularla, almirante, porque quizás no solamente los poderes sino...

ALMIRANTE SALGADO: Muy rápidamente. El método. Lo más importante de las conversaciones de paz será ponerse de acuerdo en los métodos para evaluar las fuerzas convencionales, terrestres y aéreas tácticas. Si para nosotros es muy difícil ponernos de acuerdo en los métodos, cuando tengamos que ponernos de acuerdo en los métodos nosotros con ellos ¿será soluble este problema? Nada más que eso.

TERESA VIRGILI: Ante todo agradezco al almirante el sobresaliente *cum laude*, que me lo recuerdo, me lo guardo.

Y respecto a la partida de personal al no tener subdivisiones de la cifra de defensa, en principio a través de fuentes soviéticas oficiales no se sabe nada; las estimaciones dan muy poco porcentaje en personal, puesto que, al igual que todas las remuneraciones en la Unión Soviética, sólo hay una parte que va en remuneración monetaria, en salarios monetarios, y otra parte que va en salario social. Entonces el salario, lo que cuesta el personal, en principio no representa un porcentaje alto.

No se si se quería referir a la posibilidad de que hubiera retiradas de fuerzas al llegar a acuerdo de desarme; esta retirada de fuerzas tampoco implica un problema económico, puesto que todavía hay escasez de mano de obra en la Unión Soviética. A lo mejor, como esta mañana nos decía la profesora Hélène Carrère d'Encausse, no es posible que encuentren trabajo en su misma localidad, pero trabajo hay en la Unión Soviética, falta mano de obra o falta redistribuirlo. Entonces, no va a ser un problema si deben dejar el ejército, pero el problema puede ser de tipo social o político.

RAFAEL BARDAL: Antes de que Michael Moodie responda, quisiera recordarle que Jesús Salgado es un almirante de la flota española.

MICHAEL MOODIE: Sólo tres o cuatro cuestiones inconexas sobre sus palabras, a parte de agradecerle sus elogiosos comentarios para con mi presentación. El poder naval es crítico para la Alianza, en eso estoy de acuerdo. Sin embargo, en el escenario que más nos preocupa, el de un ataque con poco tiempo de aviso, el poder naval se vuelve irrelevante porque el impacto que puede tener en la batalla terrestre trayendo refuerzos a Europa es posible que sea excesivamente lento y la batalla se haya acabado antes de su recepción. Recuerdo que en un ejercicio de la

OTAN, mi jefe de entonces, el embajador norteamericano ante la Alianza David Abshire, le preguntó al presidente del Comité Militar qué ocurriría si los soviéticos atacaran mañana. Debo decir que estábamos en el quinto día del ejercicio y que la primera respuesta fue: «Esto no está contemplado en las reglas de este juego.» No obstante, la segunda contestación fue: «Déme veintidós horas y le daré una respuesta.» La respuesta fue que, si los soviéticos atacaban entonces, en el sexto día, la OTAN perdería el conflicto. Con esos tiempos el poder naval no suponía mucho.

El segundo punto al que quisiera referirme tiene que ver con la creciente preocupación, al menos en el Departamento de Defensa norteamericano, de la proyección del poder naval sobre tierra y, en consecuencia, el impacto que dicho poder puede tener para la batalla terrestre. La verdad es que ha habido recientemente diversos juegos de guerra en el Pentágono, y, dependiendo de los supuestos que se asumían, de la clase de sistemas que podían utilizarse, especialmente SLCM (misiles de crucero lanzados desde el mar) con cabezas convencionales, el resultado era que el poder naval sí podía ser relevante en la batalla por Europa. Y quiero relacionar esto con la observación que hizo antes Jacques-Henri Duvoy sobre la relación de lo nuclear con los sistemas convencionales y el proceso de control de armas en general, porque si, por ejemplo, los SLCM van a ser limitados por un acuerdo de armas estratégicas, entonces tampoco estarán disponibles para su uso convencional.

La tercera cuestión se refiere al poder naval y al control de armamentos. Seguramente en el siguiente panel se tratará del asunto, pero en principio el tema naval está excluido de las negociaciones. No obstante, hay una preocupación en la OTAN de que la URSS pida una reducción del armamento naval como una especie de compensación por las reducciones asimétricas que debe conducir en el terreno convencional terrestre. Algo para lo que, creo, deberíamos estar preparados no sólo en términos de negociación, sino también ante nuestro público.

Por último, usted tiene toda la razón acerca de los problemas del método de la comparación de fuerzas. Los soviéticos, por ejemplo, han salido ahora con unas definiciones de aviones que la OTAN no reconoce y que no está dispuesta a aceptar. Hemos visto que en Viena, en las MBFR, las disputas sobre los números han durado tanto como las propias negociaciones sin ningún resultado positivo. De ahí que ahora se oiga a oficiales diciendo que lo importante no es lo que se tiene al comienzo, sino las fuerzas residuales, esto es, lo que queda al final de la negociación, de tal forma que así se facilita el progreso en las conversaciones. No obstante, problemas conceptuales como qué es un transporte blindado de personal, un blindado de combate, un carro, acababan surgiendo inevitablemente. También precisamente por esto hay mucha gente escéptica ante el futuro de esas aún no inauguradas conversaciones sobre desarme convencional.

RAFAEL BARDAL: Miguel Ángel, una última intervención lo más breve posible, por favor.

MIGUEL ÁNGEL AQUIJAR: Sí, yo quería preguntarle algo a la profesora Virgili. Si la he comprendido bien, manifiesta que la perestroika es una necesidad militar, que para continuar, en fin, para garantizar la potencialidad militar soviética, era necesario ese proceso y que por eso los militares lo apoyan. Pero, si eso es así, ¿cómo se explica, siendo el estamento militar tan poderoso dentro de todos los órganos de la Unión Soviética, del partido, etc., que no haya habido una iniciativa que no se haya percibido una iniciativa de ese estamento en favor de la perestroika? La impresión que hay o por lo menos la que yo tengo, es que más bien los promotores de la perestroika buscan el nihil *obstar*, el placer de los militares, pero no son los militares muy activos ni han tenido iniciativa ninguna en el lanzamiento de ese movimiento que, si hubiera sido una necesidad suya, habrían tenido la posibilidad de haberlo promovido.

TERESA VIRGILI: Los militares no lo han promovido directamente, pero siempre lo han apoyado. Cuando el movimiento de perestroika empezó, realmente, con Andropov, con los mejores experimentos, con todas esas series de reformas o de intentos de reformas a que he aludido en los veinte minutos, los militares apoyaban todas estas reformas, los militares siempre han visto la necesidad de que el sector civil funcione correctamente y, sobre todo, en las últimas décadas en las que la degeneración quizás de la producción de este sector iba empeorando.

En revistas militares, en las revistas para los militares, siempre a partir de la perestroika han ido saliendo continuamente artículos a favor de la misma. O sea, que de hecho sí que la apoyan. No la han promovido directamente, pero puede ser que si la hubieran promovido en otros niveles, como por mí que en un momento dado hubiera Andropov o hubiera Gorbachov, y es posible que movimientos políticos hayan actuado ahí dentro.

RAFAEL BARDAL: Si no hay ninguna intervención más con esta precisión, salvo que alguno de los panelistas quiera hacer un último comentario, creo que nos hemos merecido el café que nos está esperando en la otra sala.

5. EL CONTROL DE ARMAMENTOS SEGÚN MOSCÚ

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Continuamos con este cuarto panel que lleva el título de «El control de armamentos según Moscú». Yo no sé si este «Evanglio según San Lucas» va a ser exactamente según Moscú, porque no sé en qué medida Moscú respaldará las afirmaciones que aquí puedan hacer, por un lado, Carlos Miranda y, por otro, Jesús Núñez. En todo caso, de una manera más, no sé cómo decir, más escueta, más sobria diríamos, según lo que Carlos Miranda y Jesús Núñez estiman que es la posición de Moscú. Además, siguiendo la filosofía de este encuentro, se trata, en definitiva, de reflexionar sobre nuestras percepciones y experiencias en el campo del control de armamentos con los soviéticos.

El propósito es que consuma cada uno de ellos un turno de entre quince y veinte minutos y después intentar abrir el debate pero de tal manera que fuera posible —sin que nadie ahorre nada, pero haciendo todos un esfuerzo de concisión, de brevedad— que pudiéramos levantar la sesión no muy pasadas las ocho, incluso si pudiera ser a las ocho para que dé tiempo a que cada uno pueda bajar a la habitación, etc., y salir a las ocho y media cuando nos espera el autobús para salir al cóctel que se nos ofrece, que seguramente será muy interesante también.

Por tanto, voy a dar en primer lugar la palabra a Carlos Miranda, diplomático, animador de muchos foros de debate sobre problemas internacionales y, en este momento, director general para Asuntos de Seguridad y Desarme en el Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid. Adelante, Carlos.

CARLOS MIRANDA: Muchas gracias, Miguel Ángel. Buenas tardes.

Yo querría en primer lugar agradecer esta invitación y la oportunidad de participar en este seminario este año en el que afortunadamente, no como otros años, no coincide con el Consejo Atlántico y, por tanto, he podido venir, y me alegro mucho de ello.

En segundo lugar, querría también iniciar mi trabajo diciendo, no que tengo una buena noticia y una mala noticia, sino que creo que puedo decir que tengo dos buenas noticias.

La primera es que para los hispanohablantes voy a hablar en español. Y la segunda es que, aunque tengo el trabajo escrito —y, si ustedes quieren, está a disposición de ustedes para distribuir— voy a leer una versión abreviada del trabajo, que espero, pues, quede en el marco de los veinte minutos o, por lo menos, no se salga demasiado de él.

La llegada a la Secretaría General del PCUS de Mijail Gorbachov ha permitido la reanudación entre el Este y el Oeste de un diálogo político roto en los años finales de la década de los sesenta, simbólicamente con la invasión de

Afganistán y, más concretamente, en el ámbito del control de armamentos con el despliegue de los SS-20.

La ruptura de esta confianza no pudo restablecerse durante el final de la era Breznev, ni tampoco pudo restablecerse antes de la llegada de Gorbachov debido al poco tiempo que estuvieron en sus cargos los dos secretarios generales del PCUS que se intercalan entre Breznev y Gorbachov, es decir, Andropov y Chernenko.

Esto pone claramente en evidencia el carácter eminentemente político no sólo de las relaciones Este-Oeste en general, sino también muy específicamente en el marco del control de armamentos. Solamente un secretario general del PCUS bien asentado y con perspectivas de futuro y un presidente fuerte, y también bien asentado políticamente, en los Estados Unidos, como ha sido Reagan, permitieron reabrir el diálogo y avanzar en el campo del control de armamentos, aunque fuese dentro de un contexto de polémica y de dura negociación.

¿Cuáles son las perspectivas de la URSS en el control de armamentos? Sin duda alguna, a quien hay que hacer esta pregunta es a los propios funcionarios de la URSS. No es una pregunta que tenga en cualquier caso posibilidad de ser respondida con absoluta garantía por parte de quienes se ocupan de estas cuestiones en el mundo occidental. Lo único que podemos hacer desde nuestra perspectiva es un análisis, con la esperanza de que pueda ser correcto, y en cierto modo es lo que se intenta hacer a continuación.

El desarme y el control de armamentos son un lado de una moneda que tiene dos caras, defensa y desarme, y que se llama seguridad. Incluso hay que precisar que la seguridad es un concepto más amplio que el que se emplea muchas veces restringido a la seguridad militar: la seguridad es un concepto político mediante el cual se busca la estabilidad en las relaciones internacionales con el diálogo y el incremento de las interrelaciones de todo orden, manteniendo los requerimientos militares de nuestra defensa en el nivel más bajo que sea posible. Es un concepto que debe ser común, porque todos tenemos derecho a la seguridad, y esta última no se puede obtener a costa de la seguridad de otros.

Desde esta perspectiva general, la CSCE constituye, sin duda alguna, la clave de bóveda de la seguridad europea. En efecto, el proceso derivado del Acta Final de Helsinki permite contemplar, del Atlántico a los Urales, nuestra seguridad con una perspectiva amplia que incluye no solamente las cuestiones de naturaleza militar, sino también otras tan importantes como la cooperación económica, y de otro tipo, y asimismo el respeto a los derechos humanos en el sentido más amplio de la palabra.

Pero la política de seguridad forma parte de la política exterior de un país y, por tanto, de la política internacional, y la política exterior de un país es también la expresión de su política interior. La Unión Soviética es, y nadie lo duda, una gran potencia y, como tal, no ha dudado en emplear su poderío militar para lograr sus objetivos internacionales. Indudablemente, desde 1917 ha sido un país que se ha sentido acorralado. Y esto es importante porque en política de seguridad el sentimiento subjetivo de la percepción que se tiene de la misma es fundamental, aunque conviene precisar que esto no solamente es válido para la Unión Soviética. La Revolución de Octubre y la toma del Palacio de Invierno no fueron acontecimientos que provocasen gran satisfacción en los países capitalistas. Menos aún si se tiene en cuenta que desde entonces se

han producido desde Moscú vaticinios señalando el próximo hundimiento del capitalismo, cosa a la que la URSS estaba dispuesta a colaborar. Ello, sin duda alguna, no podía contribuir a la creación de un clima de confianza, sino más bien de suspicacia y de prevención.

Asimismo la URSS fue atacada durante la Segunda Guerra Mundial y no ha olvidado el precio que tuvo que pagar para mantener su independencia y sistema político. También es verdad que antes de ser atacada por el Tercer Reich no dudó en aliarse con Hitler para atacar a Polonia, y también atacó a Finlandia. La Segunda Guerra Mundial y sus secuelas le han permitido ejercer su política exterior a través de su poderío militar y, por tanto, el ejercicio de la fuerza: Letonia, Lituania, Estonia y el establecimiento de regímenes afines en la Europa ocupada al final del conflicto con la Alemania nazi son distintos botones de muestra. En cierto modo se puede decir que la política tradicional rusa de expansión ha sido recogida por la Unión Soviética.

Sin duda, el expansionismo no es un monopolio ruso. Es interesante comprobar cómo Brzezinski afirma en uno de sus libros, *Game Plan*, que tanto Rusia como los Estados Unidos han extendido su ámbito territorial a costa de sus vecinos: En el caso de la Rusia histórica con una expansión importante hacia el oeste, en gran parte a costa de Polonia, y, en el caso de Estados Unidos, hacia el sur hasta llegar al río Grande, a costa de Méjico.

Los acontecimientos en Hungría en 1956 y más tarde en Checoslovaquia en 1968 son también situaciones que no podían predisponer a la confianza.

Como he dicho antes, la URSS no es el único país que usa la fuerza en sus relaciones internacionales, pero tiene dos características muy especiales, sobre todo desde la perspectiva europea: en primer lugar, es una gran potencia; en segundo lugar, lo es sólo desde una perspectiva militar (si se quiere también, desde el punto de vista de su extensión geográfica, esencialmente asiática).

Las consideraciones anteriores son relevantes para el tema que nos ocupa para poder juzgar la intencionalidad de la URSS en lo que respecta a la política del control de armamentos, como lo son también aquellas consideraciones que puedan referirse a la política interior de la Unión Soviética.

Sin duda asistimos a un proceso de reforma y de liberalización de la situación interna en la Unión Soviética. Sin embargo, parece legítimo preguntarse cuáles son los límites de estas reformas y de esta liberalización. No creo que nadie piense que el proyecto de Gorbachov tenga por objetivo la instalación de una democracia parlamentaria pluripartidista con alternancia en el gobierno. El diario madrileño *El País* del 25 de noviembre de 1988 publica el artículo de un sociólogo y miembro del consejo de la *perestroika* Andrei Fatín, que subraya cómo, una vez vencida la oposición principal del *Bunker* conservador del PCUS frente a las reformas de Gorbachov con la ayuda muy importante de movilizaciones de sectores populares, ahora estos últimos aliados de ayer pueden ser los adversarios del mañana. Ello puede permitir cuestionar la sinceridad de Gorbachov: ¿es un hombre de mentalidad liberal que quiere abrir el régimen, o simplemente está realizando una operación, como ya ha ocurrido antes en la URSS y otros países sin control democrático parlamentario, de concentración de poder?

Sin embargo, la realidad nos enseña que, bien sea por esos motivos, bien sea por tener que reformar un sistema político que es económicamente ineficiente —y quizás tampoco justo—, el hecho es que se produce la necesidad de

reformas liberalizadoras internas tanto en el ámbito político como en el económico. Esta situación significa, sin duda alguna, una oportunidad histórica para intentar establecer con la URSS una relación de convivencia estable y segura tanto en el marco europeo como en el mundial.

El frente interno de Gorbachov no es fácil. Tiene dos grandes problemas, sin perjuicio de tener que seguir evitando que sus rivales del *blocker* conservador recuperen poder aprovechando sus errores o fracasos, o que le desborden aquellos que desean o apuestan por una mayor liberalización. Estos dos grandes problemas, fundamentales, son la economía y la cuestión de las nacionalidades.

La liberalización que está ocurriendo en la URSS no consiste en la instalación de un libre mercado ni en la privatización de los medios de producción. Se trata más bien de una descentralización de decisiones y de responsabilidades, pero dentro siempre de una economía decididamente planificada por el Estado central. Si acaso la iniciativa privada tendrá acceso a sectores claramente marginales: por ejemplo, algunos terrenos de cultivo para el campesinado y pequeños servicios (por lo que respecta al campesinado, la URSS tendrá que tener cuidado, porque históricamente el campesinado propietario, si es económicamente autosuficiente, se convierte en pequeña burguesía conservadora). Pero lo más importante es que la reestructuración económica puede no dar sus frutos a corto o medio plazo; incluso pueden surgir dificultades en el reajuste que obliguen a ir a peor antes de conseguir ir a mejor. Hoy en día la oferta de bienes de consumo, según afirman numerosos observadores, ha empeorado.

La cuestión de las nacionalidades puede ser aún más delicada políticamente. Son evidentes las tendencias en favor de la autonomía y del autogobierno. Hay un movimiento centrífugo del que Gorbachov no puede perder el control. Este movimiento centrífugo no solamente es interno, sino que también ocurre fuera de las fronteras estrictas de la Unión Soviética y en su área de influencia, como, por ejemplo, en el resto de los países del Pacto de Varsovia, con efectos de naturaleza muy distinta y que no son objeto de análisis ahora. En estas circunstancias, Gorbachov necesita éxitos en dos áreas; en primer lugar en el de las reformas políticas internas, pero ya hemos visto que esto tiene también sus propios límites; y en segundo lugar en el marco internacional, y esto es a lo que nos vamos a referir más específicamente ahora.

El planteamiento de la política internacional de la URSS tiene un enfoque hoy en día que se apoya esencialmente en una plataforma desarmamentista. Reducciones nucleares —incluso eliminación a plazo medio—, aceptación de reducciones importantes en el ámbito convencional, eliminación de armas químicas, desaparición de bases en países extranjeros, un sistema de seguridad global, etc., lo que además tiene una presentación propagandística muy satisfactoria para Moscú.

La mayoría de estas ofertas no son realmente nuevas en su contenido, aunque sí a veces en su presentación y en su forma, y, como es natural, también sirven a los intereses de la URSS. Ello es además legítimo.

Ahora bien, no tenemos que olvidar que mientras la URSS no sea una gran potencia en términos económicos y también tecnológicos (donde quizás la única excepción es su conquista del espacio), sólo lo será esencialmente en términos militares, y esto no puede olvidarlo la propia URSS. De ahí la contradicción existente entre la necesidad de éxitos en las negociaciones de desar-

me y control de armamentos y, al mismo tiempo, el mantenimiento de un *status* de potencia militar predominante.

Se habla también de que el estamento militar es en la Unión Soviética un factor político con el que Gorbachov ha de contar. La estructura militar de la Unión Soviética siempre ha sido políticamente disciplinada al PCUS. Se han dado casos aislados de enfrenamiento, como, según se dice, con el caso del mariscal Ogarkov, pero el colectivo, en términos generales, es sumiso al partido. Sin embargo, ello no impide que tenga una fuerza importante, si no en términos de dialéctica política, sí en la esfera de la dialéctica burocrática, lo que implica, en definitiva, inercias. Además, este fenómeno no es solamente soviético. Todo militar tiene tendencia a expresar sus necesidades de defensa en términos absolutos para luego desentenderse de los recortes que el poder político impone a sus deseos, desresponsabilizándose, en fin, de los efectos de un hipotético fracaso militar «ya que no pudo disponer de los medios que había pedido». Esto es un fenómeno universal y, sin duda, se trata de un problema que concierne tanto al Este como al Oeste.

Ello obliga a constantes pactos de hecho, porque el estamento político tampoco puede asegurar en un cien por cien que no se producirá un conflicto, aunque en su fuero interno no lo desee y no crea que vaya a ocurrir. A ello hay que añadir inercias y dificultades a la hora de las reformas y de las reestructuraciones en el ámbito militar (como con todo colectivo que defiende generalmente su *status quo* si éste le es satisfactorio).

Esto me lleva a la cuestión de la comparación de las doctrinas militares. Sin embargo, para poder comparar hay que utilizar una misma base de datos, un mismo lenguaje, y en este sentido nos encontramos con que el concepto soviético de lo que es doctrina militar es más amplio que el occidental, que se limita a los aspectos operativos. En la URSS abarca también lo que en los países occidentales se llama «la planificación».

Pero en cualquier caso la doctrina militar soviética, aunque se presente como defensiva, contiene numerosos elementos ofensivos, tanto en su expresión teórica —como, por ejemplo, la conveniencia del ataque por sorpresa— como en su expresión en material de guerra a través de su clara superioridad en Europa, precisamente en aquellos armamentos más relevantes para los ataques por sorpresa y la ocupación de territorio: los carros de combate, la artillería y los vehículos blindados de infantería (la artillería prepara la ofensiva destruyendo la defensa enemiga, los carros invaden y la infantería ocupa). En este sentido creo que es de interés la reciente publicación por los dieciséis países miembros de la Alianza Atlántica de un folleto que contiene las fuerzas convencionales en Europa de los países miembros de las dos Alianzas. El folleto deja claramente sentado que existe en el ámbito convencional una clara superioridad de los países del Pacto de Varsovia frente a los países de la Alianza Atlántica, en un escenario que va del Atlántico a Los Urales, y que esa superioridad es sobre todo imponente cuando se observan las cifras que se refieren exclusivamente a la Unión Soviética.

La sorpresa es un elemento importante y definitivo para los militares de la URSS. Dada su superioridad convencional la URSS no necesita iniciar un conflicto en su nivel nuclear, y como sabe que por parte de la OTAN se puede tomar la decisión del empleo nuclear si los aliados se encuentran incapaces de contener una invasión del Pacto de Varsovia, la solución está en conseguir una victoria aplastante en el ámbito convencional con suficiente rapidez como

para evitar la escalada nuclear por parte aliada, sobre todo si los Estados Unidos optaran por dar por perdida Europa a cambio de no arriesgar un intercambio nuclear, no ya en Europa, sino sobre todo intercontinental.

De ahí la importancia y la prioridad que tiene para los europeos occidentales iniciar cuanto antes unas negociaciones para lograr una estabilidad convencional en Europa a más bajos niveles que los actuales y que signifique esencialmente la desaparición de la capacidad de ataques masivos y por sorpresa por parte de la URSS y de sus aliados del Pacto de Varsovia, esta negociación, que habrá de tener lugar en el contexto de la CSCE, estará acompañada en paralelo de otra para profundizar las medidas de confianza que en su día se aprobaron en Estocolmo.

Desde un punto de vista europeo y occidental, el esquema del desarme es evidente y ya fue expuesto en Reikiavik en junio de 1987 con ocasión del Consejo Atlántico Ministerial que tuvo lugar allí: en primer lugar la firma del acuerdo INF por parte de los Estados Unidos y la Unión Soviética a fin de eliminar globalmente los misiles balísticos con base en tierra (ya está hecho); en segundo lugar, la firma entre los Estados Unidos y la Unión Soviética de un acuerdo para reducir en un 50% las armas nucleares de carácter estratégico, lo cual es muy importante para los europeos pues permite disminuir los riesgos de «circunvencción» del acuerdo INF por arriba; reducir y eliminar las asimetrías que existen en Europa en el ámbito convencional y que favorecen a la Unión Soviética y a sus aliados; asimismo, la eliminación global del armamento químico es otra de las metas fijadas por parte de los aliados occidentales; en conjunción con todo lo anterior, reducir los misiles balísticos de corto alcance en Europa de la Unión Soviética y de los Estados Unidos, aspecto éste en el cual existe una extraordinaria ventaja a favor de la Unión Soviética.

Sin duda alguna hay que avanzar en todos los terrenos, pero el convencional es un elemento básico pues la disuasión nuclear en gran medida es necesaria ante la superioridad convencional soviética y la de sus aliados. En definitiva, consideramos todos que es necesario elevar el umbral nuclear, y una forma de conseguirlo es lograr un equilibrio convencional a más bajos niveles en Europa. Sin duda alguna aquí es donde Gorbachov debe demostrar sus intenciones reales. El químico es también importante porque es un arma que tiene un carácter sustitutivo del nuclear, y en este aspecto la URSS es muy superior.

Deben, pues, desaparecer del ámbito convencional las asimetrías que favorecen a la URSS y al Pacto de Varsovia y reducirse estos armamentos de tal manera que la capacidad defensiva de ambas partes se mantenga. El concepto de la densidad es, en este sentido, importante para determinar los niveles residuales, ya que la igualdad numérica no es *per se* causa de estabilidad, pues nada impide la oportuna concentración de sus fuerza por una de las partes para un ataque sorpresa con ventaja suficiente en un lugar determinado. Hay, pues, unos niveles mínimos que respetar, al menos mientras no exista un clima de confianza que permita por ambos lados unas reducciones aún más drásticas.

De ahí la importancia de las medidas de transparencia informativa y aquellas otras medidas que puedan generar la confianza. En definitiva, de lo que se trata, aunque sea a medio y a largo plazo, es que pueda llegar un día en el que en Europa tengamos la misma seguridad acerca de la imposibilidad de un conflicto entre el Este y el Oeste que pueda existir, por ejemplo, entre España y Francia o entre España y Portugal.

Desde el punto de vista occidental las armas nucleares deben ser para la disuasión y, por tanto, como último recurso, y no como un elemento más del combate. De ahí la importancia, a mi juicio, de un tratamiento adecuado de las armas nucleares de corto alcance, en especial la artillería y misiles balísticos, pues cuantos más existan, mayor puede ser la tentación de su uso sin el debido control político. Es decir, cuantas menos haya, mejor.

¿Significa ello también que es necesaria su desaparición? Estamos aquí ya en un debate muy de actualidad y muy difícil. Yo creo que la más mínima dosis de realismo lleva a la conclusión de que, mientras no exista la suficiente confianza entre el Este y el Oeste, es inimaginable la total desaparición del armamento nuclear. Otra cosa es, sin embargo, su reducción en cuantías incluso importantes.

La piedra de toque está, pues, actualmente en el desarme convencional y en la generación de confianza. Esto último abarca no sólo medidas de transparencia militar, sino también de cooperación y de respeto a los más elementales derechos individuales y colectivos de nuestros pueblos. Los segundos son importantes, pero no pueden lograrse a costa de los primeros. De ahí la importancia, como ya dije al principio de má intervención, del proceso de la CSCE.

Estamos, pues, ante una oportunidad histórica a la que todos debemos agarrarnos, pues en principio parece existir la voluntad política tanto en el Oeste como en el Este para aprovecharse de ella. Sin duda alguna, la llegada de Gorbachov ha significado la aceptación de planteamientos adelantados hace tiempo en gran medida desde el Oeste: las medidas de confianza de Estocolmo son aceptadas por la URSS con Gorbachov ya en el poder. La retirada de los SS-20 también, ya que no hay que olvidar que la doble decisión de 1979 de la Alianza Atlántica decía eso, y que los despliegues de los euromisiles se habrían evitado si la URSS hubiera aceptado antes la retirada de los SS-20. Pero no fue el caso. El panorama actual puede, pues, calificarse —eso sí, con prudencia— de esperanzador, pero hay aún que seguir avanzando, sin duda alguna paso a paso, y sin duda alguna también sin perder de vista las necesidades del mantenimiento de nuestra propia seguridad.

¿Puede la URSS seguir este camino? Yo creo que sí, porque el análisis que he hecho de la situación interior de la URSS me lleva, a parte de las buenas intenciones en el campo del desarme que pueda tener el secretario general del PCUS, a que Gorbachov necesita éxitos en el ámbito internacional, y éstos son esencialmente acuerdos de desarme.

Naturalmente Gorbachov no puede acordar cosas que pongan en peligro la propia seguridad de su país, pero debe respetar también que la percepción de nuestra propia seguridad occidental se incremente.

Ello va a requerir un ejercicio complejo y serio por parte de todos. ¿Qué significa esto? En mi opinión, abandonar posturas maximalistas y demagógicas. El desarme puede generar confianza si la seguridad se mantiene, pero, a su vez, es necesario que la confianza se incremente para poder seguir en el camino del desarme; de ahí que tenga más valor centrarse en lo posible y deseable a corto y medio plazo y no situar los objetivos a largo plazo como posibles inmediatamente. En este sentido creo que quien tiene que hacer el mayor esfuerzo es la URSS, que se abandona fácilmente en una retórica global y total de inmediato desarmamentismo.

Pero por parte occidental esto último no debe llevar al inmovilismo y,

menos aún, al rearme para equilibrar disparidades que hoy en día siguen favoreciendo al Pacto de Varsovia.

Tenemos que tener muy presente que estamos ya inmersos en una era que significa, sin duda alguna, un reto y que va a producir profundas transformaciones. Ese camino está ya iniciado en la URSS. Sin duda se trata de una caja de Pandora que esperamos que siga abierta y que de ella salga lo necesario para consolidar y mejorar la estabilidad y la seguridad en el ámbito europeo y en el ámbito mundial. En los países del Pacto de Varsovia también se están produciendo o se van a producir transformaciones importantes, que también es de desear que sean para mejorar sus condiciones económicas, pero también sus condiciones políticas. En la Europa occidental se están produciendo también transformaciones importantes. En este ámbito quiero destacar el proceso de integración en el cual están inmersos los doce países de las Comunidades Europeas. El año 1991 será una fecha decisiva, pues el mercado único relanzará aún con mayor fuerza el proceso integrador. También en los Estados Unidos vamos a asistir a transformaciones y a cambios, pues, en definitiva, este país, sin perder de vista a Europa, está concienciándose cada vez más de la necesidad de dedicar su atención a otras parte del mundo.

En estas condiciones, la URSS tiene derecho a que sean respetados sus esfuerzos reformadores, pero debe también respetar los esfuerzos de los demás: en definitiva, la casa común europea no puede ser una doctrina Monroe con sabor vodka. En el ámbito europeo, los europeos marchan decididamente hacia su integración y, en este sentido, en ella es necesario incluir también los aspectos de seguridad. Este es, sin duda, el sentido que tiene la actual etapa de revitalización de la UEO, pues, en definitiva, se trata de realizar hoy en día una labor que no puede realizarse desgraciadamente por «los doce». Pero no debemos desesperar de que en un futuro no muy lejano se produzca un proceso convergente entre las Comunidades y la UEO, ya que Europa tiene también derecho a mantener su propia seguridad, y ello sin perjuicio de su necesaria alianza con los Estados Unidos y Canadá.

Muchas gracias.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Muchas gracias. Doy ahora la palabra a Jesús Núñez, capitán de Infantería, miembro del Grupo de Estudios Estratégicos y, en la actualidad, destinado en la Capitanía General de la Primera Región Militar.

JESÚS NÚÑEZ: Muchas gracias.

Me gustaría hacer dos puntualizaciones previas: por un lado, el hecho de que después de diez ponencias que llevamos ya en el día de hoy, la última de Carlos Miranda sobre el control de armamentos y la Unión Soviética, el volver a tocar este tema que es parte del encargo que a mí me corresponde quizá lleve consigo repetir, o al menos mencionar, algunos de los aspectos ya tocados a lo largo de las sesiones de hoy. Y, por otro lado, como decía antes Miguel Ángel Aguilar, quizá fuese mejor que un soviético representase el papel de expositor de las posturas soviéticas en este tema, pero en cualquier caso, una vez ya asumido el encargo, paso a exponer las ideas que he reunido para esta presentación.

Hablar de control de armamentos en los tiempos actuales supone hablar básicamente de la era nuclear, puesto que, aunque ha habido intentos ante-

riormente y quizá más acrecentados alrededor de las dos confrontaciones mundiales que ha sufrido la humanidad en este siglo, la verdad es que esos intentos nunca han llegado a ser muy serios; quizá ello sea debido a que el incremento de los arsenales de las respectivas naciones en ningún momento llegaba a poner en cuestión la suerte de la humanidad en su conjunto. La aparición del arma nuclear cambia drásticamente esta situación y es a partir de este momento en el que puede hablarse ya de un intento de llegar a acuerdos, prácticamente paralelo a la aparición del arma nuclear. En este tema, lógicamente, no van a ser iguales las posturas norteamericanas que las soviéticas desde el momento en que los Estados Unidos parten de una posición de monopolio nuclear, un monopolio que van a mantener durante unos años y, lógicamente, los soviéticos, apreciando la inferioridad y las desventajas que esta situación comporta, van a intentar en una primera fase reducir esta brecha que se había abierto y alcanzar la paridad.

Por tanto, hasta mediados de los años sesenta, del 64 al año 66, no se da un giro significativo en las posturas soviéticas acerca de los temas de control de armamento. La preocupación fundamental hasta ese momento era, como he dicho, únicamente cerrar la brecha que existía sobre todo en términos de armamento nuclear. Podían haber empezado antes, lógicamente, para intentar evitar la guerra o una guerra que se podía ver como posible, pero no habrían conseguido de esta manera el segundo de los objetivos que los soviéticos han mantenido casi inalterablemente desde hace mucho tiempo.

El primero, como he dicho, evitar la guerra; el segundo sería estar en situación de que, si la disuasión falla, poder ganar la guerra con las menores pérdidas posibles para la propia sociedad. Evidentemente, sin un arma nuclear, sin un componente nuclear creíble, era imposible pensar en que esa guerra, esa hipotética guerra, pudiese ser ganada en algún momento.

El afán soviético por igualar, al menos, a su oponente en todos los terrenos, algo que únicamente ha conseguido hasta la actualidad en el terreno militar, hizo, por tanto, que hasta ese momento en los centros de poder soviético no se tomase en consideración la idea de llegar y de dar pasos más efectivos en el control de armamentos. A partir de entonces, mediados los sesenta, se considera que el control de armas puede ser útil a los objetivos soviéticos, y los hechos más claros que manifiestan esta nueva tendencia vienen dados por la firma de los acuerdos Salt I y el tratado ABM en el año 72, en los que ya se ven claramente dos objetivos que se van a repetir después en otros foros de negociación. En relación con las Salt I, fijar unos techos en la producción de los arsenales estratégicos, techos que nunca serán alcanzados pero que van a permitir a la Unión Soviética ir cerrando progresivamente la brecha en cualquiera de los componentes de la tríada nuclear, en definitiva, en el balance global del componente nuclear de la disuasión. En cuanto al tratado ABM, aunque hay diferentes teorías al respecto, la mía es la de que en este caso los soviéticos lo que trataban era de frenar a los Estados Unidos en un terreno en el que la desventaja tecnológica era evidente y, por tanto, era mejor en ese momento frenar el desarrollo de este tipo de armas para así poder ganar tiempo y no encontrarse con un nuevo problema, con una nueva brecha, en la que tendrían que aplicar nuevos esfuerzos.

Para esto, para conseguir estos acuerdos, se contaba, además, con la colaboración de la Administración norteamericana porque en estos momentos estaba en pleno vigor la doctrina de la disuasión, de la destrucción mutua asegu-

rada, y por tanto, según la lógica norteamericana, cualquier nivel de armas nucleares que sobrepasase aquel que bastaba para asegurar la destrucción mutua era ilógico. De aquí vienen ya los primeros errores occidentales sobre estos temas: creer que el oponente o el adversario se va a comportar de la misma forma que nosotros, con el mismo tipo de racionalidad. Y, evidentemente, no son los soviéticos los que están copiando de los occidentales, sino que tienen un modelo propio que aplican a todos los aspectos de su política.

En el tema que estamos tratando existen indicios suficientes que demuestran la importancia que el proceso del control de armas ha adquirido en el ámbito de las relaciones internacionales y en el mantenimiento de la seguridad por parte soviética. En los últimos quince años los soviéticos han demostrado que, tras el tremendo esfuerzo productivo realizado anteriormente para cerrar esta brecha con su oponente —estamos hablando del aspecto nuclear, puesto que en el aspecto convencional el desequilibrio es en este caso a su favor, algo que se mantiene hasta hoy en día—, el control de armas es considerado, desde la fecha que he citado anteriormente, no como una alternativa a la defensa, sino más bien como algo totalmente implicado en ella. Y esto es algo que se va a mantener durante estos últimos cuarenta años.

Podemos decir, por tanto, parafraseando a Clausewitz que el control de armas en manos soviéticas sería la continuación de la estrategia por otros medios. Para entender la utilización de los soviéticos y el desarrollo que hacen del tema de control de armamentos, analizaremos tres puntos fundamentalmente.

El primero de ellos es en relación con la posición que el control de armas ocupa dentro del organigrama del Estado soviético. Desde que se toma la decisión de entrar en la senda de las negociaciones a mediados de la década de los sesenta, los temas de control de armas dejan de ser responsabilidad del Ministerio de Asuntos Exteriores, en el que ocupaban una mesa de desarme integrada en el Departamento de Organizaciones Internacionales, y pasa a ser responsabilidad de la cúpula militar a través de diferentes organismos, como el Departamento de Industria de Defensa del Comité Central del Partido Comunista y de la Comisión militar-industrial del *Presidium* del Consejo de Ministros. Entre ellos se lleva a cabo un reparto de funciones, siendo las cuestiones técnico-científicas responsabilidad del Consejo de Ministros con el auxilio de la Academia de Ciencias y los aspectos políticos, incluyendo la propaganda, que es un factor de gran importancia en todo el desarrollo de las negociaciones, función del Comité Central. Ésta será la situación que se va a encontrar Gorbachov a su llegada al poder, y, dado el papel activo que el estamento militar desarrollaba en estos organismos, puede apreciarse una clara orientación de los asuntos de control de armamentos según los postulados mantenidos por este grupo de poder.

Para analizar la historia y el futuro del control de armamentos desde el punto de vista soviético, hay que entender que se trata de una cuestión perfectamente marcada en el esquema general de la conducción de la política emanada de la cúpula dirigente del Partido Comunista soviético. En éste se conjugan tres factores fundamentales: política exterior, política interior y política de defensa; algo a lo que ya ha aludido el anterior ponente.

En cuanto a la política exterior, nos encontramos en los años setenta con una profusión de escritos de analistas militares soviéticos y estrategas también soviéticos en los que se expresa una evolución favorable —favorable a los in-

tereses soviéticos— de la situación mundial en los que se interpreta la época de distensión como favorable a los intereses soviéticos, ya que para ellos esto no era más, que la prueba del relevo que se estaba produciendo en el liderazgo mundial; la resultante final sería una victoria de las fuerzas progresistas frente a un capitalismo que se había agotado históricamente. La firma de los tratados Salt I y II y del ABM, citados anteriormente, confirmaba el *status* de la potencia de la Unión Soviética, por una lado, y admitían, por otro, en términos ya aceptados generalmente, la paridad estratégica en todos los niveles.

Sin embargo, en los ochenta el rearme emprendido por la Administración Reagan y la reacción occidental después de la crisis del petróleo han indicado que el enterramiento del adversario había sido más bien un deseo que una realidad. Actualmente existe preocupación por saber cuáles serán los pasos que emprenderá Occidente, entre ellos el tema de la defensa estratégica —la iniciativa de la defensa estratégica de la Administración norteamericana es una preocupación fundamental—; y se ha abandonado la idea de una inmediata consecución de la dominación mundial soviética.

Como ya se ha indicado anteriormente, también en este terreno existen diferentes sectores de opinión entre los dirigentes. Entre los «halcones», por citar términos empleados en la terminología norteamericana, se argumenta que ahora Occidente aprovechará las debilidades soviéticas —caso de la retirada de Afganistán, el problema de las nacionalidades, el problema de la cohesión del bloque del Este, y otros más— para asegurar la dominación mundial del bloque capitalista. En este sentido, para este sector, la fase de distensión de los años setenta ha sido negativa por cuanto ha permitido a los Estados Unidos recuperarse del esfuerzo volcado en Vietnam y colocarse de nuevo en cabeza.

Para el otro sector, las «palomas», por así decirlo, la posibilidad de una guerra nuclear es inexistente y, por tanto, hay que establecer un nuevo modelo de seguridad sobre bases totalmente distintas a las existentes hasta ahora. En cualquier caso, las relaciones Este-Oeste son fundamentales en el marco de control de armamentos, y en este sentido parece que se ha aceptado por parte soviética, a partir de la firma del Tratado de Washington relativo a las INF en diciembre del pasado año, que dentro de un clima de entendimiento es más fácil progresar en la consecución de los acuerdos que actualmente están discutiéndose en los distintos foros. Cuando se habla del Oeste, en estos temas de política exterior, hay que contar con que para la Unión Soviética no estamos hablando de un solo agente, Occidente estimado en su conjunto, sino que consideran aparte el bloque de la Europa occidental.

Lo dicho hasta ahora sirve más bien para el primero de ellos, para los Estados Unidos, pero para la URSS Europa desempeña un papel importante en cualquier negociación, en cualquier mesa, para un posible acuerdo. Por un lado, para aprovechar la presión que normalmente Europa realiza sobre los Estados Unidos, casi siempre en la dirección de acceder a las propuestas soviéticas o al menos a no mantener posiciones de fuerza extrema que impida que las negociaciones puedan progresar, aunque probablemente, si algún día Europa llegase a ser alguien en temas de defensa, quizá sus posiciones no fuesen tan entusiastas en esta dirección; y, por otro lado, sabiendo que Europa es favorable a la potenciación del control de armamentos, atrayendo a sus líderes, líderes occidentales, para que apoyen económicamente la reforma soviética, puesto que ya aprendieron —y es una experiencia que creo que no vuelve

rá a repetirse, por lo menos en las próximas etapas— que el abandono de las mesas de negociaciones, como ocurrió en Ginebra en el 83, no ha dado resultados positivos para los intereses soviéticos.

Desde la llegada de Gorbachov hay un nuevo fenómeno que también cabe resaltar. Hasta su llegada al poder parecía que la iniciativa en temas de control de armas, en lo que se refiere a propuestas al menos, está siempre del lado occidental y, sin embargo, Gorbachov va a poner en marcha una serie de propuestas prácticamente interminables que abarcan todos los ámbitos de la seguridad internacional; estamos hablando únicamente de propuestas, pero dan la impresión de que han tomado la iniciativa entre un Occidente totalmente pasivo. Quizás sería ésta la primera batalla —mejor, la primera tarea, puesto que estamos en clima de distensión— que tendrían que asumir los líderes occidentales: la de no colocarse a la defensiva dejando que el magnífico aparato de propaganda soviético influya en la opinión pública occidental para conseguir que sus respectivos líderes tomen decisiones apresuradas. Y, por tanto, lo que habría que hacer sería tomar la iniciativa en todos los terrenos o al menos explicar con más coherencia los objetivos que se persiguen. Hay que tener en cuenta que Gorbachov no tiene que responder de sus propuestas ante su propia opinión pública y, por consiguiente, puede más libre y alegremente formular cualquier tipo de propuesta.

Para terminar con este punto, hay que contar indudablemente con lo que se espera que sea el comportamiento del adversario, y la elección del nuevo presidente norteamericano Bush parece dar a entender que la continuidad está asegurada en temas de control de armamento y, por tanto, cabe pensar que se intentará llegar a más acuerdos que el conseguido en Washington el pasado año. En cualquier caso, teniendo en cuenta que la planificación de las fuerzas armadas soviéticas no se rige por temas de política exterior, no cabe pensar que por la influencia de este factor vayan a producirse cambios drásticos en la toma de posturas soviéticas sobre el control de armas.

En cuanto a la política interior —pasamos al segundo apartado— hay que tener en cuenta que aunque la URSS no responde al modelo de democracia occidental, sin una división de poderes que intenten equilibrarse entre sí y sin una opinión pública a la que haya que atraer, no por ello cabe considerar que Gorbachov es la única voz dentro del aparato de decisión soviético; esto es algo que ya ha sido remarcado reiteradamente en las sesiones de hoy. Es evidente que Gorbachov se mueve muy rápidamente para alcanzar mayores cotas de poder, y en temas de control de armamento, concretamente, hay que contar que la cota de poder que mantienen todavía estamentos como el ejército o el KGB, o cualquier otro de las distintas facciones que luchan por el poder en el *Politburó*, tienen también algo que decir. Entre sus iguales, Gorbachov se ve obligado a dar la imagen de que consigue resultados en aquellos terrenos en los que sus predecesores habían fracasado y todo ello sin poner en peligro la seguridad nacional; por tanto, sin que parezca que mantenga una posición de debilidad frente a occidente.

Por otra parte, si pretende dotar de recursos económicos a las distintas líneas de acción de la *perestroika*, necesita detraerlos primero de otros sectores; es bien sabido a este respecto que la economía soviética —y antes la profesora Virgili lo ha resalado suficientemente— mantiene dos sectores, el sector civil y el sector militar, claramente diferenciados. Es evidente también que donde está la bolsa de recursos económicos fundamental es en el lado militar; por

eso, si lo que se quiere hacer es reactivar la sociedad civil, el sector civil de la economía, de donde habrá que sacar, de donde habrá que reasignar recursos, es lógicamente de la bolsa asignada a los gastos militares. No obstante, existen indicios que señalan un apoyo del ejército a las reformas pretendidas por Gorbachov con la idea de que éstas contribuirían a reparar las deficiencias existentes sobre todo en la calidad del material. A este respecto, considero que no se trata tanto de un apoyo del estamento militar a la *perestroika*, sino más bien de un aprovechamiento de esta situación; es decir, para el estamento militar es más importante considerar que a largo plazo el éxito de la *perestroika* va a producir unos resultados de una sociedad mejor establecida, mejor armada en todos sus aspectos, no sólo en aspectos militares, y que, por tanto, la resultante de este proceso sería una Unión Soviética no como superpotencia militar únicamente, sino como superpotencia en otros terrenos, en el terreno militar, en el terreno económico, cultural, etc.

Entrando en la política militar, la autocritica que ha comenzado a llegar también a este sector de la política soviética nos hace considerar que quizás no haya sido positivo su afán de lograr una capacidad militar suficientemente para librar una guerra en condiciones ventajosas, que es algo que se había perseguido en las etapas anteriores. Y, por consiguiente, que el poderío militar no es la única forma de garantizar la seguridad nacional. El haber acentuado esa línea de actuación ha podido provocar reacciones occidentales como el actual rearme occidental, que se considera negativo para la defensa de los intereses soviéticos. Una vez que se ha asumido que la seguridad propia no puede lograrse a base de la inseguridad ajena, el camino de control de armas parece más despejado en todos los terrenos. Sin embargo, estas ideas no parecen partir de convicciones profundas, sino más bien de una reacción al nuevo tipo de Administración norteamericana a que han tenido que enfrentarse en la presente década y a la necesidad de reorientar sus prioridades nacionales a terrenos distintos al militar.

Los soviéticos, como cualquier otra nación, consideran preferible la consecución de sus objetivos sin tener que recurrir a la guerra; por tanto, su afán de incrementar los arsenales militares no puede entenderse como una idea de buscar la guerra. Los dos primeros objetivos que consiguen con sus enormes arsenales son, por un lado, alcanzar un *status* de superpotencia y, por otro, influir en el desarrollo de las relaciones internacionales, aunque esto último pueda ser considerado por algunos como una forma más de hacer la guerra. Una vez alcanzada la paridad, los mandos soviéticos vuelven la vista al primero de los objetivos expresados ya anteriormente, el de evitar la guerra, y, por tanto, considerando que ésta podría llegar a producirse como consecuencia de una crisis que llegase a ser descontrolada, prefieren —y ésa parece ser la orientación que toman desde entonces— hacer todo lo posible para que tal crisis no pueda llegar a producirse. En este sentido, teniendo en cuenta que la carrera de armamentos se considera que genera inestabilidad, es mejor frenarla.

Voy mal de tiempo por lo que me dice el moderador. Por consiguiente, ya en el debate, si tenemos tiempo, podríamos entrar en alguno de los puntos abiertos ahora, de tal forma que permitiría únicamente hacer unas breves conclusiones.

Por un lado, tenemos que la URSS se enfrenta a un dilema interesante. Si mantienen su imagen de negociadores fuertes y poco flexibles, puede ser acu-

sada fácilmente de intransigente y las negociaciones no llegarían a los acuerdos que parecen buscar; si, por el contrario, cede a las pretensiones norteamericanas, los sectores conservadores y no tan conservadores de los Estados Unidos y de Europa se verán confirmados en su idea de que los soviéticos sólo realizan concesiones cuando se encuentran bajo presión, por lo que sería necesario mantener el rearme occidental a fin de seguir negociando desde una posición de fuerza.

El control de armas no debe suplir a la planificación y a la estrategia, y éste es un peligro que creo que estamos corriendo, viendo, al menos, la inmensa mayoría de las publicaciones y de los artículos que tratan temas de seguridad internacional. El control de armas no es más que un factor a considerar, pero contando siempre con que los arsenales militares sirven a una estrategia y que, por parte de la OTAN, la desnuclearización de Europa, la admisión de la triple opción cero o la reducción a niveles aún más bajos de los efectivos convencionales en Europa ponen en peligro la doctrina de la respuesta flexible y de la defensa avanzada que oficialmente son las bases del modelo de disuasión occidental. Si esto se diera, evidentemente habría que, al menos, reformar las bases sobre las que se asienta la seguridad occidental.

Mientras la *perestroika* no incluya entre sus proyectos la redefinición de los efectivos militares y la doctrina que los orienta, no podría hablarse realmente de que la URSS haya dado pasos sin retorno hacia un mundo en que la seguridad mutua sea efectiva y deseable. El principio a seguir sería el de conseguir unos medios militares suficientes para garantizar la seguridad nacional, sin que en ningún caso los medios existentes permitan que en las mentes de los estrategas y de los dirigentes políticos quepa la posibilidad de acciones ofensivas a gran escala. Por tanto, debe buscarse la máxima seguridad con los mínimos medios.

Por último, dados todos los aspectos que anteriormente he mencionado, considero que, aunque sólo sea de una manera coyuntural y táctica, parece que lo que viene será buenos tiempos para el control de armamentos. Muchas Gracias.

DEBATE

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Muy bien. Pues abrimos sin más el debate. Rafael Bardají parece que quiere intervenir.

RAFAEL BARDAJÍ: Sí, gracias, Miguel Ángel. Dos cuestiones: la primera al capitán Núñez al hilo de su última frase. Es muy posible —yo estoy convencido y así lo creo— que son buenos tiempos para el control de armamentos, pero ¿esto significa buenos tiempos para la seguridad de la defensa occidental? Como apuntaba Manuel Coma esta mañana, los acuerdos pueden ser buenos o malos. Primera pregunta.

Segunda pregunta al director general. Respecto a futuras negociaciones sobre desarme convencional o estabilidad en Europa, ¿cuál es la posición española, ya que si pensamos en la Europa del Atlántico a los Urales, España está en medio? Es decir, ¿cuál es la postura?, ¿dónde vemos la posibilidad de reducciones?, ¿en qué afectarían a España? Simplemente una aclaración al respecto. Gracias.

JESÚS NUÑEZ: Si hablamos de seguridad internacional, tenemos que hablar inevitablemente, como siempre, de los bandos. Desde el punto de vista soviético, creo que, además de buenos tiempos para control de armas, deben ser también, igualmente, buenos tiempos para la seguri-

dad, porque el peligro ahora mismo, entiendo yo, para la Unión Soviética es que, en un momento en el que tienen que dedicar recursos a levantar el sector civil de su economía, no puedan permitirse que durante ese tiempo, en el que previsiblemente tendrán que asumir también reducciones de gastos militares, el adversario aproveche este paréntesis para volver a cobrar una ventaja que habían logrado reducir, más bien eliminar.

Desde el punto de vista norteamericano, entiendo que el control de armas, con los problemas conocidos del déficit público y de los recortes, déficit público norteamericano y los recortes en los presupuestos de defensa de los países europeos, puede llevar a una situación crítica dentro del modelo de disuasión que oficialmente mantiene, puesto que el terreno convencional siempre estamos hablando de que, por decirlo así, el rosario de unidades que en el frente central se encuentran desplegadas es lo mínimo necesario para dar credibilidad a la seguridad, y en terreno nuclear una desnuclearización de Europa, de una forma prematura al menos, tampoco sería beneficiosa para los intereses occidentales. Por tanto, creo que, en resumen, es más ventajoso para el lado soviético el proceso que se prevé que se va a desarrollar en temas de control de armamentos.

CARLOS MIRANDA: En esto último yo tengo que discrepar, porque creo que el control de armamentos depende de lo que se obtiene, es decir, depende del resultado final de una negociación. Creo que es evidente que en este momento en Europa hay tal superioridad convencional por parte de la Unión Soviética esencialmente, pero del conjunto del Pacto de Varsovia, que un control de armamentos que permitiera reducir y eliminar esas asimetrías que favorecen a la Unión Soviética tiene que tener un resultado positivo, no solamente para la seguridad en términos estrictamente militares, sino también en términos políticos, porque, como he dicho antes en mi intervención, el término «seguridad» no debe circunscribirse exclusivamente a las cuestiones militares.

Pero ya entrando más en la pregunta que me ha sido formulada, ¿cuál es la postura española? Creo que, en primer lugar, no sería correcto que yo desvelara aquí lo que son los trabajos que se realizan en el seno de la Alianza por parte de los dieciséis países en la preparación de lo que será una propuesta por parte de los países de la Alianza en la mesa negociadora. No sería correcto, no sería hábil. Pero sí puedo, en cierto modo, dar a entender cuáles son los principios o la filosofía que anima, al menos, el gobierno español. Y yo creo que está bajo la idea bien clara de que la seguridad europea nos concierne. Por decirlo de otra forma quizá más clara, la seguridad de Alemania, por ejemplo, es tan importante para España como su propia seguridad inmediata. Formamos parte de Europa, estamos inmersos en un proceso de integración cada vez mayor con Europa, la seguridad no está individualizada en cada país, es realmente una seguridad colectiva.

Ahora bien, desde un punto de vista ya más concreto, creo que los objetivos a los cuales hay que ir, intentar conseguir en una negociación para la estabilidad convencional —y que creo que en efecto no va a ser una negociación fácil como se ha dicho antes ni va a ser una negociación rápida—, son quizás dos objetivos esenciales: Uno, lograr un equilibrio a más bajas niveles; es dos palabras, prácticamente una paridad. Mas hay que tener cuidado porque la paridad no implica ausencia de conflicto, hay medidas que deben tener en cuenta también y evitar la posibilidad de concentración de fuerzas de una forma sorprendente en puntos débiles. Pero junto a eso también hay otro objetivo, y es, en cierto modo, obtener la retirada de los países del Este de gran parte de las fuerzas soviéticas, porque no solamente hay un problema de equilibrio de fuerzas, como se ha dicho —creo— en el panel anterior; hay también problemas de despliegues. ¿Dónde están esas fuerzas?, ¿desde dónde pueden ir?, ¿cuándo pueden acudir? Por tanto, hay también un objetivo de obtener la retirada de sus concentraciones cercanas a las zonas de contacto. Y, además, eso tiene también un objetivo político: no hay que olvidar que la presencia soviética en muchos de los países del Este, al menos aparente, ha de tener una función, pongamos, policíaca, de policía. Por tanto, la retirada de esos lugares o esos países, probablemente entradémos —y en esto yo creo que coincidamos con el resto de nuestros aliados—, puede ser favorable a una situación más estable en Europa, no solamente en términos militares, sino también en términos políticos.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Me parece que ha pedido la palabra Manuel Azcarate.

MANUEL AZCARATE: Para una persona completamente ignorante de temas militares es bastante atractivo el concepto que ha elaborado en primer lugar, creo, la social-democracia alemana de defensa puramente defensiva, de una transformación cualitativa de los dispositivos que garantizan una defensa defensiva. Parece que Gorbachov, en algunas declaraciones, se ha mostrado dispuesto a introducir ese tema, esa temática, en las negociaciones convencionales. Mi pregunta es si existe a este propósito o no —no pido secretos, pero sí en un nivel conceptual— una actitud en la Alianza sobre este tipo de problemas y, en todo caso, qué disposición a ese respecto existe por parte de España.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Para uno de los dos. Como habla de la posición de España, te toca, Carlos.

CARLOS MIRANDA: Yo tampoco soy militar. Y sin duda alguno el concepto de defensa defensiva tiene, aparente y lingüísticamente, una sensación de redundancia: defender es defenderse, evidentemente. Lo que pasa es que yo creo que las doctrinas militares se presentan hoy en día por cada cual siempre como defensivas; nadie tiene la ingenuidad de pretender que tiene una doctrina que está dispuesta para el ataque. Por tanto, dicho esto, hay dos aspectos. El primero es que dentro de una doctrina defensiva puede existir también un concepto de ataque; es decir, por ejemplo, en el seno de la Alianza Atlántica se considera muy importante, si hubiera un ataque por parte del Pacto de Varsovia, ser capaz de destruir los segundos escalones de refuerzo del Pacto a fin de poder realmente controlar el ataque. ¿Es ofensivo y es defensivo ese ataque que va en territorio enemigo, evidentemente en profundidad? Creo que es difícil pronunciarse, pero, desde el punto de vista del que elabora la doctrina se entiende que es defensivo.

Yo lo que creo que es lo más importante, porque, como digo, las doctrinas cada uno las expone de la forma que más le interesa y no va a presentar encima de la mesa los planes ofensivos, es el material que se tiene; es decir, un armamento puede servir para ambas funciones, lo que pasa es que hay algún tipo de armamento que tiene unas funciones más claras, por ejemplo, y esto es, por lo menos, lo que nos dicen los técnicos militares; lo lógico es que la artillería sirve para destruir las defensas del enemigo, los carros de combate para invadir y la infantería, con sus elementos acorazados propios de transporte y también de combate, para ocupar. Entonces, yo creo que, desde esa perspectiva — y en el sentido que hemos hecho en el ámbito de la Alianza se ve que hay una clara superioridad soviética — evidentemente pueden entrar en juego, como he dicho antes, las situaciones de despliegue y también la calidad del material, pero el hecho real es que en números la superioridad es enorme. Y, probablemente, sea esa expresión de superioridad la que permita al menos que tenga uno la preocupación de que eso pueda servir no solamente para defenderse, sino también para atacar. Y, por tanto, volviendo a las negociaciones de estabilidad convencional, de lo que se trata, creo, es de establecer que al menos en esos elementos que son los más claramente ofensivos, son los que se emplea o se hace o se «implementa» una doctrina ofensiva, sean los que se reduzcan por ambas alianzas. Pero sobre todo que se reduzcan a una paridad.

MICHAEL MOODIE: Ousiera hacer a Carlos Miranda una doble pregunta: Él conchafa su presentación diciendo que Europa debía mantener su seguridad independiente de la de los Estados Unidos. Pero ¿puede Europa alcanzar dicho objetivo en tanto permanece dependiente de la garantía última de las armas estratégicas norteamericanas? Dependiendo de lo que responda, la segunda parte sería: ¿Qué papel debe desempeñar Europa en el proceso de control de armamentos estratégicos y qué posición se debe adoptar respecto a proseguir con la modernización de las SRME?

CARLOS MIRANDA: Mi contestación a la primera pregunta es no. Además, creo que quizás la reducción no le haya llegado bien, pero he terminado mi intervención diciendo que Europa tiene también derecho a mantener su propia seguridad, y ello sin perjuicio de su necesaria alianza con los Estados Unidos y Canadá; es decir, yo creo que la defensa hoy en día de la Europa occidental necesita de esa alianza. O sea, que sobre ese aspecto creo que no hay discrepancia entre usted y yo.

Por lo que respecta a una seguridad... desde el punto de vista europeo, lo que pienso es lo siguiente: Europa está en un fenómeno de integración económica pero también política, ya va a llegar un momento en el cual los europeos van a tener que introducir también los elementos de su propia seguridad como europeos en esa ecuación de la integración política europea. Y, por tanto, tendría que afrontar estas cuestiones como europeos, quizás integrando sus propios ejércitos. Ese es el sentido que yo veo en este momento a esos proyectos que hay, por ejemplo, algunos de carácter práctico, incluso como la brigada franco-alemana; la prensa dice que hoy se ha explicado por parte alemana un proyecto de integración de una división con fuerzas alemanas, belgas y holandesas. Creo que son pruebas; no considero que sean algo definitivo, pero es evidente que el proceso de integración europea tampoco es un fenómeno que va a ocurrir en uno o dos años; probablemente va a tardar muchos, pero llegará un punto en que los europeos tendrán que enfrentarse a la posibilidad de tratar de un modo unificado los aspectos de seguridad. Pero esto no significa que no se tenga que mantener una alianza con los Estados Unidos; quizás lo que haya es que reordenar la estructura interna de la Alianza Atlántica. Lo que eran doce países, son uno, pero esto no significa que haya que prescindir de la alianza con los Estados Unidos, al menos creo yo, ni a medio ni, desde luego, a corto plazo.

JESUS NUÑEZ: Sobre la primera parte de la pregunta, me gustaría abondar en lo mismo que ha

dicho el director general, en el sentido de que Europa parece jugar de una forma a ciegas. Me explico: Se habla de intentos de organizar una seguridad europea y siempre se está hablando en términos de armamento convencional. Mientras el discurso se mantenga en términos de armamento convencional, es evidente que no se cuestiona la dependencia de Estados Unidos, puesto que no cabe pensar a medio plazo que las armas nucleares vayan a desaparecer. Por tanto, no sé en qué momento tendrá que producirse y si eso llegará algún día a producirse. Si Europa quiere tener realmente un sistema de seguridad propio, autónomo de los Estados Unidos, romper la Alianza Atlántica —entonces hablando lógicamente va el terreno de las hipótesis—, tendrá que asumir la edificación de un componente nuclear también autónomo sobre el que solamente decidan líderes europeos. Parece que estamos muy lejos de eso y, mientras estamos hablando de un proceso de desarmamentización generalizado, olvidas la componente nuclear y al mismo tiempo pretender la autonomía de Europa en temas de defensa me parece que está en evidente contradicción.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Carlos Miranda quiere darte algo.

CARLOS MIRANDA: Sí, porque me me ha olvidado parte de la pregunta que se me ha formulado. Por lo menos he entendido que cuál era nuestra posición con respecto a las negociaciones nucleares o desarme nuclear entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. La postura española es, como la del resto de los aliados, que es algo necesario y positivo que se produzca una reducción del 50 % en los elementos estratégicos nucleares, entre otras cosas porque, sin duda alguna, ello contribuiría no sólo a una mayor estabilidad, sino también a evitar una «circunvencción» del acuerdo INF, pugnamos por arriba, por la resignación de objetivos a los elementos estratégicos, en vez de objetivos intercontinentales, a objetivos en Europa.

Por lo que se refiere a las fuerzas nucleares de corto alcance, ése es el gran debate en este momento en la Alianza, y creo que sería excesivo que yo diera una posición en un debate en el cual es la propia Alianza la que hay acuerdo. Lo que sí creo es que, mientras el arma nuclear sea necesaria, como se dice en la Alianza lo cual no significa que lo tenga que ser siempre, al menos hay que poder tener los mínimos necesarios, entre otras cosas porque, sin duda alguna, eso es lo que facilita aún más sobre todo el control político del arma nuclear que, en definitiva, es un arma política, es un arma de disuasión, es un arma que no se quiere emplear. Y creo que, en cierto modo, si dentro de unos años tenemos un resultado positivo en el desarme convencional en Europa, probablemente se podrá enfatizar más seriamente la necesidad de revisar algunas doctrinas en este sentido. Pero yo creo que eso son cuestiones a medio o largo plazo. Hoy en día, indudablemente, la disuasión nuclear sigue siendo algo necesario, pero junto al componente norteamericano no hay que olvidar también que hay unas fuerzas europeas nucleares, como son la francesa y la británica.

TERESA VIRGILI: Yo quería hacer alguna puntualización respecto a las alusiones a la ponencia anterior.

La perestroika, la reforma de la empresa civil, no necesita traslado de recursos del sector militar. La perestroika lo que pretende del sector civil es una mejor organización. Se olvidan ya los índices y la empresa necesita buscar sus proveedores y sus clientes. Al buscar clientes, va a tener que ofrecer un producto de calidad, un producto que haya incorporado una nueva tecnología, que sea demandado por los consumidores. A la vez va a tener una autonomía financiera total, quiere decir que a partir de este momento las inversiones también las va a decidir la empresa que hasta ahora venía planificada, esto es, que va a poder reestructurar la empresa para convertirla en una empresa eficiente. Algun especialista ha dicho que, si se le ofrecen más recursos a la industria civil, ahora es simplemente tener una mayor cantidad de capacidad financiera o de dinero al despilatarlo porque la industria civil ahora está realizando un despilatarío de recursos. El problema de la Unión Soviética es que necesita pasar del crecimiento extensivo, es decir, de ir aumentando el número de recursos para producir, porque ha llegado ya al límite de mano de obra, de materias primas, etc; necesita pasar a un crecimiento intensivo, esto es, con la misma cantidad de recursos ser capaz de producir más, o sea, aumentar la productividad, la organización. Quería dejar eso claro porque no es una necesidad de la perestroika, lo cual no quiere decir que Gorbachov no haya pensado en reducir los presupuestos militares, pero a corto plazo no es necesario.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Creo que hay muchas preguntas. Vamos a ir dando entrada a todas ellas para que haya la posibilidad después de contestar en conjunto y ganamos tiempo. Adelante.

UNA VOZ: Sí, yo quería formularle al director general, echando, como europeo de a pie, un poco más de leña al fuego, una pregunta muy específica: ¿basta cuidado trescientos millones de americanos deberán defendernos a trescientos veinte millones de europeos de doscientos ochenta mi-

liones de rascos? Pregunta, por lo demás, como le constará seguramente, nada original. Muchas gracias.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Más preguntas, más preguntas.

OTRA VOZ: Muchas gracias. Intentando ser muy breve en la pregunta al director general, usted ha hecho referencia a la Europa de la defensa: yo creo que eso no es un principio ni bueno ni malo; todo depende de que el nivel de desarmación, la credibilidad, sea efectivo. Mi pregunta en concreto es: el gobierno español, o sea Dirección General, ¿tiene unas directrices claras sobre cómo llevar a cabo ese acercamiento al que usted se ha referido entre UEO y Comunidades?

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Venga, más preguntas.

ROMÁN D. ORTIZ: De cara a las negociaciones de control de armamentos se ha dicho de los soviéticos que una de las razones que tendrían para negociar sería que una defensa defensiva resultaría más económica y permitiría transferir recursos al área civil desde el área de defensa. Sin embargo, hay observadores que hablan de que una defensa defensiva representaría un gasto mayor en el sentido de que implicaría que todas las unidades soviéticas, o muchas de ellas, tendrían que ser retiradas de sus posiciones actuales y que, además, los elementos de logística de esas fuerzas tendrían que ser reforzados y también retrasados. En ese sentido, ¿se ha planteado que es posible que a los soviéticos les cueste más económicamente plantearse una defensa de carácter defensivo que continuar con la doctrina que mantienen hasta ahora? Gracias.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Voy a dar una respuesta a esta pregunta mientras le llevan el micrófono a Bardaji: si a los soviéticos les cuesta más, mejor para aceptar sus propuestas de desarme convencional, porque les deja en situación más débil.

RAFAEL BARDAJI: Yo no quiero hacer una pregunta, pero sí aprovechar que está el director general en la mesa y nuestros americanos aquí para hacer una proposición que vengo haciendo a todos mis amigos en ningún momento. Porque no soy ciego y veo que la defensa no es el tema más popular que existe ahora mismo en las opiniones públicas y porque creo que los gobiernos tienen una obligación de difundir y de educar a las opiniones públicas en lo relativo a seguridad. Y mi proposición sería: ¿por qué no cambiar la denominación de las CST, las negociaciones sobre la estabilidad convencional, por la de CIP, es decir, las negociaciones sobre las fuerzas capaces de una invasión? Creo que con esto quedaría bastante claro quiénes somos nosotros y quiénes son los demás, quiénes pueden atacar, avanzar, tomar un territorio e invadir, y quiénes, en definitiva, es la causa última de inestabilidad militar en Europa y en Occidente.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Me parece que hay un turno numeroso para Carlos, aunque seguramente Jesús quizá también contestar.

CARLOS MIRANDA: Voy a intentar ser breve.

A la primera pregunta de que por cuánto tiempo los Estados Unidos defenderán a Europa, considero que hay una contestación muy sencilla: en primer lugar, mientras haya intereses comunes, y yo creo que habrá durante mucho tiempo intereses comunes entre los Estados Unidos y la Europa occidental. Pero, en segundo lugar, también por otra cosa: los Estados Unidos no están en Europa por un acto de caridad; la defensa de los Estados Unidos también empieza en Europa. Con lo cual creo que no hay que ver este tema como si los europeos fuésemos unos pobres señores para quienes, teniendo que ser defendidos por los Estados Unidos, esa alianza es necesaria, pero, entendámonos, también están en el interés de los Estados Unidos. Ahora, eso no quita que yo estoy de acuerdo en que los europeos tienen que responsabilizarse cada vez más de sus cuestiones de seguridad. De ello creo que tienen que desarrollar su propio pensamiento pero, como he dicho antes, ligado a la cuestión de la integración europea.

Y de ahí voy a la segunda pregunta: directrices claras respecto a la UEO y a las Comunidades. El gobierno español siempre ha dicho que entiende que en el seno de la cooperación política de las Comunidades se tendría que tocar también los aspectos de seguridad y de seguridad militar. Sin embargo, esto, desgraciadamente, no es posible hoy en día. Ahora, el gobierno español entiende que si hay un foro donde hacerlo por parte de los países que están dispuestos a hacerlo, y ese foro es la UEO. Hay, por tanto, unas directrices claras en ese sentido, y por eso aludía yo antes a la necesidad o la posibilidad de una futura convergencia entre UEO y Comunidades. Esto no va en detrimento de la Alianza, porque significa una mayor responsabilidad por parte de los europeos; significa un fortalecimiento, por consiguiente, del pilar europeo. El pilar europeo no es

unicamente la UEO, el pilar europeo es quizás más que la UEO; por tanto, se combinan ambas cosas, y todo eso que refuerza el pilar europeo refuerza a la Alianza. Pero yo lo digo desde una visión que no es únicamente la que a veces se tiene desde los Estados Unidos, que es un puro problema de reparto de cargas financieras. Creo también que se trata de un problema de asignación de responsabilidades.

Había una pregunta tercera, que creo que la has contestado tú Miguel Ángel, más rotundamente, diciendo que, si les hace daño a ellos, mejor. Yo creo que aquí no se trata de un problema de coherencia, la Unión Soviética ha aceptado, y eso ha sido una novedad, que hay asimetrías que la favorecen; sostiene que hay también asimetrías que favorecen a los aliados, y yo creo que eso no es tan cierto, pero lo podemos descubrir, aunque en cualquier caso lo que ha aceptado es la idea de la paridad y la idea de la reducción. Creo que no forzadamente no tiene que costar más dinero; el problema es qué tendrá que hacer, qué es, con cuántos mil o sesenta mil carros que nosotros estabamos que le puedan sobrar; eso es su problema; los tendrá que destruir o los va a exportar al tercer mundo, o se los va a llevar a la frontera con China; esos son los problemas que se van a plantear, no creo que problemas económicos.

En cuanto a Rafael Bardaji, sobre denominaciones, voy a añadirle una nueva sigla, que es «NEC», negociación de estabilidad convencional, dicho en castellano.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Si todas las respuestas están dadas... A mí me ha entusiasmado estar aquí en este panel; se han retomado algunos temas que ya salieron el año pasado, sobre todo a partir de que se ha empezado a hablar de la asimetría de las consecuencias del desarme en el área convencional. Hay gastos, reducción de gastos militares, por parte de la Unión Soviética, y eso significaría traspase, porque los gastos militares en la Unión Soviética empobrecen a la sociedad, mientras que los gastos militares en Occidente o la industria militar en Occidente muchas veces van de la economía. Consecuencia humanitaria. Hay consecuencias políticas; habría consecuencias políticas en el repliegue de las fuerzas soviéticas en los países aliados del Pacto de Varsovia, mientras que es evidente que no habría ese tipo de consecuencias en el repliegue de las fuerzas norteamericanas en los países de la OTAN. Y hay necesidad de éxitos por parte de Gorbachov en el área del desarme; pues brindémoslos porque, a lo mejor, nos pueden favorecer. Esa sería, en último extremo, mi recomendación completamente insolvente. Muchas gracias.

6. ¿QUÉ HACER? LA POLÍTICA OCCIDENTAL HACIA LA URSS EN LOS AÑOS NOVENTA

ALBERTO OLIART: Señoras y señores, muy buenos días en este marco maravilloso de Toledo. Si les parece, vamos a empezar esta última sesión de este seminario. Van a tomar la palabra hoy, en primer lugar, Silvio Fagiolo, funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores italiano que estuvo en Moscú en los años setenta; autor de un libro sobre Gorbachov, con prólogo del ministro Andreotti, y de quien hoy es asesor. Después tomará la palabra Jacquelyn Davis, directora ejecutiva del Instituto para el Análisis de la Política Exterior en Cambridge, Massachusetts (Estados Unidos). Cuando acabe Jacquelyn, terminaremos con la intervención de Jorge Fuentes, diplomático, director del Departamento de la URSS y Europa Oriental en nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores, autor de obras como *La línea de la distensión* y *La seguridad exterior de España*, y que será presidente del grupo de trabajo «Europa del Este» en la Comunidad Económica Europea próximamente.

Bien, tiene la palabra don Silvio Fagiolo.

SILVIO FAGIOLO: Muchas gracias, señor presidente. Ayer y hoy hemos estado intentando dar respuestas a tres cuestiones básicas, como se ha mencionado ya aquí. La primera de ellas era si deberíamos creer en Gorbachov, pregunta que ha encontrado su respuesta en la seriedad de las reformas del líder soviético a lo largo de su mandato; es decir, si debemos creer en su voluntad reformadora. La segunda cuestión se refería a si deberíamos dejar abandonados a sí mismos los intentos de reformas en la URSS porque, así, la Unión Soviética resultaría más pacífica y menos molesta en el orden internacional. Y, en mi opinión, la respuesta ha sido también que deberíamos ayudar a Gorbachov a tener éxito en sus reformas. La tercera y última cuestión, la del panel de hoy, es cómo podríamos ayudar a la *perestroika*.

Desde luego, el proceso de transformación es precisamente eso, un proceso del que desconocemos su final, su posible éxito o fracaso, pero ello no debe imposibilitar que nosotros lleguemos a adoptar una decisión sobre el mismo, a adoptar una política; no podemos esperar hasta ver el final del experimento —que podría durar más de una generación— para decidir si ayudamos o no. Cuenta Kissinger en sus *Memorias* que en uno de sus viajes a China preguntó la valoración de los dirigentes chinos sobre la Revolución francesa y que le respondieron: «Está demasiado cercana como para tener ya una evaluación de ella.» Esta actitud, creo, es algo que debemos descartar en nosotros ahora con respecto a Gorbachov.

Para empezar, no es la primera vez que Occidente intenta hacer de la URSS una potencia más razonable y cooperativa en el mantenimiento del orden internacional. Deber recordarse los años inmediatos de la posguerra cuando se dieron tantas ilusiones sobre un mundo unido alrededor de la ONU, en el que la Unión Soviética se corresponsabilizara del mantenimiento

de la paz y la estabilidad. Es más, casi hace nada, en los años setenta, Kissinger y Nixon no buscaron otra cosa que implicar a Moscú en una maraña de relaciones y acuerdos a todos los niveles, políticos, económicos, militares, que tendiesen a reducir las tentaciones soviéticas de intervención y, así, el peligro de inestabilidades a lo largo del globo.

Cierto que el punto álgido de esa época, la firma del Acta de Helsinki en 1975, coincidió con la desintegración de la distensión, con la intervención soviética en diversas partes del mundo —Angola, por ejemplo—; no tienen que recordármelo, yo servía en esos momentos en la delegación italiana acreditada en Moscú y lo tengo bien presente. Sin embargo, creo que ahora hay más motivos de esperanza, que este fenómeno desatado en Moscú hoy sí puede conducir a otros resultados. Es verdad que es difícil entrever qué será de la *perestroika* de Gorbachov en un plazo medio, pero en el terreno de la política internacional sí que tenemos ciertos elementos bien tangibles del cambio. Gorbachov está siguiendo una política exterior mucho menos ideológica que sus predecesores, mucho más equilibrada, que quiere fundamentarse en una serie más amplia de elementos y no sólo en la explotación del poderío militar. Déjame que les cuente una anécdota reciente de un viaje realizado hace nada por mi primer ministro a Moscú. Una vez en el Kremlin, Gorbachov le preguntó: «¿Ve usted ese cañón?» (para aquellos que no estén familiarizados con Moscú les diré que en Moscú hay emplazado una enorme pieza de artillería antigua, que nunca pudo entrar en combate porque sus dimensiones y peso impedían su traslado al frente y ahora resta allí como una pieza de museo). Pues bien, Gorbachov apuntaba a esa pieza inservible y no creo que fuera por simple casualidad; creo que simbolizaba su visión del uso del poder militar hoy en día, algo muy indicativo.

Permítame que les cuente también que en Moscú hay una enorme campana en las colinas del Kremlin, campana que fue izada hace dos siglos y que se desprendió por su excesivo peso. Y permanece allí, en el suelo todavía. Si lo anterior representaba los límites del poder militar, esta campana representa, para mí, el símbolo de la ideología, los límites de la ideología, límites que la propia política exterior soviética ha encontrado incluso recientemente.

En mi opinión, Gorbachov está intentando desarrollar una política exterior basada esencialmente en el poder económico, en conexión con el mundo occidental. Por otra parte, tampoco podemos dejar de reconocer que esta política actual del Kremlin, a diferencia de la de los años setenta íntimamente centrada en los Estados Unidos, está mucho más diversificada y orientada a otros países. Hoy Gorbachov habla de un hogar común europeo, piensa que en un mundo plural el diálogo es necesario en una base más amplia, que los actores políticos deben incrementarse, porque eso es un factor de estabilidad.

Una segunda diferencia respecto a los setenta estriba en el campo del control de armamentos. En los años de las SALT, se trataba de limitar las armas nucleares, de ponerlas un techo. Ahora, por contra, con el sorprendente inicio del tratado INF en diciembre de 1987 —del que ustedes ya hablaron suficientemente aquí el año pasado—, lo que tenemos es un proceso abierto de profundas reducciones, de desarme. La opción doble cero fue una idea occidental pero relanzada por el líder soviético inesperadamente, lo que prueba la habilidad de Gorbachov para romper con su pasado. La simple idea de destruir los misiles en un gran cambio, acabar con unas armas que han sido el símbolo sofisticado de sus aspiraciones históricas, de tantos sacrificios, y hacerlo

delante de los generales, de los militares, de una forma asimétrica... Yo pienso que algo positivo podemos construir sobre ello.

La tercera gran diferencia respecto al pasado se halla en eso que se denomina «las crisis regionales». Kissinger trató en vano de hacer que los soviéticos cooperasen en resolver crisis en distintas partes del mundo. No obstante, creo que hoy se da otra aproximación al tema en el Kremlin, y esto se puede comprobar, hasta cierto punto, en distintas actuaciones, en Irán-Irak, en Angola, incluso en Afganistán, un lugar de especial importancia puesto que será la primera vez que los soviéticos abandonen un país que no sólo han ocupado sino intentado cambiar por las armas. El comunismo es reversible, algo que puede tener consecuencias importantísimas para todo el bloque socialista.

Todo esto creo que configura un cuadro bien distinto de ese imperio soviético que avanzaba con sus tanques cien millas diarias. Un cuadro que permite una relación distinta con la URSS. Para empezar, en el terreno económico. Ayer decíamos que Gorbachov está teniendo problemas en el relanzamiento de la economía, que no es eficaz en producir los bienes necesarios para el consumo. Creo que podemos pedir a los soviéticos que sean consecuentes, que esos bienes podían ser producidos con los recursos trasvasados del sector militar al civil. Lo que es importante si miramos a las fuerzas convencionales, aproximadamente el 80 % del presupuesto militar. Economía ligada al control de armamentos. En primer lugar, en esos sistemas más desestabilizadores dentro de las fuerzas convencionales. En segundo lugar, en armamento estratégico, esto es, proseguir la senda abierta de las START y la reducción del 50 % del potencial bélico. En fin, debemos comprometer a Gorbachov para que concrete sus conceptos estratégicos de defensa defensiva y suficiencia razonable.

Un segundo elemento es el futuro de Europa. Gorbachov está insistiendo en la idea del hogar común europeo, justo en un momento muy particular para los occidentales, el camino del mercado único del 92. Es más, en un momento en el que en Europa se vuelven a relanzar las aspiraciones de integración política y de abordar también las cuestiones de seguridad. Gorbachov ha acabado aceptando algo que sus predecesores nunca hicieron, la idea de Europa, pero tendrá que admitir la posibilidad de que algún día esa Europa sea también un poder militar independiente.

En el terreno económico —ya se dijo ayer— hay un peligro de colisión entre *perestroika* y *glasnost* a causa de las frustraciones de una y las posibilidades de otra. Los occidentales pueden ayudar a aliviar esta situación: primero, con suministros de alimentos, posiblemente a través de acuerdos con la CE; en segundo lugar, con la potenciación de empresas mixtas en suelo soviético; también está abierta la posibilidad de concesiones de créditos, algo —quiero dejar claro— que no es una especie de Plan Marshall para la URSS. Cuando el primer ministro italiano usó esa expresión, quería decir en realidad que lo que necesitábamos era el concepto político subyacente en el Plan. En fin, igualmente se puede hablar del adiestramiento en Occidente de personal cualificado, etc.

En cualquier caso, y con ello acabo, queda un punto que considero esencial en las relaciones futuras con la URSS, el tema de los derechos humanos. Creo que no hay que olvidarse de él y que los occidentales deberfan presionar de una manera coordinada para que los soviéticos siguieran haciendo concesiones al respecto. Incluso se podría pensar en algún sistema de verificación.

En cualquier caso, para mí, el experimento Gorbachov es el más interesante de la política internacional de hoy, y posiblemente de la presente centuria. Es posible que no sepa adónde camina, pero ¿qué político lo sabe? Muchas gracias.

ALBERTO OLIART: Muchas gracias señor Fagiolo. Tiene la palabra la doctora Jacquelyn Davis, Jacquelya.

JACQUELYN DAVIS: Muchas gracias, señor presidente. Quisiera comenzar agradeciendo a los organizadores de esta Conferencia por lo que de interesante se está revelando, al menos para mí. Y particularmente quisiera agradecer con especial atención a Rafael Bardaji por su duro trabajo detrás de esta reunión, así como felicitarle por el éxito de la misma y de su labor al frente del GEES.

Al igual que el anterior ponente, quisiera iniciar mi presentación con tres preguntas. Este panel se llama «¿Qué hacer?», esto es, ¿qué iniciativas políticas quedan abiertas a Occidente ante la *perestroika*? Y para contestar creo que son necesarias las respuestas a estas tres preguntas. En primer lugar, ¿hasta qué punto nos interesa el éxito de la *perestroika*? Desde luego, una Unión Soviética más predecible en su comportamiento internacional, si es que eso es la *perestroika*, está en nuestro interés. Sin embargo, hay dudas sobre el futuro de esta posibilidad, lo que me lleva a una segunda cuestión: ¿cómo podemos influir en el éxito de la *perestroika* si consideramos que ésta es beneficiosa para nosotros? Tras oír todo lo que aquí se dijo ayer, estoy convencida de que Occidente sólo tiene una capacidad marginal para influir en el futuro soviético. Que la *perestroika* siga adelante o fracase depende de lo que tiene lugar internamente en la URSS y no se deriva de los factores externos. En la medida en que estas dos cuestiones siguen abiertas y sin respuestas por el momento, queda una tercera que va a ser el foco de mi atención: ¿qué políticas debe seguir Occidente en el corto plazo respecto a la URSS asegurando nuestra concepción e intereses internacionales?

En los años que quedan del siglo XX nuestro programa de política exterior tiene que centrarse sobre las relaciones soviético-norteamericanas, aunque no debemos limitarnos a una concepción reducida de los temas concernientes a las relaciones entre superpotencias, sino buscar nuevas áreas de posible cooperación con Moscú, particularmente en los temas y en los ámbitos donde nuestros intereses convergen. Esta aproximación de las relaciones entre los Estados Unidos y la URSS debe llevarnos a reconocer que, mientras los dos países sigan teniendo diferencias irreconciliables, en particular en lo que se refiere a nuestras respectivas concepciones del orden mundial preferido por cada uno, y sigan compitiendo en una serie de iniciativas económicas, militares y de política exterior, tendremos también un deseo básico de evitar una confrontación que pueda escalar hacia una guerra. El desafío al que nos enfrentamos es entender hasta qué punto es posible una cooperación manteniendo, sin embargo, una relación de tipo competitivo en otras áreas.

Desde la llegada al poder de Mijail Gorbachov, pocos han sido los signos de cambio en los objetivos internacionales de la Unión Soviética. Incluso cuando el nuevo, refrescante estilo de la diplomacia soviética es favorablemente recibido por los países occidentales, la sustancia de sus iniciativas globales continúa considerablemente parecida a las de anteriores líderes. Está

claro que el principio de la era Gorbachov no representa, como algunos querían hacer creer, un cambio fundamental en la rivalidad entre los Estados Unidos y la URSS. Más bien, como afirmó el ex presidente norteamericano Richard Nixon, representa una nueva y peligrosa era en las relaciones entre las superpotencias, dado que, si «sus reformas internas tienen éxito, dará lugar a un oponente más potente y formidable que en el pasado».

Si queremos establecer una estabilidad global, entonces el verdadero desafío para los políticos occidentales en la próxima década será aceptar la permanencia del conflicto y, al mismo tiempo, inventar unas políticas que tengan en consideración este hecho inmutable de la vida internacional. La paz real es, así, un proceso para gestionar y contener los conflictos entre países con ideologías y ambiciones internacionales concurrentes. *Glasnost* y *perestroika* no deben interpretarse como si implicaran un cambio fundamental en la visión o los valores que rigen las relaciones internacionales según los soviéticos. Ambas incluyen conceptos que hacen más eficaz el sistema comunista; su finalidad no es alterar los objetivos de la política exterior soviética, sino sacudir el sistema socialista soviético para que arranque de nuevo. Un objetivo prioritario en este sentido es atraer amplias transferencias comerciales y tecnológicas desde Occidente a la Unión Soviética. Desde la perspectiva occidental, sería útil intensificar los contactos con la URSS, al igual que lo hicimos con la República Popular China al final de los setenta y en los ochenta; sin embargo, no debemos dar carta blanca a Moscú en las áreas comercial y tecnológica, aun cuando se pida como apoyo al potencial reformador de la sociedad soviética. La reforma del sistema soviético tiene que venir desde el interior y, para ser significativa, debe tocar en profundidad las estructuras institucionales de la sociedad. No obstante, tenemos que dejar abierta la posibilidad de una reforma sustancial del sistema soviético si, con el tiempo, la *perestroika* y la *glasnost* adquieren vida propia; el nexo entre cambio económico y cambio político es supuesto, no demostrado. Las persistentes dificultades económicas de la URSS y sus esfuerzos para hacerles frente a través de una reestructuración burocrática y económica son elementos imponderables para los planificadores de las políticas de defensa y exterior norteamericanas. Cualesquiera que sean las perspectivas de crecimiento económico a largo plazo de la URSS, los Estados Unidos y sus aliados no pueden basar nuestra arquitectura estratégica sobre unas previsiones inciertas de una política exterior soviética más favorable. Un cambio en las iniciativas de política exterior de la URSS es posible, pero las sociedades occidentales deben seguir preparándose para defender sus respectivos intereses.

No hay pruebas de que bajo Gorbachov la URSS se haya alejado de sus políticas exterior y militar agresivas. En ningún lugar del mundo Gorbachov está haciendo menos que sus predecesores en llevar a cabo las ambiciones soviéticas. Mientras la prensa occidental habla de un cambio sustancial en la estrategia soviética desde una tendencia claramente ofensiva a una postura defensiva, los indicadores son menos convincentes. Ni los presupuestos soviéticos de defensa ni tampoco su poder militar parecen haber sido reducidos. En las dos cuestiones críticas de aflojar los lazos sobre Europa del Este y Afganistán, los progresos no llegan siquiera a una retórica propuesta de cambio de política.

Sabiendo esto, sería una verdadera locura que los países occidentales programaran en sus políticas exteriores, incluidas las propuestas de control de arma-

mentos, sobre la base de un supuesto cambio en la Unión Soviética. Nuestra postura hacia Moscú en este campo debe centrarse alrededor de una política exterior diseñada para mantener la «estabilidad estratégica» y una política militar no sólo basada sobre la fuerza, sino que haga creíble su uso en el caso de que nuestros intereses lo requieran. Únicamente desde esta base podemos llegar a unas negociaciones con los soviéticos que puedan desembocar en acuerdos sobre control de armamentos, u otras cuestiones, mutuamente satisfactorios y verificables; estos acuerdos tendrían como objetivo una reducción de las tensiones en las regiones donde nuestros intereses compiten y un reforzamiento de la estabilidad en las áreas donde nosotros y los soviéticos tenemos intereses simétricos o de cooperación, incluida la no proliferación pero no limitados a ella. En lo referente a la postura de fuerzas, el equivalente de la *perestroika* es el llamado «nuevo pensamiento», que se muestra claramente en declaraciones de una política de defensa no ofensiva y en esfuerzos intensificados para alcanzar nuevos acuerdos de control de armamentos. Sin embargo, en términos prácticos, la realidad concreta del nuevo pensamiento hay que verificarla en cambios en la estructura de fuerzas que en el teatro europeo, en particular, son más retóricos que reales. Incluso así, el consentimiento soviético tácito a tomar en consideración cortes asimétricos en su estructura de fuerzas puede por lo menos ofrecer una base importante sobre la cual empezar un diálogo constructivo en lo que concierne al control de armamentos. En este terreno significa renovados esfuerzos para alcanzar un acuerdo START que para los Estados Unidos y sus aliados debe centrarse en la eliminación de los misiles nucleares basados en tierra de primer golpe que se enfrentan a Occidente con una inapreciable amenaza de guerra o chantaje nuclear.

Las negociaciones para un acuerdo START van a requerir una gran paciencia y habilidad si queremos asegurar que se mantenga la credibilidad de la disuasión, incluida la disuasión extendida, de las fuerzas norteamericanas. En este contexto tenemos que asegurarnos que con nuestro deseo de llegar a un acuerdo no comprometemos la base misma de nuestra planificación estratégica. Para los Estados Unidos, esto significa tener mucho cuidado en evitar comprometer la supervivencia de los sistemas considerados esenciales para la evolución de unas relaciones de disuasión en la URSS. Concretamente, significa proteger la supervivencia de las fuerzas norteamericanas de represalia que permiten el despliegue de los sistemas, como los misiles de crucero, imprescindibles para establecer una capacidad defensiva creíble, también a escala regional.

Para la OTAN esto significa utilizar el control de armamentos para resolver el problema de una ofensiva soviética por sorpresa del tipo *standing start* * o de un ataque con un tiempo de aviso corto. Significa también rechazar la opción triple cero y dar prioridad a la modernización de las fuerzas nucleares de corto alcance (SRNF) a menos que nosotros, como Alianza, queramos encontrar más adelante frente al dilema fundamental que plantea este acuerdo para la estrategia de la Alianza (incluso para la orientación defensiva de la OTAN) y la postura de fuerza. Las actuales propuestas soviéticas de control

* El término se refiere a una ofensiva que cuenta con los efectivos empleados de forma avanzada en Centroeuropa y que, por tanto, no depende ni de una movilización previa ni de la llegada de refuerzos desde los distritos militares soviéticos. (N. de la T.)

de armamentos, incluidos la opción triple cero, la propuesta del Mediterráneo como zona neutral —que también están diseñadas para minar la credibilidad de las fuerzas de disuasión británicas y francesas— y el hecho de que en las conversaciones sobre estabilidad convencional hagan hincapié para incluir los aviones de doble capacidad occidentales y últimamente los sistemas navales, tendrían el efecto acumulativo de alejar el poder militar americano del teatro europeo, manteniendo en cambio la amenaza militar soviética sobre el continente. ¿Qué ocurre con la OTAN en tales circunstancias? Y, más importante, ¿qué pasa con la seguridad europea? En la actualidad parece difícil imaginar que los europeos apoyen un aumento de los gastos de defensa; ni los franceses ni británicos tienen la capacidad o voluntad (sin el apoyo norteamericano) de extender de forma creíble su capacidad disuasoria a toda Europa.

El control de armamentos es necesario, pero tenemos que ser realistas a propósito de lo que podemos lograr con este proceso. No es suficiente alabar las virtudes de las reducciones; hay que analizar atentamente sus consecuencias, sobre todo los casos de violaciones y de aplicación del tratado. Políticamente, en el caso de números más bajos, incluso unas pequeñas violaciones pueden ser significativas. Una política occidental realista hacia la URSS debería unir dos elementos: la reducción de las tensiones y el mantenimiento de una posición disuasoria creíble, lo cual incluye mayores oportunidades de colaboración y, al mismo tiempo, asegura una fuerza de voluntad para cuando los intereses de los Estados Unidos y aliados estén en peligro. En la década de los noventa y más allá, los intereses occidentales se verán más favorecidos por una nueva política que reconozca a los soviéticos por lo que son, estando, sin embargo, diseñada para tratar con ellos de forma eficaz. El comercio, las transferencias de tecnología y la diplomacia del *linkage* pueden ser útiles para conseguir la cooperación soviética en las áreas donde están menos interesados en cooperar, como las medidas de creación de confianza que incluyen la retirada de POL estacionados en posiciones avanzadas, equipos-puente, etc. El concepto de *linkage* es controvertido pero tiene que ser tomado en cuenta. Para los Estados Unidos esto significa en particular reconocer la gran complejidad y sofisticación del ambiente estratégico global y comprender la necesidad de toda una serie de nuevas aproximaciones de la política exterior. Por ejemplo, un elemento de una nueva estrategia política debe ser un papel más extenso de la ayuda exterior junto a un alejamiento de la tendencia al proteccionismo y al aislacionismo. En segundo lugar, siempre y cuando sea posible, tenemos que esforzarnos en trabajar con nuestros aliados en el campo internacional, pero, si las circunstancias lo requieren, los Estados Unidos deben aceptar llevar ellos mismos la carga, sobre todo si están en juego directamente sus intereses vitales.

Está claro que los llamados temas «fuera de zona» y el mundo en vías de desarrollo y desarrollado estará en el centro de las políticas de los países del Este y del Oeste en los noventa y después. Occidente, y los Estados Unidos en particular, necesita comprender mejor los vínculos conceptuales existentes entre los acontecimientos en las zonas del Tercer Mundo y debe situarlos en su lugar en el orden del día Este-Oeste. No tenemos que pensar que todas las disputas y los potenciales conflictos en las regiones del Tercer Mundo están dirigidos o son el resultado directo de actividades soviéticas; sin embargo, debemos ser conscientes de la posibilidad de que uno cualquiera de los actores externos utilice los conflictos de esas regiones. Si en los noventa el Tercer

Mundo representará el lugar donde se pueda dar con más probabilidad una confrontación entre las superpotencias, es en la Europa oriental donde las implicaciones de las políticas soviéticas se pueden manifestar más directamente. El desafío es formular una estrategia que aumente las posibilidades para que desde las presiones inintensas surja un cambio positivo y pacífico. Nuestras políticas deberían incluir mayores incentivos para que los gobiernos del Este den más libertad y apoyen los crecientes estímulos que pueden modificar la naturaleza represiva de los regímenes pasados. Deberíamos favorecer tales tendencias en la Europa del Este y también en la Unión Soviética. Nuestra estrategia debe tener en cuenta la *glasnost* y explotar su voluntad de apertura para llevar a los pueblos soviéticos y de los países del Este las ideas y la información hasta ahora reservadas a una élite.

Disuasión, competencia y negociación son los tres elementos de una estrategia fructuosa hacia la URSS en los noventa. En este contexto tenemos que asegurarnos de que el control de armamentos no desarrolle una vida propia, fuera de una lógica estratégica. Esto será indudablemente difícil para democracias que tienen que hacer frente a las presiones de la opinión pública en favor de acuerdos sobre armamentos, basadas sobre la idea equivocada de que la carrera de armamentos y las tecnologías provocan las guerras, en vez de los conflictos políticos enmarcados en sistemas fuertemente ideológicos. En lugar de considerar el control de armamentos como un fin en sí, tiene que seguir siendo un medio para el fin de establecer un ambiente general más estable. Al principio tenemos que reconocer que las negociaciones pueden llevar a una limitada cooperación, pero ésta no significa necesariamente el fin de la competencia. Sin embargo, las negociaciones pueden ser útiles, en particular si abren paso a una ulterior comunicación que de por sí no produciría la paz, pero sí reduce el riesgo de errores que lleven a una guerra. Las negociaciones no eliminan nuestras diferencias; el conflicto Este-Oeste está arraigado en ideologías, intereses e intenciones profundamente diferentes de los dos sistemas políticos, pero a través del proceso de negociaciones las diferencias pueden reducirse al igual que los malentendidos.

Para los Estados Unidos y el mundo occidental, la OTAN sigue siendo el marco indispensable para elaborar sus políticas nacionales de seguridad en los años noventa. No quiere decir que las estructuras de despliegue de tropas existentes desde la época de su creación en 1949 no cambiarán; lo más probable es que lo hagan en los próximos años. Significa que la noción básica de una comunidad de naciones que trabajan juntas en los temas y en las áreas donde se han identificado intereses en común es extremadamente importante y contribuirá a la estabilidad global en el futuro. En apoyo de esta noción de una comunidad atlántica de intereses, los Estados Unidos deberían hacer todo lo posible para promover una mayor unidad de objetivos en la Europa occidental a través de vínculos institucionalizados más estrechos entre los europeos. Así se mitigaría la sensación norteamericana de que los europeos no cargan con el peso que les tocaría de la defensa de la Alianza y —más importante— ayudaría a los miembros europeos de la OTAN a establecer un nuevo calendario para los años noventa, sobre todo para cuestiones «fuera de zona» en las cuales la OTAN no desempeña ningún papel institucional. La defensa de Europa sigue siendo la tarea central de la Alianza; incluso con la *perestroika* y la *glasnost* esto no va a cambiar. Las amenazas a la seguridad occidental pueden manifestarse de forma diferente en los noventa, y por este motivo la comuni-

dad atlántica puede buscar nuevos temas para su calendario y definir nuevas prioridades y nuevas formas de colaboración institucional con respecto a hace diez años. El calendario de defensa con el cual la OTAN tendrá que hacer cuentas en la próxima década es largo y difícil; pero, si afrontamos los temas juntos, abiertos a las posibilidades, y analizamos todas las elecciones estratégicas, una nueva era en las relaciones Este-Oeste puede hacerse realidad.

Como punto final: a) Una Unión Soviética que se abre interna y externamente es más fácil de comprender que una URSS que se cierra y mantiene una política interna de férreo control. b) Una Unión Soviética que actúa racionalmente es un mejor *partenaire* de negociaciones para nosotros en el campo del control de armamentos y del desarme. Nos toca a nosotros hacer propuestas constructivas de control de armamentos para comprobar la disponibilidad de la URSS en este campo. c) Es nuestro interés presionar a la URSS y a sus aliados para que actúen de acuerdo con lo previsto en el Acta Final de los Acuerdos de Helsinki, y deberíamos apoyar de forma sistemática este proceso. d) El objetivo supremo de la Alianza Atlántica es mantener la paz y la libertad, prevenir la guerra y crear un orden justo y duradero en Europa. El doble pilar de defensa más distensión debería seguir determinando la política de la OTAN. e) En un futuro previsible no hay alternativas a la estrategia de la disuasión y a la orientación defensiva de la OTAN.

ALBERTO QUIART: Vamos a cambiar un poco, dada la hora, y que hable Jorge Fuentes. Después de esto interrumpiremos para el *break-coffee* y continuaremos con el debate. Jorge...

JORGE FUENTES: Muchas gracias, señor presidente.

No crean ustedes que son sólo inconvenientes lo que se deriva del hecho de ser el último orador en un seminario de este tipo; también hay muchas ventajas. La mía fundamental es que después de haber escuchado durante estos dos días una serie de, aproximadamente, quince interesantes ponencias, prácticamente podría haber llegado uno aquí con las manos vacías y simplemente con lo que se ha aprendido hacer una sesuda intervención. También hay una segunda ventaja, y es que puedo intentar evitar repetir cosas de las que ya se han dicho.

Consciente de estas dos realidades, no he traído una intervención preparada, sino que, al filo de lo que se ha estado hablando durante estos dos días, he podido, esta misma mañana, tomar unas breves notas sobre tres áreas en las que quisiera extenderme. Esas tres áreas estarán todas centradas, naturalmente, en cual puede ser la política exterior española hacia la Unión Soviética en general y hacia la Unión Soviética de Gorbachov en particular.

Por tanto, intentaré extenderme ligeramente en tres puntos: Primero, cuáles son los rasgos que caracterizan a la Unión Soviética en España; dicho de otras palabras, cuál es la imagen que la Unión Soviética tiene en España. Segundo, con esa imagen en mente, cuáles han sido las relaciones diplomáticas entre España y la Unión Soviética en los últimos, pongamos, setenta años. Imagínense lo deprisa que lo tendré que decir. Y, tercero, qué es lo que puede hacer España dentro del nuevo contexto comunitario y atlántico en relación con la Unión Soviética.

Empecemos por el principio, imagen de la Unión Soviética en España. Aparte de la imagen general que la Unión Soviética pueda tener en cualquier

país de Europa Occidental, yo creo que hay tres rasgos que caracterizan a la Unión Soviética en España. El primero de ellos es el hecho de que España, a diferencia de lo que pasa con casi todos los restantes países europeos, no participó en las dos guerras mundiales. ¿Qué es lo que ésto significa? Significa que la Unión Soviética no es, teóricamente, ni nuestro aliado, como lo fue de casi todos los países europeo-occidentales —léase Francia, Reino Unido, e incluso de algún oriental, Polonia—, ni es tampoco, por supuesto, nuestro enemigo, como lo fue de todos los países que combatieron al lado del Eje —léase, fundamentalmente, República Federal de Alemania, y algunos países de Europa del Este, como Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria y Rumanía, que fueron aliados de Alemania y de Austria—. España no estuvo ni en uno ni en otro bando; por tanto, España no es ni amiga ni enemiga de la Unión Soviética en principio. Claro que detrás de ello hay una serie de pistas que nos hacen notar que aquí hubo de todo. Hubo simpatías y hubo antipatías hacia la Unión Soviética. Todo dependerá del lado desde el que se mire: si se piensa en la División Azul, podremos imaginar que hubo antipatías hacia la Unión Soviética; si se piensa en el apoyo de la Unión Soviética a los republicanos, se puede pensar que hubo simpatías guardadas en España hacia la Unión Soviética. El oro de Moscú y el traslado de cuadros, pues, serían residuos de aquel tiempo, residuos hoy superados.

Un segundo rasgo en la imagen de la Unión Soviética en España sería que durante muchos años, durante cuarenta años de la época de Franco, la Unión Soviética, mejor dicho, el elemento ideológico que nutre a la Unión Soviética, es uno de los tres grandes factores que en la doctrina franquista constituyen los grandes enemigos tradicionales de España. Ya saben ustedes: judíos, masones y comunistas eran los tres grandes demonios de aquella época. ¿Qué es lo que representa esto para la imagen de España? Representa que, en mi opinión, se ha producido una reacción, ya antes de 1975 pero fundamentalmente después de 1975, en el sentido de que los españoles hemos llegado a pensar que si durante cuarenta años nos han estado inculcando, diciéndonos que aquellos señores eran muy malos, es porque deben ser muy buenos. Y hoy vemos una reacción de este tipo en la actitud generalizada de los españoles. Actitud que se refleja, sin ir más lejos, en el tipo de eco que encuentran las visitas de altos políticos de la Unión Soviética y que yo estoy seguro se reflejará en el momento en que se complete la visita de Mijail Gorbachov a España. Y no sería necesario evocar otros tipos de visitas de otros líderes occidentales para establecer comparaciones que siempre son odiosas.

Un tercer elemento que, en mi opinión, caracteriza a la Unión Soviética en España es el hecho de que la Unión Soviética es la otra superpotencia. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que nosotros estamos en la Alianza Atlántica, estamos en la Comunidad Económica Europea, tenemos un acuerdo bilateral con los Estados Unidos, y la Unión Soviética es la cabeza de puente del otro grupo, del Pacto de Varsovia, del COMECON, etc.

Esto de superpotencia siempre suena raro, y en España siempre lo ha sonado: imperios, superpotencias... Sin embargo, en el caso de la Unión Soviética, en España se ha sabido incluso disculpar y comprender la constitución de la Unión Soviética como un enorme Estado, que se hace desde las épocas de Iván el Terrible hasta prácticamente principios del siglo XX, y que ese Estado, pues, en fin, se hace por unos procedimientos y en unos tiempos en que el mundo occidental, fundamentalmente la Europa occidental, está intentando

construir también un imperio, un imperio colonial llamado a desaparecer. Es decir, en España y en la Europa occidental, pero fundamentalmente en España para el caso que nos ocupa, se es consciente de que, mientras nosotros hemos sido lo bastante torpes para empeñarnos en construir un imperio que estaba llamado a desaparecer, la Unión Soviética estaba construyendo un imperio que por su continuidad territorial estaba llamado a permanecer.

He ahí, en mi opinión, los tres grandes rasgos que, adicionalmente a todos los otros rasgos de lejanía, de exotismo, de enormes dimensiones, etc., caracterizan a la Unión Soviética desde todos los otros puntos de vista, añaden otros factores que a veces son positivos y a veces son negativos en España.

Paso inmediatamente al segundo factor, al segundo bloque de asuntos que yo quería comentar rápidamente. Desde esa posición, ¿cuáles han sido las relaciones diplomáticas de España con la Unión Soviética? Ustedes lo saben muy bien: lo diré muy deprisa. Hasta 1917, relaciones más o menos normales dentro de su escasez, no nos engañemos; España ha venido concentrando sus amores y sus odios en los países de su entorno inmediato. Los vecinos del norte, del sur, del este y del oeste inmediatos han sido los que han ido forjando el desarrollo del devenir diplomático español. Sudamérica es casi un vecino, con el pequeño lago del océano Atlántico de por medio, pero ésta es la realidad. Para España, todo lo que queda más allá de Alemania y Austria ha venido siendo una lejanía que se nutre también de historias románticas de embajadores en Suecia y embajadores en Moscú, pero la realidad es que las relaciones tanto económicas como culturales, comerciales y de todo género, eran muy escasas con los países de la Europa del Este. Y en 1917 con la Unión Soviética cae un telón que no se levanta hasta pasados prácticamente sesenta años, con un brevísimo período de interregno, en 1936, en que se establecen efímeramente relaciones diplomáticas con la URSS y que se rompen inmediatamente al comenzar la guerra civil.

Entonces nos encontramos con todo ese período que, prácticamente, se podría nutrir, y de hecho lo está nutriendo, la cooperación hispano-soviética con una especie de *corpus diplomaticus* que intenta recoger la documentación de toda la historia diplomática de España y de la Unión Soviética, y antes de Rusia, hasta prácticamente nuestros días.

En 1950 empieza a reavivarse ligeramente ese pequeño comercio, cultura y economía que habían quedado pendientes entre los dos bloques, y empiezan a abrirse, a establecerse unos acuerdos interbancarios entre España y cada uno de los países del Este. Esos acuerdos, mal que bien, vienen a cubrir todo el período entre 1957 y 1967, en que, repito, el comercio sigue moviéndose en un nivel de, aproximadamente, el 2 % de todo nuestro comercio exterior dedicado a la URSS y a todos los restantes países de la Europa del Este, con lo que hacia la URSS exclusivamente irán dedicados, aproximadamente, el 1 %.

Entre 1967 y 1977 viene un nuevo período de establecimiento de representaciones comerciales. Al amparo de ese impulso económico se piensa que ya es el momento de ir preparando lo que podrá ser el futuro, y se abren unas oficinas que en todos los países del Este europeo llevan la denominación de Representaciones Consulares y Comerciales, que son los núcleos que prácticamente no variarían en el momento de establecimiento pleno de relaciones diplomáticas en cuanto a su estructura diplomática y a su capacidad de acción. Cuentan con, aproximadamente, entre dos y cinco diplomáticos, más todo el personal administrativo que los apoya. En la Unión Soviética y Yugoslavia,

por una serie de razones, sólo se llaman Representaciones Comerciales; quería quitarse toda connotación, incluso, que la palabra «consular» pudiera tener de político.

En 1977, dos años después de la muerte de Franco, viene el momento del establecimiento de relaciones diplomáticas plenas. Dos años desde la muerte de Franco, y eso también es sintomático: ¿por qué dos años? Yo, que ya estaba en ese momento en el Departamento de Europa del Este, me di cuenta de que fundamentalmente la intención era ver cómo ocurría la transición española y el deseo por parte de la Unión Soviética y de todos los países del área de establecer las relaciones en el momento que fuera más oportuno, incluso para favorecer a los partidos afines que existieran en España. En 1977, y aun con dudas, porque nadie sabía si dar el primer paso; yo viví ya esto desde Madrid y desde Belgrado, y recuerdo que en Yugoslavia estaban todo el tiempo diciéndome: «Nos gustaría ser los primeros», pero yo era consciente de que querían hacer la apertura de relaciones varias semanas antes que los otros países pero no varios meses y, desde luego, no varios años antes que los otros. Yugoslavia se temía que podría establecer las relaciones, ocurrir algo en España, enfriarse todo y tener que dar un paso atrás. En esas indecisiones, la verdad es que Rumanía, que en aquel momento era el cabeza de puente del área, le ganó por la mano y estableció relaciones, pues, tres semanas antes que Yugoslavia. Y a continuación vinieron todos entre el mes de febrero y el mes de marzo de 1977.

Por tanto, estamos ahí, con plenas relaciones diplomáticas. ¿Qué ha ocurrido desde entonces? Han pasado una serie de cosas; entre otras, que hemos conseguido aumentar un poco nuestro comercio y nuestra cultura con esa área; la presencia de la Unión Soviética en España es mucho más fuerte, y la de España en la Unión Soviética, un poco más; y del 2 % hacia el Pacto de Varsovia y COMECON se ha pasado al 4 % aproximadamente, escaso 4 %, más bien 3,5 %.

Entre 1977 y 1985 las cuestiones avanzan dentro de la normalidad de dos países que están llamados a pertenecer a dos bloques diferentes: España poco a poco se incorpora al bloque occidental por la lógica de las cosas y la Unión Soviética, desde ese emplazamiento suyo, intenta disuadir a España de la conveniencia de que se incorporara a cualquier bloque porque el equilibrio mundial quedaría estropeado. La realidad es que yo siempre pensé que España se entendería mucho mejor con la Unión Soviética desde la Alianza Atlántica que desde fuera porque el diálogo podía establecerse un poco más entre países equilibrados dentro de la enorme desproporción de poder y de extensión.

Pero en 1985, y aquí entro en el tercer bloque de cuestiones que quería tratar, ¿qué es lo que pasa en 1985? En realidad podría haber empezado por aquí y aborrazarles todo el trasfondo histórico, que creo que no está desprovisto de interés. En 1985, lógicamente, viene Gorbachov, y España, por supuesto, está ya en la Alianza Atlántica desde el 82 y es inminente su entrada en la Comunidad Económica Europea, en la que de hecho ya participa. Recuerdo que en agosto de 1985 yo mismo estuve interviniendo en los Grupos de Cooperación Política Europea, en Bruselas, todavía a título de observador, por supuesto, con voz y todavía sin voto, y desde el 1 de enero con voz y voto. Pues bien, en 1985 llega Gorbachov y ocurre todo lo que hemos estado hablando aquí en estos días; entonces España, individual y colectivamente con sus aliados y socios, intenta ofrecer una respuesta a lo que está pasando en la Unión Soviética.

El panel de hoy yo creo que será recordado como el panel de las tres preguntas. Y me gusta mucho que precisamente coincidiéramos en esto de las tres preguntas, porque prueba que tanto desde los Estados Unidos como desde Italia o desde España nos movemos por unas constantes preocupaciones. Las preguntas nuestras fueron tres también, curiosamente, no fueron las mismas pero fueron tres. La primera de ellas era: ¿es verdad o no es verdad la *perestroika*? ¿Es verdad o no es verdad Gorbachov? Hay que recordar que la Unión Soviética durante muchos años venía caracterizada por una serie de llamadas, entre comillas, «políticas» o «propagandísticas» o como se le quiera denominar, que en el fondo no estoy muy seguro de que fueran tan propagandísticas como siempre hemos venido creyendo. Y no estoy tan seguro porque, les recuerdo, algunas de esas llamadas fueron, por ejemplo, durante el período de los sesenta la llamada a una conferencia sobre la seguridad de cooperación en Europa; recuerdo que no sólo desde los sesenta, sino incluso en los cincuenta la Unión Soviética y los países del Pacto estuvieron ya haciendo llamadas a una CSCE, que entonces tenía otras siglas y otro orden en éstas, y que el mundo occidental sistemáticamente rechazó como material propagandístico. Hizo falta que dentro de aquel material propagandístico encontráramos lo que era auténtico, deslindándolo de lo que era propagandístico, y que llegáramos a un entendimiento sobre la base de las ideas lanzadas en el aire. Hizo falta dejar pasar, por lo menos, quince años hasta que en 1972 empezó el proceso de la CSCE. De la misma forma, al final de los años setenta la Unión Soviética lanza también otras ideas que entonces pasaron por pura propaganda política: eran ideas sobre el desarme. Recuerdo perfectamente que en el proceso de la CSCE se decía: «De ninguna manera hablaremos de desarme, el desarme ha quedado en la MBFR y, por tanto, es allí donde tiene que hablarse; no puede hablarse dentro del proceso de la CSCE porque aquí es otro el problema que se trata: son fronteras, son derechos humanos y son, como máximo, medidas creadoras de confianza.» ¿Por qué? Por toda una serie de razones, entre otras porque entre los treinta y cinco países participantes había algunos tales como San Marino, Mónaco, Santa Sede, Liechtenstein, es decir, países desarmados, o había países tales como Suiza, Suecia, Finlandia, Austria, países neutrales, u otros países no alineados, como Yugoslavia, Malta, Chipre. En esas condiciones se consideraba que la CSCE no era un foro adecuado y el diálogo de la MBFR era poco menos que mortecino; por tanto, era una forma para no hablar de desarme a treinta y cinco.

Han pasado unos pocos años y ahora vamos a hablar de desarme a treinta y cinco, vamos a hablar y estamos, además, deseosos de hablar de desarme a treinta y cinco, a veintitrés, treinta y cinco dentro del proceso de la CSCE y desarme convencional. Es decir, no era tan claro si aquello era propaganda o no lo era en aquel tiempo, pero admitamos que había un elemento político en aquellas iniciativas que después progresaron. Ahora llega Gorbachov; al principio se duda y después se reconoce; es decir, la gran pregunta: ¿es verdad o no es verdad esto de la *perestroika*? Hubo una serie de dudas en la Comunidad Europea, y yo tengo que decir que en la Comunidad Europea fuimos lentos en la reacción hacia la *perestroika*, aunque no lo fue España precisamente, que desde el primer momento se mostró entre los más posibilistas, y no es por darnos por listos, pero, como es lógico, dentro del emplazamiento que España tiene en la OTAN y en la Alianza, estuvimos entre los más posibilistas. Pero la reacción de conjunto fue lenta, hubo que madurarla mucho. A veces nos de-

esperábamos al ver cómo los propios Estados Unidos habían tenido mucha mayor capacidad de reacción, y cuando ya ellos estaban prácticamente firmando INF las dudas todavía prevalecían en la Comunidad Europea; incluso yo pienso que la Alianza Atlántica en este punto fue más decidida que la Comunidad Europea. Mas, en fin, esto ya quedará para estudio de historiadores.

Pero había otra pregunta naturalmente, una segunda pregunta. Después de responder: «Sí, esto de la *perestroika* es verdad, parece que sea verdad, hay elementos nuevos, vamos a ellos.» Entonces, la segunda era más importante todavía. ¿Es conveniente o no es conveniente? ¿Qué nos interesa más: una Unión Soviética fuerte o una Unión Soviética débil? Ahí tuvimos todo tipo de enfoques: había los duros, quienes pensaban que, en todo el mundo occidental, a fin de cuentas, si la Unión Soviética comienza a debilitarse, habremos conseguido lo que queríamos, demostrar la debilidad del sistema comunista y empezar a poder tratar a una Unión Soviética que cambiará más deprisa, y que más deprisa se parecerá al mundo occidental; es decir, asumiendo el fracaso del sistema comunista tendrían que adoptar el único sistema alternativo que existe hoy por hoy, que es el capitalista. Había también, en el terreno contrario, los que pensaban o pensábamos que una Unión Soviética débil podría suponer graves quebrantos para la seguridad internacional. Personalmente yo tengo mis propias ideas sobre esto y creo que la seguridad internacional nunca estará mejor preservada que con una Unión Soviética satisfecha ante un mundo occidental fuerte y satisfecho. La prueba de ello la tenemos en el repaso de los últimos decenios de la historia Este-Oeste en que, cuando la Unión Soviética ha sido, relativamente, errática en su política internacional, no se sabe si fuerte o débil al amparo de una distensión creada en los años 75 y siguientes con la firma del Acta de Helsinki, la Unión Soviética hizo los avances más espectaculares de los últimos años precisamente porque los Estados Unidos y el mundo occidental estaban en un momento de gran desorientación en su liderazgo y en su política. Son el tiempo de Indochina, del avance en Afganistán, el progreso en el Cuerno de África, e incluso en el Cono Sur de África.

Sin embargo, personalmente no he visto, en veintitantos años volcado sobre los asuntos Este-Oeste, un momento mejor en las relaciones Este-Oeste como el que empieza en 1985. Que, en mi opinión, se caracteriza por la existencia de una Unión Soviética fuerte, relativamente satisfecha y deseosa de prosperar, y un mundo occidental igualmente fuerte, con un liderazgo como el que caracterizó a los Estados Unidos en el segundo mandato de Reagan. No he visto —puedo equivocarme, claro— un período mejor desde, por lo menos, 1945. Y creo que no ha habido un período mejor desde 1914.

Pero entonces viene la tercera pregunta naturalmente: Es verdadera la *perestroika*, es conveniente la *perestroika*, pero ¿es posible la *perestroika*? Esta es la gran duda que yo creo que ha planeado durante este seminario, que planeó también durante el seminario de Barcelona y que pienso que planeará sobre todos los seminarios que se hagan, por lo menos, durante algunos años, porque la *perestroika* tiene grandes dificultades para avanzar. Yo no las voy a repetir porque se han dicho de muchas formas y de formas mucho más inteligentes. Pero creo que hay básicamente dos grandes dificultades, por simplificar. Una gran dificultad, que está, digamos, por encima de nuestras cabezas, de las cabezas de todos en el Este y en el Oeste, es la dificultad de que, queramos o no, el mundo internacional está configurado de una forma bipolar desde la Segunda Guerra Mundial, y no sé quien tiene interés en que ese

orden bipolar cambie, pero sospecho que nadie. La Unión Soviética, si la *perestroika* llegara hasta sus ultimísimas consecuencias, dejaría de ser un polo contrastado con los Estados Unidos. ¿Qué supondría eso? En mi opinión, supondría que el Pacto de Varsovia, en un plazo inmediato, en un plazo medio, perdería su razón de ser; el Pacto de Varsovia debería desaparecer. La OTAN, lógicamente, debería desaparecer también. La separación de las dos Alemanias no tendría sentido; alguien lo decía el otro día: si a la República Democrática Alemana le quitan el escudo, se convierte en la República Federal de Alemania, quiero decir, en las banderas; quitamos el escudo, y la bandera de la RDA es la bandera de la RFA. ¿Quién estaría interesado en que todo esto ocurriera? Dudo mucho que estuvieran interesados Francia, el Reino Unido, los propios Estados Unidos, la Alianza Atlántica, el propio Pacto de Varsovia; no sé quien podría estar interesado, de forma que, por muy encima de nuestras cabezas, en una especie de extraño orden que nadie sabe muy bien quién lleva en mano, siento que hay una resistencia a que la *perestroika* pudiera llegar hasta sus últimas consecuencias. Me doy cuenta de que esto es una afirmación bastante seria y quizás pudiéramos hablar sobre ello después.

Pero hay una segunda resistencia, y ésta es mucho más concreta, porque la primera es bastante etérea. La segunda está muy por debajo, en el sustrato mismo de la sociedad, sobre todo soviética; existe una clara resistencia, el obrero en la Unión Soviética vivía mejor antes de la *perestroika*; puede pensarse: si lo que se le pide son primero las responsabilidades y después se le dan los salchichones, es posible que nunca se llegue a esta segunda recompensa. Si lo que está notando el obrero en la Unión Soviética, la clase obrera, es que a lo mejor se encuentra en la calle, a lo mejor se encuentra en paro, a lo mejor tiene que arrimar más el hombro para poder hacer, obtener menos beneficios, es muy posible que por ese flanco encuentren la Unión Soviética y el propio Gorbachov una enorme resistencia a poder marchar adelante.

Aquí acabarían las tres preguntas; pero, claro, entonces no va a quedar un tono bastante sombrío de lo que es la situación, porque por encima de todas estas dificultades, y creo que sería muy malo ignorarlas, nosotros, concretamente España, a través de la Comunidad Económica Europea y a través de la Alianza Atlántica, creemos que la *perestroika* debe triunfar, y nosotros apoyamos claramente en España —no hay más que leer declaraciones del presidente del Gobierno y de los distintos ministros—, hemos apostado claramente por la *perestroika*, lo seguiremos haciendo en la presidencia española; a mí me cabrá el honor de presidir precisamente el Grupo de Trabajo de Europa del Este y, desde luego, les puedo asegurar que, si la presidencia comunitaria tiene alguna capacidad de influencia sobre estas cuestiones, nosotros lo llevaremos hasta su límite.

Y aquí prefiero acabar, porque me parece que podríamos después hablar más sobre estos asuntos.

DEBATE

ALBERTO GILIART. Muchas gracias, Jorge.

Señoras, señores, ya comprendo que este maravilloso día inclina más a estar fuera, en la terraza, que aquí dentro, pero debemos empezar el coloquio conforme a un horario e intentar terminar de una manera prudente antes de la hora de la comida. Así que empezamos el debate. Yo

rogarla que vaya pidiendo la palabra los señores que quieran hablar y vayan dando el nombre al levantarse.

Como me lo ha dicho antes, Fernando Claudín tiene la palabra.

FERNANDO CLAUDÍN: Creo que este punto que estamos discutiendo ahora es lógicamente el más polémico de todo nuestro almuerzo, puesto que se trata de pasar a la política, es decir, de definir una actitud de los países occidentales frente a la evolución que implica la perestroika.

Quiero hacer, más que una pregunta, un breve comentario. Creo que efectivamente, en política internacional hay que tener mucho cuidado con las palabras, no confiar ciegamente en las palabras, sino atenerse a los hechos, poner a prueba las declaraciones, las intenciones. Pero yo creo que en la política de Gorbachov, en la política exterior de Gorbachov, no hay sólo palabras sobre una cierta evolución en relación con lo que era la política anterior soviética. Hay una serie de hechos que tienen una gran importancia, que se podrían explicar un poco ampliamente, pero yo me limito a señalar que, por ejemplo, en relación con los conflictos regionales, hay, evidentemente, un cambio en esta política, en el sentido de buscar una solución de compromiso, de entendimiento de esos conflictos y, en relación con la formulación general, digamos, ideológica de esta política que junto con *perestroika* y *glasnost* forma el tríptico emblemático de la política de Gorbachov, el nuevo pensamiento. Yo creo que tiene una gran importancia —ya me parece que se ha aludido antes en otra de las sesiones—; significa una revisión ideológica muy importante: no pasar de una concepción de las relaciones internacionales basado en el dogma de que es una forma de la lucha de clases entre un sistema y otro, a una consideración de que deben predominar los intereses generales de la humanidad. Considero que esto es un cambio ideológico muy importante que hay que tomar bastante en serio, y lo interesante en este aspecto es que, cuando Gorbachov se coloca, digamos, en el terreno del pensamiento occidental, eso da una oportunidad al mundo occidental de explicar su iniciativa en este propio terreno. Porque, en realidad, eso de que en las relaciones internacionales el principio fundamental deben ser los intereses de la humanidad y no los intereses de clase ha sido el pensamiento de las fuerzas no solamente socialdemócratas sino liberales democráticas de Occidente. Yo creo que el problema es que, sin darse de las palabras, los Estados occidentales, la Alianza Atlántica como tal, deberían desplegar una mayor iniciativa justamente en el terreno de las relaciones con la Unión Soviética: no es necesario saber si la perestroika finalmente va a ser un éxito o no —es imposible decir eso actualmente—, pero creo que hay que tomar en serio la perestroika, los cambios internos y externos de la Unión Soviética, porque eso nos da una oportunidad histórica sin precedentes para poder situar las relaciones con la Unión Soviética en un nuevo terreno.

Finalmente, quiero aludir a la idea ésta de la casa europea o del hogar común europeo. Creo que es uno de los aspectos de la política exterior soviética que está ligado a su creciente interés por Europa, al mayor «europelismo» en la actual política de Gorbachov, a ser muy centrada en la política soviética en las relaciones con los Estados Unidos, o casi exclusivamente centrada, y que es justamente uno de los planteamientos que reflejan todavía, en la política exterior soviética, lo nuevo y lo viejo. Lo nuevo es el sentido de que hay en ello un espíritu de establecer sobre nuevas bases la relación con los países europeos. Lo viejo, a mi juicio, es que todavía anida en ese planteamiento la idea muy feminista de explorar las contradicciones dentro del campo occidental, concretamente entre Europa y los Estados Unidos. Evidentemente, los dirigentes soviéticos dicen que no es eso, pero objetivamente es evidente que algo hay de eso. Entonces nuestra iniciativa en ese terreno debería ser aprovechar los elementos positivos y tratar de apartar, eliminar, los elementos negativos.

Es evidente, en lo que se refiere a la ambigüedad de esta cuestión, que la Unión Soviética no es una potencia europea exclusivamente. Cuando Gorbachov está en París o en Praga, dice: «Nosotros somos Europa»; cuando está en Vladivostok, dice: «Nosotros somos Asia.» Y es evidente que es un gran Estado eurasiático, no un Estado europeo, con el cual debemos tener las mejores relaciones posibles, estrechar la colaboración económica, política, cultural, etc., pero de eso a considerar que puede plantear el problema de las relaciones sobre la base de una causa común europea hay una distancia considerable. Sin embargo, nosotros debemos tomar la iniciativa en eso también: la Unión Soviética es una gran potencia euroasiática culturalmente, no solamente europea; es europea, musulmana y de otras características culturales; pero, en cambio, los países del Este europeo sí son evidentemente europeos. Por qué no responder a esa cuestión diciendo, por un lado, con ustedes queremos estrechar nuestras relaciones de todo tipo en beneficio no sólo de la paz, sino de la colaboración económica, etc.; pero al mismo tiempo la Europa Occidental y la Europa del Este tienen aspiraciones comunes, la división de Europa no puede ser eterna, debe haber un proceso de autonomización creciente de la Europa occidental respecto a su estado norteamericano, y de autonomización de los países del Este respecto a ustedes, que son sus aliados. Y eso puede crear condiciones para una mayor unidad de Europa, no solamente la unidad política

de la Europa occidental, sino la aproximación política también de la Europa occidental con la Europa del Este.

ALBERTO OLIART: Muchas gracias. Alguno de vosotros, algún ponente, ¿quiere decir alguna cosa sobre esto o preferir que pasemos a otras preguntas?

¿Alguna otra intervención? Me parece que usted ha pedido el segundo. Por favor, no olvide mencionar su nombre.

SERGEI SISOIEV: Sisoiev, de la embajada de la URSS en Madrid. Quisiera hacer algunos comentarios en lo que toca a la posición soviética sobre ciertos temas que aquí se han tocado. En primer lugar, quiero agradecer a todos los ponentes sus esfuerzos por entender lo que está pasando en la URSS actualmente, porque para mí, y no sólo para mí, algo muy importante es intentar comprenderse mutuamente, sobre todo si hablamos de asuntos internacionales. Aprecio su esfuerzo y todo cuanto se ha dicho ayer y hoy en la sala. El problema es que la situación en la URSS es tan dinámica, cambia tan rápidamente, que a veces es muy difícil llegar a una conclusión que sea correcta o que perdure. Incluso es difícil para nosotros, los miembros de la embajada en Madrid estar perfectamente al tanto, por que lo que ha sido válido ayer, puede que no lo sea ya hoy.

Estoy de acuerdo con Fernando Claudín en que el cambio en la URSS es un profundo cambio en su filosofía y, por tanto, no puedo estar de acuerdo con aquellos que piensan que la perestroika sólo quiere un relanzamiento económico. Lo único que bien me recuerda es que el cambio de cualquier cosa en la URSS requiere tiempo, mucho tiempo, y que no puede ser inmediato. Hay que cambiar a pequeños pasos, hay que modificar los valores socialistas, la juventud soviética. Eso sí, no estamos retrocediendo a la ideología capitalista; estamos experimentando y repensando muchas cosas, de una manera constructiva. Que, dicho sea de paso, es la actitud que esperamos de Occidente, también una aproximación comparativa. Algo que ayer mi amigo Manuel Coma me ocurrió en absoluto al expresar que la perestroika es mera propaganda. Nosotros podemos una real intención por comprendernos, por entender los cambios que estamos efectuando.

Por ejemplo, el «nuevo pensamiento» sobre política internacional del que tanto se ha dicho aquí. Estamos intentando encontrar un nuevo lugar para la Unión Soviética en el mundo, y no de una forma bipolar y de confrontación, algo que representa un sustancial cambio filosófico. Queremos soportar nuestra carga de responsabilidad, queremos ser miembros de pleno derecho en el terreno de la interdependencia económica, pretendemos mostrarnos cooperativos a la hora de pacificar los conflictos en el mundo...

Sin embargo, encontramos que Occidente es reticente a aceptarnos. El ejemplo claro son las múltiples propuestas que la URSS ha hecho sobre desarme y a las que la OTAN aún no ha querido contestar. Nosotros estamos dispuestos a intercambiar los datos ya, pero no a caer en ese juego de propaganda como revela el panfleto hecho público por la OTAN la semana pasada. Aceptamos la verificación, apoyamos la creación de medidas de confianza, como un censo de gestión de la crisis en Europa, pero hasta ahora ninguna respuesta occidental.

Estamos abiertos a todo tipo de propuestas constructivas. Muchas gracias.

ALBERTO OLIART: Gracias. Creo que ha sido muy interesante esta intervención puesto que hay que oír a la Unión Soviética cuando estamos hablando de qué significa la perestroika y la *glasnost*, y lo estamos diciendo desde el punto de vista occidental. Le agradezco mucho esta aclaración tan importante.

Perdón, es que me han pedido así. Tu nombre...

FLORENTINO PORTERO: Gracias, señor presidente. Mi nombre es Florentino Portero. Soy profesor de Historia Contemporánea y miembro del Grupo de Estudios Estratégicos. Quisiera hacer una pregunta a Jorge Fuentes. Supongo que Jorge Fuentes es perfectamente consciente de que su ponencia, a estas alturas del seminario, es un tanto provocativa. Pedimos que confirmen tanto en la perestroika después de lo que hemos oído en estos días no resulta del todo fácil. Por poner un ejemplo, Jacques Daves, en su magnífica ponencia, ha manifestado una posición más reticente, la cual, desde mi punto de vista, que siempre es subjetivo, es más realista.

Usted nos ha dicho que España, dentro del bloque occidental, defiende una posición o mejor, defiende un mayor acercamiento hacia la Unión Soviética. Lo que, a mi modo de ver, que también siempre es subjetivo, es un poco preocupante. También nos ha hablado usted de que hay muchos intereses para que la perestroika no triunfe. Ha citado, entre otros ejemplos, el tema alemán; yo no sé si era una involuntaria alusión al honorable Andreu aprovechando la presencia entre nosotros de Fagolo. Mi pregunta es: ¿Por qué tenemos que confiar en la perestroika? ¿O de otra forma: ¿Qué visión tiene la Administración española sobre los objetivos últimos de la perestroika tanto

en política interna como en política exterior, objetivos que justifican esa confianza? Muchas gracias.

ALBERTO OLIART: El señor Fuentes prefiere contestar después si hay alguna otra pregunta.

HELENE CARRERE D'ENCAUSSE: Quisiera hacer una o dos observaciones sobre lo que ha dicho Jacquelyn Davis y, en general, sobre las relaciones entre la perestroika y el nuevo pensamiento internacional.

En una cosa estoy de acuerdo con Jacquelyn Davis: la perestroika es un asunto soviético, es un asunto interno de la URSS, donde la influencia occidental, cualquiera que sea el monto de los créditos aportados, será marginal, porque se trata ante todo de un problema de confianza en el interior de la sociedad soviética, de una voluntad soviética de saneamiento que permitirá el éxito de la perestroika. Por tanto, creo que no podemos decir que tenemos confianza o no la tenemos, que estamos a favor o en contra, es a la sociedad soviética y a sus dirigentes a quienes les toca encontrar los medios para sanear el país. El objetivo de la perestroika, al fin y al cabo, es sanear el país, y quería recordar aquí algo que Fernando Claudín y yo hemos intentado demostrar ayer. El saneamiento es económico, por supuesto, pero ante todo es un saneamiento moral. Se trata de devolver primero a la sociedad soviética el sentimiento de ser una sociedad, de tener intereses en común con su gobierno y entre los hombres, y en este problema nosotros no podemos intervenir.

Ahora bien, también diría que me parece que hay que ser justos con el nuevo pensamiento internacional. El nuevo pensamiento no es una broma. En ese sentido, tenemos que tomar posiciones personales, definir lo que pensamos, y me parece que vale la pena subrayar un aspecto de este nuevo pensamiento: la nueva definición de seguridad. Claudín ha dicho que, desde el punto de vista de la filosofía misma de las relaciones internacionales, constituye una revolución, y creo que es verdad: el hecho de no considerar más las relaciones internacionales como un asunto de las relaciones de clase es fundamental.

La visión que Gorbachov expresa — y que corresponde a lo que ya Andropov había esbozado desde 1982 — es una idea de seguridad no ya simplemente como equilibrio de armamentos o la búsqueda de estar mejor armado que el adversario, sino que la seguridad es un conjunto de disposiciones que permiten a cada uno de las potencias sentirse segura. A este propósito quisiera subrayar que la URSS tiene muchas razones para sentirse en estado de inseguridad cualquiera que sea el nivel de sus fuerzas, y se encuentra bien por que busca una nueva definición de seguridad. Ejemplo de este derrumbe interno, es cierto, es el derrumbe de la Unión Soviética, esa marcha atrás que crea un sentimiento de inseguridad.

En segundo lugar — Fernando Claudín lo ha mencionado, pero quisiera volver sobre ello —, la URSS no es un país que se sitúa fácilmente. Los Estados Unidos son los Estados Unidos, se definen por sí solos. La Unión Soviética es un país de Europa, pero no sólo eso. Hay aspectos sobre los que se puede discutir, mas personalmente creo que la voluntad del Estado soviético es una voluntad histórica de ser, ante todo, un gran país europeo, es decir, volver a encontrar su lugar en Europa, de ahí la idea del hogar común europeo. Más allá de las divisiones de bloques hay una marcha histórica hacia Europa que se repone a sí misma, que ha sido interrumpida muchas veces. Pero ahora creo que, en el nuevo pensamiento, la idea de encontrar un lugar en Europa es absolutamente fundamental.

Ahora bien, perestroika y política internacional no son exactamente la misma cosa, pero creo que es necesario tener bien presentes las dificultades internas de la URSS y los sentimientos de inseguridad y de miedo que, junto a la voluntad de situarse de forma diferente en el mundo, constituyen lo esencial de este nuevo pensamiento político. Gracias.

ALBERTO OLIART: Como Jacquelyn Davis tiene que dejarnos porque debe salir a las doce y media, le cedo la palabra por si quiere decir algo a la vista de las intervenciones Jacquelyn...

JACQUELYN DAVIS: Simplemente un comentario al filo de lo introducido por la profesora Carrere d'Encausse. No he querido decir con mi presentación que no haya algunos esperanzados en la política internacional soviética, particularmente en lo que concierne a las crisis regionales. Lo que quería sugerir era, sobre todo, que un optimismo predecible parece ser la mejor base sobre la que los occidentales deberían diseñar sus políticas respecto a la perestroika y el cambio en la URSS. Creo que todavía debemos cuestionar a nosotros mismos si Gorbachov es un nuevo Pedro el Grande o un Alejandro II. Y no lo veo claro, personalmente. Sugiero un moderado optimismo, sugiero al mismo tiempo que considero imprudente para las políticas occidentales cambios radicales en nuestra relación con Moscú, especialmente en esos tiempos en los que la retórica no se ha traducido en nada concreto. Ciertamente, debemos estar dispuestos a cooperar de manera constructiva, tal y como el representante de la embajada soviética ha manifestado

hace unos minutos, pero nunca en detrimento de nuestros propios intereses estratégicos. Y esto, por poner sólo un ejemplo, el de la transferencia de tecnología, significa que debemos tener bien claro qué grado de apoyo queremos dar al comercio de alta tecnología con la URSS y sus satélites. Yo creo que debemos tener claro que no podemos permitirnos suministrar bienes y tecnologías que vayan a contribuir finalmente al sostenimiento del poderío militar soviético, que está dirigido contra nosotros.

Por lo que se refiere al nuevo marco de entendimiento al que ha hecho alusión también el representante de la embajada soviética, si estoy de acuerdo en que sus líderes dan muestra de una nueva sensibilidad que se traduce, por ejemplo, en el intercambio de información sobre las fuerzas convencionales. Algo verdaderamente nuevo y excitante. Queda por ver, no obstante, que esas cifras sirven para que comprendamos mejor por qué la URSS ha desplegado y despliega sus fuerzas en una postura como la que conocemos y cómo se relaciona con las propuestas de creación de confianza que sugiere. Si los soviéticos están tan preocupados por los problemas de inestabilidad militar en Europa, lo que deben hacer es volver sus ojos a los problemas estructurales, su postura de fuerza, su imagen, y sus capacidades para amenazas.

Finalmente, un breve comentario sobre el hogar común europeo. Creo que debe ser una idea brillante desde la perspectiva soviética cuando se enmarca en el esquema que Gorbachov parece tener sobre las relaciones de Moscú con los europeos; sin embargo, desde la perspectiva norteamericana, la idea causa preocupación, ya que nos lleva a pensar en un nuevo intento de desmilitar a los Estados Unidos de sus aliados. A pesar de todo, acepto que hoy hay una mayor convergencia entre los Estados Unidos y la URSS sobre los temas de la seguridad en Europa de lo que se admite. En cualquier caso, hablar del hogar común significa desenterrar viejos problemas a los que no se ha podido dar todavía solución, como es el caso de la reunificación de las Alemaniás. Hay serios asuntos que discutir y sobre los que adoptar una postura. Y, en el caso occidental, esperar que esa posición llegue a ser común. Sólo así podríamos hablar con la URSS, a la espera de que esa voluntad soviética por dialogar perdure otros dos años.

Permitame unas palabras finales de agradecimiento de nuevo. Ha sido un placer participar con ustedes en estas interesantes discusiones, gracias a los organizadores por esta magnífica conferencia y por la gentileza de invitarme a ella. Sólo espero que sigamos teniendo la posibilidad de reunirnos de nuevo para profundizar nuestro diálogo, algo que, con la voluntad y el esfuerzo de Rafael Bardají, seguro que será factible. Muchas gracias.

RAFAEL BARDAJÍ: Muchas gracias a ti.

MANUEL COMA: Manuel Coma, profesor de Historia Contemporánea y miembro del Grupo de Estudios Estratégicos. Con el permiso del presidente y la benevolencia del auditorio, quisiera emplear un minuto en leer un párrafo de un artículo aparecido hace ocho días en *El País*, el viernes 25 de noviembre, página 4, edición de Madrid. Es un artículo de Andrei Fadin, al cual el periódico lo presenta como sociólogo y miembro del «Consejo Perestroika Democrática». El párrafo que me interesa dice así: «Por una parte, el nuevo régimen, a medida que se consolidaba, necesitaba cada vez menos del apoyo de la base. Ya en la XIX Conferencia, de hecho un congreso, celebrado en junio, la aplastante mayoría de los primeros secretarios provinciales, que son ya los nuevos hombres, se mostraron dura y claramente contrarios a todo intento por parte de los movimientos sociales de romper el monopolio del poder que ostenta el aparato del partido. La eliminación del *buffer* de la arena política, y la concentración del poder en un estrecho círculo de aliados acaecida en el otoño de 1988, hizo que para los reformistas en el poder los movimientos de todo tipo, especialmente los más politizados, se transformaran, de apoyo en la lucha contra los conservadores, en un factor desestabilizador. Después de que el poder se concentró en manos de los reformistas, la actividad política de la base ya no es vista como aliada, sino más bien como amenaza. A finales de julio el *Presidium* del Soviet Supremo aprobó unos decretos muy severos y antidemocráticos que regulan la organización de manifestaciones y mítines y determinan los poderes de la policía. A principios de noviembre —ese noviembre— el secretario general declaró en un encuentro con jóvenes que la etapa de mítines de la perestroika ha terminado. Ahora uno ya no ve retratos del secretario general ni consignas hasta el fin con Gorbachov en los mítines espontáneos. El frente formado por la cúpula y los movimientos politizados se ha deshecho.»

Esto me lleva a plantear lo que a mí me parece que son las dos preguntas esenciales de esta mañana, es decir, ayudar a Gorbachov, pero ayudarle a qué y ayudarle cómo? Yo creo que efectivamente la perestroika abre grandes esperanzas de que la Unión Soviética evolucione hacia un país más libre, más democrático, más próspero y que acepte mejor el *status* que internacional, pero creo que abre también otras perspectivas; es decir, que es un fenómeno totalmente iludido y que, tanto si Gorbachov se mantiene en el poder como si no, la evolución puede ser peor o para peor desde el punto de vista de la seguridad internacional, incluso desde el punto del bien-

rar y la libertad de los ciudadanos soviéticos. Entonces, si se decide ayudar a Gorbachov, evidentemente se ha decidido —y esa es la posición española— que la evolución, mantener a Gorbachov en el poder, es seguro que conduce en la primera dirección y no en otras posibles.

Y en una situación tan flácida, yo me pregunto: ¿cómo España ha llegado a esa convicción y con tanta firmeza que ha estado de involucrarse a nuestros socios y aliados en el Mercado Común y en la Alianza Atlántica? Pero no solamente me preocupa la flidez de los acontecimientos, el hecho de que pueden conducir a resultados antagónicos entre sí según marchen las cosas. Si ese párrafo que acabo de leer refleja la realidad de lo que está sucediendo en Rusia, ayudar a Gorbachov puede ser ayudar a que controle a los grupos favorables a la democracia y los desactive. ¿Es a eso a lo que queremos ayudar a Gorbachov?

Ahora queda la segunda cuestión: ¿Ayudante cómo? Cuando el presidente Reagan tomó posesión en enero de 1981, parece ser, según la información de un artículo en *New Republic*, que es una revista seria, uno de los grandes politólogos norteamericanos, persona seria, decía que en Moscú se había preparado un decreto por el cual se establecía una muy radical liberalización de la agricultura soviética, en la línea de la reprivatización, puesto que siempre han sabido que la manera de alimentar al pueblo soviético es dejar mucho más terreno a la iniciativa privada. Y entonces creo que era Gorbachov el responsable de la agricultura en la Unión Soviética. Pero el presidente Reagan levantó el embargo sobre las exportaciones de trigo que había establecido el año anterior el presidente Carter, e hicieron trizas ese documento. Entonces, ayudar a Gorbachov podría ser no darle un dólar para que así se vea forzado a hacer cambios más intensos, o, en todo caso, proporcionarles un plan Marshall puede significar imposibilitar el que desraigas recursos del sector militar para el sector civil. Como mínimo podíamos decirles: «Os damos en este momento tres mil millones de dólares de los alemanes, dos mil millones de dólares de los franceses», pero por cada mil millones de dólares de manera compatible y flexible que renuncie de la inversión militar. Darles dinero para que no desraigas recursos, ¿es eso ayudar, es eso ayudar a Gorbachov o, en todo caso, es eso ayudarnos a nosotros mismos?

Con respecto a las palabras de un amigo Serguei, quiero decir que en todo momento he dicho que la perestroika ofrece oportunidades, por ejemplo, las que acaba de señalar ahora mismo la profesora Carrère d'Encausse, que me parecen totalmente convincentes. Pero oportunidades no son seguridades, y también hay muchos elementos de sospecha. Por ejemplo, esa absoluta descalificación que ha hecho de un documento de la Alianza Atlántica como pura propaganda y ofreciendo dar sus datos. La verdad es que para dar datos no necesitan esperar a nada: Occidente los lleva dando desde hace mucho tiempo. Y eso es una cosa que se debe hacer de manera unilateral. Y a Occidente, a nosotros, nos gustaría saber no sólo lo que tienen, sino lo que van a tener, porque ellos saben lo que vamos a tener en términos de armas dentro de diez años. Puede haber tecnologías secretas; la tecnología del avión Stealth, del B-2, es secreta, pero hace muchos años que se sabe que va a haber un avión Stealth en tal fecha. Nos gustaría saber lo mismo, y creemos que tenemos derecho a saber. Eso debe ser una condición previa a las negociaciones. Entonces, esa descalificación de ese documento me parece muy peligrosa, porque efectivamente los occidentales no estamos por encima del bien y del mal y tenemos condicionamientos en nuestro conocimiento, como todo el mundo. Pero los redactores de ese documento, y a su cabeza Simon Lunn, son personas profesionalmente muy competentes y estoy seguro de que absolutamente honestas. Los condicionamientos que tienen son aquellos de sus creencias, es decir, reflejan lo que creen, pero no están tratando de engañar a nadie; eso es una cosa distinta. El decir que eso es pura propaganda es pura propaganda, a saber: se pura propaganda en el sentido peor de la Unión Soviética antes de la perestroika, y eso no anima a nada.

JESUS PASCUAL. Buenos días, soy Jesús Pascual, comandante de Caballería y miembro del Grupo de Estudios Estratégicos.

Yo quería decir al señor Silvio Fagúndez lo siguiente: Creo que se viene repitiendo en este seminario, y yo también estoy de acuerdo con ello, que la perestroika tiene como intención y objetivo reforzar y fortalecer el sistema socialista soviético. Entonces me sigo preguntando, a pesar de todo lo que ha dicho, ¿por qué debemos ayudarlos? Estoy un poco en la línea de Manuel Coma; ¿por qué debemos ayudarlos? ¿O es que ese fortalecimiento nos va a beneficiar de alguna forma? Por supuesto, de lo que yo sí estoy seguro es de que no nos va a fortalecer estratégicamente, o así lo creo, a pesar de lo que pueda decir el señor Fuentes. El señor Fuentes parece ser que dice que una Unión Soviética fuerte supone distensión. Y pone como ejemplo que actualmente hay una Unión Soviética fuerte y que, por tanto, por eso estamos en una época de distensión. Yo estoy de acuerdo en que estamos en una época de distensión, pero también el seminario está corriendo en el sentido de que la perestroika lo que está intentando es precisamente salir de una crisis profunda que hay en la Unión Soviética y, por consiguiente, llegar al fortalecimiento. Este momento no es precisamente el momento más fuerte de la Unión Soviética, luego, por tanto, pienso lo contrario:

una Unión Soviética fuerte puede empeorar las relaciones de seguridad entre el Este y Occidente.

Por otra parte, es seguro que, si la perestroika fracasa, también tendrá sus propios perjuicios o sus propias repercusiones sobre Europa; pero me gustaría que en ese aspecto cualquiera de la mesa que quiera contestar, me diga exactamente qué repercusiones, exactamente o según su pensamiento, puede tener la perestroika si fracasa, sobre todo con relación a la seguridad de Europa. Nada más, muchas gracias.

ALBERTO OLIART. Almirante...

ALMIRANTE SÁLGADO: Gracias, señor presidente. Soy el almirante Salgado del CESEDEN. Yo, me felicitar a todos los presentes, muy especialmente al diplomático Jorge Fuentes, que tiene en su haber el haber añadido a su condecoración, aparte de la brillantez, el valor: el valor porque, cuando nosotros los militares creemos que algo tiene mucho valor o alguna lo tiene, decimos que ataca a pecho descubierto, y él ha pronunciado su conferencia a ojos descubiertos, sin mirar ni un solo papel, ni un solo guiño. Y eso para mí es admirable. Dicho esto, un muy breve comentario, una breve precisión y una más breve todavía pregunta. El comentario va referido al asunto que ha tenido Fuentes de poner como fondo de su conferencia un resumen histórico de las relaciones de España con la Unión Soviética. Y al referirse a la época de Franco —yo creo que la historia de España hay que asumirla totalmente, toda la misma España de los Reyes Católicos, de Carlos V o de Ferrnando VII y Godoy, toda es la historia de España— dice que entonces fueron unas relaciones de dominadas, porque así; él mismo ha dicho que desde el año 1700 un telón entre las relaciones y se abrió o se levantó ese telón en el 57, que estaba Franco. Dice que hubo unas relaciones comerciales nada más. Las relaciones comerciales más fuertes que ha tenido la Unión Soviética con Europa las tuvo con España. No olvidemos que entonces se creó una empresa impresionantemente que ha disminuido mucho: fue la Sonspen; no olvidemos que se firmaron las cartas Bardo donde se reconocían unas ventajas comerciales y marítimas a la Unión Soviética impresionantes, hasta el punto de que hubo un puerto español, uno de los más importantes, el de Las Palmas, donde navegando por allí —yo he navegado mucho por allí— habla que entras a barlovento y a sotavento y a babor y estribor sorteando banderas de la Unión Soviética, porque eran pesqueros grandes, eran oceanográficos, eran turismos, eran de todo. Nunca he visto tanta bandera soviética en ningún puerto de Europa, como había en Las Palmas en la época de Franco.

Dicho esto, voy a la pregunta, muy concreta, que es la siguiente: Se bene que negociar, se tiene que hablar, se tiene que discutir con la Unión Soviética; hablo de España y hablo de Europa. Nos ha dicho Fuentes, muy bien, que una negociación, unas conversaciones muy abiertas en el área donde él trabaja con gran acierto, es el Mercado Común, la CEE, la Comunidad Económica Europea, pero habrá otra zona, otra área, donde hay que discutir también, y es el área de la seguridad, es la OTAN o la UEO. Y mi pregunta es ésta: esas conversaciones de la CEE con la Unión Soviética y las de la OTAN con la Unión Soviética ¿van a ser como han sido hasta ahora, descoordinadas, —porque entonces iremos no a un gran éxito—, o va haber, que se habla mucho por ahí, una coordinación entre la Comunidad Económica Europea para discutir con el Este cuestiones comerciales, cuestiones económicas, etc., y la OTAN para discutir cuestiones de desarme, de control de armamentos, de seguridad? Eso es mi pregunta. Muchas gracias.

ALBERTO OLIART. Gracias, almirante. Un momento... Manuel Azcarate.

MANUEL AZCÁRATE: Si se me permite una punta polémica diría que me ha dado la impresión de que Manuel Coma quiso demostrarnos con la cita que nos leyó el nivel de libertad que tienen de escribir libremente en la prensa hoy los soviéticos, y en ese orden me pareció bastante impresionante.

Pero, en realidad, quería tocar dos puntos. Primero, yo creo que la idea que se maneja aquí de ayudar a Gorbachov o no ayudar a Gorbachov es una idea que acaba creando confusión. En general, un gobierno no se dedica a ayudar a otro jefe de gobierno; es decir, es otro tipo de problema el que está sobre la mesa, y al plantearlo así entonces se logra, creo, crear dificultad para que en la opinión pública y en un debate se entiendan las cosas. A mí me parece que, tal como yo la he entendido hoy, la posición española es apoyar, apostar por Gorbachov, es decir, considerar que a la política española en el marco de la política occidental conviene que los proyectos de Gorbachov se añaden y vaya adelante, por considerar que dentro de las opciones posibles que hay hoy en esa parte del mundo es una opción que conviene a los intereses occidentales. Eso no quiere decir ayudar a Gorbachov. Lo que yo quería es introducir la idea de que hay dos niveles entre una actitud positiva, y en general de considerar que conviene que esa política es un país vaya adelante, y la idea de que se está ayudando. Una actitud constructiva hacia las reformas de la

Unión Soviética hoy yo pienso que es la actitud no ya del gobierno español, sino creo que la tienen en general los gobiernos occidentales y es algo que se refleja ya en una serie de iniciativas económicas, políticas, y que probablemente se podrá extender a otras zonas; yo así lo creo. No obstante parece que hay una especie de hábito, de pensamiento, que coexistiría cambiar, a mí me parece que nos cuesta mucho, cuando se habla de las relaciones con la Unión Soviética, salir del marco exclusivamente militar; parece como si, hablando de la Unión Soviética, sólo se pudiera hablar de misiles, de tanques; claro, eso es fruto de un proceso de militarización del pensamiento, al que me referí el otro día, y que yo creo que es particularmente fuerte en este caso.

El segundo punto lo han abordado ya varias personas. —Hélène Carrère d'Encausse, y lo ha hecho también Fernando Claudín—: es el problema de la necesidad de un nuevo concepto de la seguridad, no ya porque los soviéticos lo planteen, sino porque estamos en una etapa en que conceptos que son más o menos «cuantos más armas, más seguridad» hoy día no tienen sentido. Y no tienen sentido para la opinión occidental. En los estudios que he leído en un número de *Foreign Affairs* que se titula, curiosamente, «New American Thinking», es decir, la fórmula de Gorbachov aplicada a los Estados Unidos, el nuevo pensamiento, se dice, por ejemplo, que una gran mayoría —no recuerdo el porcentaje— de ciudadanos norteamericanos hoy considera que su seguridad, la seguridad de los Estados Unidos, está más amenazada por competencia de tipo económico que por los adversarios militares. Eso quiere decir que hay una base en la sociedad norteamericana para pensar los problemas de seguridad en ese sentido amplio, complejo, de que aquí se habla. Yo creo que, obviamente, España y la Comunidad Europea tienen que ir por esa forma de entropizar el pensamiento sobre la seguridad y de ir saliendo de la estrechez militarista con que esas temas han sido abordados en general, militarización cuyo peso es, en mi opinión, muy, muy grande todavía.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Sí. Me han dejado preocupado algunas de las intervenciones, pero, de todas maneras, lo que demuestran es que estos dos días de análisis y de trabajo sobre la perestroika han tenido efectos dispares sobre los asistentes y, a partir de los mismos datos, cada uno ha analizado propensiones o conclusiones distintas. Volviendo a la polémica que ha iniciado Manolo Azcarate con la intervención de Manuel Coma, está narrado en las Memorias de Churchill. A propósito de las intervenciones de los laboristas en la Cámara de los Comunes reprochándole las relaciones que mantenía con el régimen del general Franco, dijo: «Hay dos sistemas de lograr que alguien se quite el abrigo: uno, lotosear con él —puede ser muy difícil, sobre todo si se cruta los brazos, muy violento; se puede resistir y a veces no se puede lograr—; otra es rodarlo de calor.» Este es el sistema que él preconizaba para lograr despojar de autoritarismo y de algunos perfiles del régimen del general Franco que no agradaban en Gran Bretaña.

Hay una pregunta muy interesante, a propósito de una cosa que ha dicho Reagan, que dijo que la Unión Soviética era el imperio del mal, levanta el embargo del trigo que había decretado el debilitado de Carter. ¿Y por qué levanta el embargo del trigo? ¿Por qué, cuando lo tiene ya con el pie en el cuello y están dispuestos a privatizar las tierras, levanta el embargo del trigo? Sencillamente porque les conviene a los Estados Unidos levantar el embargo del trigo y entonces lo levanta. ¿Con quién consultó para levantar el embargo del trigo? ¿A qué aliados les expuso ese maravilloso decreto que Gorbachov al frente de la agricultura soviética iba a poner en marcha? A nadie. Vamos a ver si pasamos de ese análisis de «no se trata de ayudar a Gorbachov, no se trata de ayudar —como aquí alguien lo sospechó ingenuamente— a Gorbachov; se trata de promover nuestros intereses. Pero nuestros intereses no son necesariamente ciegos, deben ser unos intereses capaces de hacerse una configuración del futuro. Y creo que habría que intentar desenterrar de la comunidad española, de la comunidad pensante española, un término de política internacional, una cierta y creciente vocación —estamos hablando en los términos más cordiales, pero lo voy a decir de una manera que a lo mejor va a resultar abrupta— una cierta vocación de silencio: ¿por qué le corresponde solamente hablar a Reagan y por qué a nosotros nos corresponde únicamente escuchar y callar? ¿Por qué? ¿Por qué es bueno cuando Reagan va a la Unión Soviética y es sospechoso que España genere un pensamiento sobre lo que nos conviene en relación con los cambios en la Unión Soviética? ¿Por qué es sospechoso lo que ha dicho Jorge Fuentes aquí, y por qué no es sospechoso cuando lo dicen los norteamericanos? Vamos a ver si no reanunciamos a hacer nuestro propio análisis de las realidades internacionales y a ofrecer el resultado de esos análisis como contribución leal a los aliados de la Alianza y a los socios de la Comunidad Europea.

Y, por último, vamos a ver también si en la conversación, en el trato con nuestro mayor aliado, los Estados Unidos, empezamos a comprobar, empezamos a entender, empezamos a hacerles entender a ellos también que no están haciendo, como aquí se ha dicho en algún momento, un acto de generosidad desinteresada y sin contraprestación, cuando defienden Europa, están defendiéndose en Europa. Lo cual no quiere decir que no nos estén defendiendo a nosotros tam-

bién. Hace unos días nada más, en Madrid, dio una brillante conferencia Paolo Cossiga, el hombre que ha dirigido los estudios del Grupo de trabajo de la Comisión Europea sobre la Europa de 1992. Y Cossiga explicaba en un coloquio posterior que los negocios de los Estados Unidos con Europa se hacen en Europa, de la misma manera, creo, que la defensa de los Estados Unidos se está haciendo también aquí, en Europa, en gran parte. De manera que no es un acto de generosidad sin contraprestación: es un acto entre socios interesados comúnmente o con unos intereses comunes que están siendo ahí defendidos.

Y una última cuestión: ¿aquí se trata de conseguir una Unión Soviética cada vez más débil, o se trata de conseguir una Unión Soviética cada vez más parecida en su sistema al mundo occidental? ¿A nosotros nos conviene la debilidad de la Unión Soviética o nos conviene la semejanza de la Unión Soviética a nuestra manera de entender la civilización, el mundo, los derechos y el comercio?

ALBERTO OLLARI: Un momento, quisiera preguntar... Hay cuatro señores que quieren hablar todavía, ¿no? Entonces, como son cuatro y son muchas preguntas... Sergio, ¿usted quiere intervenir ahora? Sí.

SERGIO SISOBEY: Muchas gracias, señor presidente. Creo que, en realidad, la mayoría de los comentarios que se han hecho son complementarios a lo que yo había dicho, por lo que yo necesito ninguna respuesta por mi parte. De todas maneras, permítame que reflexione, aunque muy brevemente, sobre una de las afirmaciones vertidas: la cuestión de si a Occidente le interesa más una Unión Soviética fuerte o débil. Y si la perestroika tiende a reforzar a la URSS. Creo que en este momento quedó ya claro ayer que la perestroika tiende a crear una nueva Unión Soviética, que ese es su fin, una Unión Soviética con la que será más fácil dialogar en asuntos mundiales. De ahí que yo esté convencido de que es beneficioso el resultado para los occidentales, y de ahí también que nuestra petición de ayuda a Gorbachov no sea una petición interesada unilateralmente, sino que el apoyo a la perestroika va en beneficio mutuo, en el de todos y no exclusivamente de la URSS.

ALBERTO OLLARI: Jorge, ¿quieres contestar: tú a preguntas concretas, además, que se han hecho?

JORGE FUENTES: La verdad es que estando en este foro tenía muchas veces la impresión de encontrarme en plena reunión comunitaria o en plena reunión atlántica, porque, en realidad, las divisiones de puntos de vista que hemos conocido hoy aquí les aseguro que coinciden con las propias divisiones y las propias dudas que existen dentro de la Comunidad y dentro de la Alianza. Divisiones sobre qué y, por supuesto —lo he reflejado en mis tres preguntas—, qué es la perestroika, por qué tenemos que apoyarla, es verdad o no es verdad, y, por supuesto, una vez más el esquema se ha repetido. Ustedes van y habrán notado que no me he inventado nada y he reflejado simplemente el estado de cosas de la sociedad internacional.

Me doy cuenta de que a estas alturas del coloquio y a estas alturas de la vida, sobre todo, somos todos ya maduros; es muy difícil intentar convencer al otro de las cosas. No tengo en absoluto la pretensión de intentar convencer a nadie, sobre todo a aquellos que han hecho unas preguntas en la línea, digamos, dudando de la oportunidad de la política que estamos desplegando sobre el Este; intentar convencerlos de la bondad de esa política ahora va a ser muy difícil. De todas formas voy a intentarlo, por supuesto que voy a intentarlo, y voy a sacar no menos de siete u ocho argumentos por los que España, creo yo, debe seguir la política que está siguiendo respecto de la Unión Soviética, por qué la Administración española está haciendo lo que hace. Y lo voy a decir, por supuesto, desde el punto de vista de alguien que, como ha dicho Miguel Ángel Aguilar, creo que no es no sólo sospechoso de nada, sino que tampoco es ni siquiera, como decía mi buen amigo Florentino Portero, agresivo, en absoluto.

Yo les daré por qué llevamos la política que llevamos y por qué la llevamos desde el principio, y lo curioso es que las tendencias de los comunitarios y las tendencias de los atlánticos van hacia donde nosotros fuimos desde el primer momento, y no al contrario. Yo les aseguro que en este momento de esa división entre *Yes-Yes* que yo apuntaba aquí ha habido ocho intervenciones, cuatro en favor y cuatro en contra. En este momento, entre nuestros socios y aliados la situación está prácticamente doce a cero. O, si hubiera que hacer algún matiz, diez a dos. Yo les diré qué nos son esos diez y esos dos, pero ustedes estoy seguro de que van a poder adivinarlo.

¿Por qué España lleva la política que lleva? Porque creemos que la perestroika debe ser coherente e incluso debe ser estimulada. Hay tantos razones, y de hecho a los cuarenta o cincuenta años que han intervenido, digamos, en ese sentido, prácticamente han contestado los otros cuatro o cinco con lo que yo hubiera podido calificar, pero yo creo que la perestroika debe ser apoyada

por estas razones: Primero, porque es la primera oportunidad realmente seria que se nos presenta desde 1945, por lo menos, de ir a un diálogo con la Unión Soviética sobre bases realistas. Creo que es absolutamente imprescindible que el mundo occidental se pare la vida diciendo: «Hemos de procurar superar la división europea, hemos de procurar establecer un diálogo con aquella parte, hemos de procurar convenirnos de la bondad de nuestros argumentos», y cuando llega esa posibilidad de abrir, de establecer el diálogo, nosotros decimos: «No, esto es propaganda, esto es sospechoso, esto es peligroso». Este argumento me parece absolutamente inapropiado.

Segundo argumento: Si la perestroika fracasa —y, atención, en ningún momento de mi intervención he dicho que tengo la seguridad de que la perestroika va a triunfar, esa es la gran duda que tenemos todos todavía por delante, y esa gran duda, sospecho, seguirá por delante de nosotros durante bastante tiempo— la situación puede ser muy grave. Veo que la realidad internacional volvería, por lo menos, a los días de 1945 aproximadamente; la historia no da nunca marcha atrás, pero, en fin, el período de detención, que, por cierto, no es nada claro, —yo escribí un libro que se llamaba *La línea de la detención* en el año 1978 y ya entonces me daba cuenta de que no era nada claro—, poco tiempo después la detención dio marcha atrás. El período de la detención, digo yo, que está siempre yendo adelante y atrás, dará un salto atrás que, en el mejor de los casos, nos situará en una posición parecida a los años posteriores a la guerra y, en el peor de los casos, no les digo a qué época nos llevaría porque sería sumamente desagradable.

Pero hoy todavía otro argumento más, que es el tercero. Con la perestroika, —yo lo decía con toda cautela— es posible que haya una serie de reacciones de la parte popular, de la base en la Unión Soviética y en los países del Pacto de Varsovia; pero, si la perestroika consigue avanzar por terreno sólido, pienso que la vida de cuarentientos millones de ciudadanos europeos mejorará. Y, aunque sólo fuera por ese argumento, nosotros apoyaríamos la perestroika, porque creemos que la vida de esos cuarentientos millones de ciudadanos, por la que nosotros y yo concretamente hemos estado luchando desde el proceso de la CSUE, desde hace, por lo menos, quince años, merece la pena de ser mejorada, y nosotros desde aquí hacemos todo lo posible para que mejore.

Por supuesto, hay un cuarto argumento todavía. La situación de los países de la Europa oriental, es decir, dentro del Pacto de Varsovia, sólo puede hacer que mejorar con la mejora de la perestroika. Les pondré un ejemplo. La situación en Polonia en 1980 y la estabilidad con Lupa en aquel momento, cuando los sucesos de *Solidaridad*, la legalización, la no legalización, la ley marcial, etc. La gran duda en aquel momento —recuérdenlo ustedes— era: ¿Entrará la Unión Soviética en Polonia o no entrará? Esa era la gran duda. Hoy, en 1988, en ningún momento ha sido cuestión el que la Unión Soviética pudiera entrar en Polonia. Por tanto, la perestroika ha cambiado, por lo menos, muchísimo las posibilidades de maniobra de los países del Pacto de Varsovia. Fíjense ustedes en el caso de Polonia y fíjense en el caso de Hungría. ¿Hubiera sido la situación, los cambios en Polonia, el posible pluripartidismo en Hungría y en Polonia en 1980? Es mi opinión, en absoluto.

Por tanto, un sexto argumento sería: ¿Por qué España defiende? Y seamos modestos: España es un país —antes lo comentaba con uno de ustedes— para el que el este de Europa había antes y se encontraba en el sur, se encontraba en Marruecos, y de alguna forma el este de España sigue encontrándose en el sur, y eso el almirante lo sabe mucho mejor que yo.

Pero desde 1982 y desde 1986 el Este empieza a ser una realidad para España. No somos la República Federal de Alemania, no somos Francia, no somos el Reino Unido, no somos Italia, países todos ellos que tienen unas fuertes minorías del este de Europa, países que han estado y tienen un fortísimo comercio con Europa del Este, no somos ninguno de esos países, pero desde nuestra modestia nosotros tenemos un punto de vista que decir clarísimamente y lo diremos. Y ese punto de vista lo he dicho antes y lo repito ahora: la seguridad Este-Oeste está muchísimo mejor guardada con una Unión Soviética satisfecha y fuerte y con un mundo occidental fuerte y abierto. Cuando la Unión Soviética se vuelve débil e insatisfecha, la situación está peor guardada, y eso lo hemos visto siempre. Cuando el mundo occidental está receloso y débil, la seguridad está muy mal guardada, y eso lo hemos visto —por decirlo así— sólo antesayer, bajo la presidencia de Carter, sólo cuando la conjunción de las dos voluntades se da es cuando la seguridad internacional está mejor guardada, y nosotros pensamos que la seguridad internacional está mejor guardada con la perestroika que aparece desde 1985.

Por tanto, si estos argumentos consiguen convencer a alguno de ustedes, yo me quedaré bastante satisfecho, y si no, seguiremos pensando juntos y a ver si entre todos conseguimos hacer una política más congruente. Y, si hubiera que contestar en un trocito así de pequeño a una pregunta que estaba un poco fuera de ésta y que era del almirante Salgado, yo diría que sí, pero que los barcos no nos impidan ver el mar, que los árboles no nos impidan ver el bosque. En la época de Franco, efectivamente, se firmaron las cartas Bondo-Aberia, que recuerdo muy bien, y yo participé en la negociación del acuerdo de Sovspan, pero la realidad es que el comercio con la Unión Soviética seguía siendo del 1%. Nada más, gracias.

ALBERTO OLART: Vamos a ver. Allí varios señores han pedido la palabra. Primero a éste señor de aquí: no sé el nombre, perdóname.

RAMÓN QUINTERO ÁLVAREZ: Ramón Quintero Álvarez. Soy coronel de la Escuela Superior del Ejército. Yo quisiera hacer una breve observación: si el comunismo como sistema económico se rompe, como parece apuntarse en este seminario, millones de personas, y no sólo del Este, para las cuales el comunismo es casi una religión, se quedarían sin norte. Mi pregunta es: ¿no se abriría aquí un incierto vacío? Nada más, muchas gracias.

RAFAEL BARDAL: Rafael Bardal. Yo le diría a Jorge Fuentes que casi, casi, le compro todos sus argumentos, pero que me parece que son argumentos para dar pie a una buena voluntad, a un optimismo, a una esperanza; pero que de ahí a ver cómo se traducen en términos de actividades, de políticas concretas, cómo se traducen en negociaciones y cómo se plasma nuestra buena voluntad en la defensa de nuestros intereses nacionales y nuestros intereses aliados, hay un gran trecho, y me gustaría más que ofreciera buenos argumentos sobre cómo nuestra política del día a día está salvaguardando nuestros propios intereses.

Dicho esto, no quiero tampoco entrar en la polémica generada alrededor de Manuel Coma, si es necesario ayudar o no a la Unión Soviética, porque me parece que es absolutamente irrelevante hoy: queramos o no, estamos ayudando a la Unión Soviética, hay millones de dólares que están yendo a Moscú; y, por otra parte, como director de este seminario, puedo decir que la mejor ayuda que le estamos haciendo a la perestroika, a Gorbachov y a la Unión Soviética hoy es este seminario, es decir, creo que de hecho se le está ayudando desde todos los ángulos de vista. Por tanto, lo que habría que plantear efectivamente es si necesitamos condiciones a esa ayuda o no, sean es, cómo vamos a ayudarlo, en qué condiciones, en qué términos. Yo creo que Manuel Coma apuntaba una idea, desde mi punto de vista bastante lógica, puesto que la realidad está militarizada, y esto supone una fuente de riesgos o de incertidumbres, por lo menos para la Alianza Atlántica; pues necesitamos compensar nuestra generosidad económica hacia el mantenimiento de la reforma en Moscú con un grado similar de desmantelamiento de su poder militar y su capacidad de agresión frente a la Alianza Atlántica.

Por otro lado, como director del seminario —es mi última intervención—, quisiera agradecer al representante de la embajada soviética, también mi amigo, Serguei Sisoiev, sus palabras. Me hubiera gustado que hubiese intervenido en otras ocasiones mucho más de lo que lo ha hecho hoy. Pero, por otra parte, como analista de defensa, que es mi profesión, no puedo callarme algo sobre lo que él ha dicho: el panfleto —como lo ha denominado— propaganda de la OTAN, que ayer Simon Lunn nos presentó, es posible que sea propaganda —no lo voy a discutir—, pero sólo quiero recordarle a todos que sobre esos datos, los datos occidentales, es sobre los que se ha construido siempre el control de armamentos, que los soviéticos, cuando han firmado un tratado, no lo han hecho con sus propios datos, lo han hecho con los datos facilitados por los Estados Unidos. Por tanto, si es propaganda, ellos también se la están creyendo, porque no negocian con sus datos, sólo en el caso de las INF, donde solamente han dado la localización de los misiles, ni siquiera el número que procede de las fuentes de inteligencia norteamericanas. Nada más.

ALBERTO OLART: Muchas gracias. Sí, aquel señor

BENJAMÍN BASTIDA: Benjamín Bastida, profesor de la Universidad de Barcelona.

Yo quisiera o bien abrir o tal vez dar forma a una pequeña brecha mental en el tono que va teniendo o que está teniendo el seminario. Una pequeña brecha mental: darle sigo a una mentalidad frente a una mentalidad que a mí me parece bastante convencional, bastante clásica, un poco vieja. La formalizaría así: los asuntos de política internacional o las posturas que se deben tomar en política internacional dependen de la percepción de la escena internacional, de eso que se ha llamado antes el *status quo*, y de la percepción también del uno y del otro. Entonces, tal vez, para llamarlo antes el *status quo*, y de la percepción internacional no sería hora de ir introduciendo al lado de esa polaridad básica Este-Oeste otra polaridad Norte-Sur, es decir, tomando el título del panel de ayer, ¿quién amenaza realmente la paz? Es realmente la paz entendida no como quien aprieta el botón o quien va a poder apretar el botón, sino la paz como convivencia, como bienestar, como progreso, etc. ¿Quién amenaza esa paz? Es la Unión Soviética o es una situación económica en los países del Tercer Mundo que lo vemos llamando, lo vemos incluyendo como conflictos regionales, pero en el fondo por ahí hay todo un problema que tendría que introducirse en la visión del *status quo* convencional.

La percepción del otro, la percepción del adversario, enemigo, etc., Gorbachov. Más que dar, porque esto ya ha sido tratado aquí, la percepción que puede tener Occidente de Gorbachov es contrarrevolucionaria; intentaré dar un poco lo que me parece a mí, como analista de la perestroika, sobre

todo desde el punto de vista económico y social, que es lo que quiere vender Gorbachov a Occidente. Me parece que en este momento Gorbachov a Occidente le está queriendo vender una imagen como ésta: ha llegado una generación de buenos managers socioeconómicos a la Unión Soviética; vamos a conseguir una Unión Soviética estable. Fijaos que estamos aplicando —y esto es curioso, porque en los análisis de los economistas soviéticos es así en este momento— las reglas de la economía neoclásica que se podrían comparar perfectamente con la economía liberal de Friedman o de la escuela de Chicago; esto es lo que proponen como reforma. Otra cosa es si se arreven a hacerlo. Pero éstas son las propuestas: la reforma de precios, el reajuste de las plantillas, buscar la eficiencia a toda costa, etc.

Además, si prestáis una cierta ayuda, aquí hay un buen mercado, aquí hay un sitio donde montar empresas, yo os puedo asegurar una mano de obra formada, el problema será disciplinarla pero con tal de quitar esta seguridad en el puesto de trabajo es posible que esta mano de obra se discipline: ésta es la venta que quiere hacer a Occidente Gorbachov. Entonces desde este punto de vista no sería tan peligroso; Gorbachov dejaría de ser el adversario, el enemigo, etc.; iría más bien en la línea que se ha dicho desde la mesa, del competidor económico en todo caso, y en esto no sería demasiado problema. De todas maneras, yo creo que la percepción en Occidente es otra, y así: no eres un buen manager, eres más bien el aprendiz de brujo, el que ha abierto la caja de Pandora, y ahí vienen los nacionalismos, ahí vienen esas explosiones y no nos vas a conjurar el fantasma de Polonia, de los obreros levantándose, etc., sino que, al revés, has provocado, puedes provocar esto en la Unión Soviética, y mientras no estemos seguros más vale seguir siendo las armas para mantener el statu quo. Muchas gracias.

ALBERTO OLLARI: Sorjuri, usted ha pedido la palabra.

SERGUEI SISQIEV: Me parece que, por lo que se ha dicho tras mis intervenciones, no hemos conseguido el estado mental y la disposición para no vernos mutuamente como enemigos. Creo que lo que Gorbachov te ofrece a Occidente es, sobre todo, un reto psicológico. El problema no está tanto en las dificultades internas que encuentra el avance de la perestroika, está en la capacidad de Gorbachov de convencer a esos analistas, de los cuales aquí en esta sala hay unos cuantos, que se muevan e inclinen ante el programa de reformas que se está experimentando en la Unión Soviética.

Es cierto que también está el problema de convencer a nuestra propia gente y poder así comenzar un serio programa de desarme. Alguien ha dicho en este encuentro que en la URSS no hay opinión pública. Eso no es cierto: la hay; y el problema es que no todo el mundo en la URSS está por el desarme. Nosotros somos un pueblo que ha sufrido mucho, quizá demasiado; de ahí que se recibían tantas cartas en el Comité Central cuestionando el desarme, ya que consideran que el Oeste representa una amenaza real a nuestro sistema, a nuestra patria. Por eso no sólo es la URSS la que tiene que convencer al mundo de sus pacíficas intenciones, sino que Occidente debe, a su vez, convencer al pueblo soviético con una actitud flexible y positiva de su parte.

ALBERTO OLLARI: Para acabar, porque ya sé que otros querían intervenir, pero tenemos un límite de hora... ¿Quieres intervenir...

COMANDANTE CASADO: Comandante Casado, del Ministerio de Defensa.

Sobre el hogar común europeo, las opiniones que heámos escuchado se enmarcan, bajo mi punto de vista, en las dos corrientes que predominan en el mundo occidental sobre las relaciones Este-Oeste, es decir, el conflicto prolongado, un expansionismo en las raíces ideológicas del marxismo-leninismo que son tan intrínsecamente contrarias a las occidentales que el conflicto se hace inevitable. O bien otra teoría que también hemos escuchado en las exposiciones de algunos países, la del sentido común o racionalidad, que preconiza que el dogmatismo anterior de los líderes soviéticos se está transformando progresivamente en un pragmatismo alejado de toda idea de conflicto.

Volviendo al hogar común europeo, considero que ni una ni otra son acertadas. Los primeros dicen que es un proyecto vago y que lo que pretende es separar a los Estados Unidos de sus aliados; creo que esto encierra la contradicción de que, si hay vaguedad, no podemos decir o adelantar qué se pretende con él. Pero tampoco creo que sean buenos los últimos, que dicen que, efectivamente, todo está cambiando tan rápidamente en la Unión Soviética que lo que hay que hacer es echarle una mano, tenderle una mano y admitirla sin cortapisas en este hogar europeo porque efectivamente el proyecto es muy vago. Yo estimo que lo que se debe hacer es dejar de lado las especulaciones y actuar dialogando y negociando. Con esto, en este y en otro tipo de proyectos, como el sistema global de seguridad internacional, nos enfrentaremos, en primer lugar, de qué es lo que se pretende. En segundo lugar, quitáramos argumentos a la Unión Soviética, que acusa a

Occidente de estar encerrado en un continuo «no». En tercer lugar, se podría intentar conducir ese proceso de la forma que satisfaga mejor los intereses occidentales. Y, por último, en caso de que no sea así, se puede rechazar. Gracias.

ALBERTO OLLARI: Con esta última intervención pasamos a un acto que sirve de conclusiones y de clausura, porque el Ministerio de Defensa ha dicho que, como estoy yo aquí, que para qué va a enviar a nadie. Como ven ustedes, el estilo democrático y la costumbre es tan profunda que ya no hay sucesores ni sucedidos. Que se confía en el anterior igual que el anterior confía en ellos.

Entonces voy a clausurar concluyendo y a concluir clausurando. No es fácil hacer las conclusiones del debate que ha tenido lugar esta mañana y que además está intrínsecamente ligado con el de los días anteriores, porque ya han visto ustedes hasta qué punto, siendo las posturas claras en su formulación, nos estamos moviendo en una realidad, como ha dicho el señor Sisqiev, fluida y dinámica. Pero yo intentaré exponer tal como he entendido las distintas intervenciones si tuviera que resumirlas.

Ante la perestroika y ante la glasnost, ante la nueva política soviética, las preguntas son: ¿qué alcanzan éstas y qué consecuencias para el mundo occidental? ¿Y cuál debe ser la réplica del mundo occidental ante esta nueva política soviética? Y aquí me ha parecido que, por una parte, como ha expresado muy bien Jacquelyn Davis, hay una postura Estados Unidos-Europa a la que obliga la organización OTAN, y que hay una postura europea no OTAN, como puede haber una postura española aunque estemos condicionados por nuestra alianza con la OTAN.

Yo creo que ha quedado bastante claro, de las distintas intervenciones, que la perestroika es un fenómeno interno de la Unión Soviética, que parte y se basa en el principio del partido único, de que el poder político radica en ese partido único y en una filosofía doctrinal que es el marxismo-leninismo. Ahora bien, esto no quiere decir que este marxismo-leninismo, este partido único y ese poder radicado en ese partido único estén actuando de igual manera que en épocas pasadas. Todos, creo que con confianza o con desconfianza, admitimos que algo está cambiando profundamente en la Unión Soviética.

Desde el punto de vista de relaciones internacionales, lo que más o menos se ha fijado aquí es la influencia de la perestroika y de una persona, del secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, Gorbachov, en el cambio que se está produciendo en la política internacional como consecuencia de un cambio profundo que creo que ha quedado muy bien definido por Fernando Claudín, un cambio profundo que significa un cambio de filosofía. Lo que parece en la actitud de Gorbachov, en sus hechos —en este caso, por los hechos los conoceréis—, también está dando o está respaldando esa interpretación, es que se abandona la filosofía por la que, debido a la falta de clase, la confrontación entre dos mandos distintos, el capitalista y el comunista, es inevitable, para pasar a establecer las relaciones internacionales sobre el principio del interés de la humanidad como tal. Es evidente que, ante esta actitud en que se ha puesto en movimiento uno de los grandes países determinantes del mundo actual, que es la Unión Soviética, todo se ha puesto en movimiento, y eso me parece que resulta de todas las intervenciones.

Todas nuestras conclusiones y las líneas maestras de lo que ha sido el pensamiento occidental en los Estados Unidos de Norteamérica, y también en Europa, están en este momento cuestionadas. Tenemos, ante el cambio soviético, por fluido, por coyuntural que sea, con confianza o con desconfianza, que cambiar nosotros también.

Parece que, aparte de filosofías e ideologías, hay algo que pesa mucho, que es la fuerza de los hechos. Y estoy de acuerdo también en este punto con Claudín cuando dice: «Aquí hay unos hechos». Gorbachov ha realizado unos hechos concretos y muy importantes: Uno, la firma de la reducción de misiles de medio alcance y su destrucción; por primera vez en la historia de las relaciones del Oeste con el Este no se ha hablado de contener, de equilibrar, de no seguir aumentando, sino de destruir, de reducir. Y está en marcha un segundo tratado, que se haga o no, de reducción y destrucción de las armas estratégicas de largo alcance entre las dos partes.

Segundo, la solución concreta de conflictos regionales. Mejor o peor, con trías y alfojas en el caso de Argimista todavía, más claro en los casos de Angola o de otros puntos de fricción en el mundo, de Vietnam, al que se ha referido nuestro huésped italiano; en todos estos casos hay hechos concretos y en una postura que ha tomado ante Europa, que también es distinta a la anterior.

Ante esta situación, resumo, hay un cambio de actitud evidente en el mundo occidental, y me parece que ahí ha habido un acuerdo, incluso cuando no se decía. Los Estados Unidos siguen tratando la reducción de armamento con Rusia y aspiran a llegar en el seno de la OTAN, impulsada por ellos forzadamente, a un acuerdo de reducción asimétrica de armamento y fuerzas convencionales. En Europa y en la OTAN, creo que la actitud es exactamente igual; hoy en la OTAN lo que está preocupando más a sus directivos es cómo negociar con la Unión Soviética la reducción de los armamentos de tipo convencional.

Ante esta situación surgen una serie de problemas. El primero es que la *perestroika* puede fracasar, pero me parece que aquí lo único que podemos hacer es esperar, esperar y ver qué es lo que ocurre; por ahora no está fracasando. En segundo lugar, ¿qué va a pasar con la Europa del Este? Los analistas occidentales, sobre todo los ingleses, están muy preocupados por los desequilibrios que se pueden producir con el cambio en la Europa del Este, donde gobiernos que tienen poca legitimidad popular van a tener que pedir sacrificios económicos muy grandes a sus poblaciones para salir de la crisis actual. Esos desequilibrios, y lo que pueda ocurrir, afectan directamente y no de una manera demasiado positiva al mundo occidental, aunque éste estuviera totalmente cohesionado y armado de forma suficiente para hacer frente a cualquier circunstancia.

Y, por último, Europa tiene y las poblaciones europeas, que son tan importantes como los gobiernos en las democracias occidentales, tienen, ante este cambio que se está produciendo en la Unión Soviética, una especial actitud hacia ella. ¿Por qué? Primero porque Europa está dividida artificialmente; el problema de la división alemana es un problema que está ahí y que va a producir forzosamente, en un tiempo histórico no lejano, tensiones si no se solucionan de una manera adecuada, y porque, además, también es verdad que los países europeos del Este son tan europeos como nosotros y hay una proximidad hacia ellos grande. Por tanto, en Europa hay una tensión añadida que los Estados Unidos viven como análisis y los europeos viven como una realidad propia.

En el caso de España, ya ha dicho el representante del Ministerio de Asuntos Exteriores cuál es la posición diplomática española, y es evidente que es la de mantener y sostener las relaciones con la Unión Soviética.

Y lo que ya no es conclusión, sino que es la clausura: ya como postura personal, creo que ante una situación fluida y con elementos contradictorios, pero por primera vez en lo que es una experiencia vital tan positivos en el cambio de la Unión Soviética, cualquiera que sea la postura que adoptemos de confianza y optimismo o de desconfianza y pesimismo, y creo que a lo mejor lo bueno sería que tuviera unas gotas de cada uno de estos cuatro elementos, la posición de los gobiernos y la posición de los ciudadanos, es evidente que no podemos dejar de dialogar, que no podemos dejar de ver el cambio que se ha producido en la Unión Soviética y cambiar nosotros por razones del interés de la humanidad, que en definitiva es el interés de los pueblos, de todos los pueblos, incluido el nuestro, que difícilmente nos dejarían pasar una ocasión así, lo cual no significa nada con respecto a otras precauciones que puedan tomarse, y con los pueblos del Tercer Mundo, que son la mayoría de los pueblos existentes hoy sobre la Tierra y que no pueden o no quieren seguir —ya lo dicen claramente— viviendo sobre la base de estar sometidos permanentemente a la confrontación de los dos grandes bloques.

Entonces, sabiendo que la paz ha sido históricamente contraria a la condición humana, y ésa es nuestra experiencia, y que cambiar esta condición y esta tradición requiere un enorme esfuerzo, creo que no podemos negarnos a ese esfuerzo sabiendo, además, que hemos de añadir en iguales dosis la prudencia y la esperanza. Y esto es ya la clausura.

SOBRE LOS EDITORES.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Es físico y periodista. Ha trabajado para diversos medios como *El País* y *Diario 16*, del que fue director, y ha colaborado con numerosas publicaciones tanto nacionales como extranjeras. En la actualidad es director nacional de la agencia Efe. Además, igualmente, el cargo de secretario general de la sección española de la Asociación de Periodistas Europeos.

Entre sus publicaciones sobre temas de defensa caben destacar sus aportaciones a los libros *La defensa de Europa: OTAN sí, OTAN no* (Barcelona, 1984), *Spain, studies in political security* (New York, 1985) y *La sécurité dans le Sud-Ouest européen* (Toulouse, 1987), así como numerosos artículos sobre política militar.

RAFAEL L. BARBAJ: Es politólogo y profesor de Estudios Europeos. Igualmente, enseña Tecnología militar y Seguridad internacional en el programa de estudios escabégicos de la UNED. Es miembro del IISS de Londres y consultor del Institute of Foreign Policy Analysis en los EE.UU. En la actualidad ostenta el cargo de director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES) en Madrid.

Ha publicado el libro *La guerra de las galaxias* (Madrid, 1986) y numerosos artículos sobre fuerzas convencionales, control de armamento y seguridad internacional tanto en revistas especializadas como en la prensa diaria. Mantiene una colaboración fija con la *Revista de Aeronáutica y Astronáutica* del Ejército del Aire.

JACQUELYN DAVIS: Es vicepresidente ejecutiva del *Institute for Foreign Policy Analysis* en Cambridge (Massachusetts) y directora de la Comisión nacional para la integración de la mujer en las Fuerzas Armadas. Cuenta con numerosos artículos, estudios y libros, entre ellos *The USSR Today* (1988).

JOSEPH FITZGERALD: Diplomático, subdirector general de la Dirección para Asuntos con los Países del Este del Ministerio de Exteriores, buen conocedor de la URSS, tiene publicadas diversas obras sobre temas de política internacional y problemas de seguridad.